

LA PIEDRA DEL PODER 1

LA CIUDAD EN LLAMAS

Wolfgang Hohlbein



«Hacía calor y frío al mismo tiempo, un calor y un frío insoportables. Skar había creído saber lo que les aguardaba, pero había olvidado lo espantosa que era la tempestad de fuego de Combat, lo cortante que resultaba el viento que, aspirado por la fuerza de la ciudad en llamas, les azotaba la cara, y lo ardiente de aquel calor que, incluso contra el ímpetu del huracán, se arrastraba detrás de ellos y los quemaba».

Esa era Combat, la ciudad que ardía sin cesar en castigo al desacato de sus habitantes a los dioses. Pero en ella se hallaba oculta una inefable piedra que, según una antiquísima leyenda, conferiría un poder desconocido, pero probablemente absoluto, a quien la poseyera.

Vela, la todopoderosa errish, quería esa piedra a cualquier precio, y para llevar a cabo su propósito eligió a Skar, el casi invencible satái, porque nadie más era capaz de una misión semejante. Skar y sus acompañantes emprenden un camino lleno de terribles peligros y mortíferos cambios de temperatura, monstruosas arañas de hielo y, sobre todo, un abominable dragón, capaz de quemar y destruir todo aquello que roce con los polvos que expele con su aliento.

Wolfgang Hohlbein

La ciudad en llamas

La piedra del poder - 01

ePub r1.0

Slashhh 16.12.14

Título original: *Die Brennende Stadt*

Wolfgang Hohlbein, 1983

Traducción: Herminia Dauer

Diseño de cubierta: Horacio Elena / Víctor Viano

Editor digital: Slashhh

ePub base r1.2



Anotaciones

Hacía calor y frío al mismo tiempo, un calor y un frío insoportables. Skar había creído que les aguardaba, pero había olvidado lo espantosa que era la tempestad de fuego de Combat, lo cortante que resultaba el viento que, aspirado por la fuerza de la ciudad en llamas, les azotaba la cara, y lo ardiente de aquel calor que, incluso contra el ímpetu del huracán, se arrastraba detrás de ellos y los quemaba.

Esa era Combat, la ciudad que ardía sin cesar en castigo al desacato de sus habitantes a los dioses. Pero en ella se hallaba oculta una inefable piedra que, según una antiquísima leyenda, conferiría un poder desconocido, pero probablemente absoluto, a quien la poseyera.

Vela, la todopoderosa errish, quería tener esa piedra a cualquier precio, y para llevar a cabo su propósito eligió a Skar, el casi invencible satai, porque nadie más era capaz de una misión semejante. Skar y sus acompañantes emprenden un camino lleno de terribles peligros y mortíferos cambios de temperatura, monstruosas arañas de hielo y, sobre todo, un abominable dragón, capaz de quemar y destruir todo aquello que roce con los polvos que expele con su aliento.

La ciudad en llamas es el primer volumen de la trilogía La piedra del poder, una serie de exuberante fantasía y de un esmerado estilo literario, debida a la pluma del reconocido autor alemán Wolfgang Hohlbein.

Capítulo 1

Cuando hubieron cruzado la cima y conducido los caballos montaña abajo por el desfiladero, el valle los envolvió como un gigantesco y profundo cuenco. Hacía mucho frío. Cada vez les resultaba más difícil caminar, y tenían los miembros rígidos y doloridos pese a haberse abrigado con pieles y mantas. Sus cabellos y ropas estaban cubiertos de partículas de hielo y escarcha, así como de pequeños copos de nieve endurecida, y el vendaval cubría inmediatamente las huellas que iban dejando. Nadie hablaba. Hasta los cansados resoplidos de los caballos y los quedos reniegos con que al principio los hombres habían expresado su agotamiento, habían cesado poco a poco. El frío agarrotador les paralizaba rostros y labios, y las mordeduras del viento les entumecían los cuerpos. El desfiladero —más bien una quebrada, una brecha totalmente recta, que parecía abierta en la roca con un hacha gigantesca, con el suelo agrietado y las lisas paredes cubiertas de hielo, en las que se reflejaban sus propias imágenes acompañadas por una extraña procesión de sombras grotescamente desfiguradas— había apresado la tempestad, aumentando aún más su intensidad. En realidad, el desfiladero no era largo; quizás, a lo sumo, el doble de lo que vuela una flecha, pero tanto Skar como los demás tuvieron después la sensación de haber caminado horas enteras por un espantoso infierno de frío y cortante hielo.

Skar se detuvo y respiró con alivio cuando las heladas paredes se apartaron por fin y, en su lugar, se extendió ante ellos el redondo valle, lleno de nieve y de un cieno apelotonado y gris. El viento ya no era tan furioso allí, pero, ahora que no soplaba con tanta intensidad, Skar sintió el frío de manera todavía más dolorosa. Le parecía convertirse lentamente en hielo de dentro afuera, y no lograba recordar cuándo había estado tan agotado por última vez. La marcha de cuatro días a través de las montañas había exigido de todos ellos el máximo esfuerzo, tanto en el aspecto físico como en el psíquico. Skar intentó mover las manos, pero no pudo. Tenía los dedos encorvados y azulados: unas dolientes garras que pendían de sus brazos como pesos muertos y, poco a poco, tiraban de él hacia el suelo. No sin esfuerzo, alzó la mano derecha hasta la altura de la cara, se arrancó con los dientes los trapos que la cubrían y probó de doblar el pulgar. Por fin lo consiguió, aunque el precio de su prueba fue un dolor que le hizo brotar las lágrimas. Meneó luego la cabeza, se introdujo las manos bajo las axilas y empezó a golpear el suelo con los pies. Por su lado pasó una vacilante figura, irreconocible a causa del hielo y la centelleante escarcha que, como una rígida coraza, se habían posado en ella. El hombre avanzó un poco más, inseguro, y se derrumbó de lado. La nieve amortiguó su caída, pero una piedra escondida bajo la engañosa capa

blanca le rozó el rostro y le dejó un delgado rastro de sangre. Skar ni siquiera tuvo la fuerza necesaria para sentir compasión.

Detrás de él, Beral se hincó de rodillas y lanzó unos gemidos que tanto podían significar sufrimiento como alivio, o ambas cosas. Su mano derecha seguía agarrada a las riendas del caballo, y el animal tuvo que bajar la cabeza para evitar el dolor que los metálicos dientes del bridón le producían en la boca. Beral llevaba las manos desnudas. Probablemente, sus dedos estaban tan ateridos que ya no podía soltar las correas. Permaneció unos instantes acurrucado, tambaleándose como una delgada rama azotada por el viento, y al fin se desplomó con un quedo suspiro.

Durante una fracción de segundo, Skar luchó contra la poderosa tentación de imitar a su compañero y dejarse caer al suelo, cerrar los ojos y descansar. No era sólo el frío. Desde que habían abandonado Ikne, la temperatura no había dejado de descender. El invierno había irrumpido con violencia, y ellos corrían a su encuentro con toda la prisa posible. Hacía días que Skar no cesaba de pasar frío. Lo más duro no era la extenuante marcha a través de inacabables heleros ni las arriesgadas escaladas, que ninguno hubiese podido superar sin la ayuda de los compañeros; ni tampoco el temor o la taladrante desconfianza que devoraba al grupo por dentro, como un lento veneno... ni siquiera la certeza de que todo lo que habían sufrido no era más que una muestra de lo que todavía les aguardaba. Tal vez, como se dijo Skar, era la combinación de todo ello lo que había debilitado tanto sus espíritus, tal como los despiadados azotes del viento habían hecho con sus cuerpos. Pero quizá fuese también otra cosa muy distinta.

Skar ahuyentó ese pensamiento con un disgustado encogimiento de hombros y se puso a andar despacio en círculo. A cada paso, las botas se le hundían hasta más arriba de las pantorrillas, y él no dejaba de advenir que gastaba más fuerzas de las que debía. Un solitario copo de nieve se posó en su hombro, refulgió unos momentos en la apelmazada piel de su capa y se deshizo al rozarlo su aliento. Skar sonrió.

—¿Qué te divierte tanto, satái?

Skar se detuvo y miró ceñudo a Nol. No había notado que el malabés lo siguiera. Una clara señal de su cansancio.

—Tal vez me alegre de vivir todavía —dijo después de una pausa.

Nol esbozó una sonrisa torcida.

—Espera un par de días para eso —aconsejó—. Si es que aún puedes hacerlo.

El satái clavó una mirada furiosa en el individuo de piel cenicienta y luego volvió los ojos hacia la entrada de una cueva.

Lo que vio le causó inquietud, casi miedo. Echó la cabeza hacia atrás y recorrió

con la mirada las espejadas paredes de roca hasta contemplar la estrecha franja teñida de rojo oscuro que surcaba el cielo en el Occidente. Nunca había podido acostumbrarse a ese espectáculo, ni se acostumbraría por mucho que durara. Le constaba, además, que a sus compañeros les sucedía lo mismo. Un día, aun a bordo del *Sharokaan*, habían hablado sobre Combat, pero desde entonces, como si se hubiesen puesto de acuerdo, esquivaban temerosos el tema. Actuaban casi como niños que creyeran escapar de un peligro ignorándolo. Sin embargo, cada uno de ellos sabía ya más acerca de la ciudad encantada que todos los sacerdotes y sabios de Ikne y Besh juntos.

El llameante resplandor del fuego les indicaba el camino desde que habían salvado la garganta: un fulgurante nimbo que bañaba el cielo de un trémulo color de sangre y convertía en negras y lisas sombras las montañas que se alzaban delante. Skar había tenido tiempo suficiente de habituarse a ese cuadro, pero aun ahora le hizo olvidar por unos segundos la propia fatiga. Aquel cielo en llamas le parecía una muda advertencia, una voz tan inaudible como imposible de pasar por alto, que le aconsejaba retroceder, no dar ni un paso más y no provocar al destino más de lo que ya lo había hecho.

Pero, al menos, la decisión ya no dependía de él. En ese aspecto, quizá tenía menos problemas que los demás. Ellos podían retroceder..., en teoría. Él, en cambio, no tenía elección. Todo lo más, podía elegir entre una rápida muerte en Combat o un lento fenecer a lo largo de dos o tres meses.

—¿En qué piensas? —preguntó Nol con voz queda.

Skar apartó la vista de la pared de la roca y del encendido cielo para mirar al malabés.

—¿Cómo lo haces? —dijo, en vez de dar una respuesta directa.

—¿Qué?

—Me pregunto cómo haces para andar todo el día con la boca abierta sin que se te hiele la lengua.

Nol parpadeó, abrió aún más la boca y puso cara de asombro.

—Muy sencillo —contestó luego con una risita—. La mantengo en movimiento.

Skar rió también, lo golpeó amistosamente en las costillas y señaló con la cabeza al resto del grupo.

—Deberíamos encender fuego. Esta noche hará un frío de mil demonios, y no me apetece despertar mañana con los dedos congelados.

—Piensa en mañana —replicó Nol, muy serio— y entrarás en calor...

Skar enmudeció. Nol figuraría probablemente, por mera testarudez, entre los

supervivientes de la expedición, aunque sólo fuera para tener la última palabra.

Skar volvió junto a su caballo y, con torpes movimientos, empezó a soltar los arreos, rígidos y pesados a causa del hielo. Necesitó bastante rato para lograr abrir las hebillas y, entonces, la silla se le escurrió de los insensibles dedos y cayó al suelo. El satái lanzó un juramento y maldijo el frío que hacía. Habían escapado del terrible desfiladero, pero la relativa tibieza de ahora no era más que una ilusión. La temperatura seguía muy por debajo del punto de congelación.

Por fin se puso de pie, avanzó con piernas envaradas hacia Beral y le tocó el costado con la punta de la bota. El rastreador emitió un leve gemido, pero Skar dudó de que hubiese notado nada. Seguramente, su reacción había sido sólo un reflejo.

Se acuclilló entonces con un suspiro, agarró a Beral por los hombros y lo sacudió. El hombre hizo un débil movimiento de rechazo y gimió de nuevo cuando Skar lo giró para ponerlo de espaldas. Tenía la cara llena de nieve pegada. El satái soltó una maldición al comprobar lo rápida que era su respiración. Se levantó con dificultad, luchando para no perder el equilibrio en la resbaladiza nieve, le tiró de los pelos con violencia para alzarlo y lo abofeteó un par de veces. La cabeza de Beral voló hacia atrás y se bamboleó de un lado a otro como una marioneta gigante cuyos hilos hubieran sido cortados de repente. La mano de Skar ardía como el fuego, y éste tuvo miedo, por unos instantes, de haber pegado con demasiada fuerza al compañero. Beral era de constitución tan delicada como un niño. Podía ser resistente, mucho más resistente de lo que uno suponía al ver su cuerpo de muchacho, pero también era vulnerable.

—¿Qué... qué sucede?

Beral abrió de mala gana los ojos, intentó apartar de sí la mano que lo sujetaba e hizo un gesto de dolor con los labios.

Skar lo soltó, retrocedió medio paso y observó cómo el rastreador se dejaba caer nuevamente de cara contra la nieve.

—Eres un bárbaro —murmuró Beral de manera confusa—. Un bruto sin remedio. Tendrías que ayudarme, en vez de hundirme el cráneo.

El satái rió.

—Valdrá más que te alces antes de que me ponga brutal de verdad.

Beral se movió de mal humor, dio media vuelta y se cubrió la cara con las manos. Tenía amoratadas las yemas de los dedos, y las uñas del pulgar y de los dedos índice y cordial de la mano derecha empezaban a desprenderse. Heladas.

—Si aquí no hiciera tanto frío —musitó Beral—, creería estar en el infierno.

—¿Y quién te dice que en el infierno no hace frío?

—¿Qué?

—¿Nunca oíste hablar de un frío de mil demonios? —bromeó Skar. Luego se puso serio, se agachó y puso de pie a Beral como si se tratara de un juguete.

—¡Muévete! —añadió—. Morirás helado, si te quedas tendido en la nieve.

Beral hizo un gesto afirmativo, no sin esfuerzo; murmuró algo lejanamente parecido a «gracias», pero que también habría podido ser una maldición en su lengua materna, y dio un paso inseguro. De su mano derecha brotaba la sangre, que pintaba pequeños circulitos rojos en la blanca capa.

Skar aguardó a tener la certeza de que Beral era capaz de sostenerse solo, y volvió al lado de su caballo. El animal relinchó inquieto, agitó la cola e intentó morderle la mano cuando él quiso acariciarle. Era evidente que tenía miedo. Se veía en el llamear de sus ojos y en el nervioso temblor de sus grandes ollares. El pobre estaba tan exhausto como todos ellos. Era un hermoso ejemplar negro cuando Rayan se lo había dado junto con las demás monturas. El navegante que le había hecho prometer que cuidaría del caballo. y él había dado su palabra, pero sin poder cumplirla después. Debía estar contento de tener aún la fuerza suficiente para cuidar de sí mismo.

Acarició el cuello del animal, para tranquilizarlo, le susurró unas quedas e inútiles palabras al oído y esperó a que dejara de temblar. A continuación se dedicó a acabar de desmontar su equipaje. Al menos, lo intentó. Las correas estaban duras como la piedra, de tanto frío, y las hebillas de cobre se habían enfriado de tal forma, que los dedos se le pegaban al metal. Luchó durante unos segundos por conseguirlo, entre maldiciones, pero al fin se rindió y volvió a enderezarse, malhumorado. Le sangraban las manos, y algunos jirones de piel habían quedado enganchados a las hebillas.

—¿Estás disgustado?

Skar dio media vuelta y clavó una mirada furiosa en la cara zorruna de Tantor. El enano se había envuelto en la capa de Arsan, que le sobraba por todas partes, y además se protegía la cabeza con una enorme gorra de piel. Su aspecto era más que nunca el de un taimado gnomo.

Skar gruñó algo ininteligible, ahuecó los dedos y sopló dentro. No le sirvió de nada, pero al menos se hizo la ilusión de que se calentaba un poco las entumecidas manos.

—Yo te ayudaré —dijo Tantor, a la vez que se apresuraba a agacharse para coger la silla, pero Skar lo apartó de un puntapié.

—¡Largo de aquí!

Tantor se levantó rápidamente y miró parpadeante al satái. Todavía sonreía. Skar se dijo que algún día pondría fin a esa sonrisa con un puñetazo. Quizás incluso hoy.

—¡Desaparece de mi vista! —gritó—. ya me arreglo solo.

El enano ignoró sus palabras, introdujo una mano en su capa y sacó una raída bolsa de cuero.

—Toma esto —dijo—. Le sentará bien a tus manos.

Skar contempló con recelo la bolsa y se encogió de hombros. Tantor dio unos pasitos adelante y lo invitó a aceptarla con un gesto.

—¡Tómalo! ¡Verás cómo me lo agradeces!

Skar alargó vacilante la mano. Sus dedos rozaron los del enano. La piel de Tantor estaba helada y se notaba muy lisa. El satái recordó el tacto de la piel de Beral: húmeda, fría y áspera, pero humana pese a todo. La del enano, en cambio, le hacía pensar en la cera.

Aun así, tomó la bolsa.

—¡Ábrela!

Skar obedeció indeciso. Un polvo parduzco y granular cayó sobre la palma de su mano.

—Tienes que frotarte entre los dedos ese polvo —explicó Tantor—. Te aliviará.

Skar estudió unos segundos el polvo, con desconfianza, antes de hacer lo que recomendaba el enano. Pero el efecto prometido se presentó casi en el acto. Notó que la piel se le ponía suave de nuevo, y que la sangre le circulaba más deprisa. Los dedos se le calentaron, y un hormigueo los recorrió. El dolor se hizo más intenso que antes, pero al menos podía moverlos.

Cerró la bolsa, ignoró la mano extendida de Tantor y se guardó el saquito debajo de la capa. La sonrisa del enano se apagó. Miró con enojo a Skar, se volvió bruscamente y se alejó por la nieve.

Skar hizo una mueca maliciosa. Tantor no le caía simpático, y no estaba seguro de que ello fuese sólo resultado de las circunstancias en que lo había conocido. Aunque él no se esforzaba en disimular sus sentimientos, Tantor siempre estaba cerca de él, procurando protegerlo y defenderlo como si su misión consistiera en hacer de niñera suya.

El satái dirigió una última mirada de hostilidad a Tantor y se dedicó de nuevo a su equipo. Esta vez procuró tener el cuidado de no tocar las partes metálicas con la piel desnuda. Las yemas de los dedos apenas le dolían ya, pero eso se debía sin duda a los polvos de Tantor y al frío entumecedor. No podía permitirse heridas de ese tipo.

Necesitó bastante rato para desempaquetar sus cosas y quitarles un poco el hielo y la capa de cieno. No era mucho lo que llevaba consigo. Las provisiones estaban casi agotadas, y todo cuanto le haría falta en Combat eran su buen sentido común y dos

fuertes manos. «Quizá también la espada —pensó—. y tanta suerte, más o menos, como necesita quien se adentre en el desierto con una azada y empiece a cavar, esperando descubrir una vena de agua».

Skar extrajo la espada de la vaina, la hizo girar lentamente y contempló los plateados reflejos de la luz de las estrellas en el metal. Era una buena arma. No tan buena como su *tchekal*, desde luego, pero sin duda la mejor que podía adquirirse por dinero en Ikne, del mismo modo en que todo el equipo proporcionado por Vela era de la máxima calidad.

Su mirada buscó una vez más el cielo y se detuvo un instante en la roja franja de Occidente. El enemigo que allí les aguardaba no podía ser derrotado con una espada.

Envainó el arma, tomó el haz de leña cuidadosamente envuelto en mantas y se acercó a los demás.

Ya estaba preparado el lugar del fuego. Los habitantes de los pantanos habían acarreado guijarros sueltos desde la entrada de la cueva, y habían formado con ellos un círculo de sesenta centímetros de altura. Habían eliminado de su interior la nieve y el cieno, para dejar desnuda la roca. Skar arrojó su haz de leña sobre los de los demás y se dejó caer con un suspiro al lado de Arsan. Apenas se dio cuenta de que su mano buscaba la otra pequeña bolsa de cuero que llevaba debajo de la capa. Durante las últimas semanas la había palpado con harta frecuencia. Sus dedos conocían los mas mínimos detalles de aquella bolsa que guardaba a la altura del pecho: cada desigualdad del material, cada grieta. y notaron con dolorosa certidumbre lo delgado que se había vuelto el saquito. También éste se había consumido durante el paso a través de las montañas.

—¡Qué alivio sentiré cuando haya terminado todo! —murmuró Arsan.

Skar alzó la vista, pero Arsan miraba el suelo con ojos vacíos, que parecían ciegos. Por consiguiente, Skar ni siquiera supo si aquellas palabras habían ido dirigidas a él.

Conocía al menudo kohner desde los días a bordo del *Sharokaan*, de aquel velero en el que habían hecho la mayor parte del camino después de la afortunada huida de Ikne: Besh arriba, dejando atrás los pantanos de Cosh, hasta muy entrado el Norte. El barco era demasiado lento y grande para conducirlos hasta la Cordillera de las Sombras, allí donde nacía el Besh, pero aun así habían pasado diez días a bordo del velero de tres palos: la última ocasión en que habían comido y dormido lo suficiente. A pesar de todas las diferencias, el rostro de Arsan, demacrado por el dolor y el agotamiento, le recordaba el de Rayan, capitán y propietario del *Sharokaan*. Rayan tenía más edad, y a no dudarlo pesaba el doble, si no más, pero sus ojos eran iguales a

los de Arsan. Ojos hambrientos, ojos en los que ardía un fuego inextinguible, algo que asombraba y, a la vez, atemorizaba a Skar.

—Pronto entraremos en calor —respondió a falta de una contestación más acertada.

Arsan meneó la cabeza, tomó un puñado de nieve y dejó que los húmedos copos cayeran por entre sus dedos cual pegajosa arena.

—Nunca volveremos a sentir calor —dijo—. Tú quizá te lo imagines, pero no es cierto.

Su risa, ronca y dura, hizo estremecer a Skar. El kohner juntó las manos delante de las encogidas rodillas y levantó la mirada. Una resignada sonrisa pasó por su cara.

—Vamos a morir. ¿Lo sabes? —añadió.

Skar no lo contradijo.

Arsan interpretó su silencio como una afirmación.

—Lo sabes. ya estamos muertos. Lo que ocurre es que todavía no nos hemos enterado. O quizá lo sepamos, sí, pero no queremos aceptarlo. ya estamos muertos. Diez muertos vivientes, que por mera testarudez no se han desplomado aún.

—¡Cállate! —gruñó Skar.

Arsan volvió a sacudir la cabeza.

—No debería haber venido nunca —declaró con tranquilidad—. ¡Nunca!

Rió de nuevo, pero ahora diríase que contenía un sollozo.

—¿Por qué estamos aquí? —murmuró en voz tan baja que Skar tuvo dificultad para oírlo—. ¿Por qué estás tú aquí, Skar? ¿Por dinero? ¿Por ansias de poder? ¿Por una mujer? —y sus siguientes palabras fueron acompañadas por otra risa, más sonora y amarga—. ¿Quieres saber por qué estoy yo aquí, Skar?

—No —respondió el satái.

—Por dinero —confesó Arsan—. Vine por dinero. Por una gran cantidad de dinero, Skar. Mucho más del que un hombre como yo podría ganar en toda su vida. ¿Sabes que soy el único, entre todos vosotros, que antes llevaba una existencia normal?

Skar hizo una mueca.

—Basta ya, Arsan. Estás tan agotado como todos nosotros. No te metas cosas raras en la cabeza.

—No estoy cansado —replicó Arsan—. Nunca había tenido la cabeza tan clara como en este momento. Toda la vida actué como un idiota, y la peor idiotez de todas fue venir aquí. Si pierdo la vida, me estará bien empleado. Me enredé por afán de dinero. Por nada más. Tendría que haber sido más listo. Siempre fui pobre, ¿sabes?

Realmente pobre —dijo después de una pausa en la que miró al suelo y tragó saliva.

Skar esbozó una sonrisa.

—Pero... ¿eras feliz? —preguntó en broma.

Arsan permaneció serio.

—No, Skar. El hombre que inventó la frase de «Pobre, pero feliz» tuvo que ser muy rico. El pobre nunca es feliz. ¿Cómo puede ser feliz quien se muere de hambre? yo era pobre y creí tener una oportunidad. Debería haber sido más listo.

Skar buscó inútilmente algo que decir, pero no halló nada. ¿Cómo podía él consolar a alguien, si en su interior sólo había un vacío tremendo y, además, un odio desvalido?

—¿Y tú? —inquirió Arsan.

Durante unos instantes, Skar estuvo tentado de hablarle al kohner de la bolsa de cuero que llevaba debajo de la capa, colgada del cuello, y que cada vez estaba más vacía, de las reservas de vida que le quedaban; pero al fin no lo hizo. Todos ellos habían tenido sus motivos para formar parte de la expedición, motivos muy serios sin duda, pero los suyos no tenían por qué importarle a Arsan, del mismo modo en que los que éste tuviera no eran de la incumbencia ajena. Skar prefería ignorar las causas de la participación de Arsan, Beral, Nol y los demás en la aventura. Él era, oficialmente, su comandante, si bien hasta el momento no había tenido ocasión de ejercer ese cargo, pero en ningún caso se consideraba el confesor. Que Arsan le explicara ahora toda su historia era una casualidad debida a la circunstancia de que estaban sentados uno al lado del otro. Arsan se lo hubiese contado a cualquier otro, con las mismas palabras y la misma pena. Era pura casualidad, sí. Arsan estaba extenuado, quizás un poco más que los otros, aunque no mucho más. Habría hablado del mismo modo con una piedra o con su caballo.

—No quieres decirlo, ¿eh? —preguntó Arsan.

—Es cierto —admitió Skar—. Tampoco deseo ahondar en el motivo por el cuál estamos aquí. Estamos, sencillamente. y cada cual sabrá por qué vino. Eso basta.

Al levantar la mirada, se encontró con la de Nol. En los ojos del malabés hubo un centelleo burlón. Había seguido la conversación pese a estar sentado al otro lado del fuego, pero hasta el momento había callado.

Arsan fue a decir algo más, pero entonces se puso de pie el enano Tantor, y el kohner bajó rápidamente la vista. Al contrario que Skar, Arsan no odiaba al enano. Lo temía del mismo modo en que, por lo visto, temía a todos los demás. No sólo a los miembros del grupo, sino incluso a todos los hombres. ya en el barco y durante la marcha a caballo a través de las montañas se había mostrado muy silencioso y

reservado, y Skar se preguntó en más de una ocasión para qué los habría acompañado.

Tantor se acercó al fuego. Se había quitado la capa, pero seguía con la enorme gorra puesta. Sacó entonces un puñado de un polvo blanco de uno de los incontables bolsillos de su jubón de cuero y lo esparció sobre la menuda leña, al mismo tiempo que sus labios pronunciaban rápidas y entrecortadas palabras en una extraña lengua.

El enano se puso a danzar alrededor del lugar preparado para el fuego, alzó las manos en un gesto conjurador y empezó a cantar con voz estridente y desafinada. Luego echó más polvos sobre la leña. Una diminuta llama amarilla resplandeció, vaciló y se apagó. Tantor continuó saltando alrededor de la leña.

—¡Cuánta farsa! —dijo Nol—. Todo lo hace para darse importancia. Un día de éstos se olvidará de representar su función y pondrá cara de tonto cuando, de cualquier modo, la leña arda.

Hablaba en voz tan alta, que Tantor tuvo que oírlo a pesar de sus propios gritos. Pero el enano lo ignoró. Todos ignoraban a Nol en la medida de lo posible.

La leña comenzó a arder. Primero, de manera vacilante y produciendo mucho humo. Luego, cuando los polvos hubieron secado y encendido la madera, con altas y crepitantes llamas que, al menos por unos instantes, pudieron con el frío y la oscuridad de la noche.

Skar se inclinó hacia adelante para recibir todo el calor posible. El fuego calentaba más que uno normal, y la leña apenas se consumía. Los haces seguían tal cual los habían arrojado, y se mantendrían hasta bien entrada la mañana siguiente, esparciendo calorcillo. Sin la magia de Tantor, no hubiesen soportado ni la primera noche en las montañas. El fuego era la especialidad de Tantor. El fuego y el hielo.

Skar permaneció inmóvil durante largos minutos, saboreando el calor que penetraba a oleadas en su cuerpo. El gélido frío se resistía a abandonar sus ateridos miembros, y con el calor le llegó el cansancio. Pero esta vez no se resistió. Se dejó caer hacia atrás, estiró brazos y piernas, contempló las llamas entre parpadeos y, finalmente, cerró los ojos. El fuego dejó persistentes imágenes en sus retinas.

Sus dedos se cerraron alrededor de la bolsa que llevaba colgada a la altura del pecho. Intentó contar las bolas que contenía y calcular cuándo tomaría la última, pero ya no pudo acabar de pensarlo.

Se había dormido bajo el cielo en llamas de Combat.

Capítulo 2

Una pesadísima losa le oprimía el pecho. Trató de respirar, pero la roca le apretaba la caja torácica y torturaba cada una de las fibras de su cuerpo, como si el mismo cielo se hubiese precipitado sobre él para aplastarlo. Quiso gritar pero ni siquiera eso consiguió. Tenía el cuerpo paralizado, rígido, todo él un solo y espantoso calambre. No podía respirar, se ahogaba... Pero, misteriosamente, seguía vivo a pesar del terrible peso en su pecho y del vacío que sentía en los pulmones. Era como una muerte interminable, una agonía ininterrumpida y angustiosa, para la que no había liberación final. Skar abrió la boca e intentó respirar y deshacerse del invisible peso. Creyó que sus pulmones iban a reventar. Un fuego líquido empezó a quemar su cuerpo desde dentro. El satái se rebeló, luchó con toda la enorme fuerza de su cuerpo contra aquella presión y cayó hacia atrás con un ronco grito. Todos los esfuerzos realizados parecían estrechar todavía más el aro de acero que le oprimía el pecho. El suelo sobre el que yacía se hizo súbitamente blando y elástico, aunque al mismo tiempo era resistente, como una masa espesa, semejante a la goma, en la que Skar se iba hundiendo milímetro tras milímetro. El hombre jadeo; de repente pudo volver a respirar y quiso levantarse de un salto, pero en vez de la mortal presión había ahora algo debajo de él..., algo que le sujetaba y tiraba de él hacia las profundidades con la misma fuerza con que antes lo había apretado contra el suelo. Skar se miró el cuerpo, y vio que le había desaparecido casi la mitad. Donde antes estaban las piernas, gorgoteaba ahora un negro lago, y se dio cuenta de que no descansaba sobre la roca, sino sobre una masa oscura y amorfa, una superficie al parecer interminable de diminutos seres de múltiples patas: escarabajos, arañas, cucarachas de negra y brillante quitina, que lenta y majestuosamente se movían sobre su cuerpo, a la vez que lo devoraban, lo absorbían y chupaban de él...

* * *

Skar despertó con un fatigoso quejido. Las angustias de la pesadilla se disiparon como la niebla matutina arrastrada por el viento, pero en su interior quedó un pequeño resto de aquel peso sordo, algo que no pertenecía al sueño, sino a sí mismo, un oscuro acompañante que residía en su interior desde hacía cuarenta días y que cada mañana resultaba peor y más poderoso. La noche había cedido a la claridad; el cielo era azul, casi blanco, y los colores parecían extrañamente equivocados, desplazados en una dirección que ya no pertenecía a este mundo. Unos hilos grises y temblorosos se movían cual telarañas vivas por el cuerpo de Skar, envolviendo su cerebro, sus ojos... Skar gimió. Le dolía la mano y tenía tanto frío que, pese a las tres mantas y al fuego todavía llameante, temblaba de pies a cabeza. Alzó la mano, buscó con movimiento inseguro la bolsa y trató de abrirla. Los dedos no le obedecían y la gris red de su interior se hizo más espesa. De nuevo tuvo sensación de ahogo, y ahora era cierto que no podía respirar. Por fin pudo extraer una de las lisas bolas marrones y metérsela en

la boca. Había perdido el control de los músculos faciales. Los labios le temblaban, y un hilillo de saliva caía de la comisura de la boca y se perdía en la capa de piel, con lo que ésta se humedeció poco a poco y se puso fría y dura.

Skar tragó violentamente, cerró los ojos y esperó el efecto, que tardó en producirse. Desde la primera bola, el contraveneno tardaba cada vez más en actuar. Su cuerpo empezaba a acostumbrarse a él y, de no haber rehuído con horror el pensamiento, habría podido calcular qué día necesitaría tomar dos de aquellas bolas marrones en lugar de una.

Por fin logró quedar medio sentado y medio acurrucado. Tenía los músculos rígidos y doloridos. Al mirar a su alrededor, comprobó que sus compañeros no estaban mejor que él. A pesar del fuego, el frío había penetrado en el círculo, salvando la barrera de llamas y chisporroteante calor como un pequeño y astuto animal, para dejar sus cuerpos entumecidos y helados. No para ponerlos en verdadero peligro, pero sí como advertencia muda de que se encontraban en su reino y de que, a la larga, fracasaría cualquier intento de plantarle cara.

Con excepción de Tantor, que dormía envuelto en sus mantas como una pequeña pelota de piel al otro lado del fuego, Skar había sido el último en despertar, y detrás de su mente seguía aquella sorda presión, una sensación que quedaba apenas debajo del límite del dolor real: el recuerdo de la pesadilla pasada, pero también el miedo que no se apartaba de él desde hacía semanas y, como el frío, estaba siempre presente. Incluso ahora, inmediatamente después de despertar, era incapaz de acordarse de todos los detalles del sueño, pero tampoco era necesario. Cada noche soñaba lo mismo.

Su mano volvió a buscar la bolsa de cuero. El contenido se había reducido a menos de la mitad: treinta días, cuarenta si contaba las cinco bolas que había apartado como ración de reserva. Quizá pudiera alargarlo un poco más si el camino de regreso no era tan penoso como el de ida. Su cuerpo consumía más contraveneno, a medida que aumentaba la fatiga. ya en el barco había empezado a alargar el tiempo hasta la toma de la bola siguiente, aunque fuesen pocas horas, pero que, sumadas, podían llegar a representar tres días. No mucho, pero sí una eternidad cuando la vida se contaba en horas.

El recuerdo de Vela, que lo había colocado en el umbral de la muerte, le produjo espanto.

Skar se arrodilló del todo y se frotó las manos encima del ruego. Una ráfaga de viento sopló sobre el valle, se quebró en las espejeantes paredes de roca y levantó una nube de fina nieve, que quedó en el aire como polvo y sólo lentamente fue descendiendo. Los caballos relinchaban nerviosos.

El satái volvió a mirar hacia Occidente. La oscura y amenazadora franja roja se había hecho casi imperceptible, pero continuaba allí.

Se alzó con torpeza, se envolvió en su capa entre tiritones y, después de una breve vacilación, se echó otra manta sobre los hombros. El frío había anidado en sus huesos, y le costaba retirarse.

Skar se puso a caminar despacio en círculos, golpeando el suelo con los pies para hacer circular la sangre. Los dedos de las manos y de los pies le dolían como si por sus venas no corriera sangre, sino un río de minúsculas partículas de hielo que lo destrozaban poco a poco por dentro. Sabía, sin embargo, que el dolor cedería pronto. Hacía frío, pero no tanto que significara un verdadero riesgo para ellos. Con la protección del valle, las temperaturas eran sólo apenas inferiores a los cero grados. Suficientemente bajas para morir helados si se tendían a dormir, pero no lo bastante frías como para poner en serio peligro a un hombre que se movía e iba abrigado.

Le llamó la atención el silencio. Aunque eran diez personas y casi veinte caballos, lo único que se percibía en el valle era el creciente y decreciente aullar del viento. El satái se ciñó más la manta y buscó a Arsan con la vista. El kohner se encontraba en el otro extremo de la hondonada, cerca de la salida de la cueva. No podía distinguir qué hacía, ni si hacía algo en realidad. Parecía estar apoyado, simplemente, y contemplar la oscuridad que había al otro lado de la dentada abertura.

Skar rodeó el fuego, pasó por encima del dormido enano y se acercó despacio a Arsan.

El kohner volvió la cabeza al percibir a sus espaldas los pasos del satái. Durante unos segundos, la mirada de sus ojos pareció vacía, un poco extraviada, como si despertara de un profundo sueño y se preguntase cómo había llegado a ese lugar y qué quería hacer, pero luego sonrió.

—¿Crees que ahora no es peligroso entrar? —dijo a modo de saludo.

Skar lanzó una fugaz mirada al extraño agujero de la pared de roca y se encogió de hombros. Conocía aquella parte de la montaña tan poco como Arsan o cualquiera de los demás, pero una de las primeras reglas que habían aprendido era la de no penetrar nunca en una cueva después de anochecer. No era mucho lo que sabía acerca de las arañas de la nieve: sólo había oído decir que existían, que se las hallaba exclusivamente en esa parte del mundo y, aun aquí, nada más que en los rincones más intransitables de la cordillera; que vivían en cuevas y que, al salir el sol, caían en una rigidez semejante a la de la muerte, con lo que eran fácil presa de sus enemigos. Nunca había visto uno de esos animales, pero su sola forma de vida ya le parecía una injusticia del destino. Una vez anochecido, las arañas eran unas fieras crueles y casi

invencibles, mientras que durante las horas del día ni siquiera podían defenderse del atacante más débil. Sin duda ése era uno de los motivos por los que casi se habían extinguido.

—No lo sé —dijo Skar al cabo de un rato—. Pero es de día.

Arsan lo miró poco convencido.

—Aquí fuera, sí —contestó.

El satái meneó la cabeza.

—No despiertan hasta después de la puesta del sol.

—¿Y en qué se diferencia ahí dentro el día de la noche? —inquirió Arsan.

Skar no supo qué responder a esa pregunta, que tampoco le interesaba demasiado.

—Ya lo averiguaremos —dijo en tono despreocupado—. Dentro de una hora, como mucho, debemos ponernos en marcha. El camino de la llanura todavía es largo, y no quisiera pasar otra noche en las montañas.

Arsan hizo un gesto de conformidad, echó la cabeza hacia atrás y parpadeó. Aunque el sol lucía deslumbrante en el cielo, el frío era intenso, y la llameante y roja luz parecía no ser más que una amarga mofa.

Skar se estremeció. Mas no era el frío lo que le hacía tiritar. No esta vez.

—Volvamos junto al fuego —dijo—. Aún queda un poco de leña. Nos conviene calentarnos un poco, antes de partir. Sin duda, el descenso será peligroso, y no tengo ganas de romperme el cuello, sólo por no ser capaz de sostener debidamente las riendas.

Arsan seguía con la vista fija en la oscura boca de la cueva, como si no hubiese oído las palabras de Skar. Su cara no expresaba nada, y toda su postura resultaba rígida y violenta.

—¿Sabes —murmuró sin apartar la mirada de la negra garganta— que he permanecido aquí casi toda la noche?

Skar no respondió. Sólo en apariencia había sido una pregunta la frase pronunciada por Arsan.

—No me he movido de aquí, diciéndome si no era mejor entrar de una vez y terminar —continuó Arsan tras un silencio de varios segundos—. Entrar y terminar —repitió—. ¿No lo consideras una locura?

—No —contestó Skar—. Ninguna locura.

Comprendía de sobras al kohner. Arsan no debía haberlos acompañado. Se había unido al grupo pese a tener la certeza de que moriría, y era de suponer que durante todo el camino sólo había pensado en la muerte. No era un héroe. Ni siquiera era valiente. No era más que un hombre menudo y desesperado, que había confiado en

tener su oportunidad. Sin embargo, debía de haber algo especial en él, algo que Skar aún no había descubierto y que el propio Arsan desconocía, pero que había movido a Vela a hacérselo llevar. De súbito, Skar comprendió que tenía la obligación de ocuparse del kohner, si no ya como persona, al menos en su calidad de comandante del grupo, porque, de no hacerlo, quizá se diera cuenta demasiado tarde de en qué consistía el talento especial de ese hombre menudo y tristón.

—Últimamente hablas mucho de la muerte —dijo en tono de reprensión.

Le sorprendió ver sonreír a Arsan.

—Sabía que dirías eso —replicó.

—¿De veras?

—Yo sé siempre lo que en determinada situación dirás o harás —prosiguió Arsan.

Skar miró desconcertado al moreno kohner.

—¿Tan fáciles son de adivinar mis intenciones?

Arsan hizo un gesto afirmativo.

—Más difíciles que las de los otros —respondió—, pero también en tu caso lo consigo. Es muy sencillo ver lo que hay detrás del rostro de una persona.

—¿Tú... lees los pensamientos? —se atragantó Skar.

—No —se apresuró a responder Arsan—, pero observo. Tengo ojos para ver y orejas para oír. Os conozco a todos, Skar. No sólo a ti —dijo, a la vez que se volvía y señalaba a los demás, uno tras otro—. En realidad, ninguno de ellos es lo que aparenta, pero la mayoría ni se da cuenta. Todos esos compañeros llevan máscara, Skar. También tú. Toma como ejemplo a Beral —continuó, al ver que el satái lo miraba con expresión de duda—. Se hace el loco, pero en realidad no es más que un pobre viejo amargado, que ha vivido demasiado y ahora provoca a la muerte. Gerrion quizá sea el más sincero de todos. Un asesino a quien divierte matar y que vino por mero deseo de aventuras.

Aquí hizo una pausa, miró a Skar y señaló con un movimiento de la cara a Gowenna, que estaba de pie junto a su caballo, ocupada en asegurar la silla de montar. El sencillo escudo triangular sujeto a su espalda brillaba como si lo acabasen de pulir.

—Ella sólo vino como desafío. y por seguirte a ti.

—¿A mí? —exclamo Skar, sorprendido.

—Claro. Tú eres un satái, y su orgullo no le permitía esquivar un desafío al que tú te presentabas. Vino para estar presente cuando pierdas. Quiere presenciar tu derrota, no tu victoria. Te odia, Skar.

Skar se tragó la respuesta que tenía en la punta de la lengua. Arsan estaba más cerca de la verdad de lo que él mismo se imaginaba.

—Y tú también la odias —agregó Arsan—. No sé por qué, pero sólo uno de vosotros dos regresará a Ikne.

Skar rió, pero su voz sonó falsa y confirmó aún más la afirmación de Arsan.

—¿Me crees capaz de matarla? —preguntó.

—Lo harás si uno de vosotros dos no muere en Combat. Tú la matarás o morirás en sus manos, Skar. Gowenna resulta la más fácil de observar. Odia a los hombres y te odia a ti porque simbolizas todo aquello que, a sus ojos, hace al hombre. Valor, fuerza, decisión...

Skar lo interrumpió antes de que pudiera enumerar más excelencias.

—Creo que aprecias a Gowenna en menos de lo que vale —señaló—. No sólo sabe manejar la espada, sino que es...

—Inteligente, ya lo sé —completó Arsan la frase—. y, en el fondo, le consta que no tiene razón. La fuerza y la capacidad de manejar una espada no hacen al hombre. Pero eso es lo que ella quisiera ser. y, como lo sabe, te odia aún más. Te desafiará, Skar. y lo hará en el momento en que se crea superior a ti. ¡Ten cuidado con ella!

—Sigue —dijo Skar, al ver que Arsan se interrumpía.

—No tengo nada más que añadir. Sólo quedan los habitantes de los pantanos, Tantor y... nosotros dos. Sobre el enano no vale la pena perder ni una palabra —dijo Arsan con un gesto de desprecio—. Sabes tan bien como yo lo que podemos esperar de él. Es los ojos y los brazos de Vela. y, en cuanto a los habitantes de los pantanos, ¿quién es capaz de averiguar lo que hay detrás de su frente?

—¿Y yo?

Arsan sonrió de nuevo.

—Deberías saberlo mejor que yo, Skar.

—Tal vez. Pero también cabe la posibilidad de que no quiera saberlo.

—¿Y tú pretendes que yo le diga a un hombre qué lo ha hecho huir hasta el fin del mundo?

—¿Quién te dice que huyo de algo? Quizá sea justamente al revés, y me encuentre aquí por casualidad. Tal vez no haya ningún motivo para mi presencia en este lugar, y lo más sensato fuera que estuviese a unos cuantos centenares de kilómetros de distancia.

—Eso desde luego —asintió Arsan—. Pero eso podría aplicarse a cualquiera de nosotros. Ignoro por qué viniste, Skar. A veces sé cómo reaccionarás, pero no el porqué. No..., no encaja contigo.

Skar hubiese podido contestar muchas cosas, pero algo le impedía confiar por completo en Arsan. No era recelo. La sinceridad de Arsan era verdadera, no fingida, y

el modo que el kohner tenía de hablar con tanta franqueza no era otra cosa, probablemente, que una oculta petición de ayuda. Sin embargo, él no se sentía capaz de corresponder de la misma forma a la confianza que le demostraba el kohner. Todavía no. Tal vez más adelante, si aún vivían y si entonces volvía a lograr confiar en un desconocido. A veces tenía la sensación de que Vela había herido algo más profundo que su orgullo.

—Tienes razón —dijo por fin—. No encaja conmigo.

Skar se dio cuenta de que Arsan esperaba más, quizás una explicación o incluso una tímida palabra de amistad, una sonrisa, pero no agregó nada, sino que se volvió en redondo y regresó junto a su caballo.

Pasó un rato ordenando sus cosas y luego se ocupó del animal; se concentró en todo ello con una energía casi furiosa, contento de tener una tarea que realizar, algo que, aunque no le diera en qué pensar, por lo menos mantuviese ocupadas sus manos.

El caballo, nervioso, retrocedió una y otra vez cuando intentaba ensillarlo. Las correas, endurecidas por el hielo, le habían desgarrado la piel e inflamado las carnes. Era evidente que el pobre jamelgo sufría mucho. Skar tuvo que emplear todo su poder de persuasión y toda su paciencia para colocarle la silla y las alforjas, y al final fue el último en avanzar a través del valle en dirección a la boca de la cueva, llevando al caballo de las riendas. Los demás ya se habían reunido delante de la dentada abertura y lo esperaban, pero nadie expresó su impaciencia. A Skar le llamó la atención el extraño y tenso silencio que el pequeño grupo se esforzaba en mantener. Incluso los tres seres de los pantanos, que apenas habían pronunciado diez frases coherentes desde que habían partido de Ikne, parecían más callados que de costumbre. Sus ropas eran ahora blancas, y sus rostros y manos habían adquirido un tono gris, surcado de líneas blanquinosas y pardas, que los hacía casi invisibles. Como le sucedía siempre que contemplaba a aquellos individuos camaleónicos, Skar sintió un ligero escalofrío. Había algo poco natural en ellos, algo que, a su modo, todavía le impresionaba más que las brujerías de Tantor.

Todos parecían nerviosos, con un nerviosismo que era difícil de describir, y que estaba entremezclado con temor y alivio. Temor de lo que podía aguardarles, pero también alivio al pensar en que los sufrimientos llegarían pronto a su fin, de una forma u otra. Probablemente no eran tanto los esfuerzos físicos los que habían consumido sus energías, sino la angustiosa espera, la incertidumbre. Skar conocía de sobra ese estado de ánimo: lo había tenido incontables veces, antes de cada batalla en que le había tocado intervenir, antes de cada pelea sostenida. Los temores que escondía lo desconocido solían ser peores que la realidad. Aunque ninguno de ellos

sabía si al día siguiente estaría vivo, en su interior todos se alegraban de que hubiese pasado el tiempo de la espera.

Sin una sola palabra más penetraron en la gruta. Delante de la entrada había escombros; fragmentos de roca desprendidos por el agua que, después de irrumpir en el interior, se había helado, y que ahora formaban una rampa inclinada, fácil de subir incluso para los caballos. Continuaba al otro lado y les permitiría alcanzar sin problemas el suelo de la gruta. Skar recordó lo que los mapas de Vela indicaban acerca de esa gruta: formaba una sala de techo abovedado, casi tan alto como el de una catedral, de la que partían hacia el interior de la montaña tres túneles semicirculares. Sólo uno de ellos conducía a la meta. Los otros dos se adentraban en la roca y terminaban en un inexplorado y mortal laberinto, del que nadie había vuelto a salir jamás. Al igual que la gruta, los túneles eran artificiales: una parte del impresionante emplazamiento subterráneo donde los habitantes de Combat habían buscado refugio ante la ira de los dioses. Pero de nada les sirvió, porque los pocos supervivientes del hundimiento de la ciudad murieron allí abajo, de hambre y de sed, abrasados por el aliento de los dioses, que logró alcanzarlos pese a todo.

Skar apartó con disgusto semejantes pensamientos. Todo eso quedaba miles de años atrás, si no más, en el caso de que hubiera sucedido. Ahora la gruta no era más que un tremendo agujero muy cerca de la cumbre de la última montaña que aún los separaba de su meta. El túnel no era largo. Medía poco menos de un kilómetro, y no contenía nada que pudiese resultarles verdaderamente peligroso. Nada, aparte de los sustos que acechaban en ellos mismos.

—Necesitamos luz —dijo con voz extrañadamente sorda.

Skar había esperado un eco, pero aquellas paredes centelleantes y recubiertas de hielo parecían absorber cualquier ruido. Detrás de él se encendió de pronto una diminuta chispa amarilla, que en un abrir y cerrar de ojos se convirtió en la chisporroteante llama de una antorcha. El fuego produjo, como por arte de magia, oscilantes reflejos de luz y pequeñas y movedizas sombras en las paredes y en el suelo.

Con toda precaución, condujeron sus animales hasta el centro de la sala. Con excepción de Skar y Nol, no había nadie que no hubiera encendido su antorcha. La luz formaba una cúpula rojiza encima de sus cabezas, pero parecía alcanzar sólo pocos metros de extensión, antes de perderse en la eterna noche del interior de la montaña. Las paredes eran sombras negras, sin contornos, contra las que a veces se quebraba un solitario fragmento de luz. El suelo era más llano que en la entrada, y Skar no estaba seguro de si las líneas y marcas visibles en él a través de la espesa capa de

polvo pertenecían a un mosaico o eran simples grietas de la roca. Si, como Vela afirmaba, todo era de origen artificial, tenían que proceder con cuidado. Los señores de Combat habían sido poderosos, lo suficiente para querer competir con los dioses. y sus poderes mágicos conservaran tal vez su eficacia.

Alzó la mano para que los demás se detuvieran, se volvió en redondo sin lograr ver más que sombras negras y espesas y, con súbita energía, montó en su caballo. El animal hizo unos nerviosos escarceos y emitió un relincho. Era probable que su instinto le hiciera sentir con claridad la singularidad del mundo en que habían penetrado.

También los demás montaron. La gruta era tan grande, que podían cabalgar uno al lado del otro. Skar observó que la excitación general era ahora distinta, más tensa, más angustiada. Las manos de los hombres tocaban una y otra vez sus armas, y todos avanzaban como un rebaño de ovejas, más apretado de lo preciso.

Cuando alcanzaron el otro extremo de la sala, Skar hizo parar a su montura con una suave presión de los muslos. Allí estaban los túneles, tal como los había visto en el mapa de Vela: tres oscuros agujeros redondos muy juntos que se internaban en la roca. Uno de ellos estaba destruido, medio derrumbado y bloqueado por una insalvable pared de rocalla y de una materia petrificada y llena de ampollas. Skar intentó imaginarse las temperaturas que harían falta para derretir la maciza roca como si fuese cera, pero no lo consiguió.

Dio media vuelta en la silla y dirigió a Gowenna una mirada interrogante.

—El de en medio —dijo ella.

También su voz sonaba insegura, pese a que se esforzaba en parecer poco impresionada. Pero la magia de aquella gruta no era algo a lo que uno pudiera enfrentarse con valentía y arrojo, sino algo totalmente desconocido, que recorría las paredes y roía zonas del alma cuya existencia habían casi desconocido.

Skar hizo un mudo gesto afirmativo. Sus ojos se encontraron con los de Arsan, que estaban desmesuradamente abiertos. La cara del kohner se contrajo a la vacilante luz de las antorchas. Todos habían visto en el plano el símbolo de la araña, un círculo con ocho patas y una calavera en el centro.

—Démonos prisa —dijo con rudeza.

Penetrar en el túnel causaba una sensación rara. No era miedo en el sentido en que, hasta ahora, Skar había empleado la palabra, sino una opresión pesarosa y cosquilleante, como si con cada paso penetrara cada vez más en un rincón del mundo donde nada vivo podía existir. Era fácil sentir la edad de las paredes que lo envolvían, todos los siglos y milenios transcurridos desde su creación. El mundo se había

hundido y vuelto a resurgir desde la construcción de esas paredes, y algo de todos los milenios pasados había quedado en ellas, algo asfixiante y entristecedor, un trozo de eternidad materializada, el convencimiento de que todos los esfuerzos y toda lucha, por muy grande e importante que pudiera parecer el objetivo, carecían al fin y al cabo de sentido y no dejaban huella en el tiempo. De repente, Skar creyó tener dificultad para respirar.

Espoleó su caballo para que acelerara el paso. Al final del túnel había una diminuta mancha de color gris turbio: la luz del día, que entraba por la boca del otro lado. El suelo parecía pulido, de tan liso, y en el aire flotaba un olor dulzón, difícil de clasificar, que Skar tardó un rato en notar; algo que podía proceder de una putrefacción y que, sin embargo, no lo era. Skar prefirió no saber qué lo causaba.

Necesitaron menos de media hora para salir del túnel, que desembocaba, como si lo hubiesen cortado, en una llanura semicircular que, al igual que la galería, estaba libre de nieve y cieno. Una ráfaga de aire caliente golpeó a Skar. Del abismo que se abría al otro lado de la meseta ascendía un sordo pero vibrante retumbo, como si en las profundidades se agitara un poderoso e ignífero dragón.

El cielo estaba cubierto de pesadas y oscuras nubes, que brillaban en tonos amarillos, rojos y anaranjados por los reflejos de un imponente fuego.

Cabalgaron hasta el centro de la llanura, se apearon de sus monturas y caminaron juntos hacia el abismo.

A sus pies, como una estrella ardiente caída del cielo y profundamente incrustada en el resplandeciente cristal de Tuan, se hallaba Combat.

Durante varios minutos, nadie pronunció ni una sola palabra. Cada cual se había hecho su idea de la ciudad, quizá más impresionante y horrible que la de los demás. Pero la realidad lo superaba todo.

Skar no había creído nunca en los antiguos mitos y leyendas, ni siquiera en los últimos días, cuando el llameante fanal de Combat ya les indicaba el camino. Sabía que existía Combat, claro, pero había considerado exageradas y falsas todas las historias que circulaban acerca de la misteriosa ciudad, que la gente sólo se atrevía a relatar tapándose la boca con la mano.

No había exageración.

En el mismo momento en que vio la ciudad, supo que la realidad era todavía mucho más inverosímil y horripilante que todas las leyendas, y que la fantasía humana no había sido suficiente para describir las atrocidades del pasado. Había supuesto que Combat era algo sobrecogedor, pero ni siquiera esa palabra bastaba. La ciudad era monstruosa. Un verdadero monstruo de vidrio, cristal, acero y mármol que, incluso

ahora, era cien veces mayor que la ciudad más populosa que hubiera visto jamás.

Skar buscó inútilmente una comparación... Algo que, por sus dimensiones y su horribilidad, pudiese equipararse a aquella rugiente hoguera de los dioses. Hasta las poderosas murallas de Ikne tenían que parecer ridículas ante semejante acumulación de torres, muros y sillares.

La ciudad estaba trazada en forma de círculo. El cerco exterior, que contaba kilómetros y kilómetros, se componía de innumerables torres bajas y redondas, unidas por formidables trozos de muralla. Dentro, avanzando hacia el centro como los rayos de una rueda, había centenares y centenares de calles flanqueadas por edificios que por su tamaño y forma superaban todo lo visto por Skar. Gigantescas torres y agujas de resplandeciente acero azulado parecían perforar el cielo, unidas entre sí por una red de puentes y pasarelas de relucientes hilos de cristal, delgados como una tela de araña. A pesar de la gran distancia, Skar creyó distinguir incontables detalles, cosas que incluso a través del telón de fuego y calor seguían visibles, como si los fundadores de Combat hubiesen querido que también ahora pudiese admirarse la grandiosidad y magnificencia de su creación. Aquellas partes de la ciudad que no eran de acero y cristal habían sido totalmente edificadas con mármol blanco. Se trataba de construcciones monumentales que se alzaban unas junto a otras y encimadas entre sí, todas ensambladas, unidas por una arquitectura que era, a un mismo tiempo, repulsivamente extraña y de una belleza fascinante. En su inmaculada blancura reflejaban el humear de las llamas, como si quisieran burlarse de aquel fuego que desde hacía milenios las lamía con voracidad y que, sin embargo, no había logrado deteriorarlas. Entre medio se extendían magníficas avenidas bordeadas de hileras de titánicas columnas blancas rematadas con esculturas semejantes a mudos vigías: seres humanos y animales, pero también criaturas fabulosas, ya extinguidas o que quizá no habían existido nunca. Había plazas, infinitos espacios vacíos, ríos artificiales y gigantescos surtidores de mármol, de los cuales brotaba ahora fuego en vez de agua. Finalmente, en el centro de la ciudad se hallaba la cúpula principal, resplandeciente como un enorme ojo candente, menos alta que las torres y, no obstante, más imponente: una increíble piedra preciosa de millones y millones de facetas de idéntica talla, que a la cegadora luz de las llamas parecían correr de un lado a otro como diligentes y diminutos escarabajos de cristal.

Skar permaneció largo rato al borde de la meseta, incapaz de moverse o de sentir algo que no fuera asombro e incrédulo horror. Ni siquiera sabía lo que había esperado ver: tal vez una especie de hoguera, unas impresionantes ruinas ardientes, que arrojaban llamas, ceniza y magma al cielo..., pero lo que tenía ante sus ojos lo

paralizaba. La ciudad estaba cubierta por una descomunal campana de llamas y calor, una semiesfera de ruego, de la que sobresalían las puntas de las torres como dedos chispeantes. Pero no había sufrido daño. Detrás del abrasador telón que el aliento de los dioses había extendido sobre ella, se conservaba perfecta, reluciente y hermosa como el primer día, imponente y terrible, bella e indescriptiblemente fea a la vez, un monumento de poder, con el que ni siquiera las eternas llamas del fuego divino habían podido. Los fundadores de Combat se habían rebelado contra los dioses y habían resultado exterminados, pero su obra había sobrevivido. El aliento de los dioses había cubierto su ciudad de unas llamas que arderían mientras el sol luciera en el cielo y el mundo girara, mas ni siquiera éstas habían conseguido quebrar su fuerza. La omnipotencia de Combat estaba dominada, pero aún existía e incluso plantaba cara a las fuerzas que habían levantado las montañas que se elevaban a sus espaldas y fundido las llanuras de Tuan hasta transformarlas en quebradizo cristal, y sólo esperaba que alguien llegara para despertarla de nuevo. De pronto Skar comprendió por qué Vela no había retrocedido ante nada para hacerlos venir. Quien fuese dueño de ese fanal dominaría el mundo.

Fue Gowenna quien, por último, rompió el silencio.

—Deberíamos seguir —dijo con voz vacilante—. El descenso durará todo el día, de manera que tendremos tiempo suficiente para contemplar la ciudad.

A Skar le costó apartar la vista. Al cabo, dio media vuelta, regresó despacio junto a su caballo y montó en él con visible esfuerzo. El viento soplaba con gran fuerza y ahora traía consigo un intenso olor a quemado. Las rocas que se alzaban a sus espaldas reflejaban el fulgurante color rojo del fuego. Obligó al animal a moverse, indicó el borde sur de la meseta con un gesto imperioso y arrancó sin esperar a los demás. Sólo ese camino conducía abajo: un sendero estrecho y tortuoso por el que podía descender un único jinete por vez. No había peligro de que alguien quedara retrasado o se extraviara.

Skar iba más aprisa de lo que parecía prudente. Aunque lisa y poca cubierta de rocalla, la senda tenía sus riesgos. El suelo era muy empinado, y los cascos de los caballos hallaban apenas apoyo. La montura del satái hacía escarceos y daba pequeños pasos. Continuamente volvía la cabeza, para demostrar su desagrado. Por fin, Skar le dejó ir más despacio. El sendero que conducía al valle era largo. La meseta donde desembocaba el túnel se encontraba debajo de la cumbre de la montaña, a más de dos kilómetros sobre las más altas torres de la ciudad, y el camino, que en su descenso describía muchas curvas, era sin duda diez veces más largo. Además teman que ahorrar fuerzas. Skar no podía permitir que sus hombres descansaran durante días,

antes de penetrar en la ciudad, y el calor que reinaba abajo no permitía pernoctar delante mismo de Combat, de manera que también al día siguiente les aguardaba una marcha fatigosa y dura.

A medida que descendían, el calor aumentaba. El sol subía rápidamente hacia el cénit, pero su luz era sólo un opaco resplandor en comparación con el fuego infernal de Combat. El quedo tronar que primero habían percibido, se iba convirtiendo poco a poco en un poderoso retumbo: un ruido semejante al de unas lejanas cataratas, que hacía vibrar la roca que tenían debajo de sus pies. Pese al calor, aquí y allá aún había nieve: pequeños copos blancos, escondidos en grietas y rendijas; pero también había amplias superficies que hasta ahora habían ofrecido resistencia al soplo del sofocante viento que llegaba desde el valle, y la roca estaba corroída y desmoronada en muchos puntos, como si con frecuencia corriese por allí el agua.

Skar se imaginó perfectamente la interminable lucha. De noche, las temperaturas debían de caer hasta muy por debajo del punto de congelación, a despecho del viento y de las ardientes ráfagas que éste traía consigo. Pero con el despertar del día vencía de nuevo el calor. La nieve y el hielo se fundían y fluían montaña abajo.

Hacia el mediodía descansaron al pie de una imponente roca dentada. A su sombra aún había nieve, y Skar advirtió que la temperatura había subido. Desmontó, se quitó la capa forrada de piel y, después de una breve vacilación, la guardó con el resto de su equipo. ya no volvería a necesitarla hasta que hubiesen cumplido su misión e iniciaran el regreso.

Comieron en silencio: cecina y panes planos, secos, y bebieron el agua ya pasada de sus cantimploras. Nadie experimentaba deseos de hablar. Skar volvía a sentir aquella extraña opresión, mezcla de miedo e inquietud, que se había apoderado del grupo como una perniciosa enfermedad.

Almorzó despacio y sin apetito, envolvió los restos en un paño y los introdujo nuevamente en las alforjas, ahora ya bastante enflaquecidas. Las provisiones durarían tres días más, pero eso sólo con la mayor de las economías. En el camino de regreso no tendrían como únicos compañeros el frío y las tempestades, sino también el hambre.

Cuando Skar volvió a su sitio, Gowenna lo esperaba. Tampoco ella llevaba ya la capa, pero debajo no se protegía con una camisa forrada de piel, como los demás, sino que se cubría sólo con la brillante coraza y con una prenda de seda, casi transparente, que sin duda era muy decorativa, pero desde luego nada propia para la temperatura reinante. La prueba era que Gowenna tiritaba. Tenía carne de gallina en los antebrazos y, cuando habló, lo hizo de aquella forma presurosa de quien quiere

evitar que le tiemble la voz.

—Deberíamos hablar —dijo.

Skar pasó de largo ante ella, se acurrucó contra una roca y encogió las rodillas. La piedra estaba húmeda y fría, por lo que se volvió un tanto para que el viento caliente del valle le diera más de lleno en el cuerpo.

—Te acuerdas tarde —respondió sin mirarla.

No podía pasar inadvertido el tono de hostilidad que había en su voz ni él se esforzó en disimularlo.

Su odio no iba contra Gowenna. Ella era sólo un instrumento como él, si bien, al contrario de lo que le sucedía a Skar, un instrumento voluntario. Habría debido odiar con toda su alma a otra mujer, pero no podía. A pesar de todo lo que le había hecho, conservaba para él la aureola de lo intangible y sagrado. Era una *errish*, y Skar había aprendido a respetar a las Venerables Señoras de Elay. Aunque no las considerara diosas, sí veía en ellas a las representantes de una humanidad distinta y mejor. Tenía el convencimiento de que una *errish* nunca haría —ni podía hacer— algo malo o reprochable, y ni siquiera lo ocurrido había logrado quebrantar esa certeza. Conocía la realidad, pero existía algo en él que aún no había perdido la fe en lo bueno de las *errish*. Tendría que haberla odiado, quería odiarla, pero era incapaz de ello. Por consiguiente, todo su enojo se descargó sobre Gowenna.

—Llevamos más de cuarenta días de camino, pero he llegado a dudar de que supieses mi nombre.

Gowenna emitió un sonido que delataba enfado.

—No tengo el propósito de buscar tu amistad, satái —contestó en tono cortante—. Pero hay un par de cosas que debemos aclarar antes de alcanzar la ciudad.

Skar contuvo el impulso de hacer un gesto de asentimiento. Realmente había cosas que aclarar, pero sin duda eran de una índole distinta de las que quería discutir Gowenna. Las huellas en la nieve, por ejemplo, la furtiva sombra que le había parecido ver antes de entrar en el valle...

—¿De qué se trata? —replicó.

—¿Ya te has preguntado cómo vas a entrar en la ciudad sin quedar convertido al instante en cenizas?

—No. ¿Para qué? Supongo que tú nos dirás cómo lograrlo.

El rostro de Gowenna se contrajo. Encima de su ojo izquierdo había una herida reciente, apenas cicatrizada, que se había producido la noche anterior al caer sobre una piedra.

—¡Con gusto no te lo diría! —dijo con voz sibilante.

—¿Ah, sí? ¿y luego te presentarías ante Vela para explicarle que la empresa fracasó porque me odias? —rebatí con una sonrisa, para después volverse y mirar inmutable al valle—. ¿Dónde se encuentra ese pasadizo secreto? —preguntó, cambiando súbitamente de tema.

—¿Cómo sabes que es un pasadizo subterráneo? —inquirió Gowenna.

Skar señaló con la cabeza el mar de fuego. El viento cambió de dirección y, por unos instantes, el rugido de las llamas se hizo tan intenso que tuvo que gritar para responder:

—Si no puedes volar y, además, no eres incombustible, ¿qué otra posibilidad queda?

Gowenna vaciló antes de contestar. Sus cabellos se movían bajo el caliente soplo del viento. Al dirigir la vista hacia otro lado, se reflejó en sus ojos la roja luz de la ciudad en llamas. Durante un momento pareció que en su cráneo ardiese un fuego devorador.

—En el interior de la ciudad, el calor no es tan horrible como supones —dijo—. Lo que allí arde es mayormente aire, y...

—¿Aire? ¿Cómo puede arder el aire, Gowenna? —intervino de pronto Nol.

Gowenna se volvió con evidente disgusto. Su breve discusión había atraído a los demás y, con excepción de Tantor y de El-tra, los seres de los pantanos que sólo tenían un nombre, todo el grupo se había reunido al borde del saliente de roca.

—Dime... —insistió Nol, frunciendo el entrecejo—. ¿Cómo puede arder el aire?

—Puede, Nol —contestó Skar en lugar de Gowenna—. El calor quema más oxígeno del que hay, y por eso afluye. Pero también el nuevo oxígeno se quema, y cada vez es absorbido en más cantidad.

—Y la tempestad de fuego enciende todavía más las llamas —asintió Beral—. ya entiendo. ¿Es eso lo que mantiene en marcha el proceso?

—En parte, sin duda —dijo Gowenna—. Pero creo que también influye la magia... No lo sé. En cualquier caso, el calor es especialmente insoportable en los barrios periféricos de la ciudad. Más cerca del centro, una persona puede moverse, aunque no por mucho rato —agregó al ver la expresión de duda de Nol.

—¿Y cómo pensáis vencer esa barrera de fuego? —preguntó Nol.

—Hay galerías. Galerías subterráneas. La gruta por la que pasamos es sólo una parte de una impresionante red que atraviesa la cordillera.

Gowenna se interrumpió y señaló hacia abajo con el brazo extendido.

—Lo que allí veis —continuó— es únicamente una pequeña parte de Combat. La ciudad se extiende bajo tierra. yo conozco la entrada de una de esas galerías. Nos

conducirá por debajo de la muralla de la ciudad hasta casi el mismo centro. Pero no va a ser un paseo cómodo. Hay allí unos... seres, y el calor es tremendo.

—¿Seres? —inquirió Nol—. ¿Qué clase de seres? ¿Arañas de la nieve?

Gowenna sonrió.

—Nada de eso, Nol —dijo—. No se trata de arañas de la nieve. Todo lo contrario.

Skar esperaba más explicaciones, pero Gowenna no parecía dispuesta a proporcionárselas. Se volvió con brusquedad, apartó a Nol y regresó junto a su caballo.

Arsan la siguió con la vista, al mismo tiempo que meneaba la cabeza.

—No es muy comunicativa —gruñó—, pero ha elegido el momento menos apropiado para hacerse la misteriosa.

También Skar se levantó para acercarse a su montura. Esta vez, la intuición psicológica de Arsan no parecía dar fruto. Gowenna les había dado una respuesta, pero sólo él la había entendido, por lo visto. La muchacha había estado allí. Él, Arsan, Beral y los demás no serían los primeros en pisar Combat. Gowenna había estado en la ciudad, pero había fracasado, y quizá fuera ése el motivo de su odio y su amargura.

Skar subió a su caballo, lo hizo salir del lado no accesible al viento y aguardó a que también los demás hubiesen montado y estuvieran colocados detrás de él. Nervioso, recorrió una vez más con la mirada la piedra gris y porosa que dejaban atrás. Habían vencido la parte más dificultosa del camino. Tal vez no la más peligrosa, pero sí la más difícil.

Sin embargo, no se sentía tranquilizado ni aliviado. Por el contrario. Tenían que suceder aún demasiadas cosas, y había demasiadas preguntas para las que nunca tendría respuesta. Eran demasiados peligros para un solo hombre, por muy satái que fuera. y, aunque sobrevivieran a su incursión en Combat, el verdadero riesgo todavía les esperaba. Skar no creía que Vela permaneciera todo el tiempo tranquilamente en Ikne. Había visto las huellas en la nieve, huellas de pies, de pies humanos, y sabía que la sensación de ser observado, que tenía desde hacía un par de días, no era simple imaginación.

Se preguntó durante unos instantes si debía comunicar a Gowenna o a uno de los otros lo que había observado y sospechaba, pero al fin se decidió en contra.

Tiró de las riendas de su caballo y lo hizo avanzar.

Abajo, en lo más profundo del valle, Combat les daba su ardiente bienvenida.

* * *

La tempestad había rugido toda la noche con invariable furia. El cielo, negro, era una borboteante masa que se había extendido sobre la ciudad y el río, borrando la

diferencia entre el día y la noche, el agua y la tierra, el cielo y el mundo. Engullía los contornos de las almenas y las torres, y convertía las antorchas de los soldados que patrullaban por los adarves en diminutos puntos que parecían apagarse a cada instante. Hacía fresco, casi frío, pero la temperatura ya no era gélida. Tan al sur nunca hacía verdadero frío, ni siquiera durante los meses de invierno, cuando la mayor parte del mundo restante estaba cubierto por la nieve y el hielo. Pero las imponentes murallas de piedra de cantera de Ikne sólo aparecían raramente tras la cortina de danzantes velos de lluvia, y el viento que aullaba sin cesar y llenaba de un incesante coro de gemidos las tortuosas callejas del barrio de mercaderes y despertaba la oscuridad a una misteriosa vida, le hizo recordar el hielo, la nieve y el invierno con su crujiente escarcha, de manera que, a pesar de todo, Skar sintió frío.

Hacía pocos minutos que estaba al aire libre, pero, ya desde los primeros pasos y pese a haber corrido y procurado mantenerse en el lado de la calle más protegido del viento, estaba empapado. El viento sacudía la ciudad desde hacía días: una gigantesca y dura mano invisible, que azotaba el país y saltaba las titánicas murallas con una facilidad rayana en la burla, transformaba el río en una rabiosa catarata gris y recordaba insistentemente que hacía tiempo que había llegado el otoño, y que el calor de las semanas precedentes no significaba más que una última e inútil rebelión en la lucha sin fin de las estaciones. y del mismo modo en que el plumizo cielo parecía descender un poco más sobre la ciudad, a cada hora que transcurría, también el pulso de Ikne parecía ir más despacio: las calles se vaciaban antes, y la gente se mostraba más calmada y callada, como si la tempestad no sólo arrebatara luz y calor a la ciudad, sino también algo de la energía vital a sus habitantes.

En su camino hasta allí, Skar no se había cruzado ni con una sola persona, pese a que el barrio de mercaderes de Ikne era uno de aquellos lugares en los que la verdadera vida comenzaba al oscurecer. Mucha gente necesitaba un salvoconducto y lo obtenía, pero asimismo abundaban quienes hacían caso omiso de las disposiciones y, a despecho de la amenaza de una multa, seguían saliendo de sus casas después del cierre de las puertas de la ciudad. Hoy, en cambio, las calles estaban desiertas. El único movimiento visible era el de los velos de lluvia, que danzaban empujados por el viento.

El pasaje centelleaba como un gigantesco espejo grisáceo. Entre las piedras del adoquinado se habían formado incontables y minúsculos lagos y pequeños e impetuosos arroyuelos, relucientes astillas de plata que se unían para convertirse en gorgoteantes corrientes que hacían desbordar las acequias. Los canales habían renunciado ya a recoger las incesantes masas de agua que caían del cielo; las

alcantarillas estaban atascadas por el pardusco barro y, aunque habían abierto las puertas de la esclusa hacía días, el nivel del agua subía incontenible. Era probable que tuvieran que evacuar las zonas más bajas de la ciudad mañana mismo o, a más tardar, pasado mañana.

Skar metió la cabeza entre tos hombros y aceleró el paso. El viento golpeaba su rostro con diminutas y punzantes garras y, a cada respiración, lo mordía dolorosamente en la garganta. Las botas le chirriaban, de tan mojadas como las llevaba, y el agua le caía a chorros, helada, por dentro de la ropa. El viento era frío, pero peor todavía resultaba la lluvia: finísimos y tremolantes velos formados por millones y millones de gotas increíblemente pequeñas que, cuando el viento no las arrastraba, quedaban suspendidas en el aire como una niebla semejante a una telaraña y empapaban todo de humedad. No había protección contra esa lluvia que, desde hacía días, penetraba en cada rincón, se colaba a través de cada puerta, cada ventana y cada grieta de las paredes y salvaba tenaz toda barrera que levantaran para detenerla. Ikne se empapaba de agua poco a poco, como si toda la ciudad fuese una enorme esponja de piedra cuya única función consistiese en reunir agua en sus innumerables cavernas y pozos. Incluso en su alojamiento, situado a gran profundidad y protegido por toneladas de roca y tierra, todo estaba húmedo y pegajoso.

Skar se alegró al distinguir el escaso resplandor del farol: una deshilachada isla de luz y danzantes sombras en el océano gris en que Ikne se ahogaba.

Su mirada se poso, como siempre, en el descolorido letrero que había encima de la puerta. Hacía tiempo que las letras se habían desconchado, y sólo quien supiera lo que decía el rótulo sería capaz de descifrar ahora las palabras «La Guardia de Rache». De cualquier forma, el letrero no hacía ninguna falta, y probablemente seguía allí porque nadie había querido tomarse la molestia de descolgarlo.

En Ikne todo el mundo conocía «La Guardia», circunstancia debida menos a la calidad del vino allí servido que al hecho de que era la única taberna dentro de las murallas de la ciudad que tenía permiso para permanecer abierta durante todo el día y toda la noche. Quien después del anochecer sintiera sed de cerveza o vino, o deseara comer algo —aunque la comida era tan mala como cara—, no tema más remedio que acudir allí. La patrulla de la ciudad vigilaba estrictamente que las demás tabernas cerrasen al anochecer, y ningún fondista que quisiera conservar su concesión se atrevería a contravenir las órdenes. Los reyes del templo de Ikne no entendían de bromas con respecto al cumplimiento de sus leyes.

Skar recorrió a toda prisa los últimos metros, entró en el edificio de un solo piso y se apoyó con todo su peso contra la puerta, para cerrarla pese a los furiosos embates

del viento. El aullido del vendaval se hizo más quedo cuando el pestillo estuvo encajado.

Skar se quitó la capa y se sacudió varias veces como un perro mojado, antes de apartar la cortina y penetrar en el local.

Como era su costumbre, se detuvo en el umbral de la puerta interior y lanzó una ojeada a su alrededor. La pieza estaba sumida en una amarillenta penumbra. Bajo el alto techo, ennegrecido por el hollín, llameaba una solitaria lámpara de aceite, cuya débil luz intentaba inútilmente desterrar a los rincones la oscuridad y las sombras. La estancia estaba casi desierta. El mal tiempo no sólo ahuyentaba de las calles a la gente, sino que privaba al tabernero de casi todos sus clientes, y el desacostumbrado vacío hacía destacar aún más la cochambrosa dejadez del local. Las paredes se componían de hileras de ladrillos colocados de cualquier modo, entre los que asomaba la argamasa. En algún momento, mucho tiempo atrás, habían sido pintadas, pero ahora estaban llenas de manchas, de manera que parecían cubiertas de una capa de suciedad. Los vidrios de las ventanas, de postigos cerrados, se veían polvorientos y empañados. Dos soldados jugaban en cuclillas a los dados, delante del mostrador, pero no estaban muy concentrados en lo que hacían. Uno, por lo menos, se había emborrachado tanto que tenía dificultad para sostener el cubilete. Sus movimientos eran bruscos e inquietos, y la mancha oscura que había delante de él revelaba que también manejaba con torpeza la jarra de vino. Los uniformes de los dos hombres estaban sucios y descuidados. En el negro cuero del escudo que protegía su espalda y su pecho había barro pegado, y también sus cascos, guardabrazos y espinilleras tenían una costra de roña. Sus ropas estaban arrugadas. Skar se dijo que se trataría, sin duda, de los soldados de la patrulla, que después de una larga y fría guardia nocturna habían buscado consuelo en el vino.

Pasó despacio por su lado, se instaló en un rincón que quedaba casi enfrente de la puerta y levantó la mano sin hablar, cuando el tabernero lo miró con sus ojos ribeteados de rojo. Al ver la cara de sueño de Rache, Skar no pudo contener una sonrisa. Hacía años que Del y él frecuentaban esa taberna, pero sólo recordaba dos o tres ocasiones en las que el hombre no hubiese estado detrás del mostrador. Con frecuencia se había preguntado cuándo dormía aquel calvo gordinflón. También era posible que Rache llevara tiempo renunciando a ese lujo para ahorrarse el dinero que le costaría un ayudante.

Rache se esforzó en saludar de modo medianamente amable y comenzó a echar vino de una panzuda cuba en una jarra. Aparte de él y de los soldados, no había más que otros dos clientes en la taberna. Una figura encogida y envuelta en harapos

marrones —quizás un mendigo que había recibido o robado suficiente dinero para comprarse una jarra de vino y, con ello, un rinconcito seco y caliente— permanecía apoyada en la pared, con la cabeza sobre las rodillas y roncando feliz. En otro ángulo había una mujer morena y esbelta, con los ojos semicerrados fijos en algún punto imaginario encima del mostrador.

Skar la contempló durante unos momentos. Su presencia le extrañaba. No era el tipo de mujer que solía frecuentar la taberna de Rache. Por su forma de vestir habría podido ser una prostituta del templo, si bien para eso era ya un poco mayor. Tendría cuarenta o cuarenta y cinco años. Se le notaba la edad, pero a su modo resultaba atractiva y juvenil, enérgica y ágil pese a la absoluta inmovilidad en que se mantenía. Pero algo en su rostro le dijo a Skar que no era una cortesana del templo: un cierto orgullo, o tal vez la seguridad en sí misma... No; era fuerza lo que había en aquella mujer. Fuerza, a pesar de la relajada expresión de sus facciones, una energía rara de encontrar en las gentes de esa parte del mundo, y más todavía en una mujer. Las manos, dobladas sobre el regazo, eran vigorosas y esbeltas, pero tenían esa clase de esbeltez que a veces esconde una gran fuerza, y los bultos que había debajo de sus sobacos demostraron a Skar que, por lo menos, llevaba puñales.

La desconocida alzó la vista; su mirada se cruzó con la de Skar durante una fracción de segundo, y enseguida volvió la cabeza.

También él apartó de inmediato los ojos. No tenía la costumbre de fijarse con insistencia en los extraños y ponerlos violentos. Además, no había acudido a la taberna para devanarse los sesos pensando en los problemas ajenos. Precisamente, lo que le sobraban a él eran problemas.

Rache carraspeó con fuerza, empuñando la jarra llena de vino como un trofeo, y se acercó a Skar con su andar de pato, ya que tenía las piernas cortas. Olía a pescado, grasa y sudor rancio, y su cara relucía aceitosa, pero el satái apenas se dio cuenta. El mal olor y sus ordinarios modos pertenecían tan inconfundiblemente a Rache como las oscuras ojeras y el puñal de doble filo que llevaba sujeto del cinturón. El aspecto de Rache engañaba, pero Skar sabía que el tabernero afectaba la tonta expresión de su rostro y el torpe modo de moverse. Podía parecer siempre a punto de dormirse, pero los estrechos y turbios ojos registraban todos los detalles, y más de un pendenciero imprudente había tenido que comprobarlo.

Rache depositó la jarra delante de él, añadió media hogaza de pan y esbozó una risita.

—¿Como siempre, Skar?

—Como siempre, Rache —asintió el satái.

Con un amplio movimiento invitó a sentarse al tabernero, tomó el vaso, probó el vino e hizo una mueca que tanto podía ser de aprobación como todo lo contrario. Rache la interpretaría como le pareciera, según su humor.

El tabernero tomó asiento con un suspiro y observó cómo su cliente empezaba a comer y beber sin gran entusiasmo.

—¿Cuándo te acostumbrarás a tomar una tajada de asado con el vino? —murmuró—. ¡Ofendes mi sentido del fino paladar!

Skar sonrió y dio un mordisco a su pan.

—La tomaré cuando tú te hayas acostumbrado a servir carne de buey o de cerdo, en vez de ratas estofadas —contestó mientras masticaba— y cuando hayas vencido tu tacañería y compres mesas y sillas, porque ahora ofendes mis músculos glúteos —agregó, imitando exactamente la forma de hablar de Rache.

El tabernero hizo una mueca como si, de repente, hubiese mordido una piedra.

—Ya sé que me tienes por un tonto —suspiró—, pero no lo soy tanto como crees.

Lanzó otro suspiro, levantó los brazos y juntó las manos en la nuca.

—Hubo una época —continuó con aire soñador— en que poseía un albergue distinguido. Venían a él los clientes más selectos, y yo les servía unos vinos y manjares que me habría envidiado más de un noble. Pero estos bárbaros me lo destrozarían todo mucho antes de que yo pudiese reponerlo. El negocio me da lo justo para que yo y mi familia no nos muramos de hambre, y no puedo permitirme trabajar siempre con pérdidas.

—¿Es por eso por lo que le echas agua al vino, Rache? —preguntó Skar en serio.

Rache ignoró la observación como si no la hubiese oído.

—Sentarse en el suelo es sano —prosiguió impasible—. Donde no hay muebles, no pueden ser destruidos. y difícilmente podrán romper en la cabeza de alguien la silla que no está. ¿Has venido solo? —inquirió con súbita seriedad, bajando los brazos.

—Como ves.

Rache volvió la cabeza a derecha e izquierda, como para cercionarse de que Skar había dicho la verdad.

—¿Y Del?

Skar alzó los hombros, hizo girar el vaso en sus manos y tomó un prudente sorbo antes de responder.

—Confiaba en encontrarlo aquí. Salió ayer al mediodía y no ha regresado.

Rache meneó la cabeza, hizo un movimiento afirmativo y se pasó los dedos por el grasiento jubón que llevaba sobre el cuerpo desnudo.

—¿Y ahora empiezas a estar preocupado y lo buscas por toda la ciudad?

—Es posible que esté con alguna muchacha —dijo Skar con un suspiro de resignación—. Lo meteré en vereda cuando dé con él.

Pero el tono en que pronunció esas palabras demostraba a las claras que sería inútil decirle algo a Del.

—¿No te parece que es lo suficientemente crecido como para saber lo que hace? —preguntó Rache.

—A veces lo pongo en duda —gruñó Skar—. Por mí, puede divertirse con todas las rameritas de Ikne al mismo tiempo o con una detrás de otra, si quiere. Pero hoy no es un día cualquiera. Sería preferible que descansara.

—Probablemente es lo que hace en estos momentos —señaló Rache—, aunque sea en los brazos de alguna mujer bonita.

Enseñó los dientes, se inclinó y tomó un sorbo del vaso de Skar, para luego quitarle un trozo de pan y empezar a masticarlo con gran ruido.

—No te preocupes —dijo, al observar el entrecejo fruncido de Skar—. Hoy te invito yo.

—De haberlo sabido, quizás habría pedido un pedazo de carne...

—Por eso mismo no te lo dije antes.

Rache echó más vino y le pasó el vaso al satái.

Skar bebió, murmuró algo y miró al tabernero con tanta sorpresa como desconfianza.

—¿A qué viene esta súbita generosidad? —inquirió cauteloso—. Hasta ahora te tenía por el hombre más tacaño del mundo...

Rache partió otro trozo de pan.

—Eres injusto conmigo —dijo en tono de reproche—. Pero ya me he acostumbrado a ello. Además, lo considero una inversión de capital. Has de saber que he apostado una bonita suma por ti y Del.

La sorpresa de Skar fue grande.

—¿Tú arriesgas dinero en apuestas? —preguntó pasmado.

—¿Y por qué no? Lo hago cuando estoy seguro de ganar. No puedo vivir de lo poco que da esta taberna.

Skar pasó por alto la última parte de la respuesta de Rache.

—Nunca puedes tener la seguridad de ganar.

—En este caso, sí —lo contradujo el tabernero—. Os conozco suficientemente bien a los dos. Nadie es capaz de vencerlos, y mucho menos ese par de locos de Kohn. Mi dinero está bien colocado, créeme. Deberías seguir mi consejo y apostar también unos

cuantos dim. ¡Por ti!

—¿Es por este motivo por lo que preguntaste por Del?

Rache hizo un gesto afirmativo.

—Me gusta ver el género en que invierto. y, por supuesto, procuro que no le falte nada —agregó, señalando con la cabeza el vaso que Skar sostenía, al mismo tiempo que se introducía en la boca otro pedazo de pan.

De repente, Skar tuvo la desagradable sensación de ser observado. Alzó la vista y comprobó que los dos soldados habían interrumpido su juego de dados y lo miraban con fijeza. Uno de ellos apartó enseguida los ojos, mientras que el otro trató de refugiarse en una risita tonta. Skar se dijo que no necesitaba esforzarse mucho para poner esa cara de bobo.

—Lo más prudente sería que te retiraras a dormir un par de horas —continuó Rache—. De ese modo, al menos uno de vosotros dos estará descansado cuando empiece la lucha.

Skar meneó la cabeza.

—Ya lo intenté —contestó—, pero ese agujero inmundo donde nos tiene alojados Cubic es muy húmedo. Respiraré cuando todo haya pasado y podamos largarnos de aquí.

—Si es que podéis largaros —intervino uno de los soldados.

El satái frunció el entrecejo y lo miró con desaprobación. El hombre estaba borracho. Se tambaleaba de atrás adelante y tuvo que apoyar una mano en el suelo para no caerse.

—¿Qué quieres decir con eso, soldado? —preguntó Skar.

Se esforzó en parecer tranquilo, pero no pudo evitar una cierta severidad en su voz.

El hombre ya se disponía a responder, pero su compañero se lo impidió agarrándolo bruscamente por una manga.

—¡Cierra el pico, Bors! —dijo en un siseo—. ¡Sólo conseguirás crearte problemas!

Bors soltó una risa parecida a un balido. Tenía la cara ancha y desfigurada por una delgada y blanca cicatriz; la nariz, aplastada, ojos oscuros y labios salientes, con lo que la parte plana frontal le daba un cierto aspecto de mono. Sus ojos parecían acuosos, pero eso podía ser consecuencia del vino.

—Sabes muy bien lo que quiero decir, satái —balbuceó, sin hacer caso de las insistentes miradas de su camarada—. En la ciudad hay mucha gente que se pregunta cómo irá la lucha. ¡Muchísima! No soy yo solo...

Soltó una risa estúpida y se inclinó para coger su vaso, pero vio que estaba vacío y no concluyó el movimiento.

—¿Qué se pregunta la gente? —quiso saber Skar.

El segundo soldado se volvió y le dirigió una mirada casi suplicante.

—Disculpadlo, señor —se apresuró a decir—. Ha bebido en exceso y ya no sabe medir las palabras. No le hagáis caso. Es un imbécil.

—¡Yo no soy ningún imbécil! —protestó Bors—. Sé muy bien lo que digo, y tú también lo sabes. ¡Todo el mundo lo sabe! La gente se pregunta cómo terminará la lucha. Dicen —añadió con su risita— que el verdugo ya tiene afilada el hacha.

—¿Qué se pregunta la gente? —insistió Skar.

Algo debía de haber en su rostro que él no hubiese querido expresar, porque la estúpida risa desapareció de la cara del soldado para dar paso a un gesto de confusión y casi de temor. Pero eso sólo duró unos instantes. Después, el hombre volvió a hacer muecas, quizás aún con más exageración que antes.

—Pues, simplemente, la gente piensa... —contestó con voz espesa.

De nuevo intentó coger el vaso, pero sus movimientos eran tan torpes que lo único que consiguió fue volcarlo. Emitió un gruñido, miró el vaso con furia y se puso la mano delante de los ojos. Estiró un dedo tras otro, los movió y volvió a reír, como si aquello resultara extraordinariamente divertido.

—Dos satáis, luchando en la arena contra dos chiquillos —continuó con lengua pesada—. ¿Cómo no va a hacer comentarios la gente? yo, desde luego, apuesto por los dos kohner.

—Más te valdría haberte gastado el dinero en vino —se entremetió Rache—. Lo habrías invertido mejor. De esta manera, lo tiras.

Bors rió. Su compañero volvió a agarrarlo por el hombro y dijo algo en un dialecto rápido e ininteligible, pero si Bors llegó a oír aquellas palabras, actuó como si las ignorara. Miró a Skar, sonrió de forma desagradable e insolente y dedicó otra vez su interés al vaso volcado entre sus piernas cruzadas.

Skar pensó que tal vez no estuviera tan bebido como hacía ver.

—Sírvales más vino —murmuró—. Corre de mi cuenta.

Rache gruñó, disconforme, pero se levantó para llenar de nuevo los vasos de los soldados.

—¡Yo no he tirado el dinero! —prosiguió Bors, seguro de su triunfo—. También aposté por... vosotros. Por los dos. O sea, por vosotros y por los kohner. Un dim por cada uno. Poco importa quién gane. Si sois vosotros, no perderé nada y me habré divertido. Si ganan los kohner, me habré convertido en un hombre rico.

Rió otra vez, puso el vaso boca abajo, aspiró con fuerza arrugando la nariz, y declaró:

—¡Soy hombre rico, satái! Tú, eres hombre muerto.

—¡Calla de una vez! —intervino el compañero—. Tus palabras pueden costarnos la cabeza.

También él estaba ebrio, pero no tanto como Bors.

—¡Bah! —masculló éste, con un gesto despectivo de la mano—. Toda la ciudad lo sabe. Sólo este satái se hace el despistado.

—¿Que sabe toda la ciudad? —inquirió Skar sin alterarse.

—Que la lucha es cosa concertada de antemano —replicó Bors con obstinación—. Esas dos criaturas no pueden vencer. No contra vosotros. Si la lucha fuese real, al cabo de tres segundos los habríais derrotado. Pero, de no ser así, vuestro lastar se llenara los bolsillos. y tú —agregó en tono de burla— perderás la cabeza.

Skar permanecía sereno y, al parecer, indiferente. El soldado había alcanzado un grado de embriaguez en el que hablaría más si él seguía callado, en vez de seguir formulando preguntas. El satái hizo señal al tabernero para que sirviera vino, se acercó a los soldados y tomó asiento junto a ellos. El camarada de Bors se estremeció y se puso pálido. En su cuello empezó a contraerse un nervio, y su mano, ya dispuesta a agarrar la empuñadura de la espada, retrocedió con brusquedad, como si hubiese tocado hierro candente, cuando sus ojos se encontraron con la sonrisa de Skar. El hombre apartó la vista y miró hacia la puerta, anhelante.

—Debemos irnos —dijo, inseguro—. Entramos pronto de servicio, y...

Skar apoyó una mano en su antebrazo y, con suave firmeza, lo obligó a volver a sentarse.

—Quedaos un rato más —dijo—. Falta todavía una hora para el cambio de guardia. Bebed otro vaso de vino conmigo. De noche encuentra uno pocas personas con quienes conversar.

—De veras, señor —barbotó el soldado—. Nosotros...

—¿Vais a despreciar mi invitación?

El hombre enmudeció, se puso aún más pálido y tragó saliva con esfuerzo.

Skar aguardó a que Rache hubiera servido la nueva jarra de vino. Llenó los vasos de los soldados, tomó un pequeño sorbo y se dirigió otra vez a Bors.

—¿A qué te referías al decir que yo perderé la cabeza si ganan los kohner? ¿No sabes que no se trata de una lucha a vida o muerte?

Bors cogió su vaso y vertió casi la mitad de su contenido, antes de lograr beber.

—A los señores del templo no les gustan las trampas —contestó.

Skar se puso tenso.

—¿Las trampas has dicho?

Bors hizo girar el vaso en sus manos y guiñó un ojo.

—Tú mismo señalaste que no es una lucha a vida o muerte. No sufre tu dignidad si pierdes. y hay un montón de dinero en juego... Todo el mundo sabe —prosiguió después de un momento de silencio, en el que bebió, mirando a Skar con ojos velados— que tenéis fama de invencibles. ¡Vosotros, los supersatái! ¿Sabéis cómo os llaman? ¡Las máquinas de guerra, los invictos! Casi todos los habitantes de Ikne han apostado por vosotros, pero los listos que apuesten por los kohner ganarán un dineral, si éstos vencen. ¡Como yo!

—Y... ¿por qué crees que nosotros podríamos perder? —preguntó, con una tranquilidad que ya estaba lejos de sentir.

Bors esbozó una sonrisa torcida.

—No hace mucho, le decías a ese barrigudo de Rache que todo era posible. «Nunca puedes tener la seguridad de ganar», dijiste.

—Es cierto —asintió Skar—. Pero tú mismo afirmaste que los dos kohner no eran contrincantes para nosotros.

—Si la lucha es limpia, no.

Skar quedó estupefacto. Durante unos instantes sintió que la ira lo dominaba, pero logró contenerse.

—No sabes lo que dices —replicó—. Un satái no engaña.

La sonrisa de Bors se ensanchó.

—Eso es lo que creen también los demás —repuso—. Los que apuestan por vosotros, que...

—¡Os lo ruego, señor! —intervino el compañero—. No le hagáis caso. El vino ha embotado sus sentidos. ya no se da cuenta de lo que habla.

Skar respiró profundamente, examinó al hombre con frialdad y, al final, hizo un movimiento de afirmación.

—Quiero suponer que así es —dijo en tono glacial—. Pero a tu compañero le convendría más contener la lengua. De estar menos borracho, ya no viviría.

—Desde luego, señor —contestó el soldado, nervioso—. Será... será mejor que nos vayamos.

Se levantó en el acto, arrojó una moneda al suelo y, sin miramientos, tiró de Bors hasta ponerlo en pie. Este empezó a protestar a grandes voces, pero el amigo no le hizo caso, sino que lo arrastró hacia la puerta.

Skar se alzó con expresión furibunda. Las palabras de Bors lo habían afectado

bastante. Miró a su alrededor con disgusto. El mendigo seguía dormido en su rincón. La mujer, en cambio, se había vuelto hacia ellos, y era evidente que la conversación le había interesado mucho. Sus miradas se cruzaron a lo largo de un momento. Había algo raro en los ojos de ella. Skar se sintió observado o, más exactamente, traspasado de una manera muy desagradable. La desconocida lo examinaba con extraña familiaridad, y se diría que en sus ojos apareció un centelleo casi divertido.

Skar se volvió con un movimiento exageradamente violento, se acercó al mostrador a grandes zancadas y se dejó caer con todo su peso contra la gastada madera. Detrás del mostrador era todo tan espartano como en el local. Había un estante de obra, hecho con ladrillos de adobe, donde Rache apilaba vasos, jarras y otros cacharros medianamente limpios. Skar vio también una base de madera sobre la que descansaban un barril de vino y otro de cerveza —únicas bebidas que servía Rache—, y al fondo se veía una abertura cubierta por un andrajo, detrás de la cual se hallaba lo que el tabernero llamaba su cocina.

—No se lo tomes a mal —dijo Rache, conciliador—. yo no tendría que haberles puesto tanto vino. Pero el negocio va mal, y hay que vivir.

—¡Sí; me das verdadera pena! —gruñó Skar, enojado—. Tienes el hambre escrita en la cara.

Rache pareció reflexionar unos segundos sobre el comentario del satái. Luego se encogió de hombros y alargó la mano para tomar el vaso que Skar había colocado en el mostrador.

—¿Un poco más?

—No; ya tengo bastante —se apresuró a responder el satái—. Debo mantener la cabeza clara, si quiero conservarla algún tiempo más encima de los hombros.

Rache frunció el entrecejo e hizo un gesto de desdén.

—¡Palabras de borrachos! —exclamó—. Supongo que no irás a tomar en serio esas tonterías...

—Se dice que los borrachos y los niños sueltan las verdades.

—O lo que creen que es verdad —replicó Rache, impasible—. Lo que ocurre es que la gente se pregunta por qué dos satáis de vuestra categoría os avenís a trabajar para un explotador como Cubic.

Skar sonrió contra su voluntad.

—También un satái, por muy experto que sea, necesita comer. Corren malos tiempos para los mercenarios. Hace años que no hay guerra, y la próxima aún no se prevé.

—¡Loados sean los dioses! —dijo Rache—. La guerra siempre es mala para el

negocio. La gente bebe mucho más por aburrimiento que por miedo. y todo el que tiene piernas y es capaz de empuñar la espada ha acudido al norte para pelear contra los dichosos quorri. Me extraña que vosotros no estéis allí.

Skar permaneció callado unos instantes. Luego contestó:

—Lo intentamos, pero...

Se interrumpió, encogió los hombros y extrajo del bolsillo un montón de calderilla.

—Es una larga historia, Rache —continuó al fin—. Quizá te la explique algún día. Pero no hoy. Creo que haré caso de tu consejo y procuraré dormir un rato.

El tabernero miró ceñudo las monedas de cobre con que Skar iba a pagar.

—¡Guárdate tu dinero! —dijo—. Hoy te he invitado yo.

Skar vaciló un poco, murmuró unas palabras de agradecimiento y volvió a guardarse el dinero antes de que Rache se arrepintiera. El orgullo es buena cosa... mientras uno se lo pueda permitir.

—De nada —rió el tabernero—. Tú vales mucho para mí. Considéralo tu parte.

—Espero que no me exijas una indemnización si pierdo en la lucha —indicó el satái, no tan animado como debiera.

Rache suspiró.

—¿Desde cuándo eres tan sensible? —preguntó en un tono como si se esforzara en no perder la paciencia ante un chiquillo testarudo—. Hace semanas que Cubic difunde el rumor de que la lucha está manipulada y que vosotros os dejaréis ganar. Pero eso lo dice antes de cada pelea importante, con objeto de hacer subir las apuestas. Siempre hay suficientes tontos que caen en la trampa.

Se encogió de hombros un par de veces seguidas, se pasó el pulgar por la barbilla mal afeitada y llenó del todo el vaso de Skar.

—¡Anda, trágate el enojo!

Skar emitió un suspiro, tomó un sorbo diminuto —apenas bastante para humedecerse los labios— y volvió a colocar el vaso con cuidado en el punto húmedo del mostrador.

—Ya está bien —dijo—. Es mejor que ahora me vaya. Tal vez aún encuentre en alguna parte a Del.

Se despidió con un breve gesto de la cabeza y salió del local.

Su capa todavía goteaba y, cuando pisó la calle, el gélido viento lo dejó sin respiración durante unos segundos.

Se detuvo en el umbral, indeciso, apartó el rostro del vendaval y miró calle abajo. Aquí y allá asomaba un tímido primer rayo de luz por debajo de una puerta o de un

postigo todavía cerrado, y el sol, que había salido mientras él se hallaba en la taberna, cubría de una rojiza luminosidad, semejante a una ígnea corona, las angulares almenas de la muralla de la ciudad.

Miró fugazmente hacia arriba e hizo una mueca. El cielo se escondía detrás de una hirviente masa de nubes bajas, que en algunos puntos reflejaba el anaranjado resplandor de la mañana y de la que caían sobre Ikne insistentes velos de lluvia como incontables y delgados brazos azotadores. Tampoco hoy llegaría a reinar una verdadera claridad. La tempestad había perdido fuerza, pero sin duda se trataba sólo de un respiro tras el cual volvería a estallar con furia todavía más intensa.

Skar se preguntó si debía dar un rodeo y visitar un par de burdeles en busca de su amigo Del, pero rechazó enseguida tal idea. Lo único que provocaría sería una discusión, si encontrara a Del en un ambiente donde tenía que salvar las apariencias. No: lo que precisaban hablar entre ellos no debía trascender. Aclararía el asunto sin testigos.

Bien mirado, ni siquiera podía reprocharle a Del su comportamiento. Era un satái joven, e Ikne no era una ciudad donde un muchacho pudiera divertirse. El mismo sentía últimamente una inquietud cada vez mayor. Cada día le parecía estar más prisionero, y las poderosas murallas se le antojaban más bien unas cadenas que una protección. No había lugar más seguro para pasar el invierno que la rica ciudad de mercaderes situada a orillas del Besh, con sus inexpugnables fortificaciones, el calor y el cortijo que representaba, pero sus habitantes pagaban esos lujos con la falta de libertad y la tiranía de los reyes sacerdotes y sus guardias. Seis meses habían transcurrido desde que ellos dos regresaran después de haber fracasado en su intento de atravesar el desierto de Nonakesh y dirigirse hacia el norte por las costas del Mar de la Niebla, seis meses en los que se sentían en esa ciudad como en una jaula de oro.

Skar se sintió aliviado al pensar que dentro de pocas horas ya podrían irse. Cubic se había dado cuenta de su situación desesperada y les había ofrecido por la lucha menos de lo que les correspondía. Pero, aun así, el dinero bastaría para adquirir caballos y sillas, una vez pagadas las deudas. Quizá siguieran el curso del río Besh hasta Endor, para aguardar allí el invierno. Era demasiado tarde para unirse a la expedición contra los quorri. Todavía estarían a tiempo en la próxima primavera, si entonces aún existía ese peligro.

Un ligero chirrido cortó sus pensamientos: el ruido de los herrumbrosos goznes al abrirse rápidamente la puerta y ser cerrada de nuevo por un golpe de viento.

Miró hacia atrás y ladeó la cabeza para poder distinguir a través de la cortina de lluvia quien lo había seguido.

Era la mujer que ya le había llamado la atención en el interior de la taberna. Llevaba ahora una larga capa marrón, bajo cuya capucha sólo se le distinguía parte de la cara, y el largo objeto envuelto en trapos que sus manos sostenían era, evidentemente, una espada. La mujer se detuvo un momento bajo el dintel de la puerta, se cercioró con una rápida mirada de que estaba sola con Skar en la calle y se acercó a él.

—Mi nombre es Gowenna —dijo con voz queda pero al mismo tiempo firme y segura. Era la voz de una persona acostumbrada a dar órdenes—. Tú eres Skar, el satái. Tengo que hablar contigo.

Skar la miró de modo penetrante durante tres o cuatro segundos, pero Gowenna soportó con tranquilidad aquel examen. No había muchas personas que resistieran la intensidad de sus ojos.

—¡Extraño lugar para una conversación! —dijo Skar por fin.

—Lo que debo decirte no debe oírlo cualquiera. y menos aún un tabernero charlatán. Tengo un encargo para ti y tu amigo.

—¿Tú? —preguntó Skar, receloso.

Gowenna hizo un movimiento impaciente con la envuelta espada.

—Yo, o alguien en cuyo nombre hablo. Es igual, ¿no? ¿Te interesa el asunto?

Skar se tragó la punzante respuesta que tenía en la punta de la lengua, y no sin esfuerzo esbozó una inexpresiva sonrisa.

—Depende por completo de lo que quieras de mí. y de lo que ofrezcas —añadió después de una diminuta pausa.

En el rostro de Gowenna pareció reflejarse, por un momento, algo semejante al desprecio.

—El dinero no debe preocuparte —contestó con cierto desdén en la voz—. Si eso es lo único que te interesa... Sígueme.

Ya se disponía a echar a andar calle abajo, cuando él le cortó el camino.

—No corras tanto —dijo Skar—. Todavía no he decidido acompañarte. Ignoro quién eres y qué...

—Lo averiguarás a su debido tiempo —lo interrumpió Gowenna—. Ven ahora. La... persona que me envía te espera.

Lo apartó con un movimiento sorprendentemente enérgico, se cubrió más con la capucha para protegerse de la lluvia y emprendió el camino sin volverse ni una sola vez. Parecía tener la absoluta certeza de que Skar la seguiría.

Pero el satái vaciló. No era que tuviese miedo. Si aquella mujer hubiera querido tenderle un lazo, sin duda lo habría hecho con más habilidad. Además, él sabía

defender su pellejo.

Sin embargo, una insistente voz interior le decía que diese media vuelta en el acto para regresar cuanto antes al coliseo.

Pero no lo hizo.

* * *

Gowenna había dicho que no era lejos, pero cruzó todo el barrio de mercaderes antes de detenerse por primera vez. Las calles aún estaban desiertas y, como si la naturaleza quisiera equilibrar la circunstancia de que era ya claro y hacía algo más de calor, había empezado a llover con más fuerza.

El viento empujaba de manera casi horizontal los grises velos, y Skar tenía que avanzar con la cabeza baja para poder respirar. A cada paso se sentía peor, pero lo atribuyó al frío y a su agotamiento, aunque no era así. En aquella mujer, en su actitud y en la forma de conocerse había algo que lo intranquilizaba e irritaba. El encuentro no había sido casual. Ella lo aguardaba en la taberna, como si estuviera segura de que *él* acudiría. No era la primera vez que tropezaba con una mujer armada y que, evidentemente, sabía utilizar su espada, pero raras veces se había visto ante una persona —ya fuera hombre o mujer— a la que envolviese un halo tan indestructible de fuerza y seguridad en sí misma. y no acertaba a imaginarse para qué necesitaba una persona como ella la ayuda de un *satái*, ni qué misión reservaba para él que ella misma no pudiera solucionar. Los *satáis* eran mercenarios, hombres que vendían sus brazos y que, sin importar su ideología, eran guerreros, guerreros por dinero. Aquella mujer no necesitaba a un guerrero. Skar no dudó, ni por un momento, de que Gowenna manejaba la espada casi tan bien como él mismo o como Del.

De pronto se dio cuenta de que su mano buscaba, debajo de la capa, la empuñadura de su *tchekal*. El metal estaba frío y húmedo. El poco rato pasado en la taberna de Rache no había sido suficiente para templarlo. Sin embargo, el tacto era agradable. Algo de la fuerza de un *satái* residía en su arma. Si de veras se metía en una trampa...

Skar ahuyentó tal idea con un enérgico movimiento de cabeza y retiró con presteza la mano de la espada. A pesar de sus titánicas murallas y de las bien defendidas torres que dominaban toda la llanura, Ikne era una ciudad pacífica. La posibilidad de un ataque por sorpresa contra Ikne resultaba casi tan absurda como imaginarse un turbión de granizo en pleno desierto. Pero quizá fuera precisamente esa tranquilidad, la seguridad que la palabra «Ikne» significaba en aquella parte del mundo, lo que le producía una incertidumbre. A medida que pasaba el tiempo en la ciudad, con más frecuencia pensaba en la lucha y en la muerte. Cada hora que pasaba descansando y

en paz, parecía despertar en él algo que le resultaba tan conocido como espantoso..., un indefinible anhelo de lucha y fragor de batallas y guerra.

Aceleró el paso para dar alcance a Gowenna, que hasta entonces no había mirado hacia atrás ni una sola vez. y, si se había detenido hacía poco, sólo había sido para echar un rápido vistazo a una calle lateral y cerciorarse de que nadie los seguía. Pese a su vitalidad, daba la extraña impresión de ser temerosa, como alguien que, si bien consciente de su fuerza, supiera que no debía emplearla.

Skar alcanzó a Gowenna con unos cuantos pasos ligeros, la agarró por un hombro y la obligó a pararse.

—¿Adónde vamos? —preguntó con aspereza.

Gowenna volvió la cabeza y lo miró de manera indefinible, pero no cambió de postura aunque él la sujetaba con fuerza y tenía que sentir dolor. La pálida luz cubría su rostro de sombras grises y transformó a la mujer en una criatura del crepúsculo matutino. Todo en ella parecía gris: un gris que, a cada paso que ella daba hacia la mañana, se hacía más intenso. Su capa, las sandalias, el velo con que, probablemente, se tapaba la cara y que ahora llevaba anudado debajo de la barbilla, sus cabellos negros..., todo parecía surcado de sombras grises. Este pensamiento despertó un recuerdo en Skar, que no obstante se le escapó antes de que pudiera retenerlo.

—Ya no queda lejos —repuso Gowenna con visible impaciencia—. Es la casa de ahí enfrente.

Señaló con vago gesto el otro lado de la calle y apartó la mano del satái con un súbito y brusco movimiento acompañado de un malhumorado ceño, como si hasta ahora no se hubiese dado cuenta del contacto, y siguió adelante.

Skar le dirigió una mirada furibunda y echó a andar detrás de ella.

Ahora estaban en la periferia de la ciudad. La muralla se alzaba a menos de un tiro de flecha de ellos, formando una negra y cortante línea que dividía el cielo y arrojaba una sombra impresionante. Aquí, las casas eran más reducidas y miserables que en los barrios por los que Skar solía moverse, y las calles, resquebrajadas y viejas, no tenían desagües ni canales, de forma que, al bajar de la acera, el agua le llegó a los tobillos. Gowenna lo condujo a un estrecho edificio de dos plantas, que quedaba algo atrás y a la sombra de las casas vecinas. Incluso para aquella zona resultaba pobre y pequeño. Diríase que se acurrucaba en la oscuridad, como si quisiera esconderse.

Penetraron en un angosto pasillo sin ventanas. Gowenna se hizo a un lado para dejarlo pasar, y su actitud, casi amable y alentadora, contrastó con su anterior conducta. Cerró la puerta detrás de él y, pese a no haber travesañ, ésta no se abrió con el viento. En el interior reinaba la oscuridad. La sombra de Gowenna aún fue

visible durante unos momentos, delante de las grietas de la quebradiza hoja de la puerta, y luego se deslizó hacia adelante para fundirse más allá con la negrura del pasillo. Skar se preguntó cómo podía la mujer encontrar su camino en aquella lóbreguez. Pero sus pasos sonaban rápidos y tan seguros como si la casa estuviera iluminada.

—Ten cuidado. Aquí hay una escalera.

El sonido de sus pasos cambió cuando no pisó el suelo de barro, sino crujiente madera. Skar la siguió más despacio, se paró donde suponía que estaba el primer peldaño y lo buscó con cuidado, antes de continuar. Arriba —a más altura de lo que había calculado por el número de pasos de ella— se abrió una puerta. Gowenna debía de haber subido dos o más peldaños de una vez.

Se encendió una diminuta chispa amarilla y, después, el vacilante resplandor de una lámpara de aceite alumbró el pasillo.

—Entra.

Skar acabó de subir más deprisa y encogió la cabeza para no chocar con el bajo dintel. La habitación era minúscula: un rectángulo donde no cabían más que un lecho cubierto de paja, una mesa y un taburete de tres patas. En la pared sur había una ventana protegida mediante un postigo y una reja, y enfrente destacaban un par de hornacinas que servían para albergar los objetos más dispares. Para un armario no había sitio.

Gowenna aguardó paciente a que Skar terminara su inspección.

—Como verás, no hay ningún asesino debajo de la cama —señaló en tono de burla—. y en el suelo tampoco encontrarás trampa alguna. O sea que puedes entrar tranquilamente. Espera sentado aquí —agregó, señalando con la cabeza el taburete, retrocediendo hacia la puerta—. Mi señora vendrá dentro de pocos momentos. Entonces te enterarás de todo lo preciso.

Skar quiso decir algo, pero la mujer dio media vuelta y desapareció antes de que pudiese formular cualquier pregunta. Sus pasos se extinguieron en la escalera, y abajo se cerró una puerta.

El satái vaciló unos segundos, antes de sentarse sobre el borde del lecho y mirar a su alrededor con una mezcla de disgusto e involuntaria curiosidad. Un segundo examen de la pieza no reveló nada nuevo. Incluso para una fonda de tercera categoría, situada en el peor barrio de la ciudad, era indecente. Un agujero que sólo serviría para dormir, y quizá ni siquiera eso. No podía creer que Gowenna o la persona para la que ella trabajaba vivieran allí. Probablemente, la casa sólo había sido elegida por su aislada ubicación.

Su paciencia no fue sometida a una dura prueba. Al cabo de poco rato oyó el ruido de la puerta y unos pasos rápidos, más ligeros que los de Gowenna. Skar se levantó, echó hacia atrás su capa y apoyó la mano en el cinturón, junto a la empuñadura de la espada.

Era una mujer. Más joven que Gowenna, más esbelta y menuda. y, al igual que Gowenna, vestía de gris —de un gris mate y vaporoso— de la cabeza a los pies.

De repente, Skar supo qué le había recordado aquel color.

Su asombro debió de reflejarse en sus facciones, porque la desconocida esbozó una sonrisa. Cerró la puerta que había dejado abierta, se echó hacia atrás con gracioso movimiento la capucha, y le dedicó una segunda sonrisa.

—Acertáis en vuestros pensamientos, satái —dijo—. Soy una *errish*. y vos debéis de ser Skar.

Como si con esto hubiese dado todas las explicaciones necesarias, se quitó la capa, la dejó caer al suelo con descuido y se agachó para recoger un pañuelo con el que empezó a enjugarse la cara y las manos. Sus ropas estaban completamente secas, con excepción de una oscura y mojada franja alrededor de los pies, que remataba el vestido como un dobladillo desigual. Sin duda, la capa era impermeable.

Skar la contempló abiertamente, con una mezcla de respeto y franca curiosidad. Era todavía más joven de lo que había creído en el primer momento. No pasaría de los veinticinco años, aunque —como se dijo el satái enseguida— una juventud externa no significaba mucho en una *errish*. Su rostro era bonito y redondo. Parecía sincero. En sus labios había un rasgo enérgico, y sus ojos, oscuros, miraban con una extraña combinación de seriedad y alegría de vivir. Como era costumbre entre las *errish*, la joven llevaba los cabellos recogidos en un moño y sujetos con un pasador de oro. ¡Lo único que no era gris en ella! «Unos cabellos muy oscuros, que deben de ser largos y hermosos cuando se los suelta», pensó Skar. Pero lo que veía no era nada, ya que el aspecto no era más que una máscara, perfecta hasta en los más mínimos detalles, pero sólo en apariencia. Porque nadie había visto jamás el verdadero rostro de una *errish*.

La mujer se acabó de secar cuidadosamente, sin ninguna prisa, arrojó el pañuelo al suelo, como antes hiciera con la capa, y tomó una jarra y dos vasos de una de las hornacinas.

—Bebamos un poco de vino —dijo—. Después de una noche tan fría y lluviosa, nos sentará bien. Los pocos pasos que he tenido que dar han bastado para empaparme. y vos tenéis que estar totalmente agotado.

Skar se apoyó en la pared, meneó la cabeza y procuró parecer más indiferente de lo que en realidad se sentía.

—No vine para beber.

La *errish* llenó los dos vasos y dejó la jarra en su sitio, como si no lo hubiese oído.

—Bebed —insistió—. Lo que yo os ofrezco es mejor que lo que sirve el avaro del tabernero.

Skar cogió el vaso, con un suspiro, lo hizo girar indeciso en su mano y fingió beber.

—¡Sabéis vivir, caramba! Realmente, el vino de Rache no tiene comparación con el vuestro.

Al rostro de la joven asomó un cierto disgusto.

—No debierais intentar engañarme, Skar —dijo sin inmutarse—. Difícilmente podéis probar un vino si no os humedecéis los labios...

Skar soportó su mirada unos instantes, se encogió de hombros y bebió de verdad. El vino era dulce y fuerte. Demasiado fuerte para su gusto. Pero quiso complacer a la mujer y vació medio vaso antes de dejarlo encima de la mesa.

—Creo que ahora ya hemos cumplido con el ceremonial y podemos pasar al asunto que nos importa —dijo—. ¿Quién sois y qué queréis de mí?

—Vuestras preguntas son fáciles de contestar, satái... Mi nombre es Vela. y... ¿qué quiero de vos? ¿Qué quiere uno de un satái, Skar? Vuestra ayuda. ¿No os explicó Gowenna que tengo un encargo para vos y vuestro compañero?

Skar frunció los labios, enojado. y, cuando respondió, lo hizo en un tono más duro de lo adecuado frente a una *errish*.

—Sí. Pero olvidó decir de qué clase de encargo se trata. Espero que vos no lo olvidéis. No tengo nada en contra de un buen trago y un rato de conversación, pero mi tiempo es justo, y hoy aún he de hacer algo...

—¡Ah, sí, claro! Tenéis que luchar.

Vela sonreía, y tenía más que nunca el aspecto de una chiquilla inocente. Al mismo tiempo, había en sus ojos algo que no le gustó a Skar, si bien no habría sabido decir qué.

Pero tal vez estuviera excitado y desconfiara más de lo necesario. Vela no era una persona cualquiera, sino una *errish*, una Venerable Señora. Si en el mundo existía aún un concepto equivalente a confianza e integridad, era éste. Tomó de nuevo el vaso, bebió otro prudente sorbo, miró indeciso a su alrededor y se dejó caer sentado en la cama, no tanto por cansancio como porque, de pronto, le resultaba desagradable permanecer quieto y sentir sobre su persona la escudriñadora mirada de una mujer. Skar se daba cuenta de que estaba nervioso y de que se le notaba. y conocía el motivo.

Vela. No era lo que ella había dicho o pudiera decir todavía, ni tampoco las extrañas circunstancias de su encuentro, sino su simple presencia.

El satái alzó la vista, tropezó con la mirada de la mujer y empezó a moverse inquieto en el borde de la cama, que era dura y demasiado baja para resultar cómoda. Encogió las piernas, se dejó caer hacia atrás y apoyó la cabeza en la desnuda pared de barro. Pero ésta estaba tan fría y húmeda como todo lo de la casa, por lo que en el acto se enderezó.

—Yo no olvido las explicaciones —dijo Vela, después de alguna vacilación—. Pero no es fácil darlas.

Tomó asiento en el taburete y apoyó las manos en la mesa. Skar observó que su piel era bastante morena. Más de lo que normalmente se esperaba ver en una Venerable Señora.

—Tomaos tiempo —murmuró Skar—. Sólo necesito estar listo cuando se ponga el sol, porque entonces comienza mi lucha.

—¡Ah, sí, la lucha! —repitió Vela, como si de pronto recordara algo ya olvidado—. Del y vos tenéis que estar en un grave apuro para aceptar semejante ofrecimiento. ¿Peleáis con frecuencia por dinero?

Skar hizo un gesto afirmativo.

—De vez en cuando. Pero... ¿me habéis mandado llamar para hablar de mi forma de vida?

Se daba cuenta de que se mostraba demasiado agresivo, pero, en realidad, le era igual, y Vela no parecía molesta por ello.

—No —contestó ella—. Pregunto por otro motivo. Firmasteis el contrato para poder pagar vuestras deudas con el dinero que os pague Cubic, ¿no es eso?

Skar estuvo a punto de estallar, pero se contuvo y se limitó a dirigir a Vela una mirada hosca.

—¿Y si así fuera?

Vela se encogió de hombros, indiferente.

—Me gusta informarme acerca de un hombre antes de hablar con él. No tenéis por qué avergonzaros. Cubic es famoso por sus sucios manejos. No sois vosotros los primeros a los que mete en tales deudas, que luego tienen que pelear para él si no quieren dar con sus huesos en un calabozo. De un hombre cuya profesión es la guerra no puede esperarse que adivine las intenciones de un explotador como Cubic. ¿Cuánto le debéis?

—¿Por qué lo preguntáis?

—Porque os desempeñaré si trabajáis para mí —respondió Vela—. Aparte de

pagaros vuestro salario. Mi única condición es la de que aceptéis enseguida.

Skar no contestó. Tenía mil preguntas que formular, pero prefirió dejar hablar a Vela, quien por algún motivo parecía vacilar en exponer con claridad su deseo. Por lo que había dicho hasta el momento, estaba bien informada con respecto a Del y a su propia persona. y, si todavía dudaba, tendría sus razones. Skar se dio cuenta de que en sus palabras no había ninguna trivialidad, pese al tono amable. «Es una *errish* —pensó—. y nada de lo que haga o diga una *errish* es trivial. ¡Nada!». No obstante, resultaba difícil contemplar aquella cara aniñada y bronceada por el sol y creer que se hallaba ante una digna adversaria.

—¿Y bien?

—Vuestro ofrecimiento parece tentador. ¿Qué hemos de hacer?

—Algo peligroso, pero que, sin duda, atraerá a un hombre como vos. Algo a lo que aún no se ha atrevido nadie.

Skar se tragó la mordaz respuesta que tenía a punto.

—Os gusta hablar de manera enigmática, ¿eh? —dijo en cambio.

—A veces —admitió ella—. Pero, si me escucháis más rato, me entenderéis. Sois un hombre peligroso, Skar. Quien hable con vos, tiene que medir bien sus palabras. Sobre todo si quiere algo de vos.

Por muy difícil que le resultara, Skar prefirió callar y armarse de paciencia. Era Vela quien dirigía el juego, y él tenía que avenirse a sus reglas.

—¿Os interesa mi proposición?

—Sí me decís de qué se trata..., quizás. Aunque no me imagino para qué necesita una Venerable Señora los servicios de un satái. ¿Acaso existe algo que vos no dominéis?

Una sombra pareció oscurecer por un momento el rostro de Vela, pero ésta se sobrepuso de inmediato.

—Existe algo, sí —contestó con voz distinta, en la que había un nuevo tono de seriedad y decisión. Nuevo y, de alguna manera, inquietante.

Skar notó entonces que su impasibilidad sólo era fingida, y que, en realidad, ella estaba tan inquieta como él. Tal vez, incluso, todavía más.

—Quiero que robéis algo para mí —dijo por fin.

Skar guardó silencio, tomó su vaso y bebió, no porque tuviera sed, sino para ganar tiempo. La respuesta no era la que había esperado. El enigma iba en aumento.

—Yo..., yo no soy un ladrón —objetó con cautela.

—Si lo que necesito pudiera proporcionármelo un ladrón vulgar, no habría recurrido a vos —replicó Vela con inesperada dureza.

Por un instante, su voz sonó tal como era de esperar en una *errish*: cortante, autoritaria y que —aunque queda— excluía por adelantado toda contradicción, aunque fuera de pensamiento.

—Si preferís esta otra expresión, digamos que deberéis ir en busca de algo para mí —prosiguió—. No es fácil, pero podéis conseguirlo. Os facilitaré lo preciso: dinero, caballos, hombres y armas.

Skar clavó en ella una breve mirada penetrante.

—¿Y qué tengo que hacer? —inquirió con sarcasmo—. ¿Robar las joyas de la corona de Ikne? ¿O basta con el tesoro de los sacerdotes del templo?

—Ni una cosa, ni la otra —respondió Vela, tranquila—. Deseo que vayáis a Combat y me traigáis la piedra del poder.

* * *

El satái tardó en vencer la sorpresa y poder pensar con claridad. Miró a Vela durante dos o quizá tres minutos, desconcertado, tratando de creer lo que acababa de oír.

«Combat...». El solo sonido de esa palabra ya parecía esconder algo de mal agüero. Era una palabra de una lengua tan muerta como quienes la habían hablado, una palabra que llevaba consigo la idea de la muerte, de la destrucción y la catástrofe, y cuya sola pronunciación sonaba ya a sacrilegio. «Combat. La ciudad en llamas». Leyenda, maldición y esperanza, todo a la vez...

—Estáis loca... —jadeó por fin.

—No, Skar.

Vela meneó la cabeza y sonrió de nuevo, aunque de un modo totalmente distinto del de antes. Estaba serena y, quizás, hasta un poco triste. Se levantó, se pasó con gesto distraído una mano por el vestido, y se encaminó a la ventana. Sus dedos se deslizaron sobre la hinchada madera del marco y dibujaron sus grietas y hendeduras. Pese a que ella permaneció inmóvil y mantuvo apartado el rostro de él, sin quitar la mirada de los postigos cerrados, como si pudiese ver algo en ellos que él no podía percibir, Skar empezó a darse cuenta de lo nerviosa que Vela estaba en realidad.

—Acabáis de decir que Del y vos sólo sois dos saláis mercenarios. Pero eso no es cierto.

Se volvió con brusquedad, apoyó las manos en el antepecho de la ventana y se reclinó de manera que su cabeza descansó contra los herrumbrosos barrotes de la reja. De pronto, toda su forma de hablar y actuar le pareció poco natural a Skar, como si Vela hubiese estudiado previamente cada palabra y cada gesto.

—Dije que me había informado sobre vosotros, satái, y podéis creer que lo hice a

fondo. Sois los mejores, Skar. No hay nadie capaz de solucionar mejor el asunto.

Skar movió despacio la cabeza. Aún se sentía medio atontado.

—Gracias por el elogio —contestó—. Pero lo que pedís es imposible.

—No lo es —lo contradijo Vela—. Es difícil. Difícil y arriesgado, pero no imposible. Otros lo intentaron antes, y ninguno lo consiguió. Eso es cierto. Pero vosotros lo podéis lograr. No sois unos aventureros como los que en otros momentos fueron en busca de la piedra del poder y perdieron la vida. Os haré acompañar por los mejores hombres de que dispongo. y poseo algo que los demás no tenían, Skar. Conocimientos. Sé todo lo que puede saberse sobre Combat. Tanto sobre la ciudad como sobre el camino a seguir. Todos los locos que antes intentaron descubrir el secreto de Combat no sabían ni con qué iban a encontrarse. yo, en cambio, conozco Combat. La conozco como si hubiera estado allí. y os facilitaré todo mi saber. Tengo planos que señalan el punto exacto donde se halla la piedra del poder, así como el camino a seguir... Para entrar en Combat y volver a salir de la ciudad.

Skar soltó una risa ronca.

—¡Estáis loca! —repitió.

Ya le importaba poco que fuese una *errish*, y que no sólo las palabras sino incluso el tono en que las pronunciaba pudiesen costarle la cabeza.

—De ser como vos decís, ¿por qué no vais vos misma en busca de la piedra? y, en el caso de que yo fuese y la descubriera, ¿estáis segura de que no me quedará con ella?

Vela quiso decir algo, pero Skar no la dejó.

—Empiezo por creer que esa famosa piedra del poder ni siquiera existe. Pero os seguiré un poco el juego, si eso os divierte. Supongamos que la piedra existe de veras, y supongamos también que doy con ella. ¿Creéis realmente que habría una sola persona en el mundo capaz de resistir tal tentación? Porque, de existir la piedra, significaría poder, un poder infinito. ¡Su dueño sería un dios!

—¿Como los señores de Combat? —replicó Vela, sin inmutarse—. No sois vos el hombre para hacer una cosa así, Skar. Podéis ser duro, mas nada tenéis de ladrón ni de estafador. Si os interesara el poder, ya os habríais podido apoderar de él cien veces. Repito que me informé acerca de vosotros, pero vos no parecéis creerme. Os conozco, Skar, quizá mejor de lo que os conocéis vos mismo. En más de una ocasión pudisteis conquistar un trono. Esa tentación de que habláis no existe para vos. Nunca anhelasteis el poder. No sabríais qué hacer con él, ya que no os importa en absoluto. y a vos os consta perfectamente.

»Esto, por una parte.

»Por otra, no me tomaréis por tan tonta que no me haya preparado para semejante posibilidad. Para un hombre como vos, la piedra no tiene ningún valor. Sólo quien sepa manejarla será capaz de aplicar su poder. Para quien ignore su secreto, se convertiría en una maldición.

La *errish* se interrumpió, miró un instante al suelo y continuó en voz más baja y reposada.

—No exijo vuestra decisión ahora, Skar. Habladlo con Del y pensadlo con calma. Gowenna irá a veros poco antes de la puesta del sol, para oír vuestra determinación.

Skar sacudió la cabeza.

—Ahorradle el camino —dijo—. La respuesta es «no».

Hablaba deprisa, casi con precipitación, como si temiese decir algo en contra de su propia convicción.

—¿No os apresuráis demasiado, tratándose de un asunto de tanto peso? —preguntó Vela.

—No tengo ninguna decisión que tomar —declaró Skar—. Buscad a otro. Hay suficientes satáis. y también abundan los hombres que manejan la espada con tanta soltura como yo, si no con más. Tal vez encontréis a alguien lo bastante irresponsable y desesperado para querer suicidarse de esa manera. yo, desde luego, no pienso hacerlo.

—No acepto vuestra respuesta —dijo Vela—. No ahora. Pensadlo, Skar. Es mucho lo que os ofrezco. Más que dinero y riquezas. Necesitaré personas de mi confianza que me ayuden, y... ¿quién sería más adecuado para eso que el portador de la piedra?

—El poder no me interesa —contestó Skar, sin alterarse—. ¿No lo habéis dicho vos misma?

Vela hizo un gesto impaciente con la mano.

—No me refiero a esa clase de poder, Skar. Hablo de aquello por lo que lucháis los satáis. De la paz. De la justicia. De todas las cosas que figuran en vuestra bandera. Sabéis el peligro que se cierne sobre Enwor...

—¿Os referís a los quorri?

—También a ellos, si. Con la piedra del poder lograremos mantenerlos a raya. Pero no es esto sólo. No necesito deciros lo que ocurre en el mundo. La miseria y el salvajismo se extienden. ¿Por cuántos pueblos pasasteis cuyos habitantes padecían hambre y morían? ¿Cuántos veranos un poco más calurosos que los precedentes habéis conocido? ¿Cuántos ríos visteis, cuyo nivel de aguas había descendido? Enwor se muere, Skar. Lentamente, pero de manera irremediable. De no ser así, no habría recurrido a vosotros para una empresa tan desesperada. No necesito explicároslo. Lo

sabéis tan bien como yo.

Skar sonrió, pero la suya fue una sonrisa falsa, y en su interior experimentó una amarga sensación.

—¿Y vos esperáis cambiar todo eso con la piedra del poder? ¿Os creéis capaz de decidir la suerte del mundo y quebrar la voluntad de los dioses? ¿Sería este mundo como es si existiera un instrumento como la piedra del poder?

Vela vaciló unos segundos antes de responder.

—Quizá.

Su voz era un murmullo apenas perceptible, y su mirada parecía atravesar a Skar, como si hablase menos con él que consigo misma.

—Nadie sabe si esa piedra del poder existe en realidad —confesó—. Tal vez sea sólo una alhaja sin valor, pero también cabe la posibilidad de que, en efecto, sea la clave del poder divino. No lo sé, Skar. Pero tampoco sé que la piedra *no* exista. Hay una probabilidad. Muy pequeña, pero una probabilidad al fin. y nuestro mundo la necesita. No le quedan muchas otras.

Skar sonrió despectivo.

—Grandes palabras, *errish* —dijo.

Súbitamente sentía el deseo de herirla, y puso en su voz todo el sarcasmo que pudo.

—Grandes palabras —continuó—. Pero no confiaréis en que me hagan cambiar, ¿o sí? Habéis intentado comprarme —agregó, acercándose a Vela, a la vez que la examinaba con displicencia—. Primero, con halagos. Luego, con dinero, y ahora apeláis a mi conciencia. ¿Qué vendrá ahora? ¿Probaréis de amenazarme?

—Podría hacerlo —replicó ella, impasible—. Pero renuncio a ello. Podría obligaros a servirme, pero prefiero teneros como aliado voluntario. Me repugna forzar a un hombre a hacer algo a lo que no está dispuesto por su voluntad. Os repito, sin embargo, que podría.

Skar iba a contestar furioso, pero en la mirada de Vela vio algo que lo hizo enmudecer. Sabía que sus palabras no eran amenazas huecas. La *errish* podía obligarlo. y lo haría si no le quedaba otro remedio.

Sus ojos recorrieron la esbelta figura vestida de gris. Parecía delicada, casi frágil, pero al mismo tiempo con una fuerza sobrehumana. No la separaba de Skar ni medio paso y, sin embargo, en su cara no había la más mínima señal de miedo ni de respeto. Skar estaba acostumbrado a que la gente se estremeciera o retrocediera al verlo llegar, no sólo por ser un satái, sino simplemente por su imponente presencia. Le llevaba una cabeza y media a Vela, y se conocía lo suficiente para saber el efecto que su rostro

surcado de cicatrices podía producir en quien no lo hubiese visto nunca. En Vela no se notaba nada de todo eso. Al contrario: cuanto más expuesto estaba a la mirada de la *errish*, más débil e inseguro se sentía. ya no era un duelo entre Skar y Vela, sino entre lo que ambos representaban: un satái y una *errish*, una mujer cuyas palabras eran órdenes, y un hombre que había jurado no someterse a ninguna imposición que fuese contra su conciencia. Era una lucha entre dos conceptos del mundo que nunca habían sido puestos en duda.

Y Skar supo, de pronto, que sería el perdedor.

No era la primera vez que se veía frente a una de las Guardianas Grises. Pero sí la primera vez que comprendía —o empezaba a comprender— lo que eran en realidad.

—Es... imposible —dijo al cabo de lo que pareció una eternidad.

Cosa rara, de repente le costaba hablar. Las palabras le fluían lentas y torpes, como si algo en su interior quisiera impedirle pronunciarlas contra todo sentido común.

—No... puedo. Buscad a otro.

La mirada de Vela se volvió dura.

—Considerad bien vuestra respuesta, satái —respondió ella con aspereza.

Skar hizo acopio de fuerzas, pero se dio cuenta de que ya no resistiría mucho. Se había dejado arrastrar a una lucha superior a sus posibilidades, a un duelo dirigido según las reglas de la mujer y con sus armas, y que desde un principio había estado perdido para él. Era preciso que se fuera. Enseguida.

—La respuesta es «no» —repitió—. Os doy mi palabra de satái de que nada de lo hablado aquí saldrá jamás de mi boca, pero eso es todo. Lo siento.

Vela movió la cabeza en sentido afirmativo, como si no hubiera esperado otra cosa.

—Suponía que reaccionaríais así —dijo con amargura—. Creo que, de no ser así, me habría sentido decepcionada.

—¿Por qué me hicisteis venir pues?

—Quise daros una oportunidad, Skar —contestó Vela—. Deseaba actuar con nobleza. Quizá fuese un error, pero me lo debía a mí misma. A mí y a vos.

Se interrumpió, permaneció callada durante unos segundos y, rápidamente, se agachó para recoger su capa.

—Idos ahora —agregó—, pero pensad en mis palabras. Os enviaré a Gowenna antes de la lucha.

Se puso la capa, pasó por su lado, camino de la puerta, y se volvió una vez más, antes de abandonar la habitación.

—Pero tened en cuenta una cosa, Skar —dijo muy despacio, en voz baja y muy

seria—. Esta vez aún vengo como suplicante. La próxima, exigiré.

Capítulo 3

Necesitaron el resto del día para alcanzar el pie de las montañas. El frío se intensificó y, cuando al anochecer abandonaron el camino para seguir en dirección este, hacia donde se hallaba Combat, volvieron a encontrarse de súbito en una región llena de nieve y caprichosas formaciones de hielo. La succión producida por la tempestad de fuego sobre Combat hacía subir mucho el aire caliente, antes de que éste comenzara a desplazarse y derritiera la nieve y el hielo de los montes. Abajo, en cambio, el frío era terrible.

Pese a lo avanzado de la hora, Skar mandó continuar al grupo. Hasta ahora habían descansado cuando se ponía el sol, para seguir a la mañana siguiente con las primeras luces del alba, pero esto era ya imposible. Se les había agotado el combustible, y ni siquiera Tantor era capaz de producir fuego y calor sin leña. Nadie resistiría otra noche entre el hielo y la nieve. Además, ninguno de ellos hubiese podido conciliar el sueño. El nerviosismo y el temor no se habían reducido, sino que, por el contrario, eran mayores. Combat no era un espanto al que uno fuese capaz de acostumbrarse. No perdía ni un ápice de su horror, por mucho que se lo contemplara. Al revés. Mañana, o quizá pasado mañana, estarían allí, en medio del candente infierno. Durante un rato, Skar había procurado no mirar hacia el este, pero el intenso resplandor que dominaba el horizonte lo tenía embrujado.

A medida que se alejaban de la cordillera, el viento se hizo más fuerte. Si los caballos habían dejado antes profundas huellas en la nieve, ahora cabalgaban envueltos en una nube de una blancura arremolinada y seca, de una nieve que penetraba como fina arena en sus cabellos y bajo sus ropas, transformando su aliento en pequeñas volutas de vapor y haciendo arder el aire en sus pulmones. Skar se había envuelto de nuevo en su capa, mas la piel parecía no abrigar ya, como si su cuerpo, una vez salido del frío, hubiese perdido toda capacidad de resistencia.

La noche llegó deprisa, sin previo aviso. El sol se hundió, se fundió por unos instantes con la ardiente parte inferior de las nubes y se apagó como una vela a la que le cortaran la mecha. Sin embargo, no se hizo oscuro. Como si quisiera suplir la falta del sol, el fuego de Combat pareció crecer, cobrar más fuerza y cubrir el cielo de fuego y de roja luz. La nieve reflejaba el color de las llamas y se convertía en sangre medio coagulada que tiraba de las patas de los caballos e intentaba detenerlos.

Alguien lo tocó en el hombro. Era Arsan. El kohner había conducido su montura junto a la de Skar y señalaba hacia el este con el brazo extendido.

—¡La nieve termina allí! —gritó para ser oído pese al aullido de la tempestad—.

¡Deberíamos descansar pronto!

Skar estuvo de acuerdo. No se sentía cansado, pero eso no significaba nada. ¡Bien que necesitaría sus fuerzas al día siguiente! Dirigió una sonrisa animosa a Arsan, se volvió brevemente para mirar a los demás y aceleró el paso del caballo. Era cierto que la nieve cesaba, se transformaba a escasos cincuenta metros en pegajoso fango pardusco y, más allá, en agua que corría en diminutos y gorgoteantes arroyuelos que eran absorbidos por el suelo. Al mismo tiempo, la temperatura aumentó como si hubiesen cruzado una frontera invisible. El viento soplaba aún gélido y cortante desde las montañas, pero ahora Skar sentía el caliente soplo del fuego —casi desagradable ya— en la cara y las manos.

Desde el valle, Combat se distinguía mejor. Aún estaban a varios kilómetros de distancia de su demarcación. Igual que la ciudad, las llamas crecían hacia el centro, y la ígnea alfombra de los alrededores formaba, en medio, una rugiente columna de fuego, una inmensa torre de encendida luz que parecía lamer ansiosa las nubes. Ante ellos parecía hervir una gigantesca seta de llamas.

Apenas hubieron salido de la zona de nieve, Skar dio la orden de detenerse. El suelo estaba reventado, lleno de grandes y dentados cráteres y agujeros, abismos sin fondo y rocas de extrañas formas; un paisaje de pesadilla, que bajo la flameante claridad y el fragor del fuego todavía resultaba más terrorífico. A Skar no le gustaba nada la idea de cruzar de noche ese terreno. Era poco probable que algún ser viviente se introdujera por su voluntad en ese laberinto, pero incluso sin ellos resultaba suficientemente peligroso. Las grietas, las inesperadas simas y los pozos eran innumerables, y la luz siempre cambiante apenas permitía ver dos o tres pasos más allá.

Obligó a dar la vuelta a su caballo, retrocedió hasta donde estaba Gowenna, que como siempre formaba el final de la columna con los habitantes de los pantanos, y señaló con la cabeza la ciudad.

—¿Falta mucho para el túnel? —preguntó.

Gowenna miró hacia Combat, indecisa, como si le costara recordar detalles.

—No..., ya no —respondió—. Tres kilómetros, o quizá cuatro. Pero el camino es difícil.

—Por eso —dijo Skar—. Sería mejor descansar aquí y continuar de madrugada. Salvo que se pueda pernoctar en ese túnel.

—¡Imposible! —declaró Gowenna con firmeza. Había vencido su inseguridad y actuaba con la misma frialdad y dureza de siempre—. El calor es allí demasiado intenso. Además, Tantor necesitará el resto de la noche para... hacer sus preparativos.

—¿Qué preparativos?

En el rostro de Gowenna apareció una furtiva sonrisa.

—¿Por qué crees que nos acompaña? —replicó—. ¿No creerás que es sólo para encender el fuego, no? Sin él, ni siquiera podríamos acercarnos a la ciudad. Pero tienes razón —agregó después de mirar unos instantes al vacío, cambiando bruscamente de tema—. Nos conviene descansar aquí. Hay mucho de que hablar, y más adelante no tendremos ocasión.

—¿Por qué?

—El estruendo será terrible. ¡Escucha!

Se interrumpió y, como si el espíritu de la ciudad hubiese captado sus palabras y reaccionara ante ellas, el viento cambió de dirección por un momento y transmitió el impresionante rugido de las llamas.

Skar comprendió que Gowenna tenía razón.

—Sabes mucho acerca de la ciudad —dijo.

—Por eso estoy aquí.

—Y no por primera vez, ¿eh?

Pese a que la mujer se esforzó todo lo posible en disimularlo, su expresión delató alarma.

—¿Cómo..., cómo lo sabes? —inquirió.

—No es difícil de adivinar, Gowenna. Tú misma lo dijiste al mediodía. Pero no se lo revelaré a los demás, si no quieres.

En los ojos de Gowenna centelleó el enojo.

—No es ningún secreto —declaró—. De todos modos, os lo habría dicho.

Skar consideró que habría sido más prudente callar. Algo, sin embargo, lo impulsó a seguir hurgando en la herida.

—Entonces... ¿por qué lo callaste hasta ahora?

Para sorpresa del satái, Gowenna permaneció tranquila.

—No lo callé —recalcó—. Simplemente, no hablé de ello, satái. No era preciso.

Tiró de las riendas, y ya se disponía a cabalgar de nuevo, pero Skar la retuvo con un enérgico gesto.

—¡No corras tanto, Gowenna! —exclamo—. Deberíamos hablar de ello.

—No ahora.

La mujer trató de soltarse, pero el satái la sujetaba con mano férrea. Gowenna tenía una fuerza sorprendente, y él tuvo que agarrarla con tanta firmeza que sin duda le causaba daño. Aun así, el rostro de Gowenna continuó imperturbable. Sólo en sus ojos hubo un repentino relampagueo.

—¿Por qué no ahora, Gowenna? —insistió el satái—. No se me ocurre ninguna oportunidad mejor. ¿Qué es lo que temes allí dentro?

—Yo no temo nada, Skar —contestó Gowenna con voz sibilante—. yo...

El hombre aumentó la presión de su mano y, de este modo, le cortó la palabra.

—¿De qué tienes miedo? —repitió—. ya estuviste una vez en la ciudad, y no conseguiste hallar la piedra. ¿Por qué? ¿Qué hay allí con lo que tú no pudiste?

Un movimiento a sus espaldas hizo volverse a Skar. Los tres seres de los pantanos se habían aproximado y formaban un estrecho semicírculo alrededor de ellos dos. Sus rostros eran tan inexpresivos como de costumbre, pero Skar sintió la muda amenaza que súbitamente partía de sus mudas figuras. Soltó el brazo de Gowenna, se enderezó y apoyó la mano derecha en la empuñadura de la espada.

—¡Shar'en! —gritó Gowenna, cortante.

Los habitantes de los pantanos mantuvieron su hosca mirada durante una fracción de segundo y, después, se retiraron dos o tres metros. La uniformidad de sus movimientos tenía algo de amenazador, de inquietante. Hasta entonces, Skar siempre había evitado el contacto con aquellos seres, y de nuevo llamó su atención lo parecidos que eran los tres, y no sólo en su aspecto, sino también en su forma de actuar y, probablemente, también de pensar. Cada vez veía más en ellos a un único ser, que sólo por casualidad habitaba en tres cuerpos distintos.

—No vuelvas a atacarme en su presencia, satái —dijo Gowenna en voz baja.

Skar dio una brusca media vuelta. Su mano seguía en la empuñadura de la espada, y no era un gesto fortuito.

—¿Debo darte las gracias por haber mandado retroceder a tus perros guardianes? —preguntó furioso.

Gowenna sonrió con arrogancia.

—No estamos aquí para liquidarnos unos a otros, Skar —contestó con suavidad—. Tenemos una misión que cumplir, y todo lo demás carece de importancia.

—¡Entonces dame de una vez las informaciones que necesito para llevarla a cabo, diantre! —bramó el satái.

No había elegido sus palabras de modo muy inteligente ni eficaz. Simplemente, expresaban su ira. Al advertirlo, se encolerizó todavía más.

Gowenna sonrió.

—¡Desde luego, *comandante*!

El tono en que pronunció la última palabra aumentó la furia de Skar.

—A mí no me interesa demasiado el mando, si es eso lo que te molesta —dijo, casi jadeante—. Con gusto te lo cedo.

Gowenna prefirió no responder. Volvió la cabeza, dejó que su mirada se deslizara poco a poco por la llanura, como si buscara algo concreto, y al fin señaló una roca casi rectangular, que se elevaba unos treinta metros a escasa distancia de ellos.

—Vayamos hacia allá —repuso la mujer—. Me parece un lugar adecuado para acampar.

Y arrancó sin esperar la opinión de Skar. Los tres hombres de los pantanos la siguieron como oscuras sombras sin rostro.

El satái hundió los talones en las ijadas de su montura y salió disparado detrás de ellos. El incidente no había pasado inadvertido a los otros, pero eso le importaba ahora poco. No era un secreto la tirantez existente entre Gowenna y él, y Arsan no había dicho más, la noche anterior, de lo que todos sabían. Probablemente, no era el momento más propicio para una confrontación, pero si Gowenna se empeñaba en tener su lucha, la obtendría. Con las condiciones que él pusiera.

Se apeó del caballo, se arrancó la capa de los hombros y, a grandes zancadas, se unió a los demás. Gowenna lo miró con cara pétrea. El reflejo de Combat envolvía sus cabellos en llamas.

—Bien —comenzó Skar sin más—. Creo que ha llegado la hora de poner las cartas sobre la mesa. Uno de nosotros conoce esta ciudad mucho mejor de lo que ha admitido hasta este instante. y yo quiero saber, ahora mismo, lo que nos aguarda.

Una vez que hubo hablado, Skar observó con atención la reacción que demostraban los rostros de los demás.

Beral tomó aire, sorprendido, y se estremeció visiblemente. En los ojos de Nol se encendió una chispa burlona, como si hubiera sido el único enterado de cómo estaban las cosas y ahora se divertiera en silencio al ver el enojo de Skar. Arsan y Gerrion no parecieron reaccionar de ningún modo.

Gowenna sonrió de nuevo, dio un paso atrás y palmoteo.

—¡Bravo, satái! Una impresionante salida a escena. No sabía que tuvieses tal sentido de lo dramático.

Pero, antes de que Skar pudiese replicar algo, añadió muy seria:

—Es cierto, satái. ya estuve una vez aquí, y no sólo aquí, sino más allá... En la ciudad.

—¿Entonces es posible llegar? —exclamó Beral, boquiabierto—. ¿Hay manera de entrar en Combat?

—De no ser así, no habría venido —contestó Gowenna, mordaz—. La pregunta se te ocurre muy tarde, Beral.

—Entremos en materia —gruñó Skar—. ¿Qué nos espera allá dentro?

—La muerte —respondió Gowenna, y la forma en que lo dijo convenció al satái de que hablaba en serio—. Fuego, un calor insoportable y la muerte —prosiguió—. Tendremos que pensarlo tres veces antes de cada paso que demos, y aun así podemos equivocarnos. Cada palmo de suelo esconde quizá la perdición. Las llamas que veis no constituyen el único peligro.

—No quiero oír acertijos —dijo Skar—. Si estuviste en Combat, ¿cómo no te apoderaste de la piedra? ¿Tan vigilada está?

Gowenna meneó la cabeza.

—No más vigilada que la ciudad entera, Skar. Intenté encontrar la piedra, pero no lo conseguí.

El satái necesitó unos cuantos segundos para comprender lo que las palabras de Gowenna significaban.

—¿Entonces... quieres decir que... ni siquiera sabes dónde está?

—Eso mismo —declaró ella—. No lo sé, Skar.

Beral emitió un jadeo.

—Pero... ¿cómo...? —empezó, pero se interrumpió en el acto cuando Gowenna hizo un gesto de impaciencia con la mano.

—La encontraremos —dijo convencida—. Si alguien tiene una posibilidad de dar con ella, somos nosotros. Entonces no lo logré, porque ignoraba cosas que hoy conozco. No sé exactamente *dónde* está la piedra, pero sé cómo podemos descubrirla.

—¿De dónde sacas todo eso? —intervino Skar—. ¿Cómo lo sabes? ¿Quién te dijo que esa dichosa piedra existe, si ni siquiera sabes dónde buscarla?

—Lo sé, y debes contentarte con eso —replicó Gowenna cortante.

Skar sacudió la cabeza, furioso.

—¿Crees que todos nosotros nos jugamos la vida para...?

—Vuelves a emplear palabras equivocadas, satái —le cortó Gowenna, aunque sin alzar la voz—. No me limito a creer. Lo sé. Pero ninguno de vosotros tiene otra elección. y tú parece haber olvidado que yo os acompaño. Necesité dos años para reponerme de mi primer intento. No regresaría ahora a Combat de no estar convencida de encontrar la piedra. Nosotros...

En la oscuridad, a sus espaldas, resonó de repente un grito espantoso.

Skar se volvió, atarantado. El grito no se repitió, pero él siguió oyéndolo: el grito de un ser humano aterrorizado. El satái se arrancó la espada de la vaina, indicó a los demás que no se movieran y se adentró cauteloso en la negrura. Sus sentidos estaban tensos a reventar. Había en él una excitación sorda y hormigueante a la vez, una extraña sensación que nacía en lo más profundo de su cuerpo y que, como una

corriente viva, continuaba hasta su brazo derecho. Delante de él percibió ruidos: las susurrantes voces del viento, que se quebraba contra grietas y salientes de piedra..., la arena que corría sobre la vidriada roca para descansar y ser arremolinada de nuevo..., la caída de una piedra..., pasos y el crujido de una tela basta...

Una sombra se movió por las tinieblas.

—¡Aquí! —chilló una voz—. ¡Venid aquí! ¡Deprisa!

—¡Tantor! —jadeó Skar.

Echó a correr, tropezó con una piedra, consiguió mantener el equilibrio y avanzó algo más despacio.

—¡Venid aquí! ¡Lo más aprisa posible! —gritaba Tantor—. ¡Pronto...!

Skar penetró aún más en la oscuridad, con los demás pisándole los talones. Las voces de Tantor les indicaban el camino. El enano chillaba de manera incesante, y sobre todo se le oían las palabras de «¡Aquí!» y «¡Deprisa!», aunque también llegaban hasta ellos las entrecortadas sílabas de una lengua desconocida... Su voz vibraba de miedo.

Por fin, el satái halló al enano subido a una desmoronada roca de la altura de un hombre, que sólo destacaba contra el imponente perfil de la montaña como una sombra negra. Tantor saltaba sin descanso sobre una pierna y otra, señalando con gran excitación un lugar cercano.

—¡Aquí, satái! —ululó al reconocer a Skar—. ¡Sube, sube enseguida!

Skar envainó rápidamente la espada y, sin prestar atención a la mano que Tantor le tendía solícito, trepó a la roca.

—¿Qué ocurre?

—Buscaba hierbas... para el ungüento que necesitáis... —resolló—, y...

De pronto, Skar agarró su brazo con tanta fuerza, que el enano se interrumpió con un alarido de dolor y se retorció. El satái ni se dio cuenta, porque tenía la vista fija en algo gigantesco y blanco que yacía al otro lado de la roca: enorme, destrozado y sangriento, horripilante y amenazador incluso después de muerto..., un estremecedor monstruo blanco que los miraba con ojos quebrados y vidriosos.

—¡Cielos! —exclamó—. ¿Qué es eso?

Tantor desprendió su brazo y dio un rápido paso atrás, como si temiera que Skar lo sujetara de nuevo.

—La... araña de la nieve —musitó—. Tuvo que seguirnos cuando abandonamos su gruta...

Skar apenas escuchó las palabras. Era incapaz de moverse y apartar la mirada de aquella horrible... cosa blanca; incapaz de pensar o sentir algo que no fuera asco. El

cuerpo del monstruo era, por lo menos, el doble de largo que el de un hombre adulto, blanco, peludo e hinchado, totalmente cubierto de berrugas, úlceras y cicatrices. De la triangular boca salían dos tenazas largas como brazos, que brillaban como sables recién afilados y eran suficientemente poderosas para partir a una persona en dos. Los dos ojos principales, que incluso en la muerte parecían clavarse ansiosos en Skar, tenían el tamaño de cabezas de niño. La araña había acabado su existencia de la forma típica de su especie: tendida de espaldas, con las patas encogidas en un último intento de agarrar algo, de modo que parecía un puño deforme y gigantesco. En vida, el animal debía de haber tenido una envergadura de veinte metros como mínimo.

Pero ya no vivía. Algo la había matado tan rápida y silenciosamente que no se habían dado cuenta de nada, a pesar de que la lucha tenía que haberse producido a escasa distancia de ellos. Alrededor del cadáver, el suelo estaba revuelto y cubierto de sangre medio coagulada y algo más que Skar no pudo distinguir dada la vacilante luz. Los dos pares de patas traseras parecían estar rotas por varios sitios, y la quitina que asomaba bajo la centelleante piel estaba reventada, como si una tremenda presión la hubiese hecho estallar. En el aire había un débil olor a humo.

Skar no despenó de su estupor hasta que los demás hubieron trepado a la roca, uno tras otro, y, según su temperamento y su carácter, contemplaron enmudecidos al monstruo o lanzaron gritos de horror.

—¡Por los pantanos de Cosh! —exclamó Beral—. ¿Qué ha pasado aquí?

Skar dio media vuelta. Sus ojos se encontraron durante unos segundos con los de Gowenna, y en ellos vio el mismo extraño temor que experimentaba él. Con un gesto reflejo, la mano de la joven buscó la empuñadura de la espada, y sus labios se apretaron en una línea delgada y exangüe. El satái observó que los ojos de Gowenna trataban de escudriñar la impenetrable negrura que se extendía delante de ellos.

—La araña está muerta —se apresuró a decir Skar—. ya no hay peligro. Lo que le ocurre a Tantor es que está asustado. y no se le puede reprochar... —añadió con una sonrisa expresamente exagerada.

Beral estaba blanco como la cera, y los labios le temblaban.

—Pero... ¿cómo...? —murmuró.

—Yo *creía*, que esas arañas no abandonaban nunca sus grutas —balbuceó Nol desconcertado.

Skar se encogió de hombros, indiferente.

—Pues ésta sí, por lo visto —dijo—, y fue la causa de su perdición.

Con una risita se acercó más al borde de la roca y se colocó de manera que, como si fuera por casualidad, impedía el espectáculo del monstruo muerto.

—Ya veis —dijo levantando la voz— que no hay motivo de inquietud, ni mucho menos de miedo. Lo más probable es que la araña lleve varios días aquí. y, de este modo, el camino de regreso será menos peligroso.

Beral intentó abrirse paso por su lado, pero Skar no se movió y fingió no darse cuenta del propósito del otro.

—Regresad al campamento —ordenó—. Aquí no hay nada que ver, y mañana necesitaremos todas nuestras fuerzas.

—No entiendo por qué salió —murmuró Beral con un gesto de la cabeza—. Estas arañas sólo viven en sus grutas y...

—Pues es evidente que ésta salió —respondió Skar, impaciente—. y ahora está muerta. Alegraos de no haber tropezado antes con ella. Preparadlo todo para la noche. Ah —añadió, con cierta burla en la voz—; creo que alguien debería acompañar a Tantor, para que no le dé un ataque al corazón al ver una sombra.

—Tendríamos que... montar guardias —dijo Arsan, vacilante.

—¿Para qué? —replicó Skar, señalando el monstruo muerto—. Las arañas de la nieve viven solas, y nunca aparece más de una en una zona de quince kilómetros cuadrados.

—Puede tener crías.

—Sin duda, pero estarán por arriba, en la montaña. Aquí no hay presas para ellas. Puede que este animal viniese a ese rincón para morir. Tal vez estuviese enfermo o, simplemente, fuera ya viejo.

—Aun así...

—Si quieres, puedes permanecer de guardia hasta que se haga de día —le cortó Skar.

Arsan se sobresaltó visiblemente, y Skar notó que sus palabras y el duro tono empleado lo habían herido. Pero no podía actuar de otra manera.

—Pero si lo haces —agregó—, que sea en el campamento. Como los demás. ¡Ahora, marchaos!

Arsan parecía querer decir algo más, pero Skar le dio la espalda, y su mirada buscó la de Gowenna. Ella hizo un rápido gesto afirmativo. Había comprendido.

—Marchaos ahora —repitió el satái—. yo seguiré un rato aquí, en busca de huellas. Pronto os seguiré.

Durante dos o tres segundos no se movió ninguno de los hombres, pero luego desaparecieron, uno tras otro, en la oscuridad. Skar respiró con alivio.

Aguardó a que sus pasos se perdiesen en el duro suelo, se puso en cuclillas y pasó los dedos por la oscura mancha que había mantenido escondida con el pie. Era sangre.

No sangre humana, sino la sangre de la araña, que había salpicado hasta allí desde el cuerpo reventado. y todavía estaba caliente.

Miró de nuevo el cadáver del monstruo y, al fin, se introdujo en la oscuridad que se abría detrás de él. Los gemidos del viento habían aumentado de volumen, y sus sobreexcitados nervios le hacían ver movimientos, negras y misteriosas formas que habían cobrado vida y se agitaban en alguna parte, justo detrás del límite de lo visible.

Al cabo de un rato, Skar percibió unos pasos quedos. Alzó la vista y halló ante sí un rostro claro, enmarcado de lisos cabellos de azabache. Era Gowenna. Detrás de ella avanzaban tres borrosas siluetas.

—Diles que se alejen —exigió el satái, con un vistazo a los habitantes de los pantanos.

Gowenna clavó en él sus penetrantes ojos por un segundo, antes de volverse y dirigir a sus acompañantes unas palabras en un lenguaje rápido e incomprensible. Las tres sombras se diluyeron en las tinieblas, aunque Skar no dudó de que esperarían cerca.

—¿Crees que tu actuación ha sido convincente? —comenzó Gowenna sin transición.

—Desde luego que no. Pero eso no importa. ¡Que piensen lo que les dé la gana..., siempre que no se acerquen demasiado a la verdad! No hace ni media hora que la araña está muerta.

Gowenna asintió impasible.

—Lo sé —dijo. Tantor tuvo que cruzarse casi con el ser que la mató. Hiciste bien en callar.

Se arrodilló al lado de Skar y examinó con curiosidad la oscura mancha de sangre.

—¿Sabes quién fue? —preguntó la mujer al cabo de un rato.

—¿Que?

—Si te imaginas quién la mató.

Skar meneó la cabeza. No podía imaginarse un ser capaz de liquidar tan deprisa y en silencio a un monstruo como la araña de la nieve.

—No —confesó.

Gowenna se volvió sin más palabras, apoyó la mano izquierda en la roca y saltó hacia donde estaba la araña muerta. En el acto se apartó un par de pasos del cadáver, miró a Skar y lo llamó con un gesto.

—¡Ven! Quiero enseñarte algo.

El satái experimentó un asco casi invencible, pero una voz interior le dijo que Gowenna no lo hacía bajar para demostrarle su superioridad. Era evidente que

también a ella le resultaba desagradable acercarse a la araña.

Skar se puso de pie, echó hacia atrás la capa y saltó con los brazos abiertos hacia donde se hallaba Gowenna. El suelo era desigual y estaba cubierto de rocalla y lascas, con lo que poco le faltó para perder el equilibrio. Tropezó a medio paso del repugnante cuerpo, pudo evitar la caída en el último instante y retrocedió lleno de repulsión. Gowenna frunció el entrecejo, pero no dijo nada. También ella parecía comprender que no era aquél el momento para proseguir sus discusiones personales.

Se alejó un poco más de la araña, en dirección a la oscuridad, y por fin se paró.

—¡Mira! —dijo—. Quiero que lo veas tú mismo.

Skar trató de distinguir, con la frente arrugada, lo que la mujer le indicaba, pero tardó unos instantes en ver qué era.

Allí, el suelo no era de roca y piedra quemada, sino de tierra arrastrada por el viento desde las montañas y descargada en una hondonada protegida. Era un lugar de unos seis metros de diámetro, y de color oscuro. y en el borde exacto de ese sitio se veía la huella de una espantosa pata de cuatro dedos.

A Skar le dio un vuelco el corazón. La huella era tan grande, que él habría podido sentarse cómodamente en ella, y tenía unos dos palmos de profundidad. Tres de los poderosos dedos eran cortos y deformes, y, a juzgar por los profundos agujeros triangulares que había en el extremo de la huella, estaban provistos de terribles garras. El cuarto dedo salía hacia afuera y parecía doblado como un pulgar.

—Beral tiene razón —dijo Gowenna sin alzar la voz—. Estos animales no salen nunca de sus grutas. Ni siquiera para cazar, salvo que algo o alguien los eche.

Dio un paso atrás, levantó algo del suelo y le tendió la mano a Skar. En su palma centelleaba un polvo gris y granuloso...

—¿Notas el olor?

—Sí.

Era el mismo olor a humo, y ni siquiera desagradable, que advirtiera desde el principio, pero mucho, mucho más intenso.

—Sólo existe un ser que deje semejantes huellas —susurró Gowenna. Luego tiró el polvo al suelo, dio un par de palmadas para limpiarse las manos y, por fin, se las frotó con una punta de su capa—. ¡Un dragón que expele polvo mortífero!

—Eso es imposible... —jadeó Skar.

Sus palabras sonaron débiles e indefensas, y así se sentía él también. Aun sin ver aquel polvo gris y la huella y notar el olor, habría sabido que Gowenna tenía razón, pero se negaba a creerlo.

—No sabes lo que dices —murmuró desconcertado—. Sin duda te equivocas.

Tú...

—No me equivoco, Skar, y lo sabes bien. En todo Enwor sólo hay un ser capaz de causar algo semejante. y sigue aquí. Cerca de nosotros.

—Pero eso significaría...

—Sé lo que significaría —lo interrumpió Gowenna sin perder la calma—. Nos ha oído, y ya no se apartará de nuestra pista hasta que nos dé alcance. Probablemente nos habría atacado hoy mismo, de no ser por la araña, que ha saciado su sed de sangre por esta noche... Pero seguro que volverá.

—Lo dices tan tranquila como si no te afectara en absoluto —contestó el satái.

Gowenna emitió una risa suave, y era la primera vez, desde que Skar la conocía, que parecía sincera.

—Simplemente, yo no cierro los ojos a los hechos, satái —dijo al cabo de un momento—. Lo que ha sucedido aquí, no cambia nada nuestro plan. Mañana, cuando salga el sol, penetraremos en la ciudad. ya me devanaré los sesos a nuestro regreso, respecto del dragón. *Si es que regresamos*. Además..., es tu problema, ¿no?

—¿Ah, sí?

—En este juego parecen haberte tocado peores cartas de lo que te figuras, Skar —respondió Gowenna—. ¿Recuerdas que antes me dijiste que podía hacerme cargo del mando, si quería?

—Lo recuerdo, sí. y hablaba en serio, Gowenna. Mi ofrecimiento sigue en pie. No es el momento adecuado para enemistades o envidias. Todo cuanto ansio es volver a Ikne y encontrar a Del. Tú me odias, aunque no sé por qué, y yo no tengo el menor interés en corresponder a ese odio. Tropezamos con demasiados enemigos como para que, además, combatamos entre nosotros.

Gowenna lo miró seria y en silencio, con rostro inexpresivo. Sonrió al fin, pero fue como si se pusiera una máscara; no había en ella un sentimiento verdadero, como en realidad no lo había mostrado nunca. Gowenna parecía capaz de dominar hasta el más mínimo sentimiento. Era una persona que jamás mostraba su auténtica cara, y quizás había vivido tantos años de ese modo que ya no podía albergar sentimientos.

—Estoy dispuesta a creer que hablas en serio —dijo—. Tú ves en mí a una enemiga, y estás en lo cierto. Pero lo que yo pueda sentir no importa, del mismo modo en que tampoco tiene ninguna importancia lo que puedas sentir tú o sienta cualquier otro. Estamos aquí para ir en busca de la piedra, y yo no pensaré en nada más hasta que hayamos regresado a Ikne o... estemos todos muertos.

Skar quiso formular una pregunta, pero Gowenna siguió hablando en voz alta.

—La relación entre nosotros es lo de menos, satái, así como tampoco importan

nada mis deseos. Puedes confiar en mí hasta que hayamos llevado a cabo nuestra misión. No por más tiempo, pero tampoco por un segundo menos.

Skar dirigió una hosca mirada a la mujer, dio una brusca media vuelta y se puso a contemplar las vivas llamas del horizonte.

—Deberíamos regresar al campamento —dijo Gowenna, al cabo de unos minutos.

—Todavía no.

Skar buscó inútilmente las palabras adecuadas y, volviéndose de nuevo hacia ella, le apoyó una mano en el hombro antes de que Gowenna pudiese impedirlo. Notó cómo la mujer se estremecía bajo su contacto. Parecía que se hubiese quemado. Sin embargo, resistió el impulso de apartar la mano del hombre.

—Tal vez sea un momento poco apropiado —dijo Skar con dulzura—, pero no es probable que tengamos otra ocasión de hablar a solas, antes de llegar a Combat, y quiero saber de una vez qué tienes contra mí. Tú me odiaste desde el primer día. Desde el momento, incluso, en que me hablaste delante de la taberna. ¿Puedes aclararme qué te he hecho yo?

—Nada —se apresuró a contestar Gowenna.

Ahora sí que intentó sacarse de encima la mano de Skar, pero éste la sujetaba con fuerza. Gowenna era fuerte, muy fuerte para ser mujer, pero no podía contra él. El satái se dio cuenta de que empezaba a temblar, y casi notó su súbita inseguridad. Inseguridad y..., sí, miedo. No era temor de que él pudiese hacerle daño... En ese aspecto parecían hermanos. Ambos habían crecido con la espada en la mano, y la muerte les resultaba tremendamente familiar. Pero él había atravesado su escudo protector, y al tocarla se había introducido a través de la muralla que Gowenna levantara entre ella y el mundo, desconcertándola como a un animal cuya distancia de huida se reduce y, por consiguiente, es presa del pánico. Por espacio de unos breves instantes se halló ante la verdadera Gowenna, una mujer distinta de la que él había conocido hasta entonces.

Pero Gowenna se dominó enseguida. Apartó su mano de un enérgico golpe, saltó dos pasos hacia atrás y desenvainó a medias la espada.

—¡No vuelvas a hacerlo nunca, Skar! —dijo con voz sibilante—. Si me tocas otra vez, te mataré. Hablo en serio.

—¿Y por qué? —replicó Skar, imperturbable—. ¿Te repele ser tocada por un hombre? ¿Me odias sólo por ser un hombre y por representar todo aquello que una mujer jamás podrá ser en este mundo?

De pronto, Skar cayó en la cuenta de que había repetido casi las mismas frases que dijera Arsan el día anterior, y contuvo una sonrisa.

—¿Un hombre? —exclamó Gowenna, al mismo tiempo que echaba la cabeza hacia atrás y soltaba una risa estridente y artificial—. ¿y qué es eso, Skar? ¿Supones que yo preferiría ser un hombre? ¡Estás loco, satái, loco de remate! Os odio, os odio a todos, eso es cierto, pero por unos motivos muy distintos. Nada hay en vosotros que yo pueda envidiar. ¡Nada en absoluto! Al contrario: ¡estoy muy orgullosa de ser mujer!

—Entonces, ¿por qué te comportas de esa forma? —preguntó Skar.

Gowenna volvió en el acto a su anterior tranquilidad.

—¿Y cómo crees tú que debe comportarse una mujer? —replicó ella con ironía.

Desenvainó del todo la espada y la arrojó a los pies de Skar. La hoja se hincó en tierra a poca distancia de ellos y quedó temblando.

—¿Es esto? —inquirió—. ¿Me reprochas haber aprendido a manejar la espada? ¿Te da rabia no poder actuar frente a mí como el gran protector, como el invencible y sabio satái? ¿O eres de los que opinan que la mujer debe pasar el día delante del fogón y acostarse limpia y perfumada por la noche?

—Desde luego que no —respondió Skar—. Pero sí opino que una mujer no tiene nada que hacer en el campo de batalla.

—¿Y por qué no?

Se adelantó, arrancó la espada del suelo con un airado movimiento y la arrimó al rostro de Skar.

—¿Porque lo consideras cosa de hombres? —continuó—. ¿Porque no podéis soportar la idea de que una mujer maneje una espada tan bien como vosotros?

Skar meneó la cabeza con un suspiro, apartó el arma y dio un paso hacia Gowenna.

Esta retrocedió con presteza. Su postura delataba súbita tensión.

El satái se detuvo. Comprendía que Gowenna lo atacaría si se aproximaba a ella aunque fuese sólo un centímetro.

—Eso son imaginaciones tuyas —dijo apacible.

En la mirada de la mujer hubo un relampagueo de enojo.

—¡Y que precisamente lo digas tú! —le echó en cara—. ¿No sois vosotros, los satáis, quienes sólo vivís para la espada? Habéis hecho una religión de ella, un dios al que veneráis y por el que morís. ¿Cuántos mitos no habéis tejido alrededor de héroes que vivieron empuñando la espada? ¡No tenéis pocos cantares dedicados a vuestros héroes! Habéis convertido la espada en un símbolo de la virilidad, y despreciáis a todo el que se atreve a dudar de ese símbolo. ¿Supones que querría ser un hombre, sólo porque llevo espada y no acepto vuestro complejo de superioridad? ¿A cuántos

hombres has matado a lo largo de tu vida, satái? Estoy segura de que son muchos. ¿y tú me reprochas que sea distinta de como debería ser?

—Yo, al menos, no ando metiéndome con todo el que me mira de soslayo —contestó Skar, en un tono expresamente comedido.

Se daba cuenta de que había ido demasiado lejos, hasta tocar un punto del alma de Gowenna que hubiera sido mejor no rozar.

—Hago lo mismo que tú —dijo ella—. Me defiendo si me atacan.

—No —la corrigió Skar—. Tú te defiendes antes de que te ataquen, y ésa es la diferencia entre el respeto y el miedo y, mientras no sepas distinguirlo, serás siempre una extraña para los demás.

—Yo...

—Tú te hallas entre dos frentes —prosiguió tranquilo, pese a constarle que hubiese sido más prudente callar—. No te interesa ser reconocida como mujer u hombre, sino como lo que eres: un ser humano. Comprendo tu deseo, Gowenna, pero vives en un mundo equivocado. ya no eres mujer, porque no te gusta el papel de las mujeres en nuestro mundo, y nunca te verás aceptada por los hombres, porque los odias. yo no puedo afirmar que este sistema me guste, pero no puedo cambiarlo, del mismo modo en que no puedo cambiar todo este maldito mundo. Tampoco a mí me convence, Gowenna, pero no tengo manera de elegir. Sólo tenemos esta vida, y únicamente hay un determinado número de papeles que podamos interpretar en ella.

—¿Y tú te contentas con interpretar un papel?

Skar hizo un gesto de afirmación.

—Sí. Tú quieres ser fuerte, Gowenna, pero la fuerza significa también reconocer los propios límites. Mira esa araña —añadió el satái, después de una breve pausa en la que señaló el monstruo con un gesto de la cabeza—. Tenía una fuerza enorme. Sin duda era el animal más poderoso de esta parte del mundo.

—¡Bah! —replicó Gowenna—. La araña...

—Fue fuerte mientras hizo el papel que le correspondía —la interrumpió Skar—. Mientras estuvo en su cueva, fue invencible, pero cuando salió, la mataron. No conocía sus límites, y toda su gran fuerza no le sirvió de nada. y tú..., tú intentas hacer lo mismo, Gowenna. Te rebelas contra el destino y desafías a los dioses, tal como lo hicieron los habitantes de Combat. Procura que no te suceda lo que les pasó a ellos. Una vida humana se destruye con más facilidad que una ciudad.

Gowenna lo miró furiosa. Parecía querer decir algo, pero se limitó a resollar con rabia y desapareció en la oscuridad sin más respuesta.

Skar la siguió con la vista, sacudiendo la cabeza. Sabía que sus palabras habían

sido inútiles. Gowenna poseía la suficiente inteligencia para darse sobrada cuenta de lo que él le había dicho, aunque no lo admitiese.

El satái apretó iracundo los puños. No había bastante con meterse en un juego que muy probablemente perdería; no había bastante con que, quizá, la bestia más temible de Enwor les siguiera la pista, un monstruo que habría asustado incluso a los cuidadores de los dragones de las *errish*; no había bastante con que se viera acompañado de un loco, un aventurero, un asesino sin escrúpulos y tres seres de los pantanos, tan imprevisibles como impenetrables... no había bastante con que ya llevase la muerte en el cuerpo y alguien los siguiese por las montañas: hostigadores cuyos propósitos podía, como mucho, sospechar... No, además tenía que atizar la enemistad existente entre él y Gowenna, necesitaba buscar una confrontación que tal vez fuera inevitable, pero que podía esperar.

Más que nunca notó —mientras daba media vuelta y se encaminaba despacio tras Gowenna— lo importante que en realidad era. Para los demás, y también para Gowenna, aunque ella no lo reconocería jamás, él era el satái, el guerrero invencible, un símbolo de fuerza y, seguramente, también de algo semejante a la sabiduría, pero a él le constaba que no era así. Con Del había perdido algo más que un amigo y compañero de lucha. Aunque a un extraño pudiera resultarle difícil de entender, su relación iba mucho más allá de la amistad, del trato normal entre un maestro y su discípulo. Con el tiempo, Del había llegado a formar parte de él mismo, y viceversa.

Pero hacía ya mucho que no veía a Del. Demasiado...

* * *

El amplio óvalo de la arena iluminado por el oscilante resplandor de incontables antorchas. Las gradas de piedra que, en una fila tras otra, se extendían hasta una altura de más de veinte largos de hombre alrededor del coso, estaban aún vacías, pero ya no tarda rían en llegar los primeros aficionados al espectáculo, para asegurarse un buen sitio pese a la incesante lluvia y a que la exhibición no daría comienzo hasta después de la oración del anochecer. La arena podía acoger a unos veinte mil espectadores, lo que incluso para Ikne era un número enorme, y Skar no habría sabido qué responder, en el caso de preguntarle alguien por un edificio mayor. Aun así, difícilmente había un día en que las tribunas no estuviesen llenas hasta el último asiento, y más de uno que hacía cola ante las taquillas con su dim a punto, tenía que volverse a casa. En Ikne no abundaban las posibilidades de distracción.

Skar había intentado dormir un par de horas, siguiendo el consejo del tabernero Rache, pero sin éxito. No se apartaban de su mente las palabras de Vela, ni su mirada de despedida, así como tampoco la apenas disimulada amenaza que había en su voz.

No tenía miedo —al menos, no aquella clase de miedo que había experimentado en otras ocasiones—, pero lo dicho por la *errish* había desatado en él una profunda inquietud.

Le constaba que una *errish* no profería amenazas en vano.

Por fin se había levantado para subir a la arena, cosa que nunca solía hacer. Skar no era supersticioso, pero no tenía costumbre de pisar la plaza si el mismo día tenía que luchar.

Aunque la espesa capa gris que cubría la ciudad se había rasgado aquí y allá, todavía hacía frío, y en el este se agolpaban nuevos castillos de nubes.

Skar examinó el coso con sentimientos encontrados.

Había sido construido sobre una inmensa losa de piedra porosa; una roca por cuyas incontables grietas y fisuras podía escurrirse el agua e ir a parar a unas grandes cavernas subterráneas, desde las que era conducida al río, de modo que la capa de arena extendida encima —y que a los hombres les llegaba hasta las rodillas— permanecía normalmente seca aunque el tiempo fuese malo. Pero la ininterrumpida lluvia caída durante días enteros había sobrepasado la capacidad de las instalaciones, y, en vez de escapar el agua, más bien subía de las cavernas y del río, con lo que el coso estaba convertido en un pegajoso pantano de fango, en el que se hundirían a cada paso. Skar no consideraba muy preocupante esa desventaja, ya que también tendrían que enfrentarse con ella los adversarios, pero hubiese preferido pelear sobre suelo firme.

El viento cambió de dirección por un momento y trajo consigo un vibrante bramido, un ruido que, aunque amortiguado, encendió en él una chispa de temor. Los bantas estaban inquietos. Era de suponer que durante semanas enteras sólo habrían sido alimentados con sangre, para que llegaran bien fieros al día de la lucha. Skar sintió alivio cuando el viento cambió de nuevo y se llevó el ruido. No le gustaban las peleas entre animales salvajes. Aunque él —como cualquiera— temía a los bantas, al mismo tiempo los respetaba como luchadores orgullosos y valientes, como unos seres mucho mejor preparados que los hombres para sobrevivir en un mundo tan despiadado. Sin embargo, dentro de escasas horas serían retiradas las rejas de las dos jaulas, y los escamados adversarios caerían uno sobre otro para destrozarse mutuamente, incapaces de comprender que su muerte sólo tenía el objeto de divertir al público y, de paso, llenar los bolsillos de los lastares.

Pero quizá también era eso lo que hacían él y su amigo Del. Tal vez todavía fuese peor. Porque ellos sabían lo que hacían.

Skar apartó de sí ese pensamiento y se entretuvo un rato observando a los

hombres que corrían por el extenso óvalo e intentaban alisar el reblandecido suelo, lo que constituía una empresa tan ridícula como absurda. Aunque consiguieran convertir aquel cenagal en algo parecido a una arena, los enfurecidos bantas no tardarían en dejar el suelo como había estado poco antes.

El sonido de unos ligeros y regulares martillazos le hizo alzar la vista. Unos obreros estaban ocupados en levantar, a media altura entre las filas de espectadores y enfrente mismo de la puerta, un gran estrado de madera. Skar se asombró cuando en el baldaquín sólo desplegado a medias distinguió los colores de los reyes del templo. De nuevo experimentó, durante un segundo, la taladrante inquietud, pero esa sensación desapareció antes de que pudiera darse verdadera cuenta de ella.

De improviso notó que no estaba solo, y dio media vuelta. En el imponente portón de herrajes que había a sus espaldas acababa de abrirse una puerta más pequeña, y por ella salía un hombre ya viejo, de escasa estatura, cabellos grises y ojos que no cesaban de parpadear.

—¡De modo que estás aquí! —dijo Cubic a modo de saludo.

Dio un paso hacia él, se detuvo con brusquedad cuando le cayeron en la cara las primeras gotas de lluvia, y se retiró a toda prisa al lado del portón no accesible al viento.

—Fui a buscarte a tu alojamiento.

Skar hizo una mueca.

—Me he permitido abandonarlo por unos momentos —contestó el satái, mordaz—. Perdonad si olvidé pedirlos permiso, bondadoso señor. No volverá a ocurrir.

Cubic parpadeó desconcertado.

—No..., no era eso lo que quería decir —se apresuró a excusarse.

—Pero yo sí —respondió Skar con el entrecejo fruncido—. Ese inmundo agujero en que nos alojaste no invita ciertamente a permanecer en él.

Cubic pasó por alto el comentario.

—Te buscaba —dijo de nuevo.

—Pues ya me tienes.

Cubic emitió un suspiro e intentó introducir las manos, con un gesto torpe, en los bolsillos que no llevaba.

—Me preocupa Del —declaró tras una breve vacilación—. No estuvo en su habitación en toda la noche. ¿Por casualidad sabes dónde se encuentra?

—Él y yo no estamos casados —replicó, molesto—. y, por lo que yo sé, tú nos pagas por la lucha y no por lo que hagamos antes o después.

—No obstante, sería preferible que Del se cuidara —contestó Cubic.

Como de costumbre, hablaba con una inimitable mezcla de sumisión y desfachatez que, poco a poco, iba excitando a Skar. Cubic no era más que un viejo pegajoso, pero lo necesitaban.

—Creo que Del conoce lo suficiente sus propias fuerzas para saber lo que hace —contestó Skar, forzándose aparecer tranquilo—. Si temes por tu dinero, puedo calmarte. De ser preciso, yo lucharía solo contra esos dos superhombres que nos has elegido.

Cubic lo miró durante unos segundos, consternado, y luego posó la vista en la tribuna.

—Ése es justamente el motivo por el que debo hablarte —murmuró—. Hay mucho en juego, ¿sabes?

Skar señaló con un gesto la construcción medio terminada.

—¿Es eso lo que te preocupa?

El lastar tardó en responder. Habían levantado la tribuna muy deprisa. El almacén estaba terminado, y encima de la forma trapezoidal ondeaba ya en el viento el estandarte de Ikne. Otra brigada estaba ocupada en acarrear sillas y bancos, todo ello cubierto de tela blanca para protegerlo de la lluvia. Cubic esbozó una sonrisa rara y quejumbrosa, meneó la cabeza, hizo un gesto afirmativo, volvió a menear la cabeza e hizo otro gesto de afirmación.

—Sí —dijo—. ¿Para qué fingir? He invertido mucho dinero en la lucha, Skar, y no quiero perderla.

—Sin duda, ése es también el motivo por el que, en el último instante, decidieras no pelear tú mismo, sino contratarnos a nosotros —replicó Skar con sarcasmo.

—Eres injusto conmigo, satái.

—¿Ah, sí?

La voz de Skar era ahora todavía más mordaz.

—Ya sé lo que piensas —expuso Cubic—. Pero no elegí a esos dos hombres para ganar dinero con facilidad o para humillarlos a vosotros.

—¿Para qué pues?

—Ya no hay mejores —contestó Cubic—. Los tiempos han cambiado, Skar. Los anfiteatros están llenos, pero ya no hay luchadores buenos. Sólo se consiguen de segunda categoría como esos novatos de Kohn. ya los has visto. En su clase son bastante aceptables, pero no tienen nada de excepcionales. De haber venido un año antes, habríais podido escoger unos contrincantes dignos de vosotros. Pero así... No creas que a mí me hace gracia —agregó, después de suspirar y mirar al cielo con los ojos medio cerrados—. Supongo que no tiene sentido querer convencerte de que no

me interesa el dinero. Sin embargo, créeme, el dinero no lo es todo. Ni siquiera para mí. Me..., me juego la reputación, Skar.

—Si así es... —respondió Skar con una mirada interrogante a la tribuna—, ¿cómo consigues semejantes espectadores?

Cubic no respondió enseguida, pero de repente pareció muy preocupado.

—Me gustaría saberlo. Quizás —añadió sin verdadera convicción— vienen para veros a vosotros.

—¿Para presenciar cómo matamos a dos chiquillos? No lo creo —declaró Skar.

Cubic cruzó los brazos en la espalda y se apoyó en la puerta; una postura que no encajaba con su figura ni con su conducta, pero que reflejaba mejor que todas las palabras su desconcierto.

—Sea como sea —dijo al fin, con un suspiro—, sólo te pido una cosa: no lo hagas demasiado aprisa.

—Explícate de manera más clara.

Cubic puso cara de disgusto.

—Estamos solos, Skar —gruñó—. ya me entiendes. No hace falta que finjas. La gente ha pagado... ¡Ofrécele algo a cambio de su dinero! Los espectadores no vienen a presenciar una lucha cualquiera, Skar, sino para veros a vosotros dos, a Del y a ti. No les divertiría ver cómo salís a la arena y derribáis de un golpe a los dos chicos. Quieren una lucha, una buena lucha, después de todas las chapucerías que tuve que ofrecerles durante meses enteros. Demuéstrales algo. Juega un poco con tus contrincantes.

Skar rió.

—Espero que el lastar de los kohner esté conforme con ello.

Cubic movió la mano enojado.

—Pensaba que serías lo bastante razonable para poder hablar de manera abierta contigo —dijo, huraño—. Elegí lo mejor que pude encontrar. Ve a la ciudad y pregunta a quien quieras: hace meses que no hay unos luchadores más eficaces que esos dos. Lamento no poder ofreceros nada mejor. Lo siento por vosotros y por mí. Comprendo que, para unos satáis, semejante pelea no significa un honor, pero no puedo ofreceros otra cosa, a no ser que queráis combatir contra los bantas.

Skar estuvo a punto de darle otra respuesta cáustica, pero acabó por renunciar a ello. Algo le decía que las palabras que Cubic eran sinceras. El lastar lo conocía lo suficiente para saber que no era aconsejable engañarlo.

—Está bien —asintió pasados unos momentos—. Hablaré con Del.

Cubic pareció aliviado.

—Procura descansar un poco, Skar. El público espera una buena lucha a cambio de su dinero.

—Y nosotros, buen dinero por la lucha —replicó Skar con una risita.

—Lo tendréis ya preparado cuando termine la pelea —prometió Cubic—. y también los caballos que exigisteis. He elegido dos de mi propia cuadra. Quedaréis contentos.

—Tu generosidad me confunde —dijo el satái—. Me esforzaré en satisfacer tus esperanzas.

Cubic se encogió de hombros y lo dejó solo. Skar lo siguió largamente con la vista. En el negocio que habían acordado, era siempre el lastar quien obtenía mejores beneficios. Cubic olvidaría las palabras del satái cuando contara el dinero después de la lucha.

Skar regresó al interior, se detuvo unos segundos, indeciso, y tomó el camino de la derecha. Su alojamiento se hallaba a gran profundidad. Era un cuartucho sin ventana, situado fuera del coliseo y debajo de las calles de la ciudad. El aire estaba allí muy viciado y hacía frío, y Skar tuvo la sensación de pisar una impresionante cripta vacía desde largo tiempo atrás. Pero Del y él habían podido considerarse contentos de que Cubic pusiera ese cuarto a su disposición, seis meses atrás, cuando regresaron a Ikne, agotados y sin dinero. El satái se dijo que su ira contra el lastar quizá no estuviera tan justificada como había creído. Medio año atrás se habían sentido agradecidos, pero los largos meses de sentirse casi presos en la ciudad los habían llenado de impaciencia. Desde su llegada vivían a cargo de Cubic; no precisamente bien, pero tampoco pasaban hambre.

Entró en la pieza, se arrancó la capa de los hombros y la arrugó malhumorado. No se fijó en el hombre que ocupaba la otra cama hasta que dio media vuelta.

—¡Caramba! ¿ya estás aquí? —preguntó punzante—. ¡Qué sorpresa! Había perdido la esperanza de verte antes de la próxima primavera.

Del gruñó algo que Skar no entendió, se incorporó apoyado en los codos y miró a Skar con ojos hinchados.

—¿Es la hora? —masculló.

Skar tuvo que hacer un esfuerzo para no soltarle un grito.

—Si te refieres a la lucha —dijo, conteniendo su indignación—, no. Aún tienes tiempo de dormir la borrachera. Pero si quieres saber si mi paciencia se ha acabado, la respuesta es «¡sí!».

Del sonrió, bajó las piernas del lecho y se agarró en el último momento del borde de la mesa, para no caer hacia adelante. Se tambaleó, escondió el rostro entre las

manos y se frotó los ojos con los dedos índices.

—¡Ay, dioses! —murmuró—. ¡Qué noche! y yo creía que Ikne era una ciudad aburrida... ¡Cómo puede equivocarse uno, Skar! —agregó con una risita.

Skar lanzó un resoplido. Del tenía muy mal aspecto. Los negros cabellos le caían en desorden sobre la frente, y tenía los ojos vidriosos. La cara estaba pálida, cerúlea, y las manchas de vino y de grasa en su camisa hablaban por sí solas.

—¿Estás lo bastante sereno para escucharme, o debo esperar a que hayas terminado de dormir la mona? —preguntó Skar con voz vibrante.

Del alzó la vista, lo miró casi con susto durante una fracción de segundo, y luego volvió a sonreír.

—¡Habla, habla! —dijo—. ya me imagino lo que vas a echarme en cara. Pero cuando acabes, tienes que dejarme explicar cómo es la chica que conocí. Una figura como una diosa y... ¡qué ojos!

—Ya basta —le interrumpió Skar—. Tus historias de mujeres no me interesan nada en este momento.

Del meneó la cabeza con desaprobación e intentó ponerse de pie con ayuda del borde de la mesa, pero cayó de nuevo hacia atrás.

—No dirías eso, de haberla conocido —afirmó—. ¡Una mujer de ensueño, Skar! Una...

El compañero lo hizo callar con una mirada furibunda que heló la sonrisa de Del.

—Está bien —suspiró éste—. Empieza de una vez. ya sé lo que me espera, pero si eso te divierte...

—No —replicó Skar—. No me divierte en absoluto. Además, tú no sabes lo que voy a decirte.

El satái hizo una pausa y respiró hondo procurando dominarse. Sin embargo, no lo consiguió. El caos que había en su interior no se calmaba. Al contrario. Fue como si, de pronto, en su interior se hubiese puesto en marcha un misterioso mecanismo que agitara su alma y despertara en él unos perturbadores sentimientos que llegaban a asustarlo.

«¡Por todos los dioses! —pensó—. ¿Qué me sucede?». Pero ni eso fue suficiente para que se contuviera, y las palabras brotaron con violencia de su boca.

—Creo que no tiene ningún sentido apelar ahora a tu conciencia —dijo.

—Entonces déjalo estar —contestó Del.

—¡Ya no eres un chiquillo, Del! —continuó Skar, todavía más enfadado al ver la imperturbable sonrisa del amigo—. y yo ya estoy harto de tener que vigilarte como si fuera tu niñera. Allá tú, pero es preciso que te diga algo. y te aconsejo que me

escuches, porque no lo repetiré.

La sonrisa de Del ya no parecía tan espontánea como unos momentos antes.

—Tienes tiempo hasta después de la lucha —prosiguió Skar—. Elige tú mismo. Del. O bien actúas como hasta ahora, o cambias. yo no tengo nada en contra de las mujeres ni del vino, pero cada cosa a su hora. No te obligo a nada. La decisión es sólo tuya. Pero recuerda que Ikne tiene dos puertas. Depende sólo de ti que los dos abandonemos la ciudad por el mismo camino.

Sus miradas se cruzaron durante diez o quince interminables segundos, y lo que Skar leyó en los ojos del joven satái era más que susto. Había en ellos un extraño resplandor. Por unos instantes, su expresión reflejó obstinación y enojo, pero también algo semejante a comprensión y arrepentimiento.

Aunque, desde luego, Del no dijo nada.

No habría sido él, de hacerlo. El propio Skar permaneció callado. Sólo ahora, después de pronunciadas las palabras, se dio verdadera cuenta de lo dicho. y le desagradó. Estaba disgustado, y con razón, pero se había expresado de forma demasiado dura. y si Del calló contra su propia convicción, ya fuera por orgullo o terquedad o simplemente por una inflexible porfía, también calló Skar, pese a que una insistente voz interior le aconsejaba disculparse. Habría sido fácil. Una palabra, una sonrisa... Pero, como casi siempre, el paso más insignificante era el más difícil.

Por último, Skar dio una brusca media vuelta y salió a grandes zancadas de la habitación.

Del se quedó solo.

* * *

El griterío de la multitud se oía incluso a través de los muros, del grueso de un hombre, y de las puertas cerradas. El pétreo suelo parecía temblar al ritmo de las voces, y el aire vibraba bajo los incitadores bramidos de centenares, de miles de gargantas. Terminada la riña entre los bantas, la sed de sangre de los espectadores no se había calmado con la lucha de los dos escamosos gigantes, sino que, por el contrario, era aún mayor.

Skar controló su equipo otra vez. ya lo había hecho otras dos, desde que habían abandonado su alojamiento, pero sus movimientos siguieron siendo cuidadosos.

Era importante que la indumentaria estuviera perfectamente, quizás incluso era vital. Una hebilla suelta, una correa mal colocada o un cierre flojo habían hecho terminar más de una lucha antes de lo debido.

—¿Listos? —preguntó Cubic.

Skar levantó la vista, sonrió al lastar y miró al portón. ya habían corrido el cerrojo

de hierro fundido, y a ambos lados de la salida en forma de arco aguardaban los siervos del coliseo, todos vestidos de rojo oscuro, para tirar hacia adentro de las hojas del portón, que pesaban toneladas, cuando Cubic les hiciera la señal.

Mas aún no había llegado el momento. Faltaban todavía unos minutos.

Skar siguió comprobando que las hebillas y los cierres de su equipo estuvieran en condiciones. Desenvainó rápidamente a medias la espada, un par de veces, y palpó las estrellas de cinco puntas, colgadas en fila de su cinturón. En el último instante habían decidido cambiar las pesadas armaduras por ligeras corazas de cuero y fajas de paño. El tiempo había empeorado en el transcurso de la tarde. La llovizna de antes era ahora una lluvia torrencial de agua gris y helada, y el viento, arreciado, soplabla con la fuerza de un huracán. La lucha no podría ser elegante. Imposible, dados el mal tiempo y el estado del suelo. Los kohner se fiarían únicamente de sus cuchillos y su fuerza, cosas que Skar no podía apreciar. Pero una armadura pesada sólo sería un estorbo. La ligera coraza de cuero quizá les permitiera esquivar un cuchillo arrojado, y las tiras de paño podían parecer un adorno, pero, en manos de un hombre que las supiese manejar, una faja de metro y medio de largo constituía un arma peligrosa.

La mirada de Skar se cruzó con la de Del. Desde la desagradable escena de la mañana no habían vuelto a hablarse. Del tenía profundas ojeras, y su tez adquiría un tono cerúleo a la luz de las antorchas. Skar observó que al compañero le temblaban ligeramente las manos. Pero eso no le preocupaba. Era evidente que Del no estaba en plena posesión de sus fuerzas, mas un satái conocía más de un modo de vencer una debilidad momentánea. No; eso no le intranquilizaba. Cuando Del saliera a la arena, sería el camarada rápido y seguro de siempre. Sin embargo, la disputa entre ellos no estaba solucionada. Podía parecer casualidad que Del se hubiera colocado de forma que Cubic quedara entre él y Skar, pero no era así. Desde luego, Skar se fiaría de su compañero cuando llegase el momento de la actuación. En la lucha eran casi un solo hombre con dos cuerpos y cuatro brazos y piernas. El problema surgiría después. En las horas precedentes había decidido tal vez veinte veces pedirle disculpas a Del por sus palabras. Pero algo se lo impedía. y la expresión de los ojos de Del le decía que al joven gigante le sucedía lo mismo.

La verdad, se dijo con una extraña mezcla de ironía y resignación, es que se comportaban como dos chiquillos que, al no poder salirse con la suya, se retirasen porfiados a dos rincones distintos. Cada cual sabía que el otro tenía tanta o tan poca razón como él mismo, pero ambos eran demasiado orgullosos para dar el primer paso.

Un estridente tronar de trompetas, varias veces interrumpido, lo arrancó de sus pensamientos. Levantó la vista, lanzó una fugaz mirada al portón y luego se volvió

hacia Cubic con el entrecejo fruncido.

—Nuestros huéspedes de honor —respondió el lastar a la pregunta no pronunciada por Skar.

En su rostro apareció una sonrisa triste, sustituida en el acto por una expresión de temeroso nerviosismo. Las manos del hombre se movían por el cinturón como pequeños seres vivos y, a pesar de la mala iluminación, Skar vio que sudaba.

El satái dio una brusca media vuelta, apoyó la mano derecha en la empuñadura de la espada y miró hacia el portón, en silencio y con gesto inmutable. El vocerío de la multitud se había reducido, y el monótono ruido de la lluvia, que caía sin cesar, casi lo cubría.

—¿Tiene sentido que os... desee suerte? —preguntó Cubic.

Skar tuvo que sonreír contra su voluntad.

—Quizá no —dijo—, pero tampoco perjudica, y yo...

Se interrumpió al ver abrirse cerca una estrecha puerta de madera y salir por ella una figura de mujer envuelta en un manto gris. El satái adoptó una postura rígida. Cubic parpadeó desconcertado, observó a la recién llegada y arrugó la frente con desaprobación.

—Aquí está prohibida la entrada... —empezó a decir, pero calló cuando Skar le hizo una señal.

—Déjala, Cubic —intervino el satái—. Conozco a esa mujer.

—¡No tiene nada que hacer aquí! —protestó Cubic—. La lucha va a comenzar dentro de pocos minutos, y...

Skar hizo caso omiso de él y se acercó a Gowenna.

—De modo que habéis venido —constató.

En el rostro de la mujer surgió algo semejante a una sonrisa.

—¿Acaso dudabais de ello?

—No —contestó Skar—, pero confiaba en que no os presentarais.

Gowenna hizo un desdeñoso gesto con la mano y, sin prestar más atención a Skar, miró primero a Del y después a Cubic. Le costó disimular su desprecio al fijar la vista en el lastar.

—Veo que ya habéis tomado vuestra decisión —dijo, sin mirar a Skar—. Pero aun así debo preguntaros: ¿vendréis?

Skar permaneció callado un buen rato. No le había explicado nada a Del de su encuentro con la *errish* y —contra su propia convicción— había confiado hasta el último instante en no tener que hacerlo.

—No —dijo al fin—. y es definitivo. Podéis comunicarle a vuestra señora que esta

misma noche abandonaremos Ikne. Pero por cuenta nuestra.

Le sorprendió ver sonreír a Gowenna.

—Ya suponíamos vuestra respuesta —señaló sin alterarse—. Si a pesar de todo he venido, ha sido sólo para daros una última oportunidad. ¿Está conforme el compañero con vuestra decisión?

Skar vaciló un segundo y advirtió que Gowenna se daba cuenta de ello y, sin duda, lo interpretaba debidamente.

—Sí —dijo.

—Bien. La decisión es vuestra. Pero sabed también que todo lo que suceda de ahora en adelante será culpa vuestra. y, si queréis hacer responsable a alguien, pensad primero en vosotros mismos.

La mujer le lanzó una casi despectiva mirada final, se volvió con gesto indignado y desapareció por la misma puerta por donde había entrado.

Skar aguardó a que hubiese salido para regresar junto a Del y Cubic.

—¿Quién era? —inquirió Del.

—Alguien a quien tú no conoces —contestó Skar, huraño—. Como ves, no eres tú el único que tiene problemas con mujeres.

Del lo miró brevemente, y luego se apartó ofendido.

—Te lo explicaré cuando haya terminado la lucha —añadió Skar, en voz algo más baja—. No es... muy sencillo.

Del volvió la cabeza y frunció el entrecejo, pero enseguida sonrió. De nuevo eran amigos.

—¡Preparaos! —ordenó Cubic.

Skar hizo un gesto de afirmación y cerró los ojos durante cuatro o cinco segundos. No tardó en conseguir aquel grado de relajación total con el que solía salir a luchar, y notó con mayor intensidad el frío viento y la humedad que penetraban desde fuera.

El portón se abrió hacia adentro con un ligero crujido. Oscilaron las llamas de las antorchas y, por unos instantes, crearon danzantes sombras en las paredes.

Cubic retrocedió rápidamente un par de pasos, y también los criados que habían estado a ambos lados de la puerta desaparecieron del campo visual de la multitud.

Los satáis salieron a la plaza despacio, con paso solemne.

De repente, Skar se sentía indescriptiblemente ridículo. Se movía tal como la muchedumbre esperaba de él, como ésta creía que debía hacerlo un héroe, participando en un juego que no era el suyo y que, en el fondo, le repugnaba. Dio cuatro o cinco pasos por la reblandecida arena y se detuvo. A sus espaldas, el portón se cerró con un sordo golpe.

A Skar le llamó la atención el silencio que de súbito reinaba. Las gradas estaban llenas hasta el último asiento, como era de esperar. Pero si bien la multitud había vociferado pocos momentos antes como una chusma desenfrenada, ahora permanecía muda, como si hubiese recibido una señal secreta. El satái empezó a comprender lo que había querido decirle Cubic.

Su mirada recorrió las filas y se posó por último en el palco real. La construcción había resultado mayor de lo que le había parecido por la mañana. Un triple cordón de guardias rodeaba el estrado que tenía la altura de un hombre y estaba adornado con plantas y banderolas. Pese a la angustiosa estrechez imperante en las tribunas, la gente se había apartado temerosa de los soldados, formando una especie de amplio semicírculo a su alrededor. Los reyes del templo resultaban invisibles: eran poco más que dos esbeltas y borrosas figuras detrás de una cortina de finos velos, que no sólo los protegía de la lluvia, sino también de ser reconocidos. Nadie había visto jamás a los reyes del templo de Ikne, salvo en forma de figuras envueltas en ropas, que además se escondían bajo un muro de silencio y misterio. Una circunstancia que, naturalmente, daba pábulo a los más diversos rumores y barruntos: había quien veía en ellos unos seres inmortales, o incluso quien los creía dos demonios descendidos de las estrellas para gobernar a los hombres. Skar tenía una idea bastante más sensata de ellos. El espeso velo de misterio y suposiciones tras el cual se escondían los reyes representaba una protección mejor que los más elevados y gruesos muros. Hasta el más valeroso guardián podía ser vencido o engañado, pero nadie podía atacar a un enemigo al que no conocía.

Por eso le extrañó aún más que los reyes del templo estuvieran presentes en el coliseo.

Una de las figuras vagamente distinguibles alzó la mano, y un segundo y ensordecedor tronar de trompetas interrumpió el silencio. Skar insinuó una reverencia en dirección al palco real y luego volvió a dedicar su atención al coso.

En el otro extremo de éste se había abierto un segundo portón, idéntico a aquel por el cual habían salido ellos. Las figuras de los dos kohner resultaban sorprendentemente menudas e indefensas contra el fondo de la poderosa muralla gris. Skar vio que el viento les azotaba el rostro y jugaba con sus cabellos. Los kohner parecían gemelos. En realidad eran altos, esbeltos y de miembros largos. No pertenecían al tipo de los atletas musculosos, como se dijo Skar, sino que eran hombres que se fiaban más de su rapidez y habilidad que de la fuerza de sus brazos. Su vestimenta era sencilla y práctica: pantalón hasta la rodilla, sujeto por un ancho cinturón guarnecido de metal, y encima una camisa de manga larga, debajo de la que,

sin duda alguna, se escondía una coraza de cuero o una malla de hierro. No llevaban casco, y su única protección consistía en un escudo redondo, apenas del tamaño de un plato, que no parecía poder resistir un golpe dado en serio.

Skar intercambió una mirada con Del y frunció el entrecejo. Sus adversarios llevaban el cabello suelto, y les llegaba hasta los hombros, sin una cinta que les ciñera la frente, cosa que era una imprudencia casi imperdonable.

Por tercera vez sonaron las trompetas. La lucha empezaba.

—Ocúpate tú del de la izquierda —dijo Del—. y cuidado con sus manos. Llevan cuchillos.

Skar hizo un instantáneo gesto de afirmación. No necesitaba la advertencia de Del. En los cinturones metálicos de los kohner había casi una docena de peligrosos y delgados puñales. Durante un segundo, Skar lamentó no haberse provisto de escudo. Pero ahora era ya demasiado tarde. Si había sido un error, pronto se darían cuenta.

Un murmullo de expectación recorrió la muchedumbre allí reunida, cuando los saláis avanzaron hacia sus contrincantes. Skar dio un paso adelante, y en el acto se hundió hasta los tobillos. Había contado con que el suelo estuviese en malas condiciones, pero la realidad era todavía peor. La arena se hallaba blanda y cenagosa, y sus pasos, acompañados por un quedo ruido de succión, dejaban una huella de pequeños agujeros que enseguida se llenaban de agua. El satái miró a su joven compañero y vio que éste luchaba con las mismas dificultades. y en el centro del campo aún tendrían más problemas. El suelo hacía declive y formaba una especie de cráter muy plano. Era posible que, allí dentro, se hundiesen hasta las pantorillas.

—Quédate aquí —dijo en voz tan baja que sólo Del pudo oírlo—. No tengo ganas de verme metido hasta la cintura en esta porquería. ¡Que vengan ellos!

Del asintió de manera casi imperceptible, aminoró el paso y se desvió ligeramente hacia la derecha. Al mismo tiempo, Skar lo hacía hacia la izquierda. A éste no le agradaba apartarse del compañero, pero observó que sus adversarios adoptaban la misma táctica, separándose en vez de avanzar directamente hacia ellos.

En las gradas, el rumor se hizo más intenso, y se oyeron las primeras voces incitadoras. Pero esos gritos cesaron pronto. Skar alzó la vista, miró a la boquiabierta muchedumbre y, a continuación, al palco real. Una de las borrosas figuras se había inclinado un tanto, y era evidente que observaba con marcado interés a los luchadores.

Había algo en aquella escena que no gustó a Skar, aunque no supo decir qué.

Tal vez se debiera a su estado de nervios. Vela no hubiese podido elegir un momento más acertado para enviarle a su amazona.

Skar volvió a dedicar su atención al adversario e intentó apartar de sí cualquier otro pensamiento. Por un instante, sólo existieron él y la pista. Todo lo demás perdió importancia y desapareció. En aquel momento, el mundo no consistía más que en su propia persona y en el moreno individuo de Kohn.

Pero sólo por un instante. Porque, luego, los excitados murmullos de la gente penetraron de nuevo en sus oídos, y también volvió a sentir el frío y el gélido y cortante viento.

Skar se asustó.

Una de las explicaciones para la legendaria invulnerabilidad de los satáis estribaba en su capacidad de concentrarse en la lucha con cada fibra de su ser y desconectar cualquier otro pensamiento, cualquier otra sensación. Era un trance o, por lo menos, algo tan semejante a ese estado que ni siquiera un satái era capaz de definir la diferencia. Lo habían practicado durante años y con una paciencia casi sobrehumana, hasta lograr producirlo con sólo pensar en él.

Pero esta vez no lo conseguía.

Había algo en él..., una misteriosa fuerza incorpórea, no existente unos segundos atrás, y que ahora le impedía concentrarse del modo acostumbrado.

El satái miró rápidamente hacia el costado y comprobó que a Del le sucedía otro tanto. Pese a haber avanzado en distintas direcciones de la arena y separarlos ahora más de treinta pasos, pudo observar en el rostro del joven compañero la misma preocupación.

Skar se paró, sacó la espada de la vaina y tomó el arma con la mano izquierda, para soltar del cinturón, con la derecha, un *shuriken*. El kohner presenciaba sus preparativos sin visible nerviosismo. Su cara —ahora Skar se había aproximado lo suficiente como para comprobar que el kohner era más joven de lo que suponía— permanecía impasible, pero el satái sabía de sobra que a aquellos ojos negros no les pasaba inadvertido ni el más mínimo de sus movimientos.

Skar nunca había cometido el error de menospreciar a un adversario, y tampoco lo hizo esta vez, a pesar de lo dicho y pensando antes. Cubic y los demás podían tener razón al afirmar que los dos kohner eran sólo luchadores de segunda categoría, pero de una forma u otra había sabido abrirse paso en su clase, hasta llegar a actuar en la arena de Ikne.

El movimiento fue casi demasiado rápido para poder verlo. La mano del kohner se encogió hacia el cinturón, se alzó con una celeridad increíble y describió un breve arco. Una sombra plateada surcó el aire, pasó silbando lejos de él y voló hacia Del como un diminuto y argénteo bumerán.

El satái comprendió en el último momento de qué se trataba. Se agachó, dio medio paso hacia la derecha y se dejó caer desesperado en el cieno. Algo silbó junto a su oreja con un ruido feo, rozó su hombro y fue a chocar contra la pared. Los dos kohner debían de haber acordado exactamente su manera de atacar. Mientras el enemigo de Skar arrojaba su puñal contra Del, el otro había lanzado su propia arma contra Skar.

El satái se volvió de espaldas, vio volar hacia él un segundo cuchillo tirado con extraordinaria puntería y alzó su espada de modo instintivo. Mas ésta era demasiado pesada y desequilibrada para resultar eficaz. De haber tenido su *tchekal*, nada le habría costado apartar de un golpe el puñal. Pero así, sólo logró desviarlo un poco. No le dio en la cara, contra la que iba dirigido, pero chocó con violencia contra su coraza de cuero y lo derribó de nuevo.

A Skar le dio un doloroso vuelco el corazón al ver cómo el cuchillo rebotaba en su coraza y se partía en dos. Había oído hablar de esas armas, sin llegar a conocerlas antes: era un *chaloc*, un puñal de punta tan afilada que penetraba en el cuerpo del adversario y allí se rompía. Hasta una herida en el brazo o en una pierna lo incapacitaría para la lucha. Ni siquiera un satái podía seguir peleando con cinco centímetros de mordiente metal en el cuerpo.

Pero el kohner no le dejó mucho tiempo para cavilaciones. Un nuevo cuchillo voló hacia él con intenso silbido, no le dio en la cara por milagro y se clavó en el suelo a pocos centímetros de distancia.

Skar se puso de pie con un furioso gruñido, le arrojó al kohner su *shuriken* y, a la vez, se arrancó la prenda de los hombros. La dentada estrella arrebató el siguiente cuchillo de los dedos del kohner y le rajó el brazo desde el dorso de la mano hasta el codo. El hombre gritó sorprendido, se tambaleó hacia atrás y se sujetó el ensangrentado miembro. Por primera vez, Skar no leyó en sus ojos la absoluta seguridad, sino temor y sufrimiento.

La multitud aulló de emoción. El contraataque había constituido una auténtica sorpresa, y aquélla era la primera sangre que corría en la pelea. Skar recordó de repente las palabras de Cubic. El público tendría el espectáculo ansiado.

Cambió de mano la espada y la faja de paño y avanzó ligeramente inclinado hacia el contrincante. El kohner retiró la mano ya dispuesta a lanzar otro puñal y desenvainó también la espada. Debía de haberse dado cuenta de que Skar pararía cualquier golpe de cuchillo con su prenda.

El satái echó una rápida ojeada al otro lado de la plaza. Del seguía también en pie, pero no conseguía acercarse a su enemigo, sino que ya no sabía cómo defenderse de

los puñales que volaban hacia él con furioso silbido. Tenía rasgada la tira del paño, y ésta se había teñido de sangre a la altura del brazo derecho. Pero Del no se derrumbaba, y llegaría el momento en que al kohner se le acabaran los cuchillos.

A Skar le preocupaba la dolorosa herida sufrida por Del. Conocía de sobra al joven satái para saber lo irascible que era. En una lucha cuerpo a cuerpo, el kohner no tendría la menor probabilidad de éxito. La pelea no era a muerte, pero Del era lo suficientemente robusto para desnucar a un hombre sin querer.

La multitud voceó entusiasmada cuando el adversario de Skar se lanzó hacia adelante con la espada en alto. Skar aguardó el ataque con tranquilidad, paró el golpe y, con un rapidísimo salto, se hizo a un lado.

Al menos, eso intentó.

Pero sus pies no encontraron en el cenagoso suelo el apoyo necesario. Se hundió en él hasta más arriba de los tobillos, logró librarse con un enérgico tirón y perdió el equilibrio cuando el pie derecho volvió a quedar enganchado en el pegajoso fango. En un desesperado esfuerzo logró dar aún media vuelta, atajó una estocada y, por segunda vez en poco rato, aterrizó sobre la espalda. El kohner emitió una exclamación de triunfo, agarró la espada con ambas manos y atacó con toda su fuerza. Las dos hojas chocaron chispeantes. Skar gritó de dolor. El ímpetu del golpe parecía haberle luxado las articulaciones de los brazos. Se revolcó hacia un lado, trató inútilmente de agarrar por las piernas a su atacante y consiguió ponerse a salvo con un súbito movimiento en el momento en que la espada del otro se hincaba en aquella parte del suelo donde, segundos antes, había estado su cabeza. Skar se acurrucó, encogió las piernas y propinó un violento puntapié al hombre. El kohner, golpeado con furia en el pecho, retrocedió varios metros entre acusados tambaleos.

Mas no lo suficiente.

De nuevo Skar tuvo la sensación de que algo no era como debía. Había pateado con toda su fuerza al hombre, y el golpe tendría que haberle destrozado al tipo la caja torácica, llevara coraza o no. Pero el hombre sólo había dado unos pasos atrás, y, aunque con el rostro contraído por el dolor y tambaleante, aún se mantenía en pie.

Skar se levantó a pulso, dio dos o tres pasos atrás y alzó el arma, pronto para la defensa. Su respiración era jadeante y fatigosa. El fango que se le había adherido en su caída le pegaba los ojos y hacía pesada su indumentaria. Las muñecas le dolían a rabiar y, por mucho que se esforzara, no lograba pisar firme.

Le llamó la atención el repentino silencio. Momentos antes, el coliseo había vibrado con las enardecidas voces de los espectadores, pero la gente estaba ahora tan callada que hasta percibía la agitada respiración del enemigo. Skar levantó la vista. La

muchedumbre apiñada en la gradería parecía sumida en un increíble mutismo. Eran muchas las personas que se habían puesto de pie y miraban a los luchadores con cara de asombro y susto.

El satái volvió a concentrar su atención en el kohner, que había aprovechado la insignificante pausa para reponerse y ahora se acercaba con pequeños y ligeros pasos.

«Se mueve de forma demasiado fácil —se dijo Skar—. Con excesiva elegancia. Parece imposible que ande así sobre este suelo...».

Su mirada se deslizó figura abajo y se detuvo en sus pies durante una fracción de segundo.

El kohner iba descalzo.

Se movía por aquel cenagoso suelo como si fuera de roca, y no llevaba zapatos.

Y sus pies no eran los de un hombre. Estaban sucios y cubiertos de barro amazotado, pero, aun así, Skar pudo distinguir los separados dedos y las delgadas membranas natatorias que los unían.

Y por fin lo comprendió todo. La tranquilidad con que el presunto kohner había pisado la pista; el *chaloc*, la impasibilidad con que había resistido el ataque con el *shuriken* y sus puntapiés... Ese ser no era un habitante de Kohn. Ni siquiera era humano.

Los ojos del otro centellearon al comprender éste que Skar había descubierto su secreto. El ser emitió un grito furioso y estridente, algo semejante al de un pájaro, blandió la espada con ardor y se lanzó hacia Skar con grandes zancadas. Sus pies apenas parecían tocar el suelo. Skar paró el tremendo golpe, se tambaleó torpemente hacia atrás y atajó otras dos o tres acometidas llevadas a cabo con una fuerza sobrehumana. La hoja vibraba en su mano. El adversario era lento, pero los golpes eran dados con la pujanza de unos músculos que no tenían mucho que envidiar a los de un banta, y si, normalmente, Skar hubiese tenido tiempo de atacar a un enemigo humano entre dos golpes, ahora necesitaba toda su fuerza de voluntad para no gritar de dolor y dejar caer el arma. Su cuerpo temblaba bajo la lluvia de despiadados azotes, y a cada golpe, a cada encontronazo que debían resistir su hoja y los contraídos músculos de sus hombros, el satái se daba más cuenta de lo agotado que estaba.

En la gradería empezaron a oírse muestras de desacuerdo y protestas. Pero Skar no tuvo tiempo de prestar atención a la multitud. Un tremendo golpe sacudió su arma y le hizo bajar el brazo derecho, paralizado. El satái jadeó, se hincó de rodillas y, de inmediato, se dejó caer hacia un lado. La espada del otro pasó con un horrible silbido por encima de su cabeza, pero dio en el vacío. Apoyado en ambas manos, Skar lanzó un puntapié a la rodilla del presunto kohner, sintió cómo se quebraban los huesos. El

hombre gritó, trastabilló agitando los brazos y se desplomó. Un vocerío de mil gargantas engulló sus lamentos.

Skar agarró de inmediato su espada, se alzó y avanzó hacia el indefenso enemigo a través del fango.

Pero el adversario aún no estaba vencido. Se agachó para rehuir el ataque del satái, cogió el arma de éste con ambas manos y se echó hacia atrás. Skar se vio arrojado hacia adelante, voló con un torpe salto por encima de la cabeza del otro y cayó al suelo. El pegajoso cieno amortiguó un poco su caída, pero aun así recibió un golpe considerable. Un terrible dolor recorrió la espina dorsal de Skar y, durante un espantoso medio segundo, el satái se halló envuelto en la negrura y el silencio.

Skar luchó con todas su energías contra la inconsciencia que amenazaba con vencerlo, se volvió hacia un lado y, por fin, logró ponerse de pie. El coso empezó a desvanecerse ante sus ojos. Como a través de una espesa cortina de niebla y oscuridad, pudo ver cómo también su adversario se levantaba y se sostenía sobre sus *dos* piernas, como si nunca le hubiesen fracturado una rodilla, y muy despacio avanzaba hacia él, sin armas y con las manos ligeramente abiertas.

El satái sacudió la cabeza e intentó alejar el dolor, pero lo único que consiguió fue marearse. Le ocurría algo que no podía explicarse, y que le producía profundo temor. La fuente de inagotable fuerza que normalmente estaba a disposición de un satái parecía haberse secado en su interior. Tuvo la sensación de no haber aprendido nunca a derribar las barreras precisas para liberar aquellas fuerzas capaces de transformar a un hombre en una auténtica fiera, permitiéndole realizar las hazañas a las que los satáis debían su fama. Ahora no notaba más que vacío y dolor y una invisible pared donde, por regla general, percibía la voz que siempre lo había animado a seguir luchando.

Jadeó, se quitó de la cara con un nervioso gesto la suciedad más molesta y procuró alejarse del adversario, pero los pies se le hundían una y otra vez en el cieno, y tropezaba más que caminaba.

Y... ¡*huía*! La muchedumbre vociferaba, pero ya no eran gritos de entusiasmo los que estremecían el coliseo. Lo que el público presenciaba debía de parecerle increíble, monstruoso. Ninguno de los que habían acudido a ver la lucha había dudado de su resultado. y ahora tenían que ser testigos de cómo él —el satái invencible— era manejado por su enemigo.

El ataque fue demasiado rápido para que tuviese tiempo de reaccionar. El kohner dobló las rodillas, tomó un impulso tremendo y saltó de manera casi horizontal sobre Skar. Un enorme pie de membranas natatorias rompió la defensa del satái y, pese a la

aparente blandura de sus cartílagos y colgajos de piel, golpeó el rostro de Skar con la fuerza de un martillo. El satái se desplomó hacia atrás; poco le faltó para hundirse en el viscoso fango y, aun al borde del desvanecimiento, logró volver a enderezarse. Pero sus brazos se negaron a responder cuando intentó alzarse apoyado en las manos y las rodillas. No veía nada. La cabeza le retumbaba. Una vez más probó de levantarse, cayó de nuevo hacia atrás y emitió un sonido cuando unas manos con una fuerza inhumana lo arrancaron del suelo como un juguete.

Una superficie borrosa y vacía apareció entre los bullentes velos que se movían ante sus ojos. Una mano ancha, cartilaginosa y con potencia asesina le rodeó y apretó la garganta.

Pero Skar seguía defendiéndose. Hacía rato que sus pensamientos eran un solo caos de dolor, miedo y sorda desesperación, pero su cuerpo continuaba la lucha, ya que era una máquina perfecta, entrenada durante toda una vida para matar y pelear. Alzó rápidamente los brazos, trató de apartar de sí aquella fuerza estranguladora y se puso a darle puñetazos al nebuloso rostro que tenía encima. Levantó entonces una rodilla y golpeó despiadadamente al kohner entre las piernas. El adversario se estremeció unos instantes, pero la mortal garra no se aflojaba. Al contrario.

Las fuerzas de Skar comenzaron a flaquear. El corazón le latía con desordenada violencia y, donde antes tuviera los pulmones, ahora ardían dos inclementes y atormentadores fuegos. Quiso gritar, mas no pudo. De nuevo atacó con las energías que le quedaban, hincó los puños debajo de la barbilla del kohner con una rabia capaz de desnucar a un toro, y notó que se libraba de él.

Se bamboleó hacia atrás, respirando con angustiosa dificultad, y al fin cayó rendido de rodillas. Tenía la cabeza llena de un sordo y atronador zumbido: el ruido de su propia sangre, o quizá, también, los gritos de la decepcionada multitud. No lo sabía.

Cuando el puño del kohner se precipitó sobre él y apagó del todo su conocimiento, sintió casi gratitud.

Capítulo 4

La temperatura había ido aumentando a medida que avanzaban hacia el este. El calor era tan, tan intenso, que se veían forzados a apartar las caras de aquel fuego brutal, y el rugido de la tempestad de llamas había adquirido tal virulencia que sólo podían entenderse a gritos y, siempre que era posible, se limitaban a hacerse gestos. El sol había salido desde que habían abandonado su último campamento para partir en dirección a Combat, pero el brillo del astro rey parecía ahogarse en medio del fuego que dominaba el cielo. El viento, que los había acompañado en todo momento, creció hasta convertirse en huracán y, luego, en verdadero ciclón que pasaba aullando por su lado y aportaba nuevo alimento al gigantesco horno del horizonte. No obstante, de no haber sido por ese vendaval ya habrían muerto asfixiados.

Skar cabalgaba con la cabeza baja y el tronco muy inclinado. Le ardía el rostro. Poco a poco, el olor a tierra carbonizada y piedra ardiente se hacía insoportable, y cada respiración resultaba más penosa que la anterior. A pesar del horrible calor, el satái había sacado de nuevo su capa, con objeto de cubrirse los hombros y protegerlos así de la quemazón, y los demás lo imitaron tras breve vacilación. Su montura tropezaba más que andaba, y a Skar le costaba cada vez más obligarla a avanzar. Las respiración del animal, que emitía pequeños y dolorosos gritos, era fatigosa y acelerada. Las cinchas habían lacerado su piel, y el pobre caballo cojeaba ostensiblemente del casco delantero derecho. El calor debía de producirle un sufrimiento atroz.

Skar alzó la cabeza, se hizo sombra en los ojos con una mano y trató de mirar hacia el este. Delante de ellos, el mundo parecía hundirse tras una muralla de hirvientes llamas y cegadora luz. Sus ojos empezaron a lagrimear enseguida, y sintió como si el fuego abriera pequeños y punzantes agujeros en sus retinas. Aún los separaban del límite exterior de la ciudad unos siete u ocho kilómetros, pero ya ahora resultaba imposible cualquier parada. De no encontrar pronto la galería, tendrían que volver atrás.

El satái bajó la vista, se pasó la mano por los ojos para enjugar las lágrimas y palpó luego en busca de la bolsa de cuero que llevaba debajo del jubón. Tenía la mano sudorosa, el cuero estaba pegajoso, y Skar temió, por un instante, que la docena de pequeñas bolas marrones se hubiesen fundido como la cera y resbalaran en diminutos arroyuelos por su ropa.

Pero las bolas todavía estaban en su sitio. De haber existido esa posibilidad. Vela no la habría descuidado.

Skar detuvo su caballo, se volvió en la silla e hizo señal a los demás para que se adelantaran. Todos lo hicieron en fila india, manteniéndose muy cerca uno de otro, quizá con la intención de escudarse detrás del cuerpo del compañero, para así, aunque fuera sólo por unos segundos, pasar menos calor.

El satái aguardó a que Gowenna estuviese a su altura, dejó que el caballo trotara y señaló hacia el este.

—¿Cuánto falta aún? —gritó.

Gowenna le dirigió una mirada interrogante y se llevó una mano a la oreja, para indicar que no le había entendido. El vendaval arrancaba las palabras de la boca de Skar, y el estruendoso fragor del fuego cubría por completo cualquier sonido. Skar acercó su caballo al de Gowenna, se inclinó hacia ella y repitió:

—¿Cuánto falta aún?

Esta vez sí que le entendió Gowenna.

—No ...ucho —le oyó decir Skar—, ...izas un ...lómetro. No más...

Skar sólo pudo pescar jirones de palabras, pero hizo un gesto de acuerdo, mandó apartarse uno o dos pasos a su montura y prosiguió al lado de Gowenna. Ella dijo algo más. El satái vio cómo se movían sus labios, pero las palabras no le llegaron. Levantó los hombros, imitó el gesto hecho por la joven al indicar que no lo entendía, y se acercó de nuevo a ella. También Gowenna se inclinó, tomó la mano del hombre y señaló hacia el este. Gowenna tenía la piel caliente y tan agrietada como el cuero seco, y, al mirarla de cerca, Skar observó que en su cara había buen número de rojas y brillantes ampollas. También tenía chamuscadas las cejas y las pestañas.

El satái miró de mala gana en la dirección apuntada por Gowenna. Sus ojos volvieron a lagrimear en el acto, pero aun así comprendió lo que la mujer le quería decir.

Delante de ellos, como mucho a un kilómetro de distancia, una maciza sombra negra se elevaba contra el llameante cielo. Sus borrosos contornos parecían temblar de manera incesante.

—¿Es eso?

Gowenna no pudo haberle entendido, pero había visto el movimiento de sus labios e interpretó bien la pregunta.

Contestó con un gesto afirmativo.

—¡Deberíamos darnos más prisa! —gritó él.

Gowenna arrugó la frente. ¿Qué querría decir Skar ahora? Entonces, el satái saltó un par de veces en la silla e hizo una pantomima como si espoleara a su caballo. Gowenna meneó rápidamente la cabeza y señaló el suelo. Skar comprendió. El terreno

era demasiado desigual. ya ahora los caballos avanzaban con dificultad. Eran incontables las grietas, y apenas había un palmo libre de rocalla y cortantes piedras, una caída en esa pétrea boca de tiburón podía significar la muerte. Además, era poco probable que los animales estuvieran en condiciones de galopar.

Aspiró con dificultad aquel aire sofocante, metió la cabeza entre los hombros y apartó la vista del inmenso fuego. No podía dejar de pensar en las ampollas producidas por el calor en el rostro y las manos de la mujer. Cosa absurda, esa imagen iba acompañada de un sentimiento de culpabilidad.

El camino parecía no tener fin. El terreno se hacía cada vez más intransitable, como si el destino se hubiese confabulado contra ellos y, aun en los últimos metros, sembrara de piedras su camino. Con harta frecuencia tenían que avanzar en línea paralela a su rumbo o incluso retroceder para esquivar inesperadas quebradas o fantásticas barreras de afilada roca. De pronto, el caballo de Skar resbaló cuando el suelo se abrió bajo sus cascos como una débil cáscara de huevo y, debajo, apareció una capa de ardiente arena suelta. El satái logró hacer retroceder al animal en el último instante y rodeó el lugar peligroso dando una amplia vuelta.

Al acercarse más, Skar pudo comprobar que la presunta peña señalada por Gowenna era un edificio. Por lo menos, los restos de uno: un bloque monolítico de granito negro y carbonizado, que quizás hubiera sido algún día rectangular, pero los milenios de incesante tempestad y calor habían redondeado y erosionado su forma. La casa no tenía ventanas, pero por el lado hacia el que avanzaban se veía una imponente puerta semicircular de metal brillante aunque deslustrado por el tiempo.

Gowenna se puso a la cabeza del grupo y cabalgó hacia el bloque de granito con toda la rapidez que se lo permitía el terreno. Como siempre, la seguían de cerca los tres seres de los pantanos, unas sombras mudas que imitaban los movimientos de su señora con la precisión de máquinas. Sin embargo, ya no había en ellos la flexibilidad y elegancia de antes. Skar tuvo la certeza de que actuaban con más lentitud, con menos energía. El calor y la sequedad tenían que ser peores para ellos que para Skar y los demás. Eran habitantes de los pantanos, seres acostumbrados al clima húmedo y bochornoso de las marismas de la costa oriental, y ahora pasaban sin duda un auténtico infierno, pero lo soportaban sin proferir ni una sola queja.

El grupo se apiñó a la sombra del edificio. Allí, el calor no era inferior al del llano, pero haber escapado de la cruel claridad y del resplandor de las llamas ya constituía un alivio. Skar arrimó su montura a la pared, alargó la mano vacilante, y la volvió a retirar con una exclamación de dolor. La piedra quemaba. En el interior del edificio debían de reinar temperaturas semejantes a las de un horno.

El satái miró preocupado a sus compañeros. Gowenna y sus tres sombras habían desmontado y hacían algo junto a la puerta. Skar observó que uno de los hombres se tambaleaba. Su camaleónica capa relucía y cambiaba constantemente de tono: de negro a gris y marrón, rojo vivo y blanco, para volver a ser negra. El rostro que asomaba debajo de la puntiaguda capucha se veía demacrado y ceniciento. Beral se apoyaba débilmente en las crines de su caballo. La cara le brillaba de sudor, y en su cuello latía —rápida y arrítmica— una vena. Las manos le temblaban sin descanso. Estaba consciente, como demostraban sus ojos desmesuradamente abiertos, pero no parecía darse cuenta de lo que ocurría a su alrededor. Arsan, Nol y Gerrion continuaban montados, pero hundidos en sí mismos y envueltos en sus capas. El único a quien por lo visto no le afectaba el calor era al enano Tantor.

Gowenna emitió un suspiro de alivio y dio tres o cuatro precipitados pasos atrás. El portón retembló, se abrió hacia afuera como empujado por manos de fantasma, y sus hojas se detuvieron con un intenso crujido. Skar vio que eran de metal macizo. No obstante, el calor las había deformado, por lo que era probable que ni siquiera la fuerza de un dragón hubiese bastado para abrirlas más. Pero el resquicio fue suficiente para dejar pasar un caballo.

Gowenna, medio mareada, se introdujo por la abertura con un grito de desahogo; su cara se contrajo de color cuando rozó el metal con el hombro. Se bamboleó un poco, pero siguió adelante, aunque a tropezones, y al momento había desaparecido en el interior de la casa. Detrás de ella penetraron los tres seres de los pantanos.

Skar aguardó paciente a que, con excepción de él y del enano, todos estuvieran dentro. Aproximó su caballo al de Tantor, tiró con violencia de las riendas y sacudió la cabeza cuando el enano quiso pasar de largo por su lado.

—¡A ti no parece perjudicarte demasiado todo esto! —exclamó, tratando de que se le oyera a pesar del fragor de la tempestad de fuego—. ¡Encárgate de los animales de carga pues! ¡Júntalos y hazlos entrar!

Tantor empezó a protestar con su voz de falsete, pero Skar no le hizo caso. Odiaba al enano, lo odiaba más cada día que se veía forzado a convivir con él, y no lo disimulaba. En algún malicioso rincón de su conciencia dormitaba la esperanza de poder excitarlo hasta que, en algún momento, Tantor lo atacara. Sería para él un placer retorcerle el cuello.

Saltó de la silla, se desprendió de la capa y condujo a su caballo por la puerta entreabierta.

Al principio no vio nada. En el interior de la casa había luz: una luz grisácea y mortecina que no procedía de ninguna fuente concreta y lo cubría todo como una

niebla incorpórea. Sus ojos, acostumbrados a la cegadora claridad del exterior, necesitaron un rato para ver en la penumbra, de modo que, en el primer momento, solo distinguió vagas sombras.

Y hacía mucho más fresco de lo que había supuesto.

Caminó sobre débiles piernas hasta el centro de la habitación, se dejó caer de rodillas con un suspiro de alivio y respiró quince o veinte veces seguidas con toda profundidad. De repente, el corazón se le disparó. Sintió náuseas y, súbitamente, tuvo frío. Su cuerpo se rebelaba definitivamente contra la carga a que había estado sometido. Skar se encogió, apretó las manos contra el estómago y luchó con desesperación contra las arcadas cada vez más intensas.

El malestar empeoró. Skar sintió de improviso, en el pecho, un tremendo dolor punzante, una herida de la que partían hacia todo el cuerpo desgarradores latigazos.

Poco faltó para que se diese cuenta demasiado tarde de los síntomas. El satái se dobló hacia adelante, se encogió todavía más y luchó por alcanzar la bolsa que llevaba sujeta al pecho. De nada le servían sus manos, convertidas en córneos leños y deformes garras incapaces de deshacer el nudo.

«¡No! —pensó—. ¡No ahora! No delante de los demás... ¡No tan pronto...!».

Pero su estado todavía empeoró. Las convulsiones se extendieron a todo su cuerpo. Skar se revolcaba por el suelo, entre gritos, y sus anquilosadas manos querían encontrar el cuello... Arrancó al fin la bolsa de debajo del jubón, mas fue inútil que procurase romperla, metérsela entre los dientes para rasgar el cuero y poder tragar una de las preciosas bolas...

Una mano de fuerza inhumana lo cogió por el hombro, le hizo dar media vuelta y lo apretó con formidable energía contra el suelo. La bolsa le fue arrebatada. Unos dedos delgados y huesudos lo obligaron a abrir la boca, introdujeron algo pequeño y liso en ella, se lo empujaron hacia la garganta y le oprimieron dolorosamente debajo de la lengua para hacerle ingerir la bola.

Skar no supo cuánto rato transcurría. Permanecía consciente, pero el mundo que lo rodeaba se había hecho irreal, transparente... Los demás eran sólo unas sombras translúcidas que hablaban con voz hueca y desfigurada... Se desvaneció su sentido del tiempo, pero luego cesó el dolor y, en algún momento, el mundo volvió a ser normal. Los colores y las formas recobraron su aspecto acostumbrado, y las voces fueron otra vez voces, no sonidos escarnecedores.

Se incorporó apoyado en los codos, sacudió la cabeza con el fin de ahuyentar el aturdimiento que aún anidaba detrás de su frente, y jadeó con una voz que a él mismo le resultó extraña.

Alzó la vista al percibir pasos.

—¿Te encuentras mejor? —preguntó Gowenna.

Skar respondió con un gesto de afirmación e intentó sonreír. No lo consiguió, pero —cosa rara— empezó a sentir en su interior una creciente fuerza, una fuerza enorme, como si le hubiesen abierto una puerta por la que entraba a raudales una energía nueva.

—Me... me encuentro bien —contestó al fin—. Pero era demasiado pronto, y yo...

—El esfuerzo —señaló Gowenna—. Tu cuerpo tuvo un desgaste doble del normal, o quizá más... Había consumido el doble de fuerza, el doble de líquido y, a no dudarlo, también el doble de... *eso*.

La mujer indicó con la cabeza la bolsa de cuero, ahora abierta y visible para todos. Skar se llevó una mano al pecho y la tapó. De pronto tenía la sensación de que todos lo miraban.

—¿Quién me... ayudó? —quiso saber el satái.

—El-tra —dijo Gowenna—. El único con suficiente fuerza para separarte las mandíbulas. Pero deberías tomar otra dosis antes de que penetremos en la ciudad. Si volviera a sucederte lo mismo, y ninguno de ellos está cerca de ti, no sobrevivirías.

Skar se alarmó. Nervioso, palpó la bolsa, y por un instante creyó que estaba bastante más vacía.

—¿Cuántas... me dio? —preguntó, no sin dificultad.

—Dos.

¡Dos! Eso representaba la dosis de cuatro días. Cuatro días menos de vida. Cuatro días menos de tiempo para regresar. y Gowenna tenía razón. Necesitaría otra dosis antes de pisar el suelo de Combat. Ignoraba lo que allí podía aguardarles, y tal vez se vieran en situaciones en las que ni los habitantes de los pantanos fuesen capaces de ayudarlo. Seis días pues... Aun cuando todo saliera bien a partir de ese momento, apenas tenía una probabilidad.

Durante un segundo experimentó odio; un odio nacido de su desespero e indefensión. Odio hacia la persona culpable de su situación. Pero ese sentimiento duró poco. Como antes, era incapaz de odiar a Vela. Lo intentaba, pero no podía.

Con evidente esfuerzo se sacudió de encima tal pensamiento, volvió a esconder la bolsa en su jubón y, aunque con torpeza, se puso de pie. Nuevamente inundó su cuerpo una sensación de indomable energía, pero ahora sabía cuál era su origen. y supo, también, el precio que debía pagar por ello. Acompañado de Gowenna, se encaminó a donde se encontraban los demás. También Beral parecía haberse repuesto

entre tanto. Continuaba acurrucado en el suelo con la cara gris, pero su mirada era otra vez clara y, al ver a Skar, esbozó incluso una fugaz sonrisa.

—Ahora que todos hemos descansado, quizá podamos empezar —dijo entonces Tantor.

Skar le lanzó una mirada furibunda y se acomodó entre los otros. Habían formado un amplio círculo, abierto por un lado, en cuyo centro ardía un fuego alimentado con mantas rotas y desperdicios. Sólo producía una débil y vacilante llama amarillenta, sobre la que pendía un caldero de hierro fundido, colgado de un trípode.

—El ungüento está listo —anunció Tantor, señalando el caldero—. Tenéis que aplicároslo caliente para que proteja luego la piel.

—¿Qué ungüento? —inquirió Skar cortante.

Tantor hizo una mueca que pretendía ser una sonrisa.

—Por un lado proporcionará sensación de frescor a vuestras quemaduras, satái —explicó—. y, por otro, os protegerá del calor cuando estéis en la ciudad. Pero sólo por cierto tiempo. Unas diez horas, digamos. Difícilmente más. Después tendréis que quitároslo. Si no, os asfixiaríais.

Skar miró al valle, y después, furioso, a Tantor.

—¿Por eso te importaba tan poco el calor hasta ahora?

El enano soltó una risita.

—Tal vez debería echarte y presenciar cómo te achicharras lentamente —prosiguió Skar con gran enojo—. ¿Por qué no nos diste ese ungüento por la mañana?

—Porque no tenía suficiente —replicó Tantor impasible—. Además, sólo puedes aplicártelo una vez. Si te lo quitas lavándote, tu cuerpo necesitará días enteros para limpiarse del todo. Emplear de nuevo el ungüento antes de pasado cierto tiempo resultaría demasiado peligroso.

—¿Y tú?

—A mí no me hace falta —dijo el enano—. No voy a acompañaros a Combat.

—¿Qué significa eso?

—Significa que os esperaré aquí —contestó Tantor paciente—. Alguien tiene que quedarse con los caballos, y yo sólo sería un estorbo para la tarea que os aguarda. Además podéis necesitar a alguien que os cure las heridas a vuestro regreso. Desnudaos —agregó, a la vez que se levantaba, se acercaba al fuego y, entre jadeos, bajaba el caldero del trípode—. ¡Del todo! Si un solo centímetro de vuestro cuerpo quedase sin protección, sufriríais quemaduras.

El satái se alzó de mala gana, mientras los demás empezaban a desvestirse a su alrededor. Aflojó la hebilla de cobre que sujetaba su capa, se quitó la camisa y el

pantalón, se descalzó y caminó hasta donde estaba su caballo. Los animales se hallaban muy apretujados en un rincón de la pieza. Skar se alarmó al comprobar su estado. Se los veía agotados; todavía más que sus jinetes. En su mayoría tenían numerosas heridas y ampollas producidas por las quemaduras. Uno de los caballos de carga temblaba sin cesar. Su respiración era fatigosa y crepitante, y parecía sostenerse sobre sus patas con un esfuerzo tremendo.

Skar soltó la coraza sujeta a su montura, la sopesó brevemente en sus manos, indeciso, y regresó junto a los compañeros.

Gowenna contempló ceñuda la coraza de cuero.

—Eso sólo te servirá de estorbo —señaló.

Skar se encogió de hombros.

—Con tal que pare las flechas y puntas de espada dirigidas contra mí, me contento —respondió—. Además, me siento mejor con ella.

Gowenna hizo un gesto de evidente desaprobación con los labios, pero no dijo nada más. Dio media vuelta, se quitó con decisión el vestido, se desprendió igualmente de las prendas interiores y las sandalias, y se acercó desnuda al fuego.

Skar observó con abierta curiosidad su cuerpo. Resultaba más femenina de lo que había imaginado. Era esbelta, pero su esbeltez era la de una fiera: bajo la lisa y flexible piel se escondían unos músculos de acero. Para su gusto tenía las caderas demasiado anchas, lo que restaba perfección a sus proporciones. El pecho y el vientre podrían haber pertenecido a la estatua de una diosa, de no ser por los músculos y los tendones que a cada paso se movían debajo de la piel.

La mujer se aproximó al caldero, introdujo la mano en el viscoso e incoloro líquido y empezó a extenderlo con gran cuidado por su cuerpo. Durante unos instantes, Skar la miró con nuevos ojos. Gowenna había hecho más que desprenderse de la armadura y la espada. Se había desnudado más de lo que ella suponía. El ser neutro por el que quería pasar se transformaba ahora otra vez en mujer, pese a no quererlo, o precisamente por eso. La naturalidad con que se había desnudado delante de los hombres también formaba parte del papel que interpretaba. No tenía otro objeto que el de demostrar lo poco que le importaba el propio sexo. Su falta de pudor no encerraba inmoralidad ni perversión; no era más que la desenvoltura de una persona consciente de su propio cuerpo y que sabía lo tontos e inútiles que, en el fondo, eran unos sentimientos como la vergüenza y la mojigatería. Sin embargo, Gowenna conseguía justamente lo contrario.

Uno de los tres hombres de los pantanos la ayudó a distribuir el ungüento por todo su cuerpo. Ella procedía de manera minuciosa, sin olvidar ni un sólo centímetro

cuadrado, e incluso se untó los cabellos, un mechón tras otro, con aquella sustancia oleosa. Cuando hubo terminado, se vistió sin prisas, aunque dejó la coraza metálica y, en su lugar, se puso una delgada camisa de piel flexible.

Skar siguió observándola durante un rato, incluso cuando estuvo vestida y de nuevo entre los demás. Su belleza lo había sorprendido y desconcertado más que excitado, pero sentía también algo distinto, cuyo origen no llegaba a distinguir, algo que había llamado su atención sin que supiese decir qué era. Veía algo en Gowenna que no era como debería haber sido. Pero no sabía qué.

La mujer pareció darse cuenta de sus miradas, porque se apoyó ora en un pie, ora en el otro, arrugó la frente y se volvió con un movimiento enérgico.

Le tocó entonces el turno a Skar. Se quitó el taparrabo y, rápidamente, se untó el cuerpo con el ungüento. Este producía una agradable sensación a la piel, y sólo ahora, al ceder poco a poco el dolor, notó cuan maltrecho estaba.

Tantor lo ayudó a cubrir a fondo al espalda; le engrasó luego las plantas de los pies, sin olvidar los intersticios entre los dedos, y con gran pedantería se cercioró de que ni un solo milímetro de la piel le quedaba falta de protección.

Skar dio un paso atrás, despidió al enano con un gesto de disgusto y movió los brazos y manos. El pegajoso ungüento causaba frescor, y el satái observó que, al secarse, formaba una especie de coraza fina y elástica, como si, de pronto, su cuerpo contase con una segunda piel invisible. Quizás hubiera sido lógico sentir ahora un agradecimiento hacia el enano, pero éste seguía inspirándole únicamente repugnancia y odio.

Aguardó a que el ungüento se hubiera secado del todo, se vistió y regresó junto a su caballo para elegir las armas que iba a llevar consigo. Ninguno de ellos —tal vez con excepción de Gowenna— sabía lo que les esperaba. Cabía la posibilidad de que en Combat no hubiese más enemigos que el calor y el fuego, aunque quizá tuviera que luchar contra enemigos que no eran de carne y hueso; pero si existía algo contra lo que podía prepararse, lo haría. Tomó la espada, el escudo y un cuchillo, dejando en cambio, tras una breve vacilación, la coraza metálica, tal como hiciera Gowenna. El hierro de las armas podía ser suficiente para quemarle la piel, y una coraza podría convertirse tal vez en una trampa mortal si no se la quitaba uno a tiempo. Lo que sí se introdujo en el cinturón fue una media docena de pequeños y afiladísimos *shuriken*, y se ató a la cintura una delgada soga de cáñamo de *kijon*, una cuerda poco más gruesa que el dedo de un niño, pero prácticamente irrompible. Después de pensarlo unos momentos, se desató la capa, la guardó con cuidado en las alforjas y, en cambio, extrajo guantes y un casco. A pesar de haberse untado el pelo con el mejunje de

Tantor y tenerlo rígido como una gorra, se puso el casco encima. Sin duda era preferible exagerar las precauciones que encontrarse, de repente, con los cabellos en llamas.

Todos menos Arsan estaban ya vestidos y a punto cuando él volvió junto al fuego. Gerrion había cambiado su acostumbrado caftán por una ceñida prenda de elástico cuero negro que lo hacía parecer mucho más joven. Los tres seres de los pantanos resultaban ahora grisáceos y casi translúcidos, como si ya no fuesen de carne y hueso, sino de una extraña niebla mantenida en forma humana por arte de magia. El ungüento debía de haber producido un efecto especial en su camaleónica piel. A Skar le inspiraron cierta pena. Por unos instantes quizás hubiese tenido la oportunidad de verlos como en realidad eran. Pero también era posible que eso no fuera conveniente. ya resultaba bastante misteriosa la presencia de tres seres que parecían creados con un mismo molde, y que no sólo tenían el mismo nombre, sino que, además, se movían como una sola persona y, probablemente, pensaban siempre lo mismo.

Esperaron con paciencia a que también Arsan estuviera untado de arriba abajo. Este renunció a armarse, y volvió a utilizar las mismas ropas que había llevado desde el principio: camisa, pantalón y botas muy ceñidas, que le alcanzaban hasta las pantorrillas. Lo único adicional fue un sencillo pañuelo con el que se envolvió la cabeza y el rostro en forma de un turbante que sólo dejaba libres los ojos y parte de la nariz. Sus pupilas parecían anormalmente grandes, y Skar se preguntó si las perlas que centelleaban en la frente de Arsan eran gotas de sudor o de ungüento. Intentó sonreírle, pero tuvo la impresión de que la mirada del compañero lo atravesaba.

—Partamos —dijo Gowenna—. Aún nos queda mucho camino.

Skar se dirigió al enano como si no hubiese oído las palabras de la mujer.

—Confío en que tu ungüento sea tan bueno como prometiste —le advirtió en tono amenazador—. Si no, yo mismo apilaré madera para quemarte en una hoguera.

—Es poco probable que tengas ocasión para ello, si mi magia fracasa —contestó Tantor, burlón.

A continuación se acercó al fuego con sus cortos pasos, se arremangó el jubón y sostuvo la mano izquierda sobre las crepitantes llamas. Así permaneció dos o tres segundos y, antes de retirar la mano con toda tranquilidad, miró a Skar con mordacidad. Su manto comenzó a arder sin llama donde lo había rozado el fuego, pero la piel del enano se mantenía intacta y rosada como la de un recién nacido.

—¿Te basta esto como prueba? —preguntó—. No obstante, no te recomendaría atravesar sin más ni más un mar de llamas. Mi ungüento pierde eficacia al secarse, y cuanto mayor sea el calor a que lo expongas, antes se seca. ¡Cuidado pues!

Skar ya tenía una furiosa respuesta en la punta de la lengua, pero Gowenna intervino con un enojado gesto.

—¡Basta! —exclamó cortante—. Combat todavía está lejos, y tenemos que penetrar hasta el centro de la ciudad.

—¿Cuál es la distancia exacta?

Gowenna reflexionó un momento.

—Siete kilómetros, o tal vez ocho.

—¿A pie? —jadeó Beral.

—¡A pie, por supuesto! La galería no es transitable para los caballos. Además, el calor sería demasiado intenso.

—¿Quieres decir —inquirió Beral, incrédulo— que esta galería subterránea tiene ocho kilómetros de longitud?

Gowenna hizo un mohín de impaciencia.

—¡Ya estamos en Combat! —anunció—. Desde anoche.

Todo eso perteneció un día a la ciudad: desde el pie de las montañas hasta el otro lado, donde se extienden las llanuras de Tuan. Debajo de la urbe hay innumerables galerías y catacumbas. Un verdadero laberinto. Nosotros nos servimos de él para pasar por debajo de las murallas. No existe otro camino.

A Skar no le sorprendió la declaración de Gowenna. ya había esperado algo semejante. Las rocas reventadas, los escombros y cráteres, las extrañas formas de piedra fundida y convertida en cristal no eran de procedencia natural, sino restos de la ciudad, ruinas quedadas allí donde el aliento de los dioses había rozado la indefensa zona, mudos testigos de la inimaginable violencia con que Combat había sido borrada de la faz de la tierra. Intentó hacerse una idea de lo grande que habría sido Combat antes de su destrucción, de cuántas personas habrían vivido en ella y de lo poderosos que tenían que haber sido para crear algo semejante, pero su fantasía resultó insuficiente. y ni siquiera sintió sorpresa ni aquel respeto que se había apoderado de él al ver la ciudad por primera vez. Su capacidad de asombro parecía agotada. ya no había nada capaz de conmoverlo. Las cosas habían sobrepasado las dimensiones que él podía abarcar, y ahora se limitaba a aceptar cuanto le salía al encuentro, sin llegar a pensar en ello.

—¿Dónde comienza esta galería? —preguntó—. ¿Aquí?

—Detrás mismo del edificio —le informó Gowenna—. Muy cerca. Pero la entrada está oculta.

—Guíanos tú pues —decidió Skar—. Toma el mando hasta que alcancemos nuestro objetivo.

—Difícilmente tendríamos otra posibilidad —respondió ella, lacónica—. Emprendamos ya el camino.

—Apenas puedes esperar a que te maten, por lo visto —murmuró Beral.

Gowenna pasó por su lado sin concederle ni una sola mirada, forzó la puerta y salió con la cabeza baja, dispuesta a luchar contra el aullante y tórrido viento.

* * *

No podía haber permanecido mucho rato inconsciente. Cuando despertó, dos siervos lo llevaban por los brazos y las piernas, escalera abajo, camino de su alojamiento. Le zumbaba la cabeza, y le dolían a rabiar las articulaciones de los hombros. Cuando los hombres lo dejaron por fin, emitió un sonido inarticulado y se apoyó unos segundos en la pared, agotado. El pasadizo empezó a rodar ante sus ojos, y un amargo sabor a vómito y a derrota le subió hasta la boca. Se levantó como pudo, vaciló y sacudió la cabeza cuando uno de los hombres quiso sostenerlo.

—Estoy... bien —masculló con torpeza—. Puedo... andar... solo.

El hombre retrocedió enseguida. En su rostro había inseguridad, quizás incluso temor. Intercambió una rápida y disimulada mirada con su compañero y dio dos o tres pasos hacia atrás, en dirección a la escalera.

—Si..., si no deseáis nada más, señor...

—Podéis marcharos —murmuró Skar, aunque el dolor de sus brazos iba en aumento—. ya daré solo el par de pasos que me faltan... ¿Dónde está Del?

—Vuestro camarada se encuentra ya en su aposento, señor —se apresuró a contestar el hombre, y Skar advirtió que rehuía su mirada y estaba más nervioso de lo que venía al caso.

El satái hizo un gesto de agradecimiento, dio media vuelta y avanzó tambaleante pasadizo abajo. El aire parecía oler a moho y podredumbre con mayor intensidad que antes, y el suelo estaba blanducho y pegajoso a causa del agua que se filtraba de manera incesante.

Se recostó en la pared, exhausto, e intentó olvidar el dolor de sus hombros al mismo tiempo que respiraba profundamente. Por fin consiguió una cierta mejoría. Aún tenía los brazos adormecidos, y en sus músculos acechaba algo peligroso y royente, dispuesto a asaltarlo al menor descuido, pero al menos podía moverse sin tener que apretar constantemente los dientes.

Se apartó de la pared con un empujón y entró, encorvado, por la baja puerta de su habitación.

Del yacía en su cama, pero estaba despierto. Una ancha y sangrienta venda adornaba su frente, y llevaba en cabestrillo el brazo derecho.

Esbozó una débil sonrisa, no sin esfuerzo, se incorporó apoyado en el codo sano y examinó despacio a Skar.

—¡Qué buen aspecto! —dijo con voz ronca—. ¿Tienes amores con un banta?

Skar soltó una risa seca, dio la vuelta a la mesa y tomó la jarra de vino medio llena que había en el estante. Pero ni siquiera el dulce vino pudo vencer el amargo sabor de su paladar.

—Tú también has conocido tiempos mejores —replicó.

Vació el vaso, lo llenó de nuevo. y, muy serio, dijo:

—¿Tienes alguna herida de importancia? —preguntó.

Del meneó la cabeza.

—Un par de rasguños. Nada más. Pero me siento como si una salamandra hubiese bailado una danza nupcial encima de mi cuerpo... Espera a que pesque a Cubic —agregó, más ceñudo—. Le explicaré con tanto detalle la diferencia entre los seres de los pantanos y los kohner, que no la olvidará jamás.

También Skar se puso serio, bebió un sorbo de vino y se dejó caer con un suspiro en el taburete de tres patas que había junto al lecho.

—No creo que lo supiera —dijo de repente.

Una arruga vertical se formó entre las cejas de Del.

—¿Cómo debo interpretar tus palabras?

—Tal como las he dicho —contestó Skar, pasado un momento—. No tengo la certeza de que Cubic supiera contra quiénes íbamos a pelear.

—Supongo que se trata de un chiste, ¿no? Hasta un ciego...

—Tampoco lo notamos nosotros, ¿verdad? —lo interrumpió Skar—. No antes de que fuese demasiado tarde. El enmascaramiento de los dos era perfecto.

Del lo hizo callar con un gesto de enojo.

—Para un primer momento, desde luego —gruñó—. Además, sólo los habíamos visto un par de veces, y aun de lejos. Pero llevaban semanas enteras en Ikne, y Cubic habló en más de una ocasión con ellos y su lastar. ¡Tuvo que darse cuenta, Skar!

Éste sacudió la cabeza.

—Con sinceridad, no lo creo. Conozco a Cubic. Nos lo habría dicho.

—¿Decírnoslo? —exclamó Del con una risa estridente y falta de humor—. Cualquiera que te oiga, podría creer que Cubic es uno de los Reyes Magos. Desde el primer ese tipo sólo pensó en la lucha. En la lucha y en el dinero que iba a proporcionarle.

—Claro, sí —asintió Skar—. ¿Crees que se habría perdido una pelea semejante, de saberlo? ¿Qué lastar puede ofrecer algo semejante: una lucha de satáis contra seres

de los pantanos?

Del movió la cabeza, obstinado, y miró al vacío.

—Nosotros no habríamos aceptado la pelea. y Cubic lo sabía.

—¿Estás seguro? —insistió Skar—. Sabes muy bien que habríamos luchado hasta con un banta rabioso. No teníamos otra solución. y, si eres sincero, admitirás que incluso nos habría atraído... De contar con armas adecuadas y suficiente entrenamiento, tal vez habríamos tenido una buena posibilidad. No, Del... —añadió, levantándose para llenar otra vez el vaso y ofrecer vino al amigo—. Estoy convencido de que quedó tan sorprendido como tú y yo.

Del no contestó de momento. No parecía apetecerle el vino que Skar le daba. En cambio, se incorporó del todo. La mancha de sangre que había en su brazo vendado relucía de humedad.

—¿Se partió la hoja? —quiso saber Skar, con una indicación de la cabeza.

Del siguió su mirada, arrugó unos instantes la frente, como si descubriese ahora la herida, y quiso quitarle importancia.

—No —dijo—. Pero no te desvíes del asunto. ¿Qué significa eso de que Cubic quedó tan sorprendido como nosotros mismos? Si no se aprovecha él de la pelea, ¿quién entonces? Porque los individuos ésos de los pantanos no, desde luego... ¡Tendrán suerte si lo reyes del templo no les mandan cortar el cuello!

Skar recordó lo que había dicho el mercenario, pero alejó de sí tal pensamiento. No se pagarían las apuestas. La lucha había tenido lugar en unas condiciones imprevistas, y su resultado, aunque claro, no satisfacía a nadie.

—Aquella mujer —recordó Del de pronto—. ¿Tiene algo que ver con todo esto?

—¿Qué mujer?

—¡No hagas preguntas tan tontas! ¡La amazona que te visitó poco antes de la pelea! ¿Quién era?

Skar no respondió enseguida. Las palabras de Del habían despertado en él una terrible sospecha, tan lógica como absurda. Pero luego sacudió la cabeza y se apartó bruscamente, sin contestar. El poder de una *errish* era suficiente, sin duda, para organizar algo así. Sin embargo, eso no habría proporcionado ninguna ventaja a Vela. La guardia de la ciudad ya estaría ahora en el alojamiento de los presuntos kohner, para detenerlos junto a su lastar, si no habían sido apresados en el mismo coso. Aun en el caso de que los dos habitantes de los pantanos estuviesen al servicio de Vela, con su tentativa de engaño sólo se habrían perjudicado a sí mismos.

Volvió a sacudir la cabeza, ahora más convencido, y ya se disponía a dar una respuesta cuando oyó pasos en el corredor y calló.

Era Cubic. El lastar parecía desconcertado y nervioso. Tenía la cara pálida del susto, y era evidente que le temblaban las manos, pese a que trataba de esconderlas debajo del cinturón. Entró agachado en la habitación, se detuvo al pie de la cama y primero dirigió una mirada llena de reproche a Skar, y luego a Del.

—¿Por qué? —preguntó en voz baja.

—¿Por qué... qué? —murmuró Del.

—¿Por qué perdisteis? ¿Por qué?

La voz de Cubic temblaba, pero no había en ella ningún sentimiento. Ni miedo, ni reproche. Era la voz de un hombre afectado y que, simplemente, no acertaba a comprender lo ocurrido.

Skar intercambió una rápida mirada con Del. El joven satái había quedado tan sorprendido como su compañero ante las palabras de Cubic.

—¿Qué quieres decir? —inquirió con cautela—. Tú presenciaste la pelea, ¿o no?

Cubic hizo un gesto de afirmación.

—Por eso lo pregunto, Skar. Los guardias vendrán enseguida a buscaros. ya están apostados en la escalera, de modo que nos queda poco tiempo. Pero contesta a mi pregunta... y puedes ser sincero, porque mi suerte no se diferenciará mucho de la vuestra. ¿Por qué lo hicisteis? ¿Por dinero? ¿Os ofrecieron mucho, o qué fue?

—No te entiendo, Cubic —respondió Skar, con expresa lentitud—. Si presenciaste la lucha...

—¡Claro que la seguí, y con todo detalle! —lo interrumpió Cubic—. y por eso pregunto: ¿por qué os dejasteis vencer? ¿De veras creíais que una sola persona de Ikne se iba a tragar el cuento?

—¿Qué cuento? —inquirió Del.

Cubic se volvió con violencia, y sus manos temblaron como si hicieran un esfuerzo para no arrojarse sobre el satái más joven. Toda su aparente calma había terminado de golpe.

—¡El de la miserable representación que ofrecisteis! —bramó—. ¡Es el colmo que pretendáis hacernos creer que dos expertos satáis pueden ser derrotados por esos dos chiquillos de Kohn! ¿Acaso no os dais cuenta, todavía, de lo que acabáis de hacer? ¡Condenaros a vosotros y a mí! ¡Nos ajusticiarán a los tres!

Skar lanzó un resoplido, miró extrañado al lastar y cruzó los brazos ante el pecho.

—Temo no entenderte del todo, Cubic —dijo—. Sabes tan bien como yo que esos dos individuos no eran unos chiquillos, ni tampoco de Kohn. Si nos hubieses dicho antes con quiénes teníamos que pelear...

—¡Calla! —lo interrumpió otra vez Cubic, ya más calmado—. Te suplico que

calles, Skar. No quiero escuchar tus historias. Cuéntaselas a los jueces o a los reyes del templo, o a quien quieras contárselos. yo quiero saber la verdad.

—Uno de nosotros está loco —intervino Del sin alterarse—. Tú o nosotros dos. ¿Qué hablas de ajusticiamientos? Si tú...

—¡Del! —protestó Cubic—. Por favor... No nos queda tiempo para bromas. Los soldados estarán aquí dentro de pocos instantes, y quisiera saber por qué me cortan la cabeza. ¿Lo hicisteis por dinero? Comprendo que yo os pagaba mal, pero... —Se interrumpió, tragó saliva y se pasó la mano izquierda por los labios—. ¿Por qué? —repitió, y esta vez su voz sonó casi suplicante.

—Si te he entendido bien —dijo Skar—, la guardia viene a detenernos.

Cubic replicó enfurecido.

—¡No esperaréis que os concedan una condecoración, después de tomarle el pelo a toda la ciudad!

—¡Ah! ¿Conque eso crees? —comentó Skar.

Ni él mismo sabía de dónde sacaba la calma para hablar de aquella manera. Poco a poco empezaba a entender lo que sucedía. Pero su entendimiento se negaba a aceptar tal posibilidad.

—¿Quieres decir —prosiguió— que ninguno de los espectadores se ha dado cuenta de quiénes eran en realidad nuestros adversarios?

Cubic lo miró desconcertado, pero Skar ya hablaba de nuevo.

—¿Te atreves a afirmar en serio que ni siquiera tú, que sin duda conoces los trucos y las artimañas, viste que peleábamos contra dos habitantes de los pantanos?

—¿De..., de los pantanos?

Cubic volvió a tragar saliva, luchó unos segundos por conservar la presencia de ánimo y emitió un sonido que tanto podía ser un graznido como una risa malograda.

—¿Habitantes de los pantanos? —jadeó—. ¿Esos dos desgraciados, habitantes de los pantanos? Tienes que haber perdido la razón, Skar, si esperas salir adelante con semejante afirmación. Esos hombres procedían tanto de los pantanos como tú o yo. Si ésa es la historia con la que piensas defenderte, más vale que decidas hundirte la espada en el pecho.

—¡Es que no veo por qué tenemos que defendernos! —exclamó Del—. Nosotros...

En el pasillo resonaron los ruidosos pasos de una media docena de soldados. Del calló, miró con asombro hacia la puerta y, automáticamente, se llevó la mano al *tchekal*, cuya empuñadura asomaba del hato que contenía las pocas cosas que les habían quedado. Skar le dirigió una mirada de advertencia, que Del ignoró. El joven

satái agarró la espada por el puño y la punta y, con un rápido movimiento, retrocedió hasta la pared.

Los pasos se detuvieron delante mismo de la puerta. Hubo entrechocar de metales, y un hombre alto y moreno, que vestía el uniforme de capitán de la guardia de la ciudad, penetró en la estancia.

Pasó de largo ante Cubic, examinó brevemente a Del y su arma con evidente desaprobación y se dirigió a Skar:

—Será mejor que expliquéis a vuestro amigo que toda resistencia es inútil —dijo—. Fuera aguarda una docena de mis mejores hombres y, aunque pudieseis con ellos, sabed que en la escalera están mis arqueros.

—No acierto a entender por qué tendríamos que meternos con vos o con ellos —contestó Skar con forzada serenidad—, del mismo modo en que tampoco comprendo a qué viene vuestra actitud, capitán. ¿Acaso es una costumbre nueva, en Ikne, la de recibir a los huéspedes con armas en la mano?

Por un instante, el capitán pareció seriamente confundido. En su rostro leyó Skar que ésa era, sin duda, la reacción menos esperada. Resultaba patente que el militar había contado con una resistencia por parte de ellos, o quizás incluso con lucha. En otras circunstancias, Skar hubiese admirado su valor de entrar solo e inerme en el cuarto.

—Yo..., yo no he venido para discutir con vosotros —dijo al fin—. ¿Me seguiréis sin protestar?

Sus palabras sonaron como una pregunta, pero Skar no dudó de que constituían una orden.

—Desde luego —respondió con un gesto de afirmación—. Tal vez sea la única forma de averiguar de una vez qué diantre significa todo esto.

Dio media vuelta, extrajo —como Del— su *tchekal* del hato de ropa y, con un movimiento exageradamente violento, lo introdujo en la vaina que pendía de su cinturón.

A sus espaldas, el capitán respiró con fuerza. Pero la esperada represión no se produjo.

Skar se volvió de nuevo, con expresa lentitud, dirigió una alentadora sonrisa al capitán y señaló la puerta.

—¡Vayamos!

El oficial denotó alivio. Se apartó hasta que Cubic, Del y, por último, Skar, hubieron salido. Pero él no los siguió. Skar lanzó una rápida mirada por encima del hombro y observó que el capitán se ponía a examinar la habitación como alguien que

buscara una cosa concreta.

—¿Qué demonios ocurre? —murmuró Del, trastornado—. ¿Es que todo el mundo ha enloquecido?

Skar se encogió de hombros y renunció a la respuesta que tenía en la punta de la lengua. Poco a poco, todo empezaba a formar un cuadro más o menos lógico. En el fondo, ya nada le extrañaba.

En el corredor les aguardaba una docena de ceñudos soldados. El capitán no había exagerado al anunciar que llevaba consigo a sus mejores hombres. No había casi ninguno, entre ellos, que fuera más bajo de Del, y Skar vio enseguida que se trataba de hombres duros y duchos en la pelea. De haberse batido con esos soldados en la estrechez del pasillo, habrían perdido.

Uno de ellos les salió al encuentro y preguntó con una mezcla de provocación y prudente respeto:

—¿Nos seguís por vuestra voluntad?

Skar se encogió de hombros.

—No veo motivo para no hacerlo. ¿Adónde nos conducís?

—Os llevamos ante el comandante, que espera en el vestíbulo. Ahora... debo pedir os vuestras armas.

El hombre alargó la mano, dio medio paso adelante y se interrumpió bruscamente al ver la mirada de Skar. Su cara se contrajo con nerviosismo, y la mano, sólo medio alzada, empezó a temblar y se bajó.

Durante dos o tres segundos se cruzaron sus miradas. Luego, el miembro de la guardia inclinó la cabeza, avergonzado, y se reincorporó presuroso a la fila de sus compañeros.

—Está bien —dijo con inseguridad—. No creo que sea indispensable desarmaros.

—No —contestó Skar—. No es indispensable. Pero sí es urgente que partamos. No queremos hacer esperar a vuestro comandante.

El soldado se volvió y comenzó a subir el pasillo a toda prisa. Skar, Del y Cubic lo siguieron, flanqueados por una docena de hombres evidentemente nerviosos. «Incluso ahora nos temen», pensó Skar. Pero, por algún motivo, tal idea no le producía orgullo ni satisfacción.

Ascendieron deprisa. El capitán no había exagerado. En cada rellano había arqueros, y sus flechas estaban provistas de terribles puntas de acero, de un dedo de largo, que a poca distancia tenían que atravesar por fuerza la coraza de cuero de un satái, pese a su dureza. Creció con ello la inquietud de Skar.

Los soldados los condujeron otro tramo de escalera arriba, hasta el corredor

circular iluminado con antorchas y almenares que rodeaba la arena. También allí había incontables soldados, centenares quizá, situados en pequeños grupos o solos delante de puertas y escaleras, y que los miraban llenos de curiosidad. «Una fama como la nuestra también tiene sus inconvenientes —se dijo Skar—. A quien es considerado invencible, no suelen darle ocasión de demostrarlo».

—A mí se me agota la paciencia —gruñó Del a su lado—. Si no me explican pronto lo que sucede aquí, agarraré a uno de estos soldados de juguete y le sacaré la verdad a golpes.

Skar le obsequió con una burlona mirada oblicua. La escolta se detuvo, y uno de los hombres señaló en silencio el vestíbulo donde poco antes habían aguardado ellos, antes de salir a pelear. Skar y Del pasaron obedientes por la baja puerta.

Los grandes portones se hallaban ahora cerrados. El lugar estaba muy iluminado con innumerables antorchas, y en el aire había un fuerte olor a humedad y alquitrán ardiente. A lo largo de las paredes estaban apostados unos cien soldados, y un segundo destacamento casi igual de numeroso se había situado detrás del hombre que los miraba con aire sombrío. Skar avanzó hasta cuatro o cinco pasos de él, se detuvo y, de manera provocativa, apoyó la mano en la empuñadura de su espada; un gesto que, ante la superioridad numérica con que se enfrentaban, sólo tenía, si acaso, un significado simbólico. Sin embargo, pareció causar el efecto deseado.

—Me satisface ver que sois sensatos y no habéis opuesto resistencia a mis soldados —dijo el comandante.

Era un hombre menudo y arrugado, de cabellos greñudos y párpados enrojecidos. Su figura parecía desaparecer en la amplia toga roja que la envolvía, y el exagerado casco que lucía en la cabeza resultaba sencillamente ridículo. Pero su voz era firme, y en el hombre había algo que le dijo a Skar que se había ganado a pulso el cargo de comandante de la plaza, y no con turbios manejos. Un hombre, pues, con el que había que tener cuidado.

—No pudimos rechazar tan amable invitación —contestó Skar, mordaz—. Sobre todo, no sabiendo todavía a qué debemos tan gran honor.

Entre las cejas del comandante se formó una arruga.

—Tenéis todo el derecho a defenderos, satái —dijo entonces, cortante—. Mas no cometáis el error de creerme más tonto de lo que soy.

Del estuvo a punto de saltar, pero Skar lo contuvo con una severa mirada.

—Perdonad —se excusó con marcada amabilidad— si causamos esa impresión. No quisimos ofenderos. Pero agradeceríamos una explicación... Supongo que debemos considerarnos arrestados —agregó señalando con la cabeza a los soldados

situados detrás de ellos y a sus costados.

—Así es, en efecto, satái.

—¿Y por qué? —preguntó Skar—. Quiero decir... ¿de qué delito se nos acusa?

El comandante no respondió enseguida. El último indicio de amabilidad desapareció de su rostro, y su voz sonó más dura que antes, al declarar:

—Si os gusta haceros pasar por imbéciles, ¡allá vosotros! ¡Os reprochamos haber engañado al pueblo de Ikne!

—¿Sólo eso? —dijo Skar con una tenue sonrisa.

—Vuestro plan ni siquiera fue suficientemente inteligente —continuó el comandante—. Pero no es cosa mía reflexionar sobre vuestros motivos. yo me limito a comprobar los hechos y a entregaros a los tribunales. Aunque, dicho con sinceridad, no comprendo cómo dos hombres como vosotros os habéis metido en una empresa tan absurda.

Skar suspiró.

—Sigo sin saber de qué habláis, pero...

—¡No os hagáis el tonto! —chilló el comandante, por cuyas facciones pasó una rápida sombra de ira, si bien se dominó en el acto—. Tendríais que haber ganado fácilmente esa lucha, satái. ¡Incluso con los ojos vendados y con un solo brazo! Hasta mi nieto de diez años hubiese hecho mucho mejor papel que vos y vuestro compañero ante los kohner.

—¡De haberse tratado de kohner! —intervino Del, excitado—. ¡Sabéis tan bien como nosotros que fuimos engañados!

Una sonrisa débil y casi indulgente cruzó la cara del comandante.

—Lamento no entenderos, satái —dijo sin alterarse—. Lo único que me consta es que *nosotros si* que fuimos engañados... ¡El pueblo de Ikne y sus reyes! y tendréis que responder de ello.

—¡Pero si eso es una locura! —exclamó Del.

Skar le lanzó una mirada de advertencia, mas la paciencia de Del estaba definitivamente agotada. Dio un furioso paso hacia el comandante y sólo se paró cuando los soldados se lo impidieron amenazadores.

—No entiendo qué juego es éste —jadeó con indignación mal contenida—. ¡Ni tampoco quiero entenderlo! Pero esos presuntos principiantes de Kohn no eran lo que pretendían ser. ¡Traedlos si de veras lo ignoráis! ¡Traedlos y os demostraré lo que en realidad son...!

—¡Déjalo, Del! —murmuró Skar.

Mas el joven satái pareció no oír las palabras.

El comandante suspiró.

—Ya esperaba que exigiríais algo parecido —dijo meneando la cabeza—. ¡Lástima! Había confiado en poder prescindir de tan indigna comedia, pero... ¡como queráis!

Retrocedió medio paso, dio una palmada y se volvió. En una pared lateral se abrió una pequeña puerta, y un grupo de soldados hizo entrar a los dos kohner con su lastar.

De nuevo le llamó la atención a Skar el parecido entre ambos hombres. y no sólo ellos: también el lastar se diferenciaba muy poco de los dos luchadores. La misma estatura y complexión, el mismo rostro delgado, de facciones afiladas..., las mismas manos, más nervudas y hábiles que fuertes... ¡Pero eran rostros *humanos* y manos *humanas*! Skar oyó resoplar a Del, a escasa distancia, y apoyó una mano en su brazo.

—¡No! —susurró—. ¡Contente!

Del gruñó algo que él no entendió, apartó su mano y se acercó muy decidido a los tres hombres.

—Ignoro cómo lo hicisteis —dijo, furibundo—, pero os felicito. ¡Es la mejor máscara vista en toda mi vida!

Skar dirigió un rápido vistazo al comandante. En la cara de éste había aparecido una expresión interrogante, pero era evidente que prefería callar y ver el rumbo que tomaban las cosas.

—Sin embargo, no os servirá de nada —prosiguió Del, en voz ya más alta y con una triunfante mirada de reojo al jefe—. ¿Os quitáis las máscaras, o tendré que hacerlo yo mismo?

—Se colocó delante del hombre y alargó la mano como si fuese a tirarle de los pelos. El kohner volvió rápidamente la cabeza y retrocedió.

—¿Estáis locos, o no sabéis perder? —jadeó.

Era la primera vez que Skar oía hablar a uno de ellos, y encontró que la voz no encajaba con su persona.

—¡Ya te demostraré lo loco que estoy! —gritó Del.

Antes de que uno de los soldados que los rodeaban pudiera impedirlo, se arrojó sobre el kohner, lo derribo y le hundió las uñas en la cara. El hombre chilló de dolor y sorpresa, pataleando a la vez que intentaba apartar la mano de Del. Pero fue como si tratara de demoler todo el coliseo con sus dedos desnudos. El satái lo mantenía sujeto en el suelo, sin el menor esfuerzo, y con la mano izquierda le agarraba las muñecas mientras, con la derecha, seguía tirándole de la mejilla.

La piel se desgarró, al fin, y la sangre cayó a pequeños chorros sobre la cara y los

dedos de Del. Los gritos del agredido se hicieron más estridentes.

—¡Para ya, Del!

Skar apartó con furioso movimiento a los soldados que inútilmente trataban de separar a Del de su víctima, hizo dar media vuelta al joven satái y lo azotó tres o cuatro veces en el rostro con la mano plana.

Del aflojó su ataque. Desconcertado, contempló la sangrante cara del kohner, se puso despacio en pie y le echó una perpleja mirada a Skar. El kohner se arrastró con toda la rapidez posible hacia atrás, se alzó como pudo sobre sus manos y rodillas y se llevó los dedos a la mejilla. Entre ellos brotó la sangre.

—Pero... —jadeó Del—, ¿qué es esto, Skar...?

—¡Basta! —bramó el comandante—. No sois unos vulgares mercenarios, sino satái, y por eso quise daros una oportunidad. Pero semejantes tonterías son tan indignas de un verdadero satái como de un hombre de mi cargo. No sé qué os proponíais con ellos, pero, si esperáis que me haga gracia, estáis muy equivocados. Ahora mismo seréis conducidos a la fortaleza. Quizás en el calabozo se os ocurra una excusa mejor.

—¡Pero si estos hombres no son aquéllos contra los que luchamos en la plaza! —protestó Del—. ¡Los que salieron a pelear eran seres de los pantanos!

La cara del comandante no reveló la menor reacción.

—Cada vez me decepcionáis más, satái —contestó sin alterarse—. Vuestros dos cómplices fueron arrestados antes de que pudieran abandonar la arena.

—¡Pero no son lo que parecen! —jadeó Del, desesperado—. ¡Quitadles la ropa! ¡Mirad... sus pies! ¡Entonces comprobaréis que digo la verdad!

Se volvió hacia Skar en busca de ayuda y lo agarró bruscamente por el hombro.

—¡Di tú algo, Skar! —agregó, suplicante—. ¿No es cierto que también tú lo viste?

En vez de dar una respuesta directa, Skar señaló el desgarró que presentaba el brazo del kohner contra el que había peleado. El típico corte ininterrumpido que producía un *shuriken* era inconfundible.

—Vuestro compañero parece más razonable que vos, satái Del —dijo el comandante en tono burlón—. Él, al menos, sabe cuándo ha perdido. Sin embargo, si insistís os haré el favor. Pero después daremos por definitivamente terminada esta comedia. El carcelero ya os espera. No es frecuente que tenga huéspedes tan destacados... ¡Desnudaos! —ordenó de repente, ya muy serio, dirigiéndose a los kohner—. Será suficiente que os quitéis la camisa y las botas. ¡y daos prisa! Mi paciencia está casi agotada.

Los dos kohner, obedientes, empezaron a desprenderse del calzado y de las

camisas. Skar ni siquiera les prestaba atención. De sobra sabía lo que iban a encontrar.

—¡Pero si esto es imposible! —exclamó Del, fuera de sí—. ¡No he perdido la razón! Estoy bien seguro de lo que vi... ¡Estos no son los hombres contra los que luchamos! Han tenido que cambiarlos... ¡Es una trampa! Nosotros... Se interrumpió, lanzó un resoplido y sacudió impotente la cabeza un par de veces.

—¿Estáis satisfecho? —preguntó el comandante con frialdad.

—¡Pero si yo...!

—Basta ya, satái. Os he concedido el capricho y demostrado más paciencia de la que merecéis. Ahora os encerrarán en un calabozo, y mañana, al amanecer, seréis conducidos ante el juez. y —agregó después de una minúscula pausa— no se os ocurra tratar de huir. Aun en el supuesto de que lograrais vencer a vuestros guardianes, no saldríais vivos de Ikne.

Hizo una señal a los hombres situados detrás de Skar y Del, y señaló sus armas con la cabeza.

—¡Las espadas, satái!

Del retrocedió medio paso y apoyó la mano, obstinado, en la empuñadura de su *tchekal*.

—¡Tomadla, si tenéis el valor suficiente! —contestó en tono de desafío.

El comandante sonrió despreciativo. La fila de soldados que tenía a sus espaldas se abrió para dar paso a una docena de arqueros dispuestos a disparar.

Durante unos instantes. Del no pareció dispuesto a doblegarse, pese a la superioridad numérica a la que se enfrentaba. Pero luego emitió un reniego a media voz, se arrancó el arma del cinturón y la arrojó a los pies del comandante. Skar esbozó una risita, desenvainó su *tchekal* y lo colocó con cuidado junto al de su compañero.

—Tratádmelo bien, comandante —advirtió sin levantar la voz—. Llegará el día en que os lo reclame. De estar estropeado, no hablaría con vos en un tono tan tranquilo como ahora.

Una expresión de alarma pasó con la rapidez de un parpadeo por las arrugadas facciones del jefe, aunque enseguida se dominó.

—Un hombre muerto no necesita armas, satái —dijo, altanero—. Pero, si lo deseáis, haré que os metan en la tumba el *tchekal*.

Se inclinó, recogió ambas espadas y se volvió furioso.

—¡Lleváoslos!

El círculo de soldados se cerró alrededor de Skar y Del, que se vieron separados de Cubic y los kohner y conducidos fuera del vestíbulo por una puerta lateral.

A medida que se acercaban a la salida septentrional, el frío arreció. Skar había

supuesto que los trasladarían a la fortaleza por el camino mas corto: por la puerta norte del coliseo, subiendo por la amplia y adoquinada calle principal, directamente hasta el Distrito Prohibido, en cuyo centro se alzaba el descomunal dedo negro de la torre del castillo. Pero, por lo visto, su escolta tenía otras órdenes. Abandonaron la arena por una pequeña puerta secundaria, medio cubierta por la hiedra y las malas hierbas, que daba a un estrecho callejón flanqueado por dos hileras de casas.

—Al parecer, no les interesa que nuestra detención se haga pública —gruñó Del cuando, siempre rodeados por una docena de hombres armados hasta los dientes, avanzaban hacia el norte por aquel pasaje entre húmedas paredes de ladrillos—. Incluso a los reyes del templo de Ikne les costaría encontrar un motivo lógico para la detención de dos satáis.

Skar arrugó la frente. Del parecía no darse cuenta todavía de la gravedad de la situación.

—Quizá lo hagan para protegernos —murmuró.

—¿Para protegernos? —repitió Del.

Skar hizo un gesto de afirmación.

—No creo que, en estos momentos, los habitantes de esta ciudad estén muy entusiasmados con nosotros —dijo—. y al comandante no le interesa que nos linchen.

Del calló desconcertado.

—Todo el que haya apostado un solo dim por nosotros, se siente decepcionado y estafado —prosiguió Skar—. y hay muchas personas que no pierden el tiempo con preguntas si están indignadas. También en Ikne.

—Pero esto...

Del se interrumpió de nuevo y clavó la mirada en la espalda del soldado que caminaba delante.

—No lo entiendo... —murmuró—. ¡Todo el mundo tiene que haberse dado cuenta de lo sucedido! ¿Cómo es posible engañar a tanta gente?

—Por lo que vemos, sí que lo es —repuso Skar—. A ellos o... a nosotros.

Del volvió la cabeza bruscamente y se detuvo, pero uno de los dos hombres le propinó un rudo golpe para obligarlo a continuar.

—¿Qué quieres decir? —inquirió.

Skar levantó los hombros de manera casi imperceptible.

—Existen dos posibilidades —explicó, pensativo—. Una es la de que, en efecto, fuesen seres de los pantanos, aunque treinta mil pares de ojos no lo hayan sabido ver. La otra —añadió después de unos segundos— consiste en que los equivocados seamos *nosotros*.

Del contuvo una exclamación de sorpresa.

—Todavía me duelen todos los huesos del cuerpo —susurró—. Ese individuo tenía más fuerza que una docena de toros. ¿y tú pretendes decirme que se trataba de un gladiador normal?

—Yo no quiero afirmar nada —contestó Skar sin alterarse—. Simplemente, pienso en voz alta. ¿Tienes tú alguna explicación mejor?

Del guardó un instante de silencio y, luego, meneó disgustado la cabeza. Habían abandonado ya el callejón y pasaban un estrecho puente de piedra que conducía sobre uno de los incontables canales de la ciudad. El nivel del agua había subido tanto en los últimos días que ésta, sucia y gris, les bañaba ya los pies. Al otro lado del puente les aguardaba un segundo callejón, tal vez aún más angosto. Se acercaban ahora al centro de la ciudad. Las fachadas posteriores de las casas entre las que andaban estaban tan descuidadas como los edificios de los barrios pobres, pero las construcciones eran más altas, y de cuando en cuando veían pequeñas ventanas enrejadas, destinadas sin duda a arrojar por ellas la basura o el contenido de los orinales.

—Magia —murmuró Del al fin—. Tiene que ser cuestión de magia.

Skar sonrió.

—Yo no creo en eso.

—¿Ah, no? Pues yo conocía a un corzo que no creía en los arcos y las flechas —respondió Del, a quien empezaba a entusiasmar su propia idea—. y, asado, estuvo riquísimo. Skar no dijo nada. Era posible que Del no fuera tan descaminado. Aunque en un sentido distinto del que él se imaginaba.

La lluvia se hizo más intensa. Skar lamentó haberse puesto sólo la delgada coraza y una prenda de cuero. Antes, en el coliseo, eso había sido suficiente, pero ahora, en la calle, empezaba a notar qué poca protección le proporcionaba la coraza contra el viento y la humedad. Su mirada recorrió la resplandeciente pared de piedra que se elevaba a su izquierda. Los muros eran tan altos que parecían inclinarse hacia dentro por ambos lados, de manera que únicamente quedaba visible una estrecha franja de marmóreo cielo gris. y, a pesar de que todavía era la hora del crepúsculo, en el fondo de aquella quebrada artificial se movían ya entre una algodonosa negrura, en la que las siluetas de sus guardias adquirirían el aspecto de profundas sombras negras. Muy lejos, en alguna parte, retumbó un trueno.

—¿Qué buscas? —interrumpió sus pensamientos la voz de Del—. ¿Acaso un ángel que descienda del cielo para salvarnos?

Skar respondió con una descolorida sonrisa.

—Tal vez —dijo—. Pero también puede ser que busque a un demonio.

Del frunció el entrecejo y pareció reflexionar brevemente sobre el significado de tal observación.

—¿Acaso te preocupa ese farolero del comandante? —preguntó al cabo de un rato, y su sonrisa resultó artificial, como si sólo sirviera para tranquilizarse a sí mismo—. Ni siquiera los reyes del templo de Ikne se atreverían a ponerles la mano encima a dos satáis.

—La montaña de los dioses está lejos —contestó Skar.

Del calló. Esta vez, su tranquilidad había sufrido una sacudida.

Skar volvió a mirar a uno y otro lado. Las casas aún estaban más juntas unas a otras. De vez en cuando cruzaban angostos caminos laterales que, probablemente, desembocaban en la arteria principal. Sin embargo, él había abandonado ya toda idea de huida. No tenían armas, pero, incluso en el caso de poseerlas, no habrían podido ganar una pelea en semejante callejón. Además recordaba bien las palabras del comandante. Ikne era una fortaleza, a pesar de todo, y así como era imposible entrar en ella contra la voluntad de sus señores, lo era salir de la ciudad. Sólo había dos puertas, y para vencer a la guardia habría hecho falta un pequeño ejército.

Una mano lo tocó en el hombro. Skar se volvió sin dejar de andar y vio la barbuda cara de un soldado.

—¡No intentéis escapar, señor! —dijo éste.

Skar arqueó las cejas, miró al hombre durante una fracción de segundo y sonrió.

—Oye... ¿Es que lees mis pensamientos?

El soldado correspondió a su sonrisa, aunque de manera insegura y tímida.

—No fue difícil, señor... Pero sería una equivocación. Quizá lograrais escapar, pero no estaríais seguros en Ikne. Se os ha detenido para protegeros. El pueblo exige vuestras cabezas, y tanto le importa que seáis satáis o no.

Aunque intentó no creer en las palabras del soldado, Skar comprendió que eran sinceras. Algo en su forma de hablar lo convenció de que decía la verdad.

—¿Esperáis de nosotros que nos dejemos conducir a la hoguera sin protestar? —intervino Del—. ¿Lo harías tú en nuestro caso?

Pero el soldado ya no tuvo ocasión de contestar. Un ruido sordo se sobrepuso a la intensa lluvia y, allí donde un segundo antes había estado la cabeza del hombre, quedó sólo algo sangriento de donde asomaba el tembloroso mango de un hacha.

Skar reaccionó sin pensar. Se dejó caer hacia atrás, agarró las piernas de otro guardia y lo derribó. A su lado, Del esquivó una segunda hacha con un desesperado salto y, al mismo tiempo, hizo caer a dos guardias más. El angosto callejón se convirtió en una trampa mortal. De nuevo silbó por los aires un hacha, mató a un

hombre y quedó clavada, temblando, en el hombro de un segundo.

—¡Atrás! —gritó Skar.

Se puso en pie de un salto, apartó con el antebrazo un hacha que volaba hacia él y, arrastrando consigo a un soldado medio muerto de miedo, retrocedió unos pasos, empujó al hombre hacia un angosto camino lateral, saltó nuevamente al callejón y puso a salvo a otro guardia. Un hacha más surcó los aires con un espantoso silbido, voló hacia Skar girando como una rueda de plata y, en el último momento, cambió de dirección como si la moviera una fuerza mágica y mató en su lugar a uno de los soldados. Skar miró a su alrededor, despavorido. Eran ya siete u ocho los guardianes muertos o heridos, y el resto huía impulsado por el pánico de vérselas con un enemigo invisible que atacaba desde la oscuridad.

No tenían la menor posibilidad de salir con bien. Zumbaban las hachas arrojadas con perfecta precisión, y encontraban a sus víctimas sin piedad. Al coro de gritos de terror se unían continuamente los sordos choques de las mortales armas, un horrible ruido que todo guerrero conocía y temía. Skar introdujo a otros dos soldados en el pasaje lateral salvador, se agachó para arrancarle la espada a uno de los cadáveres y regresó a su cobijo. Como pudo comprobar de una ojeada, Del había encontrado refugio en un hueco existente entre dos casas.

Skar se apoyó jadeante en la pared. Le costaba respirar. El corazón le latía con tremenda violencia y todo él se sentía más agotado de lo debido.

—Hemos de... escapar —dijo sin aliento—. Esto es una trampa...

Detrás de él se oyó de nuevo el duro crujido de un hacha al clavarse en una víctima, seguido de un grito estridente. Luego, el silencio.

Skar se apartó de la pared y ayudó a levantarse a un soldado caído de rodillas. El hombre tenía la cara blanca del susto. Se alzó, se sujetó un momento en el brazo de Skar y buscó su espada con dedos inseguros.

—¿Por..., por qué nos ayudáis, señor? —preguntó turbado.

Skar señaló hacia atrás con una risa carente de humor.

—Porque quienes nos atacan son tan poco amigos míos como vuestros —contestó—. y ahora venid. Tenemos que escapar de esta ratonera antes de que aparezcan.

—¿Y vuestro compañero?

—Del sabe cuidar de sí mismo —dijo Skar brevemente.

Hizo dar media vuelta al hombre, le dio un empujón en la espalda y echó a correr.

La calleja parecía no tener fin. Era tan estrecha, que el satái se hirió los hombros con las ásperas piedras de cada lado. Además, la oscuridad era mayor a cada paso. La sangre le zumbaba en los oídos, y las desnudas paredes devolvían el ruido de sus

pisadas y las de los cuatro soldados. Skar miró hacia atrás un par de veces, sin dejar de correr, siempre preparado para descubrir una negra figura en el fondo del callejón o percibir el escalofriante silbido de un hacha.

Pero no hubo nuevos ataques. El camino terminaba en un patio interior cuadrado, de quizá treinta pasos de lado, cerrado por grises paredes sin ventanas. Skar se detuvo de repente, examinó a toda prisa el lugar y señaló una puerta cerrada.

—¡Aquella puerta! ¡Hundidla!

Dos de los soldados se dispusieron a ejecutar la orden. Pero la maciza madera resistió incluso el ataque de todos juntos.

—Es inútil —dijo el hombre que estaba junto a Skar—. No saldremos de aquí.

Le temblaba la voz, aunque ya no de miedo sino de cansancio.

—Entonces lucharemos —decidió Skar con firmeza.

Empuñó la espada, se volvió con energía y señaló el callejón.

—Un hombre a la derecha y otro a la izquierda —ordenó—. ¡Los dos restantes, conmigo! ¡y daos prisa!

Los soldados obedecieron sin replicar. Era para ellos lo más natural del mundo que el hombre que poco antes había sido prisionero tomara ahora el mando. Dos se colocaron a ambos lados del callejón, y otros dos retrocedieron con Skar hacia el interior del patio, procurando formar un ángulo no alcanzable por las hachas de sus perseguidores.

—Tal vez no vengan —murmuró uno de los soldados, nervioso y con la cara reluciente de sudor pese al frío y al gélido viento que también en el patio resultaba cortante—. Es posible que vuestro amigo...

Pero se interrumpió ante la mirada de Skar. El hombre acababa de expresar con palabras lo que el satái se esforzaba en apartar de su mente. Porque si sus perseguidores —fueran quienes fuesen— aparecían donde ellos se habían refugiado, significaría con toda probabilidad que Del estaba vencido o muerto.

—Disculpad... —balbuceó.

Skar quitó importancia al asunto con un gesto de la mano.

—No te preocupes. ¡Pero ahora, silencio! Quizá no sepan que los esperamos.

Él mismo se dio cuenta de lo poco convincentes que sonaban sus frases. Quien hubiese preparado la emboscada, conocía bien el terreno. Incluso era de imaginar que había querido inducirlos a esconderse en ese lugar.

No obstante, el soldado pareció aliviado, y Skar volvió a notar hasta qué punto había cambiado en unos momentos la relación entre ellos. ya no eran guardianes con un detenido, sino simplemente soldados que, como animales de una manada, se

subordinaban ante él. y Skar sabía que eran buenos elementos. Antes, en el callejón, se habían visto sorprendidos e indefensos. Ni siquiera un grupo de satáis habría podido defenderse de los invisibles atacantes. Pero, si el enemigo se atrevía a penetrar en el patio y se producía una lucha abierta, la cosa sería distinta.

Algo le decía a Skar, sin embargo, que no llegarían a tanto. El enemigo había demostrado que no necesitaba presentar pelea.

—Se acerca alguien —anunció uno de los soldados.

Skar buscó con la mirada un rincón protegido y, con un movimiento de la mano, indicó a los hombres que se introdujesen en un hueco plano que formaba la pared. De momento, era cuanto podía hacer. En circunstancias normales, una calleja tan estrecha como aquélla por la que habían venido habría podido ser defendida contra unas fuerzas muy superiores. Pero ahora no tenían armas adecuadas, ni arcos ni ballestas, mientras que los contrarios matarían con sus hachas a cualquiera que fuese lo bastante imprudente para asomar la cabeza.

El satái cruzó el patio en silencio, hizo señas a uno de los soldados para que ocupara su sitio y se apretó contra la pared, junto a la esquina de la casa, con la espada medio levantada.

Percibió pasos. Los pasos de numerosas y pesadas botas claveteadas, pero también los de unos pies más pequeños y ligeros, como de niños... o mujeres. Al menos se acercaba una docena de personas, si no más.

Skar intercambió una rápida mirada con el hombre del lado opuesto, se cercioró de que su sombra no lo delataba al reflejarse en el suelo y empuñó la espada con fuerza.

Los pasos se detuvieron. Hubo un leve ruido de metal, y luego se oyó algo semejante a un cuerpo pesado que se arrastrara a lo largo de la pared. El primer atacante no podía estar a más de dos o tres pasos de distancia.

—¡Bien! —voceó Skar—. Sabéis que estamos aquí, y nosotros sabemos que vosotros estáis ahí fuera. ¿Qué proponéis?

Sus cuatro soldados no parecieron los únicos sorprendidos por sus palabras. Durante varios segundos reinó en la calle un desconcertado silencio, hasta que por fin contestó una voz.

—¿Satái?

Skar contuvo una sonrisa.

—¿Tiene eso alguna importancia? —replicó.

—Sí que la tiene. Si no eres tú el satái, llámalo. Necesitamos hablar con él.

—¿Por qué?

—Porque los demás no nos interesan. Sólo queremos al satái.

—En tal caso, venid en mi busca.

De nuevo hubo silencio, y Skar pudo oír algunos murmullos muy quedos, aunque sin entender las palabras. Era evidente que los hombres consultaban entre sí.

Skar dirigió una mirada animosa al soldado que tenía enfrente. Aún no había pasado el peligro, pero su situación ya no parecía tan desesperada como pocos momentos antes. Un enemigo decidido a todo habría asaltado el patio, sin perder tiempo en parlamentos.

—Sé razonable, satái —volvió a sonar la voz—. Estáis en una trampa de la que podemos sacaros a la fuerza.

—Quizá —respondió Skar, procurando poner en su tono toda la altivez posible—. Pero, por ahora, la cosa no está resuelta. y tenemos tiempo, ¿sabéis? Nuestra desaparición no tardará en ser notada, y entonces nos buscarán.

—Para entonces ya estaréis muertos. Os damos dos minutos de tiempo para rendiros. De no hacerlo, os atacaremos.

—¡Adelante! —contestó Skar en tono provocador—. Espero con ilusión al primero que asome. Mi espada ya se impacienta.

Transcurrió otro rato en el que los perseguidores parecieron deliberar. Dentro de menos de un cuarto de hora sería totalmente de noche. Pero Skar tenía la certeza de que no lograría retener tanto tiempo a los hombres de fuera.

—Os enviaremos a uno de nosotros —les llegó la voz ya conocida—. No queremos provocar un innecesario derramamiento de sangre, satái. Si vienes sin oponer resistencia, dejaremos en libertad a los soldados.

Skar vio que en el rostro del hombre que estaba a su lado aparecía una súbita expresión de esperanza. Mas esa ilusión desapareció cuando se encontraron sus miradas. El brutal proceder de los atacantes había demostrado de sobra que no les interesaba dejar testigos.

—¡Es una trampa, señor! —susurró alguien al oído del satái—. No pueden permitirse perdonar la vida a ninguno de nosotros.

—Lo sé —asintió Skar, igualmente en un murmullo—. Pero al menos hemos de intentarlo. ¡Retroceded!

Carraspeó, bajó un poco la espada y dio un paso adelante.

—¡De acuerdo! —gritó—. Enviadnos a vuestro mensajero. ¡Pero que sólo sea uno! y desarmado. Si intentáis algún truco, será el primero en morir.

Una oscura figura se desprendió de las sombras y entró en el patio.

Skar lanzó un resoplido de asombro al ver al negociador.

Era un enano. No mediría más de un metro y, pese a la ancha capa que le caía hasta los tobillos, el satái dedujo que estaba delgadísimo. Una capucha triangular le cubría la cara de forma que sólo eran visibles la barbilla y parte de la boca. El individuo entró hasta el centro del patio con pasos rápidos y cortos, se volvió en redondo y se dirigió a Skar. Sus movimientos resultaban demasiado ansiosos y enérgicos, como se veía con frecuencia en las personas que trataban de compensar su pequeñez física con una actitud decidida, pero que con su exageración conseguían precisamente lo contrario.

—¿Sois vos ese satái? —preguntó.

Skar tragó la mordaz respuesta que tenía en la punta de la lengua y se limitó a hacer un gesto de afirmación.

—Os imaginaba más alto —prosiguió el enano—. No tenéis aspecto de un poderoso guerrero.

—¿Qué diantre quieres? —contestó Skar, molesto—. ¿Vienes a negociar o sólo te propones ofenderme?

El enano soltó una risita queda. En comparación con su estatura, su voz sonaba extrañamente llena y profunda.

—No hay nada que negociar —declaró con firmeza—. Lo único que quiero saber es si me sigues por tu propia voluntad o no.

—¿Y adonde debo seguirte?

—Hay alguien que desea hablar contigo —respondió el enano—. ya la conoces.

—Se trata de Vela, ¿no?

—Si te resistes —continuó el enano—, vendrás a la fuerza. Pero también puedes acompañarme de manera voluntaria. El resultado será el mismo en los dos casos.

—No para ti —dijo Skar, tranquilo.

—¿Te atreverías a agredir a un enano? —jadeó el diminuto personaje.

Skar no supo si hablaba en broma o en serio.

—Me gusta de un modo especial maltratar a los enanos —replicó en el mismo tono—. Tus acompañantes tampoco tienen reparo en asesinar a hombres indefensos. ¿Por qué habría de tener consideración contigo pues? ¿Sólo porque eres más bajo que yo?

El enano hizo un gesto despectivo.

—¡Bah, soldados! ¿Para qué sirven, si no para morir? ¿Vienes conmigo?

Skar reflexionó febrilmente. La vida de los cuatro hombres estaba en su mano, pero apenas tenía posibilidad de salvarlos. El enano había descrito su situación con toda exactitud. Podía defenderse y matar a unos cuantos asaltantes, pero el resultado

final sería el mismo.

—Dame tu palabra de que no mataréis a estos soldados, y te acompañaré —declaró.

El enano rió de nuevo, y Skar tuvo esta vez la certeza de que el tono malicioso que había en su voz no había sido imaginación suya.

—Puedo darte mi palabra tantas veces como quieras —dijo—. Pero no tienes ninguna garantía de que la cumpla.

Skar hizo un preocupado gesto afirmativo.

—Es cierto —admitió.

Pero de pronto dejó caer la espada, se puso de un salto junto al enano y lo levantó del suelo como si fuera un juguete. Le rodeó el cuello con un brazo y se lo retorció hasta hacer crujir los huesos. Luego aflojó un poco la mano para que el enano pudiese respirar y el dolor quedara dentro de los límites resistibles.

—Eres demasiado confiado, hombrecillo —dijo con amabilidad—. Te acompañaré, pero sólo cuando estos cuatro soldados estén a salvo.

El enano pataleaba desesperado, a la vez que intentaba arrancarle los ojos al satái con sus dedos como garras. Skar le apretó más la nuca, y el diminuto ser jadeo al mismo tiempo que su cuerpo se aflojaba.

—Me las pagaréis... —resolló con angustia.

Skar se encogió de hombros indiferente.

—Quizá. Pero de eso ya hablaremos cuando estos hombres hayan podido marcharse, ¿entendido? Dile a tu gente que se retire de la calleja. y nada de tretas, ¿eh? Porque entre todos no serían capaces de matarme tan deprisa como yo podría acabar de retorcerte el cuello.

El enano calló unos instantes.

—Está bien —dijo por fin—. En este momento, tú juegas con ventaja, satái.

A continuación alzó la mano izquierda muy despacio y con toda precaución, para no irritar a Skar, hizo una señal a los hombres que aguardaban en el callejón.

—¡Dejad escapar a los soldados! —ordenó con voz sonora—. El satái nos seguirá. Los demás hombres no son importantes. ¡Retiraos!

Skar no pudo distinguir lo que sucedía, pero de la oscuridad que se extendía entre ellos llegó el ruido de un arrastrar de pies que se alejaban con mayor lentitud de la empleada al venir.

—¿Satisfecho?

—Primero saldremos tú y yo —replicó Skar—. Los soldados nos seguirán. Si tu gente nos acecha en algún lugar, tú morirás.

—Conforme, sí. Está bien —gruñó el enano—. Te he comprendido.

El satái aguardó a que todos los atacantes hubiesen desaparecido del callejón antes de echar a andar con el enano delante, como un escudo protector. Los cuatro soldados iban inmediatamente detrás. Ninguno de ellos hablaba, pero sus bruscos movimientos y las inquietas y nerviosas miradas con que escudriñaban los alrededores eran bastante expresivos.

—Te arrepentirás de esto —protestó el enano—. ¡Nadie trata mal a Tantor sin lamentarlo luego!

—¿Tantor has dicho? ¿Es ése tu nombre?

El enano trató de mover la cabeza en sentido afirmativo.

—Sí.

Skar rió.

—No quedaría mal en una losa sepulcral —comentó—. Pero ahora te conviene rezarles a todos los dioses que conozcas, para que tus compañeros se atengan a lo acordado.

Tantor murmuró algo que Skar no entendió, tiró inútilmente del brazo del satái y volvió a patalear.

El movimiento fue demasiado rápido para que Skar pudiese impedirlo. La mano de Tantor se introdujo debajo del escote de su capa y asomó de nuevo con unos húmedos y centelleantes polvos blancos.

Skar cerró los ojos, azotado por el dolor cuando aquellos polvos tocaron su piel. Pareció estallar un relámpago, que se apagó para dar paso a un frío resplandor azulado. Detrás de él, los cuatro soldados lanzaron exclamaciones de sufrimiento, pero sus voces fueron engullidas por un sordo estruendo que, como un invisible huracán, cayó sobre la estrecha callejuela. Skar se tambaleó hacia atrás, soltó al enano y bramó de tormento cuando su desnuda espalda chocó contra la pared. En el primer momento, tuvo la sensación de haberse escaldado. La pared parecía arder. Pero entonces vio la fría luz azul, la capa de relucientes cristales de hielo que se extendía sobre el suelo y las paredes y cubría como una coraza los cuerpos de los cuatro soldados, transformándolos en grotescas esculturas petrificadas en pleno movimiento, y comprendió que era el frío lo que le hería la espalda como con miles de minúsculos cuchillos candentes..., un frío aparecido de súbito con tremenda violencia y contra toda lógica, y que eliminaba la luz y el calor y cualquier otra sensación. Quiso gritar, mas no pudo. Tenía la garganta rígida, y su cuerpo empezó a congelarse. Horrorizado, vio cómo el rostro del soldado que estaba junto a él se convertía en una espantosa máscara refulgente, como si el hombre se hubiese puesto una extraña visera, cómo sus

ojos se ponían gelatinosos, su piel reventaba bajo la presión de la sangre congelada y el cuerpo, ya sólo un bloque de hielo, caía hacia adelante, se mantenía un segundo en una postura imposible y acababa chocando contra el suelo con un sonoro y espeluznante ruido de astillas al romperse... Se había *roto*, sí, como una enorme figura de cristal, y...

Skar no terminó el pensamiento. Su propio cuerpo fue sólo hielo, piedra y dolor.

Capítulo 5

Ya el descenso había sido un martirio. Skar había confiado en que el calor no fuese tan insoportable bajo tierra, pero no era así. El pozo, que penetraba vertical en el suelo como un enorme agujero hecho por el puño de un dios, los había recibido con una ola de aire irrespirable y ardiente. Era un calor que se posaba como una asfixiante y pegajosa película sobre sus caras, sus bocas y narices y pulmones. Con cada respiración les parecía inhalar una abrasante pastosidad, y cada paso era una penosa lucha por avanzar.

Sin duda llevaban horas de camino. Skar ni siquiera lo sabía ya. Pese al sobrehumano esfuerzo, habían corrido a través de pasadizos y galerías, de rampas y escaleras, de inmensos espacios llenos de un terrible ardor. Habían trepado por rocas reventadas y se habían abierto paso por túneles cuyas paredes y techos parecían hundidos por monstruosas fuerzas, quemándose la piel al rozar la crepitante piedra y huyendo siempre a ciegas de los calientes soplos de viento, sin saber adonde iban ni de dónde procedían. Aquello era un reino de destrucción, un mundo de catacumbas donde imperaba un pétreo dios del caos. Por doquier había pasadizos derrumbados y cajas de escalera desintegradas, salas de columnas más altas que todas las torres de Ikne reducidas a polvo por primitivas fuerzas. Galerías retorcidas por las convulsiones de una tierra agonizante bajo los martillazos de los dioses. Salas de cuyas paredes pendían horribles cosas quemadas. Un cielo de piedra, del que aún ahora llovían el calor y la muerte. Puentes que, en audaces arcos, salvaban abismos sin fondo o furiosos lagos de fuego. Un mundo subterráneo, al que nunca había llegado un rayo de sol, y que, pese a ello, estaba inundado de una oscilante y funesta luz.

Skar ya había perdido la orientación al cabo de escasos momentos, pero seguía adelante con la mirada fija en la espalda de Gowenna y de sus tres acompañantes, que parecían encontrar el camino con una seguridad propia de sonámbulos. A medida que se aproximaban a la ciudad, aumentaba el calor, y durante un rato tuvieron que recorrer un pasadizo cuyo techo de piedra ardía como un cielo en llamas. Llegó un momento en que la temperatura descendió un poco, pero Skar apenas se dio cuenta. y luego, de pronto, se hizo mayor el número de peldaños ascendentes que el de los descendentes. El suelo vibraba bajo sus pies, y el chisporroteo y los crujidos de las llamas fueron dominados poco a poco por un poderoso y sordo retumbo. La claridad era cada vez mayor, como si fuesen a penetrar en el sol.

Y en algún momento, tal vez siglos después de penetrar en ese oculto cosmos de calor y sufrimientos, Gowenna se detuvo y señaló hacia arriba.

—Ya hemos llegado —dijo.

Su voz apenas se percibía, dado el infernal fuego que rugía encima de sus cabezas, y Skar adivinó más que oyó las palabras pronunciadas por la mujer. Se paró exhausto e, inclinado hacia adelante, apoyó ambas manos en los muslos. Le martilleaba el corazón, y ante sus ojos seguían bramando las llamas. Tenía sed, una sed torturante, tremenda, pero el odre de agua que llevaba colgado de un hombro estaba vacío. En parte, por el ansia de beber durante los penosos primeros metros del camino, y luego porque el resto se había evaporado.

—Esa escalera conduce directamente arriba —agregó Gowenna, en voz muy alta.

Skar se incorporó con un esfuerzo, vaciló y, en el último momento, resistió la tentación de apoyarse agotado en la pared. La piedra ardía. El satái levantó la cabeza, miró hacia donde señalaba Gowenna y cerró los ojos, atormentado. La escalera era muy empinada y constaba de cien peldaños o más, de un blanco mármol agrietado en mil puntos, y en su extremo brillaba una despiadada luz, más cegadora que el sol.

—Cuando estemos arriba, cada cual tendrá que ocuparse de sí mismo —dijo Gowenna—. Como es posible que nos veamos separados, debéis grabar bien en vuestra memoria lo que voy a indicaros.

Skar se pasó por la cara la enguantada mano derecha y se estremeció cuando, con el contacto, reventaron las ampollas de su piel. La cicatriz comenzó a latir.

—La piedra se halla en el área del altar —explicó la mujer—. Si llegamos hasta allí, estaremos salvados, al menos en lo que respecta al fuego. Pero antes tendremos que atravesar la ciudad. Veáis lo que veáis, seguid corriendo hacia el templo. y no miréis hacia arriba. La luz os deslumbraría.

Nol cayó de rodillas con un gemido, permaneció así unos segundos y volvió a levantarse tambaleante.

Tenía la ropa y los cabellos chamuscados, y su rostro estaba tan desfigurado a causa de las quemaduras que apenas parecía humano.

—No..., no puedo más —jadeó—. Dejadme... atrás. Sólo sería una carga para vosotros.

Gowenna sacudió la cabeza con energía.

—Si te quedaras atrás, morirías —dijo con sorprendente dulzura—. Hemos pasado ya lo peor. Ahora sólo nos falta subir la escalera y correr hasta el templo. Allí podrás descansar.

Nol hizo un gesto afirmativo, pero Skar dudó de que hubiese entendido las palabras de la mujer.

—¿Y qué sucederá si... nos extraviamos? —preguntó el satái.

También a él le costaba hablar, ya que cada sílaba le producía punzantes dolores en la garganta.

—El templo se ve desde cualquier punto de la ciudad —respondió Gowenna—. Es el gran edificio que se eleva en el centro. Su tejado parece una piedra preciosa. Pero ahora subamos... —añadió después de tomar aire con fuerza y mirar nerviosa a su alrededor—. ya llevamos demasiado rato aquí abajo.

Skar estaban tan rendido que no analizó el sentido de esa observación. Brevemente relampagueó en su memoria el jirón de un recuerdo, pero se esfumó antes de que pudiera captarlo.

Comenzó a subir con torpeza la escalera detrás de Gowenna y los seres de los pantanos.

La piedra estaba caliente y, a cada peldaño que ascendían, todavía se calentaba más. Skar sentía arder las suelas de las botas, y notó cómo el mármol se desmoronaba bajo sus pies. Estaba bañado en un polvo calcinado por milenios de implacable calor. Poco más arriba se desprendió un considerable trozo de peldaño, debido a su peso, y Skar estuvo a punto de resbalar y sólo pudo ponerse a salvo con un desesperado salto. Detrás de él resonó un grito terriblemente agudo. El satái se volvió, trató de agarrarse instintivamente del brazo de El-tra y cayó contra la pared cuando el habitante de los pantanos se lo sacudió furioso de encima. El grito se repitió.

Skar pudo ver cómo una parte cuneiforme de la escalera resbalaba de repente, se desprendía con un espantoso crujido, quedaba convertida en polvo y cortantes fragmentos a los pies de Beral y se precipitaba seguidamente pozo abajo como un alud, arrastrando consigo, inexorable, al desgraciado rastreador. Los gritos de Beral cesaron de inmediato.

—¡Adelante! —ordenó Gowenna.

Skar la miró atontado, se apartó de la pared y continuó. No sentía nada, ni pena, ni susto o enfurecimiento. Era incapaz de experimentar nada, aparte del agotamiento y, si acaso, la resignación. Había muerto el primer miembro del grupo antes de que llegaran a su destino... Pero eso no lo afectaba. Era como si el abrasador aliento de Combat no sólo hubiese quemado su piel, sino también su alma, convirtiéndolo en un ser cauterizado, en una envoltura vacía que únicamente era capaz de seguir adelante, quizás hasta la muerte. «Tal vez —se dijo— sea éste el verdadero motivo por el que estoy aquí... Porque soy satái, un hombre que continúa luchando cuando todos los demás se han rendido, y que no puede darse por vencido aunque quiera...».

La escalera terminaba en una pieza redonda, de techo bajo, en la que sólo había luz. Al entrar los azotó un compacto muro de calor, pero Gowenna y sus tres

acompañantes prosiguieron su camino sin detenerse, en dirección a la salida. Skar venció los tres últimos peldaños de un salto, recobró el equilibrio en el último instante y echó a correr de nuevo.

Al abandonar el edificio, el calor le hizo el efecto de un martillazo. Dio un grito, se desplomó al suelo y volvió a gritar cuando jirones de su piel quedaron enganchados en las ardientes losas de mármol. Abajo, en la escalera, había creído llegar al límite de su resistencia, pero ahora se daba cuenta de lo equivocado que estaba.

Lo envolvían las llamas, un calor mortal y dolores, dolores, dolores. Gritó como loco por el sufrimiento, se cubrió los ojos con las manos y trató de esconder la cara entre los brazos, pero de nada le sirvió. La luz atravesaba sus miembros, encendía sus globos oculares y le transformaba los nervios ópticos en resplandecientes cintas de fuego y suplicio. Las ropas le empezaron a arder sin llama, y una de sus botas se encendió, para apagarse luego de medio segundo. La sangre le bullía. Enloquecido y cegado por el sufrimiento, se puso al fin de pie y comenzó a dar vueltas en redondo antes de echar a andar; no le importaba en qué dirección lo hacía, con tal de salir de aquel infierno y de aquella despiadada y horrible luz. Notó que la espada que llevaba junto a la pierna se ponía candente y le quemaba la pierna, al mismo tiempo que la vaina de cuero no era ya más que ceniza resquebrajosa.

Siguió corriendo, se tambaleó sobre un suelo de magma que parecía conducirlo al interior del cuerpo de un horrible demonio del fuego, volvió a caer y se levantó una vez más, apoyándose en las manos, que dejaban sangrientas huellas. Quiso chillar, pero el calor convertía los sonidos en llamas que abrasaban su garganta. Tendría que haber estado muerto desde hacía rato, pero continuaba huyendo de un cielo que arrojaba sobre él un insoportable fuego blanco. Tropezó con un obstáculo y reanudó el pavoroso camino. Pese a sus ojos cerrados podía ver unas siluetas oscuras y ardientes en medio de un mar de cegadora claridad. Bajó las manos, tomó la dirección de las sombras y prosiguió adelante, siempre adelante. En algún momento cedió luego el calor, pero ya sólo le quemaba la espalda. El satái movilizó reservas de fuerza que ignoraba poseer y, al fin, se dejó caer en la salvadora oscuridad con una especie de graznido.

Permaneció inmóvil varios minutos, con los puños apretados encima de los ojos, respirando anhelante el caliente aire a través de sus labios agrietados y sanguinolentos. ya no era un ser humano, sino sólo un haz de convulsivos padecimientos, un ente quemado que vivía por milagro. Tardó bastante en ser capaz de pensar y sentir algo que no fuese tortura y dolor. El viento que pasaba sobre su rostro era todavía muy ardiente, pero aun así le parecía una deliciosa brisa fresca. Poco a poco bajó otra vez

las manos, abrió los ojos vacilante y casi temeroso, y miró a su alrededor. Aunque yacía en la sombra, el mundo en que estaba inmerso continuaba siendo terriblemente blanco.

Respiró con dificultad, logró incorporarse a medias y se examinó el cuerpo. Tenía las ropas negras, chamuscadas, y la piel aparecía quemada donde no la había protegido el paño o el cuero. En más de un punto estaba despellejada, de modo que por debajo asomaba la carne. Con sumo cuidado, Skar intentó moverse. y le dolió, pero no tanto como había temido.

Se levantó, parpadeó con ojos llorosos hacia la horrible claridad que dejaba atrás y buscó con la vista a sus compañeros. El edificio del que habían salido se hallaba en el otro extremo de una amplia plaza semicircular y quedaba oculto tras una gorgoteante cascada de luz que parecía brotar del suelo y se fundía en la altura con la cegadora lumbre blanca del cielo. Las losas de mármol que cubrían la plaza estaban agrietadas en muchos puntos, y aquí y allá descubrió Skar una mancha de rojo calor candente, como si la nube de fuego fuera moviéndose de un sitio a otro.

Desde luego, no ardía toda la ciudad. Las llamas que surgían en incontables lugares —aquí sólo fluctuantes y pequeñas, allí en imponentes y ensordecedoras columnas de fuego— se unían por encima de los tejados de Combat hasta formar una gigantesca e ígnea seta, y desde fuera podían causar la impresión de que toda la ciudad era un único cráter bullente. Pero de ser así, ninguno de ellos habría sobrevivido ni el primer minuto. La casa a cuya sombra se encontraba Skar parecía casi intacta. Por lo menos, los tres pisos inferiores. El mármol se veía liso y albo, como si la construcción datara de pocos días atrás, y en los antepechos de las ventanas había aún restos de estucado. Más arriba, sin embargo, el mármol parecía corroído y agujereado, como si empezase a desmoronarse a consecuencia de una tremenda tensión interna. Oscuras venas desgarradas surcaban la blanca piedra hasta formar una telaraña de finísimas ramificaciones y rendijas, creando grandes nidos negruzcos de los que brotaban humo y delgadas llamas amarillas. Era la propia piedra la que ardía, un fuego desatado por una magia incomprensible que la devoraba lentamente, en un proceso que podría durar siglos y quizá milenios. Por una fracción de segundo, Skar creyó adivinar qué fuerzas chocaban allí entre sí, qué inmenso poder habrían movilizado los señores de Combat contra la ira de los dioses.

¡Y él se hallaba en medio, para apoderarse de la clave de ese poder!

Apartó la vista con esfuerzo, se puso una mano a guisa de visera y trató de distinguir algo más. Era tal como había dicho Gowenna. El templo se veía también desde allí: una impresionante cúpula que sobrepasaba en mucho los tejados de las

casas y penetraba a gran altura en el llameante cielo. La luz se quebraba en las innumerables facetas del cristalino domo, con lo que se producían danzantes líneas de fuego y agitadas formas y siluetas que cambiaban de continuo, formando numerosas cascadas y silenciosos remolinos de claridad en los que la ciudad parecía ahogarse.

Skar se estremeció cuando una hirviente corriente de aire rozó sus piernas. Se volvió y comprobó, con horror, que la pared de fuego de la que había escapado con tanta dificultad avanzaba ahora hacía él, como si no quisiera perderse a la víctima. El satái dio dos o tres pasos atrás, chocó contra la pared y emprendió una veloz huida. Las energías que había creído sentir eran engañosas. Su cuerpo había alcanzado un grado de extenuación que no le permitiría resistir una segunda tortura como la ya pasada.

La calle que se extendía delante de él estaba sembrada de llamas: pequeños nidos de fuego que, como industriosos insectos, corrían de un lado a otro; finas líneas de blanca incandescencia, desplegadas como la tela de una araña de fuego sobre el reventado mármol, junto con horribles y rugientes columnas que surgían del suelo como geiseres de fuego. Skar corrió en zigzag, saltó a través de delgadas cortinas de fuego protegiéndose la cabeza con los brazos y se agachó aquí y allá para no ser abrasado por los ardientes chorros que salían por las ennegrecidas ventanas de una casa incendiada. El suelo temblaba bajo sus pies, y más de una vez consiguió salvarse en el último instante, cuando de pronto lo azotaba un aire calcinante allí donde había creído ver un camino seguro.

El satái se volvía constantemente. La pared de fuego había cruzado la plaza y alcanzado el comienzo de la calle en la que él había buscado refugio, pero ahora estaba detenida. Pero, como si el maldito espíritu de aquella ciudad hubiese dispuesto su persecución por todos los medios, de pronto se pusieron a danzar por la calle diminutos torbellinos de llamas, rápidos seres de calor y luz, como minúsculos remolinos de viento en incesante actividad, que correteaban de una parte a otra y sólo en ocasiones —y al parecer contra su voluntad— tocaban el suelo. A pesar de que tal idea le resultaba absurda, Skar no pudo evitar la impresión de que aquellos seres llameantes estaban vivos y no eran un capricho de la tempestad ni del calor, sino criaturas que actuaban de manera consciente, guardianes emergidos para defender su reino.

Skar aceleró el paso, atravesó otra plaza llena de fuego y enfiló luego una ancha avenida bordeada de columnas de mármol. En su extremo, insoportablemente hermoso y, a la vez, insoportablemente horrible, se alzaba el templo.

Una rugiente nube de fuego estalló en una de las casas y lo envolvió aullando,

demasiado rápida para quemarlo de verdad, pero suficientemente furiosa para derribarlo con cruel violencia. Skar cayó, rodó varios metros por el suelo, remando desesperado con los brazos, y se esforzó en respirar. Entre las columnas que tenía a su izquierda apareció un remolino de fuego, fluctuante y ágil, que saltó a la calle y, después, retrocedió como si estuviera asustado. Se le unió un segundo, y luego un tercero y un cuarto. Skar se puso de pie como pudo, agarró, nervioso —e inútilmente— su espada y continuó la carrera hacia el templo. El aire vibraba delante de él. De súbito, el templo pareció alzarse detrás de una vertical pared de agua y arquearse de manera horripilante al mismo tiempo que arrojaba luz y calor sobre él. Al estruendo de las llamas se mezcló, entonces, un sonido agudo y estridente, como si miles de malévolas voces de niños canturriaran a la vez. Skar corrió aún más aprisa y trató de descubrir la puerta del templo, pero tuvo que cerrar los ojos, atormentado. Era imposible mirar directamente al edificio. La formidable cúpula de cristal reflejaba la luz y la transformaba en delgadas flechas ardientes, que se clavaban como agujas en sus ojos. Debajossólo había un estrecha franja de negro granito tallado, poco más que una fina sombra bajo la cegadora cúpula. Avanzó a trompicones, pasó por encima de una de las columnas, caída sobre la calle como un extraño y reventado árbol marmóreo, salvó arcos y geiseres de fuego, y por fin, subió tambaleante la amplia escalera del templo. Sólo ahora, al verse cerca de él, se dio cuenta de lo grandiosa que era la cúpula. Su diámetro debía de medir casi un kilómetro, y sus centelleantes lados se elevaban hasta el cielo. Con terrible esfuerzo, el satái ascendió un peldaño tras otro, peldaños que parecían demasiado altos y anchos para pies humanos, y luego se encaminó hacia el imponente arco negro de la entrada. Iba casi ciego, las fuerzas le fallaban, estaba al borde del desmayo, y ni sabía ya por qué corría, únicamente animado por la idea de poner un pie delante del otro y seguir adelante.

En las revueltas sombras apareció entonces ante sus ojos una figura gris y distorsionada que le tendía las manos. Skar pasó por su lado dando tumbos, pero poco más allá cayó de rodillas, luchando por respirar. En el interior del templo el aire era frío, tan frío que le hizo doler la quemada garganta. No obstante, lo aspiró ansioso, y luego apretó la maltrecha cara contra el suelo, para saborear la fresca lisura de la piedra.

—Menos mal que también has llegado —dijo una voz cerca de él.

Skar no habría podido especificar de dónde procedía.

El mundo empezó a girar a su alrededor en una salvaje danza, de modo que, por unos momentos, no supo dónde era arriba o abajo, derecha o izquierda.

—Casi habíamos perdido ya la esperanza...

El satái alzó la cabeza con gran esfuerzo y miró a Gowenna, que tenía el rostro tan quemado como él. Pero en su voz no había más que malévolas burla y satisfacción por verlo herido y agotadas sus fuerzas.

Uno de los habitantes de los pantanos se acucilló junto a él, le sostuvo la cabeza con una mano y arrimó a sus labios un recipiente lleno de agua muy fría. Skar bebió varios sorbos; ansioso, tosió, vomitó parte del agua y volvió a beber hasta que la escudilla estuvo vacía.

—Gracias —murmuró.

—Te dije que permanecieras detrás de mí —agregó Gowenna, en tono de reproche.

—Lo hice...

—¡No! —lo interrumpió la mujer—. Te metiste en la pared de fuego, que estaba a la izquierda, en vez de ir hacia la derecha, como debías. Es un milagro que sigas vivo. ¿Quieres más agua?

Skar hizo un gesto afirmativo, sorprendido de la súbita solicitud. Se incorporó al fin, se pasó el dorso de la mano por los ojos, para enjugar las lágrimas, y miró parpadeante a su alrededor. Se encontraba en una pieza rectangular, de techo alto, cuyas paredes eran de la misma piedra negra que la base de la cúpula. Las paredes carecían de todo adorno, y en ellas se abrían numerosas puertas que, sin duda, conducían al interior del edificio. El ambiente era fresco, pese a estar abierta la entrada, como si el calor de fuera no existiese.

El-tra le llevó una segunda escudilla de agua. Skar la vació más despacio que la primera, hizo girar luego el recipiente en sus manos, indeciso, y se lo devolvió al hombre con una sonrisa de agradecimiento.

—¿De dónde viene?

—¿Te refieres al agua? —Gowenna señaló con la cabeza una de las puertas—. En una pieza contigua hay una fuente que todavía funciona. Llenaremos ahí nuestros odres, antes de emprender el camino de regreso. ¿Te sientes suficientemente fuerte para seguir adelante?

—¿Ahora? —exclamó Skar con un movimiento instintivo, como si quisiera levantarse, pero que no llevó a cabo—. ¿No esperaremos a los demás?

—Tú fuiste el último en llegar. Los hermanos de El-tra, Gerrion y Arsan, ya están camino de la escalera. Nosotros nos quedamos para esperarte.

—¿Y... Nol? —inquirió el satái con voz entrecortada, aunque ya se imaginaba la respuesta.

Gowenna meneó la cabeza de manera casi imperceptible.

—Se quemó ante nuestros propios ojos. No pudimos... hacer nada por él.

Respiró profundamente, y hubo un momento en que Skar creyó ver algo semejante a la tristeza en sus ojos.

—Ven —dijo Gowenna—. No hay tiempo para descansar.

Skar hubiese querido formular más preguntas, pero ella ya había dado media vuelta y avanzaba rápidamente hacia una de las puertas, por lo que el satái tuvo que apresurarse para darle alcance.

Al moverse, la piel empezó a escocerle. De repente, la corriente de aire que procedía del interior del templo ya no era fresca y agradable, sino helada, y, al mirarse el cuerpo, comprobó que se desprendían grandes jirones de su piel. ¡El ungüento! Al instante recordó las palabras de Tantor: «Pierde eficacia cuanto mayor sea el calor a que lo expongas...» y él se había bañado en llamas. El encantamiento de Tantor ya no le serviría para el regreso.

Entraron en un pasillo de techo bajo y lleno de una suave claridad gris. La luz era como la que, en el exterior, había iluminado el edificio desde los barrios más devastados de la ciudad: irreal, suave y, a la vez, bastante clara para permitir distinguir cualquier detalle por minúsculo que fuese.

Skar aceleró el paso para situarse al lado de Gowenna, y señaló interrogante hacia adelante.

—¿Adónde conduce este pasadizo?

—A donde conducen todos los pasadizos de este templo —contestó Gowenna de mala gana—. Hay una escalera en el centro, que lleva arriba.

—¿Y es allí donde está la piedra?

La cara de la mujer se contrajo. Skar no pudo distinguir si era una expresión de enojo o, simplemente, de dolor. Tenía la piel tan chamuscada y quemada como él. Grandes ampollas desfiguraban sus mejillas. Los labios, agrietados, estaban cubiertos de sangre seca, y mechones socarrados surcaban su cabellera.

—No lo sé —confesó al fin—. No conozco el plano de este edificio, pero, según la leyenda, la cámara del altar se halla en el extremo superior de la escalera, exactamente debajo del pináculo de la cúpula.

—¿Y si no es así?

—Seguiremos buscando —contestó Gowenna tan deprisa como si hubiese esperado la pregunta—. Todavía tenemos tiempo. Aquí dentro el calor no resulta peligroso.

En vez de una respuesta directa, Skar llevó una mano a la mejilla de la mujer y arrancó un diminuto fragmento de la piel cubierta de ungüento. Gowenna se

estremeció de dolor. Una gota de sangre resbaló por su rostro. El satái pulverizó el jirón, que parecía de pergamino, entre el pulgar y el dedo índice, y al deshacerse crujió como un ala de insecto secada por el sol.

Los ojos de Gowenna relampaguearon.

—Sé lo que quieres decir —dijo sibilante—. Puedes ahorrártelo. Cuando encontremos la piedra, ya no nos hará falta el ungüento, porque ella nos protegerá.

—Confías mucho en una cosa de la que ni siquiera tienes la certeza de que exista —objetó Skar con calma—. Ni de dónde está.

—¡Sí que tengo la certeza! —afirmó Gowenna, furibunda, sin importarle la evidente contradicción de sus palabras—. *Tiene* que estar aquí, o...

—¿O qué?

—¡Nada! —replicó ella—. Está aquí, y daremos con ella.

—O nunca saldremos vivos... —completó Skar la frase—. Era eso lo que ibas a decir, ¿no? Siempre supiste que la magia de Tantor sólo nos protegería al venir. Te costó desde el primer momento. O bien regresamos con la piedra, o no hay tal regreso.

Gowenna se detuvo. En su cuello empezó a contraerse un nervio.

—Y aunque estuviese en lo cierto —admitió de mala gana—, ¿qué cambiaría?

—Nada —contestó Skar sin alterarse—. Simplemente, me gusta saber por qué muero. Eso es todo.

Sus palabras correspondían a la verdad. La idea de morir ya no le espantaba. Al contrario. En las últimas horas habían pasado demasiadas cosas como para que ahora algo le infundiera temor.

Continuaron adelante. La galería desembocaba en una gran sala vacía, desde la cual nuevas puertas se abrían en distintas direcciones. Skar se preguntó cómo encontraba Gowenna el camino. Él ya se habría extraviado sin remedio en los primeros metros, y en las desnudas y lisas paredes negras no había nada que pudiera servir de indicador. No obstante, la mujer se movía con tanta seguridad como si aquello fuera su casa.

Enfilaron un nuevo pasadizo, subieron escaleras que daban a nuevas salas y cámaras y se introdujeron en otras galerías: un monótono laberinto de negrura y humedad. A cada paso, Skar notaba con creciente intensidad lo muerto que estaba aquel gigantesco edificio; una ruina pese a su integridad exterior, un grandioso mausoleo donde estaban enterrados los sueños de todo el pueblo. Los señores de Combat habían perseguido un fin enorme, pero todo cuanto quedaba era un vacío, un desierto descomunal, un monstruoso monumento de poder fracasado, absurdo en sus

dimensiones. Habían pretendido alcanzar la perfección y no sólo el poder sobre este mundo, sino quizá también sobre toda la creación, y el castigo recibido correspondía a la magnitud de sus propósitos. De pronto, Skar comprendió que el hecho de que Combat hubiese resistido tanto tiempo al fuego de los dioses no era gracias a los poderes mágicos de sus constructores, sino que se consumía expresamente en una muerte lenta, a través de milenios, como una muda y llameante advertencia a quienes, como el pueblo de Combat, quisieran desafiar a los señores de la creación.

—Hemos llegado.

La voz de Gowenna pareció producir en el pasadizo un extraño y desfigurado eco, como si en alguna parte del fondo sonaran unas perversas voces infantiles.

La galería desembocaba en una pieza redonda, de techo elevado. Sus paredes eran del mismo tono negro mate que el resto del edificio, pero aquí ya no aparecían desnudas, sino recubiertas de entrelazados dibujos y signos de sentido misterioso. La luz era distinta, también grisácea y oscilante, pero surcada de rápidos y delgados rayos de una claridad anaranjada y blanca, como si en algún lugar encima de sus cabezas ardiese un fuego. En el centro de la sala se alzaba una imponente columna cilíndrica de pulida piedra negra. Gowenna la señaló con la barbilla.

—¡La escalera!

Skar se paró y miró hacia arriba. El techo se perdía en una niebla gris, atravesada cada tanto por un cegador destello de fuego.

—¿Qué hay allí arriba? —preguntó.

Gowenna vaciló claramente antes de responder.

—No..., no lo sé —admitió—. Nunca pasé de aquí. Pero aquello tiene que ser el altar. Es el único lugar lógico.

—¿Lógico? —rió Skar, incrédulo—. ¿Qué hay de lógico en esta ciudad, Gowenna?

El satái sacudió la cabeza, dio unos pasos adelante y rodeó la columna. Iba despacio, en tensión, con la mano derecha en la empuñadura de la espada, preparado para un ataque en cualquier momento.

La sala no estaba tan vacía como parecía. Skar ya se había dado cuenta. Algo los acechaba allí, o, más probablemente, en el interior de la columna; algo mudo y paciente, pero malo.

—Tienes razón —susurró—. Está aquí.

Gowenna se estremeció visiblemente. Durante unos segundos, su rostro reflejó susto, susto y algo más que él no logró distinguir bajo la máscara de sangre y hollín que cubría sus facciones. ¿Odio quizá?

La entrada se hallaba al otro lado de la columna: una grieta baja y redondeada, apenas lo bastante ancha para dejar paso a una persona adulta.

—¿Dónde están los demás? —preguntó.

—Allí dentro.

Gowenna pasó insegura por su lado, apoyó la mano en la negra piedra de la columna y permaneció inmóvil unos momentos. Skar observó que le temblaban los dedos, y sus ojos estaban desmesuradamente abiertos, como si en las ondulantes sombras del interior viese algo indescriptible, espantoso.

—Vamos.

Esta vez era su voz la desfigurada, y ya no por los ecos que antes parecían traspasarla de miedo.

Sin embargo, Skar renunció a formular la pregunta que tenía en la punta de la lengua. Entró en la caja de la escalera detrás de Gowenna. Gerrion, Arsan y los otros dos seres de los pantanos estaban sentados en los primeros peldaños de la ancha y gastada escalera, conversando en un murmullo. Su aspecto era mejor de lo que él había esperado. También sus caras y sus ropas estaban chamuscadas y ennegrecidas por el hollín y la ceniza, pero por lo visto no habían sufrido heridas de consideración.

La actitud de Gowenna cambió por completo al presentarse ante los hombres. En escasos segundos desapareció de ella la última muestra de debilidad o temor, y volvió a ser la fría y arrogante guía que Skar conocía.

—¿Habéis notado algo?

Arsan levantó la cabeza, la miró un segundo en silencio e hizo un movimiento negativo.

—No, nada. ¿Qué hacemos ahora?

—¿Qué te parece? —replicó Gowenna, encogiéndose de hombros—. ¡Subir! Para eso vinimos, ¿no?

Arsan echó una preocupada ojeada a la salida.

—Alguien debiera quedarse aquí. Para vigilar —dijo.

—No es preciso —respondió Gowenna—. ¿Temes que alguien pueda tapiar la puerta, mientras estás arriba?

Soltó una risa burlona, desenvainó la espada y se golpeó un par de veces con la hoja plana en la palma de la mano izquierda, gesto con el que pretendía demostrar energía y serenidad, pero que en un ambiente tan irreal resultó fuera de lugar y poco espontáneo.

—Subiremos todos juntos —añadió—. yo...

Un súbito relámpago rojo oscuro iluminó la escalera sobre sus cabezas para

apagarse enseguida. Gowenna se interrumpió alarmada. El fuego se reflejó en sus ojos e incluso pareció arder en ellos después de desaparecido el misterioso resplandor.

—¿Qué ha sido eso? —preguntó Gerrion en voz baja.

—Lo ignoro —musitó Gowenna—. Comprobémoslo.

Apartó con impaciencia a Arsan, apoyó el pie en el primer peldaño e inició el ascenso después de una brevísima y disimulada vacilación. Los tres habitantes de los pantanos la siguieron, y detrás fueron Arsan, Gerrion y, en último lugar, Skar.

Capítulo 6

La escalera formaba inacabables vueltas. Skar se cansó pronto de contar los peldaños y concentró toda su atención en no quedar rezagado. Gowenna avanzaba demasiado aprisa. Teniendo en cuenta la altura de la escalera, malgastarían muchas fuerzas, y él mismo empezó a sentir pronto dolores musculares. Empero, no protestó. Comprendía que era mejor salir lo antes posible de aquel pozo y no permanecer en el interior de la gigantesca columna negra más de lo imprescindible. A cada segundo comprendía mejor el temor de Gowenna. Allí no había ninguna amenaza material, ningún enemigo que los acechara desde la próxima vuelta. La amenaza era la misma escalera. Las negras paredes parecían exhalar miedo, un temor que envolvía sus cuerpos como una delgada niebla, se introducía incontenible y traidora en sus pensamientos y consumía sus fuerzas. El corazón empezó a latir con violencia, y de pronto le entró verdadero horror de mirar hacia atrás. Tenía la sensación de que allí había algo tremendo, y súbitamente se sintió como un niño pequeño que, empujado por el pavor, siguiera corriendo con la conciencia de que algo un poco más veloz que él lo perseguía, y de que lo atraparía en el momento en que él se volviera.

Un punzante resplandor rojo rompió de nuevo la gris nubosidad del techo, y, por un momento, confirió a los cuerpos de los hombres algo semejante a una aureola llameante. y, una vez más, Skar creyó percibir las risas de incontables niños malévolos.

Un golpe sordo sacudió la escalera. Skar se tambaleó, cayó contra la pared y se golpeó la rodilla contra un cortante borde. Resbaló dos o tres peldaños hacia atrás y se volvió con un gesto furioso. La galería que habían dejado estaba invadida por un fuego blanco y deslumbrante. El grito de espanto de Skar se hundió entre el rugido de las llamas que con la velocidad de una marea viva los perseguía escaleras arriba. El satái dio un salto y, tomando los peldaños de tres en tres, continuó subiendo.

—¡Daos prisa! —bramó—. ¡Corred si queréis salvaros!

Agarró bruscamente por los hombros a Arsan, que también se había vuelto y parecía petrificado, lo arrastró unos metros consigo y, luego, le dio un empujón que lo lanzó varias gradas más adelante. Una aguda y vidriosa risa hizo retemblar toda la escalera. La luz gris palideció bajo el penetrante fulgor de las llamas que lo acosaban y que, sobre agilísimos y menudos pies, avanzaban mucho más aprisa de lo que era posible a un hombre. Además, como correspondía a su naturaleza, eran atraídas hacia arriba, aspiradas con tremenda fuerza, mientras que un hombre tenía que ascender penosamente.

Una ola de intenso calor se les adelantó, golpeó a Skar en la espalda como un puño invisible y lo obligó a emitir una exclamación de dolor.

—¡A un lado!

El satái obedeció sin reflexionar. Una flameante y alta figura gris pasó con gran rapidez junto a él, descendió la escalera de cara a las llamas y se detuvo diez o quince peldaños más abajo con los brazos extendidos.

—¡El-tra! —jadeó Skar—. ¿Qué...?

Una mano lo asió por el hombro y le dio un violento empujón hacia la parte superior. La fogata que dejaba atrás iba en aumento, y pasó de su encendido color naranja a un blanco cegador para hacerse azul y adquirir después la tonalidad del calor puro, en el que ni siquiera había ya espacio para las llamas. Skar gritó cuando un martillo al rojo vivo le azotó la espalda y lo rodeó de fuego, y si pudo avanzar fue más por la sobrehumana impulsión de El-tra que por sus propios medios. Al fin intentó mirar atrás por encima del hombro.

Abajo rugía un volcán de blanca incandescencia. El calor chamuscó sus cejas y pestañas hasta convertirlas en ceniza, pero él apenas lo notó.

La pared de llamas se había parado. Como un borboteante lago de fuego, llenaba la galería, a poca distancia del ser de los pantanos, lanzaba ansiosos lametones hacia su persona y retrocedía una y otra vez. Skar creyó descubrir un movimiento en pleno incendio, un frenético saltar de aquí para allá. El fragor del fuego sonaba ahora diferente, igualmente maléfico y estridente, pero al mismo tiempo impaciente y furioso. El-tra se tambaleó. Comenzaron a humear sus ropas; unas llamas delgadas y amarillas lamían el borde de su faldón, y se apagaban para despertar aún más vivas en otra parte. Se encendió su capucha, rozada por un brazo de fuego que surgió de pronto del bulleante mar de calor, y sólo quedó de ella la ceniza, con lo que Skar pudo ver el aplastado cráneo de reptil, cubierto de escamas verdes, en el que la cara humana puesta encima hacía el efecto de una maliciosa caricatura.

El-tra chilló, pero el sonido de su garganta recordó los estertores de un dragón agonizante. El habitante de los pantanos vaciló, subió de espaldas unos cuantos peldaños y volvió a detenerse. El mar de fuego lo seguía; se derramó sobre la piedra como un líquido viscoso e hirviente y dejó de avanzar a poca distancia de sus pies.

—¡Sigue! —jadeó Gowenna desde arriba—. ya no podrá contener el fuego durante mucho rato.

Skar avanzó de mala gana, subiendo de espaldas, incapaz de apartar la vista de la espeluznante y a la vez fantástica escena que tenía efecto más abajo. La piel de El-tra ardía. Las verdes y córneas escamas de reptil estallaron y saltaron de la sangrienta piel

con pequeños crujidos semejantes a la quitina rota. El ser de los pantanos se tambaleó y alzó los brazos como si intentara sujetarse en el aire. Un crepitante fuego amarillento se apoderó de su capa, pasó a sus piernas y ascendió cuerpo arriba con pequeños y rápidos movimientos. El ser de los pantanos se transformó de un momento a otro en una espantosa antorcha viviente. Sin embargo, aún se sostenía de pie, y con sus fuerzas restantes detenía las llamas, pese a que en su cuerpo ya no podía haber vida.

Un segundo después, todo había terminado. La figura de El-tra se encendió una vez más con cegadora luz, arrojó un fuego blanco contra las paredes y el techo y, definitivamente, se convirtió en ceniza. El otro El-tra que sujetaba a Skar cayó al suelo, gritó y se revolcó enloquecido, agitando brazos y piernas entre convulsiones. El rostro, contraído, se tornó gris y luego negro, para empezar a deformarse y fundirse como un trozo de cera que hubiese permanecido demasiado tiempo al sol. De su pecho brotó un agudo y estremecedor lamento. Sus manos se crisparon hasta formar córneas garras de seis dedos que rascaban la piedra con un ruido estremecedor.

Skar buscó con la vista al tercer ser de los pantanos. También éste se había desplomado y era sacudido por convulsiones. De su capa fluía un líquido oscuro y viscoso.

—¡Aprisa! —exclamó Gowenna—. ¡Ayudadme!

Se agachó, agarró al ser de los pantanos por los sobacos y comenzó a arrastrarlo, jadeante, escaleras arriba. Gerrion se precipitó a ayudarla y cogió a El-tra por las piernas.

Skar despertó al fin de su atontamiento. Llamó a Arsan, y entre los dos levantaron al exánime ser de los pantanos. El cuerpo de El-tra resultaba relativamente ligero, blando y fofo bajo la tosca prenda que lo cubría.

Continuaron subiendo con toda la rapidez que les permitía la inerte carga que llevaban. El pozo de la escalera estaba aún lleno de un horrible fuego blanco, pero las llamas ya no los perseguían, como si se contentaran con aquella primera víctima. No obstante, el calor iba en aumento. Cada respiración ardía en la garganta de Skar, y el aire parecía convertirse en un pegajoso jarabe quemante, a través del que tenía que abrirse camino.

—¡Daos prisa! —les llegó desde arriba la voz de Gowenna—. ¡ya falta poco, pero tenemos que salir de la escalera antes de que las llamas se reanimen!

Como si quisiera subrayar sus palabras, un rayo rojo zigzagueó hasta donde ellos estaban, y las escalofriantes risas del fuego se hicieron más intensas. Un diminuto haz de llamas, de apenas un palmo, saltó de repente hacia la altura, dejó una dolorosa línea en el piede Skar y estalló junto a la pared, delante de Gerrion. Allí donde el

fuego había tocado la piedra, ésta ardió unos segundos.

El satái se volvió, angustiado. Otro vástago de las llamas voló hacia ellos, acompañado de un chorro de aire abrasador, y desapareció en el extremo superior de la escalera, pero lo siguieron un tercero y un cuarto, hasta que todos los peldaños por los que ya habían pasado estuvieron sembrados de un extraño mar de minúsculas llamas muy claras. Sólo unas pocas lograban saltar varias gradas de una vez, antes de reventarse contra las paredes o chocar con un canto, pero el número de las que lo conseguían crecía. Primero fueron docenas, luego centenares y miles. Todo el pozo de la escalera resonaba a causa del campanudo eco de las incontables voces rientes.

—¡Daos prisa! —insistió Gowenna—. ¡Sólo faltan unos peldaños!

Skar miró hacia arriba. La escalera acababa delante de una lisa pared de negro metal martilleado en cuyo centro se abría una puerta circular. Gowenna tuvo que agacharse para pasar.

Skar movilizó sus últimas fuerzas para vencer los peldaños finales. El cuerpo de El-tra parecía pesar cada vez más. Una súbita y horrible convulsión sacudió al ser de los pantanos. El satái perdió el equilibrio, casi se arrastró a través de la abertura y tiró al mismo tiempo de El-tra y Arsan. La luz que dejaban abajo era insoportable, pero el calor no los siguió, sino que quedó fuera, en el hueco de la escalera, como si lo contuviera una pared invisible. Skar vio que los peldaños que habían pisado pocos momentos antes empezaban a adquirir un color rojo oscuro. La piedra se agrietó, reventó con un estallido semejante a un latigazo y desapareció bajo una marea de minúsculos piececillos de fuego.

Arsan cayó de rodillas con un gemido. Por el paño que cubría su cara se filtraron la sangre y el suero de sus heridas. Le lloraban los ojos, y las pequeñas lágrimas resultaban teñidas de rojo por el reflejo del fuego, de manera que parecía llorar sangre. Intentó detener su caída con las manos, pero la torpeza le hizo golpearse la cara con el suelo al fallarle los brazos bajo el peso del cuerpo. Tenía quemada la espalda de su camisa, y debajo asomaba la carne desnuda y sangrienta.

El pobre se volvió como pudo. La pieza estaba tan vacía como todas las demás que habían cruzado, y era negra, de un metal ondulado y martilleado. La luz grisácea que los había acompañado desde su entrada en el edificio se había apagado. La única claridad procedía ahora del ruego que aún rugía en el pozo de la escalera. Gowenna estaba acurrucada junto a la pared. Su pecho se alzaba y bajaba de modo irregular y rápido. La mujer quería decir algo, pero sólo pudo producir un sonido ahogado, revelador de un agotamiento insoportable y que, más que las ropas quemadas y el rostro maltrecho, demostraba que Gowenna había alcanzado y sobrepasado su

capacidad de resistencia. Tenía el cuerpo consumido y hueco. Lo único que la mantenía de pie era su voluntad.

La mujer levantó la cabeza y miró primero a Skar, luego a Arsan, y por fin se arrastró penosamente hasta donde yacía el ser de los pantanos. Sus manos palparon débiles la capa chamuscada, tocaron lo que antes había sido una cara y quedaron inmóviles. La mujer gimió y cerró los ojos, como si ya no tuviese fuerza para mantenerlos abiertos, pero Skar pudo observar aún cómo sus globos oculares se movían frenéticos.

—¿Qué..., qué te propones hacer? —preguntó.

Gowenna le cortó la palabra con un movimiento brusco, y su cuerpo empezó a temblar como si de repente la sacudiesen violentos escalofríos.

—¡Ayúdame...! —suplicó.

El satái se incorporó y examinó a Gowenna con gesto interrogante.

—¿Qué debo hacer?

—Tu... mano..., Skar... —balbuceó la mujer—. ¡Por favor...!

El obedeció, y Gowenna le agarró los dedos con tanta fuerza que le produjo dolor. Skar quiso retirar la mano instintivamente, pero la mujer conservaba más energía de lo que parecía.

Entonces sucedió algo. De pronto, Skar se sintió paralizado, rígido, como una mosca que ni siquiera es capaz de patalear en la telaraña. Algo invisible y gélido penetraba en su alma para hurgar con delgados dedos de cristal hasta lo más profundo de su ser y explorarlo. A continuación tuvo la sensación de que algo salía de su cuerpo, una corriente silenciosa que, a través de la mano de Gowenna, fluía hacia El-tra. No precisamente una fuerza, sino otra cosa que no le era desconocida y para la que empero, no encontraba nombre.

—¿Qué haces...? —murmuró.

Formular esas dos palabras le costó un esfuerzo enorme. De improviso tuvo un miedo, un miedo terrible, de que Gowenna le robara el último resto de energía, y lo dejara como un saco vacío. Pero no estaba en condiciones de retirar la mano ni de interrumpir la corriente que de él pasaba al habitante de los pantanos.

—No temas —contestó Gowenna—. A ti no te ocurrirá nada. Él, en cambio, morirá si no le proporcionamos nueva savia vital.

Skar trató inútilmente de comprender el sentido de lo dicho por Gowenna. No sabía qué hacía, en realidad, pero notaba que servía de algo. El ser de los pantanos empezó a moverse, ya no sacudido por convulsiones y dolores, sino como quien despierta de una profunda inconsciencia. Volvió a gemir, pero la voz ya no traslucía

una angustia mortal.

Gowenna se enderezó con un suspiro de alivio y soltó la mano de Skar. En su frente había perlas de sudor. El-tra continuó moviéndose. Sus manos, ahora de nuevo humanas y normales, de cinco dedos, y no aquellas espantosas garras de dragón, buscaron apoyo en el suelo, y poco a poco ayudaron al cuerpo a incorporarse. El ser de los pantanos se sentó, apretó los puños y se los llevó a los ojos. Le resbaló la capucha, y Skar pudo ver su rostro durante una fracción de segundo.

Era *su* rostro.

Los oscuros ojos, rodeados de una red de diminutas arrugas... La boca de labios estrechos... La cicatriz que, como un rayo solidificado, corría, llena de ramificaciones, desde el rabillo del ojo izquierdo hasta la barbilla, para subir luego hasta la boca... Las finas cejas, que no acababan de pegar con su cara... No faltaba nada: era una exacta reproducción de él mismo.

Pero eso sólo duró un momento. Después, las facciones de El-tra se borraron para convertirse de nuevo en el acostumbrado *algo* apenas concebible, en una grisácea niebla de impresiones constantemente cambiantes donde existía todo y, a la vez, no había nada.

—¿Qué...? —musitó Skar asustado—. ¿Qué es...?

—Nada —se apresuró a responder Gowenna.

En su voz había algo que irritó profundamente a Skar. Volvió la cabeza, vio una silenciosa súplica en su mirada y entendió...

Hizo un gesto de afirmación, se levantó despacio y se apartó unos pasos de El-tra. La mujer intercambió un par de palabras con el habitante de los pantanos, en una lengua gutural, y después fue detrás de Skar.

—Ahora no preguntes nada —le rogó en un susurro—. Más tarde te lo explicaré todo, pero de momento debes creerme si te aseguro que no hay ningún peligro para ti. No tuve más remedio. Habrían muerto, al desaparecer su hermano de la unidad que formaban. Tuve que proporcionarles nueva savia.

—¿A ellos?

El satái no acertaba a entender las palabras de Gowenna. Posó la vista en el segundo ser de los pantanos. También éste se había levantado y permanecía tan inmóvil y gris como siempre al lado de su compañero.

—¿Significa eso —inquirió, atragantándosele la frase—, significa que ahora tengo dos sosias?

Gowenna sacudió la cabeza.

—¡Desde luego que no!, pero no pueden vivir si una parte de ellos se extingue y

no disponen de un nuevo prototipo.

—¿Y precisamente pensaste en mí? —exclamó Skar, con una mezcla de burla y creciente enojo.

—A mí no me habrían aceptado. Soy una mujer. y tú eras el más fuerte de todos.

Se interrumpió, miró al suelo y dio una brusca media vuelta.

»¡Y ahora ven! —dijo—. Hemos de seguir adelante. No sé si aquí estamos seguros, y tampoco quisiera probarlo.

—¡Un momento!

Skar quiso sujetarla por el hombro, pero Gowenna se le escabulló rápidamente.

—Te lo explicaré todo —declaró con firmeza—. Pero no ahora. Comprendo tu preocupación, pero puedo asegurarte que no sólo no has perdido nada, sino que incluso has ganado.

El satái la miró furioso, aunque renunció a soltarle las palabras que tenía a punto.

—Un prototipo... —gruñó.

Gowenna señaló la pared posterior de la cámara. También allí se veía una puerta redonda, de quizá metro y medio de diámetro. Detrás había un cierto resplandor que, mirado con más atención, resultó proceder de unas velas amarillentas.

—Ya no podemos estar lejos de nuestra meta —dijo la mujer—. ¡Venid!

Arsan y Gerrion se pusieron en marcha, obedientes. En cambio, los dos El-tra continuaron quietos en contra de su costumbre, como si no hubiesen oído las palabras de Gowenna.

—Se quedan atrás —contestó Gowenna a la mirada interrogante de Skar—. Están todavía muy débiles para acompañarnos.

El satái la siguió sin más discusión. Siempre había sentido curiosidad por averiguar más acerca de los seres de los pantanos, pero de pronto se decía si no sabía ya demasiado. Había misterios que resultaban más horribles cuando se descubrían.

Al otro lado de la puerta los aguardaba una nueva y oscura galería, pero la débil luz que parpadeaba en su extremo iba adquiriendo fuerza.

—Allí delante es —dijo Gowenna con voz temblorosa.

Skar se esforzó en distinguir detalles, mas sólo pudo ver unas siluetas informes y aquella claridad amarilla. Gowenna parecía tener una vista más aguda que él.

Aceleraron el paso. La galería terminaba ante una escalera consistente sólo en tres peldaños, en cuyo extremo superior se abría otra puerta redonda. Gowenna vaciló un instante, tomó aire de forma audible y se introdujo por ella con paso decidido.

Skar esperó a que también Arsan y Gerrion hubiesen entrado. Se volvió por última vez, trató de escudriñar la sombría negrura que dejaban atrás y, con un lento

movimiento, extrajo la espada de la vaina antes de subir. No era que contase con tener que luchar en serio. Simplemente, el arma le servía para tranquilizarle y proporcionarle una —aunque engañosa— sensación de seguridad. Cuando penetró en la cámara del altar, estaba más nervioso de lo que él mismo deseaba reconocer.

En el primer momento, se sintió casi desengañado. No sabía qué había esperado en realidad, pero en cualquier caso se había tratado de algo grandioso, imponente.

Le llamó la atención que la cámara fuese tan pequeña. Apenas mediría más de doce o quince pasos cuadrados, y el techo tendría, como mucho, tres metros de altura, de manera que, de alargar el brazo, podría haberlo tocado con la punta de su espada. No había allí ventanas ni más abertura que aquella por la que habían entrado. En las paredes ardían antorchas de llama quieta y no humeante. y delante de ellos, a menos de un metro de distancia de Gowenna, se alzaba el altar.

Skar dejó caer el arma, perplejo, dio un paso hacia la mujer y sólo se detuvo cuando ella levantó la mano como advertencia. Después de toda la magnificencia y enormidad vistas en su camino, el altar resultaba modesto; no un monumento de poder, semejante a la ciudad que lo envolvía, sino más bien una reluciente joya escondida y ensimismada, como una orquídea que floreciese en medio de un campo de maleza. Consistía el altar en un zócalo negro, de apenas treinta centímetros de alto, de cuyo centro partían dos gigantescos brazos de cristal tallado. Las manos, que unían las palmas como si necesitaran apoyarse mutuamente, sostenían una pila plana, de un metro de diámetro aproximadamente, llena de agua casi hasta los bordes. Detrás asomaba un gran lobo de piedra negra.

El satái contempló la escultura. Jamás había visto un trabajo realizado con tanto esmero y cariño. El animal estaba imitado a la perfección, hasta en sus más mínimos detalles: los diminutos pelos, las irregularidades en sus levantados bellos y unos colmillos largos como dedos. Le costó esfuerzo volver a mirar la pila.

La piedra se hallaba en su fondo, cubierta por unos veinte centímetros de agua cristalina e inmóvil. Era mucho menor de lo que había imaginado Skar, pero indescriptiblemente bella: una pequeña pelota de luz helada, que resplandecía con un suave fuego azul. La superficie había sido tallada en miles de finísimas facetas y constituía una perfecta copia de la cúpula que coronaba el templo.

Gowenna se adelantó insegura, alargó la mano y tocó el agua. Sus dedos se sumergieron en ella y produjeron una serie de minúsculas olas redondas que quebraban la luz. Pareció que la piedra del fondo se rompiera en mil fragmentos.

Skar le sujetó la muñeca y le obstruyó el paso. Gowenna se defendió, intentando librar su mano, pero el satái estaba preparado para luchar contra la fuerza de la mujer.

—Unas palabras más, Gowenna —dijo en tono reposado.

La cara de ella se contrajo. Quiso soltarse, pero Skar le agarraba la muñeca con tal energía que se retorció de dolor y abandonó toda resistencia.

—¿Qué quieres? —jadeó.

—Unas respuestas —dijo él—. Necesito saber por qué estamos aquí, qué poder tiene esta piedra, y por qué es tan importante para tu ama.

—Quien la posea dominará Combat —balbuceó Gowenna—. Es...

Skar le apretó aún más la mano, hasta el punto de que ella lanzó un gemido.

—¡No es ésta la respuesta que quiero! —insistió el satái—. Han muerto tres personas, y es probable que mueran todavía más antes de que salgamos de aquí. ¿Qué misterio encierra este trozo de cristal? ¿Qué importa más que la vida de tres personas?

—No... lo sé —jadeó Gowenna—. Esta piedra es la clave del poder de los antiguos, pero sólo puede utilizarla quien conozca su secreto. yo ignoro qué tipo de poderes confiere a quien la posea, y tampoco sé cómo se emplea. La única enterada es Vela.

—¿Y no te lo dijo? —inquirió Skar escéptico.

Gowenna sacudió la cabeza.

—No. Me proporcionó todo lo necesario para venir a Combat y regresar, pero nada más. y ahora suéltame la mano. Me haces daño.

Skar le soltó la muñeca, se volvió de cara a la pila y quiso coger la piedra, pero Gerrion fue más rápido. Se inclinó, introdujo los brazos hasta encima del codo en el agua y extrajo la piedra. Formando luego un cuenco con ambas manos, permaneció encima de la pila hasta que el agua se le hubo escurrido entre los dedos.

—¡Dámela! —ordenó Gowenna con voz sibilante, a la vez que extendía la mano, imperiosa.

Pero Gerrion retrocedió, asustado, apretó el puño y, con la derecha, desenvainó la espada.

—¡No! —jadeó—. ¡No será para ti!

Gowenna se detuvo en mitad de un paso, en una postura extrañamente rígida y poco natural, y en su rostro apareció una expresión de desconcertado asombro.

—¿Qué significa eso? —preguntó acechante.

—Que... que no te la doy —murmuró Gerrion con voz insegura.

Tenía los ojos desmesuradamente abiertos, y era evidente que la espada temblaba en su mano.

—¡No la conseguirás! —prosiguió—. ¡Ninguno de vosotros la obtendrá! ¡Nadie! —bramó enloquecido, mientras blandía furioso el arma—. ¡Nadie!

Gowenna se llevó una mano al cinturón, pero Skar pudo contenerla a tiempo.

—Estás muy equivocado si crees poder apoderarte de la piedra —le dijo Skar a Gerrion, sin alterarse—. Nosotros somos tres, y tú sólo eres uno.

—Dos —lo corrigió Gerrion—. Arsan no cuenta. y vosotros dos no sois más que una mujer con delirio de grandezas y un satái medio muerto.

—Sé razonable, Gerrion —insistió Skar—. Te comprendo. Lo que ahora tienes en la mano representa quizá más poder que el que haya podido poseer jamás persona alguna, pero a ti te traerá la muerte. Suelta la espada y dame la piedra, y olvidaremos lo sucedido. Te lo prometo.

—¿Y qué es para mí tu promesa? —rió Gerrion—. yo...

Se interrumpió con el rostro contraído... La espada resbaló de su mano y cayó con ruido al suelo.

Skar avanzó hacia él y quedó horrorizado. De los dedos de la mano izquierda ya no goteaba agua, sino una quemante luz azul. Gerrion se tambaleó hacia atrás, gritó y movió el brazo como si fuera a arrojar la piedra lejos de sí. Pero no podía. El puño, conglutinado por el despiadado calor que irradiaba la piedra, era imposible de abrir. La luz se hizo más clara, cegadora, y convirtió su mano en algo translúcido. Los huesos que había en ella, negros y delgados, se astillaron bajo la increíble temperatura. Del brazo de Gerrion brotaron llamas, y un blanco fuego corrió hasta su hombro y envolvió su cabeza como una rugiente antorcha.

Skar se protegió la cara con la mano y retrocedió varios pasos. Gerrion se desplomó, revolcándose entre gritos, mientras con la mano derecha se golpeaba el cuerpo para ahogar las llamas. Ahora se hallaba totalmente cubierto de fuego, todo él un manto candente cuyo ardiente soplo obligaba a apartarse poco a poco a los demás.

Pero Gerrion aún vivía. y seguía chillando, en unos tonos que Skar nunca había percibido de una garganta humana. Su brazo izquierdo asomaba deforme y negro del mar de llamas, pero Gerrion continuaba vivo.

—¡Skar! —gritó entonces Arsan—. ¡Dale muerte!

El satái se llevó la mano al cinturón. Se pasó la espada de la derecha a la izquierda, empuñó uno de los pequeños *shuriken* y lo arrojó con toda su fuerza. La estrella de cinco puntas se transformó en una remolinante rueda, voló con terrible silbido hacia el bulto en llamas que había en el otro extremo de la pieza y se clavó con un sordo crujido en la frente de Gerrion. Este se combó una última vez, cayó hacia atrás y quedó inmóvil. Su mano quemada se abrió, y de ella salió rodando la piedra hasta detenerse a dos o tres pasos del cadáver. El azul resplandor se apagó, como si toda su energía se hubiera consumido en esos breves instantes.

—¡Dioses! —jadeó Arsan—. ¿Qué... qué ha sido eso?

Ni Skar ni Gowenna respondieron. El quedo crepitar de las llamas que consumían los restos de Gerrion fue, durante largo rato, lo único que se percibió en la cámara.

Finalmente, al cabo de unos minutos que se le antojaron siglos, Skar venció su estupor y avanzó vacilante en dirección a la piedra. Se apoyó en una rodilla, tocó el cristal con la punta de la espada e hizo rodar aquélla un poco más por el suelo.

No ocurrió nada. El satái esperó, dejó el arma y alargó con cuidado la mano. Le temblaban los dedos. Rozó la piedra con toda cautela, retiró la mano en el acto y alzó la vista. Su mirada se cruzó con la de Gowenna. La mujer tenía el rostro gris y demacrado, incluso bajo la máscara de sangre y suciedad que lo cubría, y sus ojos reflejaban toda la gama de sentimientos humanos: temor, odio, desesperación..., mas también esperanza y angustiosa expectación.

Skar hizo acopio de valor, tomó la piedra con las puntas de los dedos y dejó que rodara hasta la palma de la mano, dispuesto a tirarla lejos de sí a la menor transformación que notara en ella.

La piedra ni siquiera estaba caliente. Su suave superficie era fresca y limpia, y Skar se dio cuenta de que el dolor de su mano cedía lentamente, como si de la pequeña piedra partiese un misterioso poder curativo.

El satái permaneció inmóvil, en cuclillas, durante tres, cuatro o cinco interminables minutos, en espera de que sucediera algo. Pero la piedra no volvió a cobrar vida. Gerrion había sido su primera y única víctima, quizá la víctima de una última seguridad que los señores de Combat habían conferido a la piedra para protegerse a sí mismos.

Skar se puso de pie, cerró la mano alrededor de la piedra y envainó de nuevo la espada.

—Vamos —dijo.

Gowenna no reaccionó. Tenía las facciones rígidas, pero Skar ya no leyó miedo en ellas, sino odio. Un odio tan profundo que se estremeció. Odio a él, a lo que había hecho ante sus ojos. El satái recordó de pronto las palabras de Arsan: «Gowenna no está aquí para vencer, Skar; ella quiere presenciar tu derrota». Ahora comprendía cuán acertada era la afirmación del kohner. La mujer había estado en Combat antes que él y había fracasado en su cometido, y de súbito llegaba él, un hombre que simbolizaba todo lo que ella despreciaba y combatía, y conseguía lo que ella no había podido.

Le costó esfuerzo apartar la vista de la de Gowenna. Apretó contra sí el puño que contenía la piedra, pasó aprisa por su lado y salió de la pieza con la cabeza baja.

En silencio atravesaron la corta galería hasta la antecámara donde los El-tra les

aguardaban. Los dos seres de los pantanos estaban acurrucados en el suelo, y a Skar le pareció que tenían la cara todavía más gris que de costumbre, a pesar de que sus capuchas, muy caladas sobre la frente, apenas permitían verla. Gowenna dijo un par de palabras en su rápido y ronco lenguaje, y uno de ellos se levantó y salió a la escalera.

—¿Adónde lo mandas? —quiso saber Skar.

—Va a comprobar que no haya peligro en el camino —respondió Gowenna—.

Por regla general se contentan con una víctima, pero quiero estar segura.

Skar tardó un rato en comprender el sentido de sus palabras.

—¿Quieres..., quieres decir con eso que sabías que uno de nosotros iba a morir en el camino? —preguntó con voz entrecortada.

Gowenna se volvió a medias y lo miró, pero no dijo nada.

—Aunque no debía ser El-tra, ¿verdad? —continuó Skar—. Tú sólo nos trajiste para...

—No a *vosotros*, satái —lo interrumpió Gowenna, tranquila—. A ti te necesito para el regreso.

—Entonces Beral, Gerrion o Nol... o Arsan —dijo Skar, con un esfuerzo por contenerse—. No estaba previsto que El-tra fuera la víctima, ¿eh? ¡Eso fue un desgraciado accidente!

El satái había esperado que Gowenna se mostrara afectada o, al menos, delatase inseguridad, pero su cara siguió impassible como siempre.

—Naturalmente —contestó—. Todos sabíais el peligro que encerraba la misión, ¿no? ¿Acaso esperabas que todos volviésemos con vida?

La mano de Skar se crispó sobre la empuñadura de la espada, y durante un instante tuvo que luchar en serio contra el impulso de desenvainar el arma y arrojarla sobre Gowenna. No eran sus palabras lo que lo enfurecía, sino la forma en que ella las pronunciaba, aquella frialdad espantosa con que manejaba las vidas de los hombres.

—¡Claro que no! —respondió en voz baja, ya que sólo era capaz de hablar de forma queda o de gritar—. ¡Pero existe una diferencia entre morir luchando o ser *sacrificado*!

—¿Ah, sí? —dijo Gowenna—. ¡Explícamela!

Skar apretó los puños, exasperado, y echó una mirada a Arsan, pero el kohner permanecía apoyado en la pared, con las mejillas hundidas y los ojos apagados, sin darse cuenta de lo que sucedía a su alrededor.

—¿Qué serás capaz de hacer, todavía, por esta maldita piedra? —preguntó.

—¡Cualquier cosa! —declaró Gowenna—. Todo lo que deba y pueda. Es más

preciosa de lo que tú seas capaz de imaginar.

—Sin embargo, no justifica...

—Su posesión lo justifica *todo* —lo cortó Gowenna—. ¿Qué vale la vida de un hombre en comparación con la de millones? ¿Qué importa el destino de un individuo en comparación con el de un mundo entero?

Gowenna resistió la mirada de Skar con imperturbabilidad, y lo que él vio en sus ojos lo alarmó aún más. Aquella mujer creía en lo que decía.

—No es la primera vez que hablamos de esto, pero por lo visto no lo has entendido, ni tampoco lo entenderás, satái —prosiguió Gowenna—. Hay cosas más importantes que la vida humana, aunque eso quizá se contradiga con tu absurda religión.

—Al contrario. Concuerda perfectamente. Pero yo prefiero dejar la decisión en manos de aquellos a cuya vida afecta.

La mujer se encogió de hombros, indiferente.

—Ese es tu punto de vista, Skar. yo sólo me pregunto por qué estás aquí, si de veras eres de esa opinión.

—Lo sabes muy bien.

Gowenna sonrió, pero la endurecida máscara de suciedad y sangre que cubría su cara convirtió el gesto en una fea mueca.

—Sé por qué *no* estás aquí, Skar —respondió—. O sea: *no* estás aquí porque te obligaran a venir. Serías el primer satái que se dejara forzar o coaccionar... Lo que todavía no sé es por qué nos acompañas en realidad. Pero eso poco importa. Estás aquí, y para mí es suficiente.

—Hasta ahora, bien habrías podido prescindir de mí —gruñó Skar.

Su respuesta sonó tonta, pero fue la única que se le ocurrió.

—Es cierto —dijo Gowenna con un movimiento afirmativo—, pero tranquilízate, porque pronto te habrás ganado la recompensa. Nos hace más falta tu espada que tu persona.

—¿No opinabas, hasta hace bien poco, que tu brazo era tan fuerte como el mío?

—Posiblemente lo sea. Pero una mujer nada tiene que hacer en el campo de batalla. ¿Lo recuerdas? Tú mismo lo dijiste. Además..., quizá no baste con *una* espada.

—También puede suceder que, en determinada situación, tengas que sacrificar el mencionado brazo armado... —replicó Skar con malicia, pero la mordacidad de sus palabras no penetró hasta ella.

Gowenna volvió a encogerse de hombros, cruzó los brazos delante del pecho y se

dejó caer al suelo junto al acurrucado ser de los pantanos.

—Eso desde luego —admitió—, aunque tengo la confianza de que tú sobrevivirás, Skar. Vosotros, los satáis, sois invencibles, ¿o no?

—Escuchadme: ¿es razonable que precisamente ahora discutáis? —intervino de pronto Arsan.

Skar alzó la vista, disgustado. El kohner también estaba sentado y tenía la cabeza apoyada en las manos. La voz le temblaba de dolor y agotamiento, pero su mirada había recobrado la claridad.

—Tenemos otros problemas. Por lo que a mí respecta, podéis hundiros el cráneo, pero esperad al menos a que hayamos salido de aquí. De otro modo, nunca lo conseguiremos.

—No temas, Arsan —murmuró Gowenna—. Hemos entrado, y volveremos a salir. Lo que no significa —agregó tras una breve pausa— que entonces ya estemos seguros.

Calló otra vez y apoyó la cabeza en la pared. De manera instintiva, se pasó los dedos por la mejilla, y cuando retiró la mano había sangre en ella.

—¿Sabes —continuó de improviso, ahora de cara a Skar— que nos persiguen?

—¿Te refieres al dragón?

—No. Ese problema lo solucionaremos de... otra forma. Nos siguen unos hombres.

Skar quedó sorprendido.

—¿Viste huellas?

—Sí. No soy ciega, satái. Vienen detrás de nosotros desde que abandonamos el barco, quizás incluso desde Ikne. Creía que lo sabías.

—Yo también me di cuenta —murmuró Arsan, y durante unos instantes pareció haberse despertado algún interés en sus ojos—. Pero no lo observé hasta que estuvimos en las montañas.

—Últimamente actuaban con más descuido —confirmó Gowenna—. Es de suponer que nos atacarán cuando regresemos.

—¿Y quiénes son? —inquirió Skar incrédulo.

—Ladrones tal vez. O *quorri*. No lo sé. También podría ser gente de Ikne. No olvides que pusieron un considerable precio a tu cabeza. Hay suficientes aventureros que, por cien monedas de oro, seguirían a un hombre hasta el infierno... —añadió con una sonrisa—. Pero no tengas miedo, Skar. El-tra y yo te protegeremos. O, todavía más, la piedra que llevas.

Skar guardó silencio. La sospecha de Gowenna era lógica. Sin embargo, él se

negaba a creer tal cosa. Si alguien los perseguía, detrás de ello había algo más.

Pensó brevemente en la *errish*, pero ni siquiera ahora era capaz de entenderse a sí mismo. Resultaba todo demasiado complicado. No jugaban un juego doble, sino quíntuple o decuple, y él empezaba a estar desorientado. Gowenna, los hombres, Arsan, él, Vela... Todos eran sólo figuras, y ya no sabía quién dirigía las reglas de la extraña partida.

Durante un tiempo había llegado a creer que, en el fondo, era él quien mandaba y podía tomar las decisiones, pero ahora comprendía que no era así, sino todo mucho más complicado y misterioso. Habían encontrado la piedra, mas no parecía haber en ella nada oculto, nada mágico ni poderoso. Al menos a primera vista era, simplemente, un trozo de cristal de color.

Aunque resultara absurdo, la situación le recordaba su segundo encuentro con la *errish*. y, al igual que entonces, se sintió impotente y desconcertado como nunca antes en su vida...

* * *

El despertar fue más difícil que otras veces.

Tenía la sensación de verse atrapado en un viscoso y helado pantano, entretejido en una red de invisibles hilos pegajosos que mordían su carne como delgadas líneas de fuego y lo arrastraban más y más hacia las profundidades. Recordó un sueño, aunque sin lograr revivir detalles... Todo cuanto experimentaba era frío, temor y un hiriente dolor de un azul gélido. Quiso abrir los ojos, pero entre los párpados y los globos oculares parecía tener millones de diminutos granos de arena. Skar gimió, apretó los dientes y, por fin, entreabrió los ojos.

La luz le producía un sufrimiento terrible.

—Ya vuelve en sí —dijo una voz vagamente conocida y que, aún medio atontado, Skar relacionó con algo desagradable y peligroso.

Hielo...

La palabra produjo un cegador relámpago en su mente. No supo aún con qué debía vincularla, pero entonces creyó hacer memoria de un color azul muy claro, el tono azul del hielo, del frío y...

Otra vez intentó abrir los ojos. Un resplandor rojo oscuro penetró en sus retinas y, como una llama, se abrió paso por los nervios ópticos hasta su cerebro. El satái suspiró, trató de cubrirse los ojos con las manos y notó que alguien se lo impedía.

—No lo hagas —dijo una voz—. Sólo tardarás unos momentos en sentir alivio. Toma esto...

Una mano rozó su rostro, acarició ligeramente sus mejillas y le acercó algo a los

labios.

Skar bebió. Era algo dulce, estaba caliente y eliminaba la fatiga de su cuerpo. Cedió el dolor de sus ojos y, al cabo de un rato, pudo ver, aunque no sin esfuerzo y como si estuviese delante una fluctuante pared de niebla.

Tenía las manos atadas. Aquellas líneas de fuego que había notado al despertar no eran imaginarias, sino reales: finas y argénteas cadenas de hilos de metal. Skar trató de estirar los músculos y tuvo que contener un grito.

Pese a parecer ridículamente frágil, la cadena no se rompió, y los delgados hilos de que estaban formados los eslabones de las cadenas le hirieron la piel.

—Economiza tus fuerzas, satái —dijo la misma voz ya oída dos veces—. Ni siquiera un dragón podría romper estas cadenas.

Skar alzó la vista y se encontró con un flaco rostro surcado de líneas y arrugas. Se hallaba a la altura de sus ojos, pese a estar él apoyado en una pared y permanecer de pie su interlocutor. Era Tantor, el enano.

De súbito volvieron los recuerdos, y Skar lanzó un suspiro al reproducirse en su mente la escena del callejón. Vio de nuevo el horrorizado rostro del soldado transformado en centelleante mueca por el gélido soplo de la muerte, y le pareció percibir el ruido de cristal roto cuando el cuerpo del desdichado cayó hacia un lado para hacerse añicos contra el duro suelo.

Tantor soltó una risita semejante a un balido.

—Fuego y hielo —dijo—. Nada hay como el hielo para calmar la furia de un satái.

Skar apretó los puños con impotente ira.

—Debería haberte retorcido el cuello mientras tuve ocasión —murmuró.

El enano volvió a reír.

—De nada sirve hablar de cosas que podrían haberse hecho pero que uno no hizo —declaró con sequedad—. Además habría sido un error. yo no soy tu enemigo, Skar. Todo lo contrario. Verás cómo aún nos hacemos amigos.

El satái emitió un sonido despectivo.

—Yo no hago amistad con quien mata a hombres indefensos —dijo.

Tantor siguió con su risita.

—Los soldados sirven para morir —repitió las palabras ya pronunciadas en el callejón—. O bien los mata uno, o muere en sus manos. En lo que a mí respecta, yo prefiero estar en el lado de los que matan, no entre los que son enviados al otro barrio.

Era la primera vez que Skar veía con claridad el rostro del enano. Su cabeza resultaba desmesuradamente grande para el menudo y raquítico cuerpo. Además la

movía de manera incesante de un lado a otro mientras hablaba, y parecía un melón demasiado maduro que en cualquier momento fuese a caerse del cuello. Su cara era un agrietado paisaje de rugosidades, surcos y líneas profundas como cicatrices, mas aun así tenía algo de juvenil, casi —incluso— infantil, como si perteneciera a un chiquillo que por una cruel broma de la naturaleza se hubiese convertido en anciano en el plazo de unos meses.

—Tú estás a punto... —dijo Tantor de pronto.

Skar tardó unos segundos en comprenderlo.

—Oye... ¿Acaso lees los pensamientos? —jadeó ligeramente asustado.

Tantor sacudió la cabezota. y de pronto, sin que en su rostro se hubiese movido ni un solo músculo, su mirada fue fría y hostil.

—No. Pero todo el que me ve por primera vez piensa lo mismo. ¿Cómo te sientes?

—Acércate dos pasos y te lo demostraré —gruñó el satái.

Tantor le sonrió.

—Algo me dice que es preferible rechazar tu amable invitación —contestó—. Serías capaz de ponerme la mano encima.

—Puedes estar seguro de que lo haría —admitió Skar—. y si no es ahora, será más adelante. Porque en algún momento tendrás que soltarme.

Tantor suspiró.

—¿Estás suficientemente repuesto como para hablar con mi ama?

Skar miró a su alrededor. Estaba solo con Tantor, pese a que el enano había cuchicheado con alguien mientras él seguía medio inconsciente.

Tantor no aguardó su contestación, sino que dio media vuelta y corrió a la puerta con sus rápidos pasitos. Hizo retroceder el cerrojo, salió a la galería e intercambió un par de palabras con alguien que, por lo visto, había esperado fuera. No tardó más que unos segundos en regresar. Detrás de él entraron dos esbeltas mujeres envueltas en ropajes grises.

Skar se incorporó tanto como se lo permitía la cadena sujeta al suelo, y miró a la *errish* con todo el odio de que era capaz.

—No pareces muy sorprendido —dijo Vela.

El satái sonrió, y no precisamente porque tuviese ganas, sino porque le pareció apropiado en aquel momento.

—Os equivocasteis al elegirme a mí si creíais que, después de todo lo sucedido, aún podía sorprenderme.

Las palabras no brotaron de sus labios con la facilidad que él hubiera deseado. Tenía la cara medio paralizada. Algo del terrible frío con que Tantor los había dejado

fuera de combate a él y a los soldados continuaba en su interior. Hasta ahora no se había dado cuenta. Notaba la piel tensa, y los labios ásperos y agrietados. Estaba sediento además.

—Os gustan las escenas dramáticas, ¿no? —preguntó.

Vela sostuvo su mirada con indiferencia. No se hallaba él en condiciones de herirla, aunque fuera sólo con su ironía, y a la *errish* le constaba. Dio unos pasos en dirección a él e hizo un gesto autoritario con la mano.

—¡Dejadme a solas con Skar! —ordenó.

El satái vio que Gowenna se estremecía e intercambiaba una mirada de preocupación con el enano. Sus manos agarraron la espada que ahora llevaba desnuda.

—Pero, señora... yo...

—¡Salid! —insistió la *errish*—. Sé lo peligroso que es, pero no me hará nada. ¡Dejadnos solos!

Gowenna pareció querer decir algo más, pero al fin se limitó a encogerse de hombros con expresión obstinada y abandonó la estancia con paso rápido. El enano la siguió a escasa distancia.

Vela aguardó a que la puerta estuviese cerrada. Entonces tomó asiento en un escabel situado junto a la chimenea apagada y clavó en Skar unos ojos penetrantes. Al contrario que durante su primera entrevista, Vela escondía ahora su rostro tras un fino velo gris, uno de aquellos tejidos que, si bien permiten que el observador vea lo que quiera, impiden que el oponente recuerde luego el rostro del otro. El velo estaba confeccionado con unos hilos semejantes a telarañas que se movían constantemente, con lo que la cara de la *errish* parecía escondida tras unas aguas inquietas y sus facciones se transformaban de continuo. Vela llevaba la mano derecha oculta en uno de los pliegues de su manto. Skar no dudó de que allí tenía un arma. Porque también un satái atado de pies y manos es un enemigo peligroso, sobre todo si se lo ha humillado como se había hecho con Skar.

—¿Qué queréis de mí? —preguntó—. Si sólo me mandasteis secuestrar para hacerme cambiar de opinión, la respuesta sigue siendo «no». A un satái no se lo coacciona.

Vela suspiró, y lo hizo expresamente en el tono que hubiese empleado ante un niño que no quiere entrar en razón.

—¿Recuerdas las palabras de Tantor? —inquirió burlona—. Puedes resistirte, o puedes venir por tu propia voluntad. El resultado será siempre el mismo. y algo similar te digo respecto de tu actual situación. Puedes negarte, si crees que se lo debes

a tu honor, o bien te rindes y haces lo que yo exijo de ti. Si te empeñas en interpretar el papel de héroe, lo único que conseguiremos será perder el tiempo.

Se inclinó un poco hacia adelante y estudió a Skar a través de su velo. Su manto crujió, y el satái vio brillar brevemente en su mano algo pequeño y plateado.

—Estamos solos, Skar —prosiguió la *errish* en el mismo tono de voz—. Actúo en contra del consejo de Gowenna y Tantor, hablando en privado contigo, porque quería darte una oportunidad.

—¡Qué valiente! —exclamó el satái, deseando herirla—. Sentarse al lado de un hombre aherrojado, con un arma en la mano, y esperar a que vuelva en sí. ¿Qué me hizo ese maldito enano?

Vela pareció no poder o no querer seguir el vuelo de sus pensamientos. Arrugó la frente, lo miró interrogante unos momentos y, con un movimiento de la cabeza, se enderezó.

—Yo no soy tonta, Skar —contestó—. Te elegí para esta misión porque eres el guerrero más capaz que pude encontrar. Desde luego no pienso correr ningún riesgo.

Skar estrechó los labios, despectivo.

—Muchas gracias por el cumplido.

—No es tal —replicó Vela—. No es más que un hecho.

Y ahora no perdamos más tiempo con puerilidades. ¿Hablamos de una vez?

El satái miró ceñudo a la *errish* y alzó las manos encadenadas.

—Soltadme —dijo.

Vela emitió una risa queda.

—Por lo visto, me tomas por estúpida. Te soltaré, sí, pero antes escucharás lo que debo decirte.

—¿Y de qué se trata?

—Ya nos vimos en una ocasión, Skar —comenzó Vela—. Entonces te advertí que, la próxima vez, exigiría lo que aquel día te ofrecía, y así es. Ahora harás lo que yo te mande. Irás a Combat en busca de la piedra. Para mí.

—¡Ah! ¿y esperáis que lo haga? —respondió Skar.

Su voz no sonó tan sarcástica como él hubiese querido. Al igual que la primera vez que viera a Vela, se apoderaba de él una extraña inseguridad. De nuevo comprendió que no ganaría en un duelo de palabras. No en vano las *errish* tenían fama de brujas.

—Lo harás —dijo Vela inflexible—. y si no fuera así...

—Moriría, ¿no? —sonrió Skar.

Vela meneó la cabeza.

—Tú no, pero Del sí.

Sus palabras fueron como un latigazo en la cara de Skar. Se irguió, miró a la *errish* con expresión de duda y, en el último instante, logró contener una exclamación de horror.

—Vos...

—Lo tengo en mi poder, sí —declaró Vela—. ¿Suponías que era tan ingenua como para venirme con exigencias sin tener algo con que amenazar? Sé bien que tú no temes a los sufrimientos ni a la muerte. No lo suficiente, por lo menos. Pero la deuda de honor frente a un amigo es algo de suma importancia para vosotros, los satáis. ¿O acaso me equivoco?

Skar calló. Habría sonado tonto lo que ahora pudiese decir.

—Pero no necesitas preocuparte —continuó Vela, después de una pausa—. Tu amigo está bien. Muy bien incluso. No le falta nada.

Una vez más, Skar intentó desasirse de las cadenas, ignorando el dolor que éstas le producían al cortar su piel. Pero de nada le sirvió.

—Únicamente malgastas tus energías, Skar —le advirtió Vela con tono de reproche—. Estas cadenas son del mismo metal que tu espada. Ninguna fuerza del mundo puede romperlas. Pero, si lo prefieres, hiérete. El camino a través de la Cordillera de las Sombras es largo. Hasta que lleguéis a Combat, tus heridas habrán sanado de sobra.

—¡Estáis loca! —rugió Skar—. Aunque me aviniera a vuestro plan, sería imposible realizarlo. ¡Nadie puede poner el pie en Combat!

Por el rostro de Vela pasó veloz una expresión de ira.

—No es verdad. Preparé la operación con tiempo y a fondo, Skar —dijo, cortante—. Tenéis una buena probabilidad de penetrar en la ciudad y volver a salir. Puedes creerme. ¿Qué sacaría yo de enviar diez hombres valiosos a una muerte segura? De haber querido matarte, habría podido hacerlo de mil maneras más rápidas. Pero no estoy aquí —prosiguió después de respirar con fuerza, reclinarse en la pared y mirar al satái con indefinible mirada— para discutir contigo, satái. Partiréis antes del amanecer. ya me he ocupado de que nadie note vuestra marcha, y...

—Habláis en plural —señaló Skar—. ¿A quiénes os referís?

—Iréis tú, Gowenna, Tantor y otros dos hombres.

—Dijisteis que seríamos diez.

—El camino del río Besh arriba es largo —contestó Vela, paciente—. Los demás se os unirán cuando alcancéis los pantanos de Cosh. Pero debéis daros prisa. El invierno está a la vuelta de la esquina. Es preciso atravesar la Cordillera de las

Sombras antes del comienzo de las tempestades de nieve, y...

Skar la interrumpió con un gesto de enojo.

—¡No te precipites tanto, *errish*! —exclamó—. Todavía no me he comprometido.

—Tú...

—Vos *afirmáis* tener a Del en vuestro poder —continuó Skar, marcando cada palabra—. Pero necesito que me lo demostréis.

—Yo no tengo por qué demostrarte nada —replicó Vela sin excitarse—. Te he dado mi palabra, y eso debe bastarte. Claro que podría hacerte traer la mano derecha de Del, como prueba si te empeñas... Depende de ti.

—No conocéis la compasión, ¿verdad?

—No cuando se trata de cosas tan importantes —respondió la *errish* con la misma impavidez—. ya te lo he advertido; no lo olvides. y no puedo perder tiempo en tantas discusiones. Gowenna y Tantor ya tienen todo preparado. Al otro lado de la muralla de la ciudad os espera un barco. Zarparéis antes de la salida del sol. Gowenna lleva consigo todos los mapas precisos. Te indicará todo cuanto necesites saber. Cuando tú regreses y me entregues la piedra, yo te devolveré a Del.

—¿Y quién iba a impedirme huir a la primera ocasión? —quiso saber Skar—. Difícilmente podréis mantenerme encadenado todo ese tiempo.

—Nadie.

Skar tuvo de pronto la extraña sensación de que ella se divertía con la conversación. Llegó a sentirse como un ratón acorralado por un gato y que diera vueltas en redondo, desesperado, para acabar de cualquier modo entre las garras del felino.

—Claro que podrías huir —señaló Vela—. y no pongo en duda que, de proponértelo, los vencerías a todos. Ni siquiera Tantor, pese a sus poderes mágicos, constituiría un adversario serio para ti. Ése es el motivo por el que te elegí. Tú podrías matarlos y volver, y quizá también fueras capaz de liquidarme a mí.

Vela se inclinó de nuevo hacia él, apartó el velo de su rostro e hizo una significativa pausa.

—Pero yo ya no estaré aquí cuando tú regreses —prosiguió—. Abandonaré la ciudad antes que vosotros, y llevaré conmigo a tu amigo Del. Necesitarías meses enteros para dar con nuestro paradero. y no dispones de tanto tiempo, Skar.

—¿Ah, no?

En vez de contestar de manera directa, Vela introdujo la mano bajo su capa y sacó una pequeña bolsa de cuero. La sopesó unos instantes, pensativa, y al fin, con maliciosa sonrisa, la arrojó a los pies de Skar.

El satái frunció el entrecejo, titubeó visiblemente y la cogió. La bolsa era bastante más pesada de lo que había imaginado, y contenía buen número de bolas pardas y lisas, parecidas en cierto modo a las avellanas.

—¿Qué es esto? —preguntó.

—Cada segundo día tomarás una bola —dijo Vela—. Si las cuentas, comprobarás que hay cincuenta. Tienes, pues, para cien días. Los suficientes para ir a Combat y volver.

Skar hizo girar la bolsa en sus manos, indeciso.

—¿Y por qué habría de tomar estas bolas? —inquirió, lleno de un oscuro presentimiento.

—Porque, en caso contrario, morirías —explicó Vela con su habitual indiferencia—. ¿Te acuerdas de la poción que Tantor te dio? Despertó tus fuerzas, pero no era ése su único efecto. Se trataba de un veneno. De un veneno de acción lenta. Existe un antídoto, pero sólo yo lo poseo.

Las bolas que ahora tienes en tu mano contienen algo de ese antídoto, aunque no en la proporción necesaria para eliminar del todo los efectos de la ponzoña. Sólo los retarda por espacio de dos días, tal vez de unas horas más si tienes suerte y sabes administrar tus fuerzas. Obtendrás el contraveneno definitivo cuando me hayas entregado la piedra. De no regresar, morirías dentro de cien días exactamente. y tu amigo también.

Skar tardó en cobrar ánimos para responder. Nada debería haberlo sorprendido después de lo ya visto, pero aun así estaba sobrecogido. Tendría que haber sabido que Vela se aseguraría de algún modo, pero contra toda lógica había querido creer en la proverbial bondad de las *errish*.

—Tú...

Vela lo hizo callar con un gesto de la mano.

—No malgastes tus fuerzas insultándome. No estás en condiciones de amenazar a nadie. ¿Harás lo que exijo?

—Necesito... tiempo —murmuró el satái—. Una hora. ¡Concédeme una hora!

Vela meneó la cabeza.

—Cinco minutos, Skar. Te dejo solo durante cinco minutos. Pasado ese tiempo, espero tu decisión y no aceptaré una nueva negativa.

Salió de la habitación sin otra palabra y cerró la puerta de golpe.

«¡Cinco minutos! —pensó Skar—. Cinco minutos para tomar una determinación de la que no depende únicamente mi vida, sino también la de Del y quizá la de muchas otras personas».

No podía aceptar. Todas las reglas de honor de un satái lo obligaban a negarse. No era la primera vez que alguien había intentado secuestrarlo a él, o a su compañero, para conseguir que el otro se doblegara, y hacía ya años que habían quedado de acuerdo en que, de darse tal caso, no se tendrían mutua consideración. Del comprendería —e incluso esperaría de él— que rechazara la proposición y, con ello, los condenara a los dos a muerte. Tampoco le importaba que su propia vida estuviese amenazada. Era un satái, un hombre que se tuteaba con la muerte y sabía de sobra que no moriría de viejo.

Sin embargo, ¿qué conseguía con ello? Un sacrificio sólo tiene sentido si con ello se logra algo. Si Del y él morían, Vela encontraría a otro que fuera en su lugar. Quizá tuviese que esperar un año más, pero en el fondo nada cambiaba y la idea de que la piedra fuese a parar a manos de una loca como Vela le horrorizaba. Él ni siquiera sabía si tal piedra existía, ni qué poder había en ella, pero la sola posibilidad era demasiado. Skar era satái y, con ello, no sólo un guerrero, sino también defensor de algo que cada día se perdía más en un mundo lleno de odio y violencia: ¡la justicia!

No, pensó aletargado. No tenía derecho a desaprovechar la vida de Del y la suya propia. No sólo podía, sino que *debía* ir a Combat en busca de la piedra, aunque sólo fuera para impedir que Vela hiciese mal uso de ella y la *errish* lo sabía. Tenía que haber sabido que a él no se lo compraba a cambio de la vida de Del, y menos aún de la suya propia. Pero por las mismas consideraciones que él se hacía, a Vela le constaba que el satái acabaría por aceptar.

De repente, Skar se sintió impotente y abandonado. Había creído poder luchar, pero no era así. La *errish* había previsto y calculado cada uno de sus pasos, lo que haría y diría, y hasta sus pensamientos. Estaba segura de que al fin cedería, e incluso ese último plazo concedido no servía más que para darle ocasión de comprobar su propia indefensión.

El satái jugó pensativo con la bolsa de cuero. Cien días no eran muchos... Aunque tal vez suficientes para hallar una solución.

De cualquier forma, se daba cuenta de que se agarraba a un clavo ardiendo.

Capítulo 7

El sol salía por segunda vez cuando emergieron de la galería y, con sus últimas fuerzas, avanzaron dando tumbos en dirección al negro cubo que se alzaba en el horizonte. Hasta ese momento, Skar no había sabido lo que en realidad significaba la palabra «extenuación». El camino del templo había exigido de ellos el máximo esfuerzo, pero el regreso resultaba peor, mil veces peor. La afirmación de Gowenna, según la cual la piedra los protegería, sólo era cierta a medias. Los había protegido, sí, de la acechante locura en el interior de la escalera y del asalto de los vástagos del fuego, que siguieron asediándolos a través del templo y a lo largo de la gran avenida, hasta la enorme plaza de forma semicircular, en uno de cuyos lados se hallaba la entrada de la galería subterránea... Sin embargo, no habían vuelto a atacar, sino que aquellos miles y miles de pequeños y rápidos seres ígneos se habían limitado a formar una calle. Skar estaba ahora absolutamente seguro de que vivían; eran capaces de incomprensibles y alarmantes pensamientos y también podían actuar. De ellos sí que los había protegido la piedra.

Mas no del calor.

El camino de retorno había sido un infierno. Más de dos horas fueron necesarias para vencer los escasos cien pasos que había hasta la entrada del túnel, y cada segundo representaba nuevos dolores y un aumento del angustioso temor. El ungüento de Tantor apenas servía ya, y de continuo habían tenido que retroceder y dar grandes rodeos para escapar de las tremendas barreras de fuego —que a la ida habían atravesado sin vacilar— y evitar invisibles olas de calor y llameantes geiseres. También el paso por el laberinto subterráneo fue horrible.

Pero al fin lo consiguieron, pese a que Skar se preguntaba, a cada paso, cómo resistían los dolores, el aire que bullía en sus pulmones y la tremenda fatiga.

Skar fue el último en salir del pozo. Sin la soga que había llevado consigo, nunca lo habrían conseguido. Nadie tenía la fuerza suficiente para trepar por las verticales paredes, con excepción de los dos seres de los pantanos. Estos habían subido en primer lugar y luego habían tirado hacia arriba de Arsan, Gowenna y él. Pese a ser quizá quienes más habían sufrido, demostraban ahora unas energías sobrehumanas. Skar fingió cierto agradecimiento hacia ellos, pero esa breve emoción se ahogó casi en el acto en el océano de dolor y cansancio que se abatió sobre él. Apenas fue capaz de desatarse la cuerda de la cintura y, de no acudir inmediatamente El-tra a sostenerlo, habría caído.

—Gracias —musitó.

Por los velos de vapor que se movían debajo de la capucha del hombre, Skar creyó adivinar algo semejante a una sonrisa, pero no estuvo seguro. Su relación con los dos seres camaleónicos era ahora distinta; había cambiado de manera importante, si bien aún no acababa de comprenderlo. Era como si los dos extraños seres no sólo hubiesen adoptado la forma de su cuerpo, sino también parte de su alma. Pero la fatiga le impedía desarrollar tal pensamiento.

Apartó su mano de la de El-tra, se mantuvo vacilante un segundo y miró a Gowenna y Arsan. Ni uno ni otro se habían librado de graves quemaduras, y Skar comprendió, con súbita angustia, que sólo estaban fuera de peligro aparentemente, que la maldición de Combat no los abandonaría así como así, y que aún era posible que muriesen los tres. La espalda de Arsan era una sola herida sangrante, y el brazo izquierdo le pendía en una postura extraña. Su cara estaba sepultada bajo una endurecida máscara de polvo, hollín, sangre y sudor seco, pero en sus ojos había una expresión de insoportable suplicio. El satái no pudo dejar de preguntarse de dónde extraería aquel hombre menudo y enjuto la fuerza suficiente como para sostenerse de pie.

—Hemos... de... seguir —susurró Gowenna.

Eran las primeras palabras que pronunciaba desde que habían abandonado el altar situado debajo de la gran cúpula del templo, y su voz sonó rara y desfigurada en los oídos de Skar. Además debía de costarle un gran esfuerzo hablar, porque tenía los labios agrietados y llenos de costras.

El satái introdujo la mano por centésima vez bajo la coraza. Había guardado la piedra en la bolsa de las bolas que representaba su provisión de vida, y la notaba a través del fino cuero: algo duro y frío, que tanto significaba vida como millones de muertes. Cosa curiosa, poco le importaba la idea del poder que llevaba consigo. Nunca le había interesado el poder, a pesar de haberlo podido conseguir en una docena de ocasiones, y ahora tampoco representaba nada para él. La muerte de Gerrion era suficiente advertencia.

Avanzaron a trompicones en dirección al edificio negro. A sus pies se formaban pequeñas y calientes nubecillas de polvo, y el viento les martilleaba los rostros con invisibles puños, como si la naturaleza lo intentara todo, una vez más, para hacerlos desistir de su empeño. La distancia era sólo un par de docenas de metros, pero a Skar le parecieron mucho más penosos y difíciles que el interminable camino recorrido en el interior de Combat. Tenía la sensación de hallarse atrapado en uno de aquellos laberintos instalados a veces en las ferias: pasadizos y más pasadizos cuya salida parecía alejarse de manera increíble cuanto más corría uno.

El edificio empezó a hacerse borroso, y detrás de su frente sintió un sordo peso gris. El dolor disparaba zigzagueantes hilos por todo el cuerpo...

Skar buscó de nuevo la bolsa, pero no llevó el movimiento a término. Tendría que ingerir otra de aquellas pequeñas bolas pardas: dos días menos de vida, según sus cálculos. Pero todavía no. No antes de que alcanzase la casa. Se debía a sí mismo, y a su orgullo, esos últimos pasos.

Continuó entre tambaleos, tropezó con una roca y fue a caer en los extendidos brazos de El-tra. No se había dado cuenta de que el habitante de los pantanos lo siguiera, ni de que Gowenna ya no tenía tres mudas sombras grises sino sólo una, y que la otra no se apartaba de su lado desde la salida del túnel. Skar sacudió la cabeza y quiso soltarse, pero El-tra no le hizo caso y lo tomó en brazos como si de un niño se tratara y el satái estaba demasiado débil para protestar en serio.

Debió de perder el conocimiento durante unos breves instantes, ya que lo próximo que notó fue la dura piedra que tenía debajo de su espalda y la suave luz grisácea que reinaba en el interior del edificio. Alguien le alzó la cabeza con cuidado y acercó a sus labios un odre lleno de agua. Ésta tenía un sabor amargo y desagradable, pero el satái la bebió con ansia.

Poco a poco se desvanecieron los velos que parecían cubrir sus ojos. Skar parpadeó, se incorporó como pudo y apoyó la cabeza en las manos. Un intenso dolor hurgaba en su pecho, y una red de finos y viscosos hilos grises envolvía sus pensamientos. El veneno que circulaba por sus venas empezaba a actuar con más potencia... De nuevo se abrió paso su mano hacia la bolsa que llevaba debajo de la coraza, pero los dedos, torpes, fueron incapaces de desatar el nudo del cordón.

—Espera —dijo entonces una voz encima de él— yo te ayudaré.

Skar alzó la vista, perplejo, y vio la informe y nebulosa cara de El-tra. Era la primera vez que uno de los seres de los pantanos le dirigía personalmente la palabra, y el satái se hizo cargo de la importancia de la situación. Lo dicho por El-tra era más que una expresión de buena voluntad, y, cuando el ser de los pantanos se arrodilló a su lado y tomó su mano, Skar sintió una ola de agradable confianza, un afecto, una *humanidad* que hasta entonces había encontrado a faltar en aquellos seres camaleónicos.

El-tra soltó con cuidado la bolsa del cuello del satái, extrajo de ella una de las bolas pardas de apariencia insignificante y la depositó en la mano de Skar, que se la llevó en el acto a la boca, aunque vaciló un poco en masticarla y tragarla. De golpe le parecía absurdo todo lo sucedido y lo que aún sucedería. Aquella cosa lisa que tenía entre los dientes se disolvería en unos momentos, para detener los efectos del veneno.

Dos días más de vida, pero quizá también sólo otros dos días de un sufrimiento inútil, otros dos días de una lucha en la que no podía vencer...

No obstante, la partió con los dientes. Tragó dos veces, incluso cuando ya tenía la boca vacía, y procuró eliminar el amargo sabor con el agua del odre que le ofrecía Eltra.

Los efectos del contraveneno se produjeron enseguida. Una agradable y caliente ola de bríos y de un optimismo absolutamente injustificado inundó su cuerpo y su espíritu, ahuyentando los dolores de sus miembros y las grises telarañas de su mente.

De pronto, Skar descubrió una sombra junto a él.

Era Gowenna. Debía de haber permanecido más tiempo del supuesto al borde de la total inconsciencia, porque la mujer había tenido tiempo de lavarse y cambiar sus chamuscadas ropas.

El satái se asustó al ver su rostro, aunque las quemaduras no eran tan graves como había temido. Buen número de rojas ampollas desfiguraban sus mejillas y la frente, lo que sin duda resultaba muy doloroso, pero eso se curaría pronto y apenas dejaría cicatrices. Sin embargo, en la cara de Gowenna se había producido una transformación, algo que le preocupaba mucho más que cualquier llaga física. Existía en ella una herida mucho más profunda y dolorosa que la causada por una llama furiosa... No una herida del cuerpo, sino del alma. Inútil fue que Skar tratara de hallar una explicación para aquel aspecto de sufrimiento. No podía deberse sólo al hecho de haber fracasado, y de que fuera él quien había cogido la piedra. No; había algo más. Un dolor para el que Skar no veía aclaración. Parecía temblar en los ojos de Gowenna toda la angustia de alguien cuyo mundo se hubiese derrumbado, y que con ello perdiera lo único en que había creído.

—Tantor se ha ido —dijo al fin.

Sus palabras brotaron lentas, y en su voz vibraba parte del dolor que había marcado sus facciones.

Skar tardó un momento en comprender de veras lo que Gowenna acababa de decir.

Se puso de pie, aguardó que hubiera cedido el mareo de su cabeza y miró alarmado a su alrededor. El súbito movimiento hizo que sintiera una nueva ola de malestar. Distaba mucho de estar tan fuerte como había creído.

—¿Qué... significa eso? —balbució.

—Que se ha ido —repitió Gowenna—. Ha desaparecido con las bestias de carga y todas las provisiones. Sólo nos ha dejado un poco de agua.

Skar la miró estupefacto por espacio de unos segundos, y luego se volvió por

segunda vez, aunque ahora con más cuidado, para cerciorarse de que Gowenna decía la verdad.

La pieza, de forma cúbica, estaba vacía. Un lugar ennegrecido en el suelo indicaba todavía dónde había ardido el fuego. Pero, con excepción de algunos odres de agua medio llenos, no quedaba rastro del enano ni de todo su equipo.

—¿Y los... caballos? —preguntó temeroso, aunque ya conocía la respuesta.

Gowenna sacudió la cabeza sin hablar.

—Pero... ¿por qué? —murmuró Skar—. ¿Qué saca con abandonarnos? Nosotros...

El satái se interrumpió, miró al vacío y luego meneó la cabeza tan desconcertado como la mujer.

—¿Será por el dragón? —inquirió en voz baja.

—No.

A Gowenna pareció costarle responder a su pregunta. Hablaba con lentitud, como si necesitara concentrarse en cada palabra antes de pronunciarla.

—No hay quien escape de un dragón que expele polvo mortífero. De haber estado aquí semejante monstruo, ya no existiría nada.

—Pero... ¿y qué...?

—Todo terminó, Skar. Estamos en una trampa.

Lo miró muy seria y esbozó una débil sonrisa de resignación. El satái tuvo la impresión de que deseaba decir algo más, pero Gowenna se limitó a emitir un suspiro apenas perceptible, dio media vuelta y, con gesto cansado, se apartó los cabellos de la frente. Mostraba un agotamiento infinito, un agotamiento que llegaba mucho más allá que la mera fatiga física. Algo le había sucedido durante el camino de regreso de Combat, algo que Skar no acertaba a explicarse. Aquella mujer cansada, exhausta hasta más allá de los límites de lo soportable, no era ya la Gowenna que él había conocido.

—Yo no me rindo tan fácilmente —declaró—. Podemos intentar llegar a pie a las montañas.

Sin embargo, sus palabras no sonaron convincentes, ni para él ni para Gowenna, y Skar se dio cuenta. No correspondían a la verdad, y sólo se le habían ocurrido para animar a la mujer y, quizás, enfrentarse a sí mismo.

—¿Y después... qué? —preguntó ella—. ¿Piensas continuar a pie hasta Ikne?

—Si es preciso, ¡sí! —replicó Skar con aspereza—. Arriba, en las montañas, tampoco avanzaríamos mucho a caballo y, una vez superada la cordillera, ya veremos. Nos procuraremos monturas y todo lo necesario.

Gowenna se mantuvo en silencio unos instantes. Su mirada se deslizó por el rostro de Skar y, por fin, se detuvo en la bolsa de cuero que llevaba colgada a la altura del pecho.

—No te queda tanto tiempo, satái.

Skar experimentó un súbito enojo. Estaba aún demasiado agotado para comprender la gravedad de su situación y no sólo aceptarla, sino reconocer, además, que Gowenna tenía razón. Por otro lado se daba cuenta de que la mujer lo hería expresamente, y que trataba de compensar su propia impotencia y desesperación haciéndole daño.

—Permaneceremos aquí todo el día y la noche —dijo el satái con firmeza— y mañana partiremos tan pronto como salga el sol.

—Y nos moriremos de frío en las montañas.

Skar se encogió de hombros.

—Tal vez. Pero quizá no. Podemos pasar la primera noche en la cueva y, después, caminar dos o tres días. El tiempo necesario para salvar los desfiladeros.

Gowenna quiso replicar, pero Skar ya no admitió protestas.

—Partiremos mañana, cuando salga el sol —repitió—. No olvides que ahora soy yo quien da las órdenes.

Los ojos de Gowenna centellearon de rabia. Mas ya no era el furor de antes, ni aquella indómita fuerza que la mujer había irradiado hasta entonces, sino mera rabia y antipatía. Sin embargo, Skar la conocía ya lo suficiente como para saber que tal actitud podía ser tan peligrosa en ella, si no más, que la auténtica furia. Gowenna no tenía tanto dominio sobre sí misma como quería hacer ver. Era posible que dijese e hiciera cosas a las que, pocas horas antes, de ningún modo se hubiese dejado arrastrar.

—¿Qué te sucede? —preguntó entonces Skar, casi con dulzura.

—Nada. yo...

—No es cierto —la interrumpió Skar—. No es cierto, y te consta. ¿No crees que ha llegado el momento de ser sincera conmigo?

La reacción de Gowenna lo sorprendió. No sabía exactamente qué había esperado: tal vez burla, rechazo, sarcasmo o desprecio. Pero no hubo nada de eso. Lo único que le pareció descubrir durante una fracción de segundo en su rostro fue algo similar a la tristeza... O conciencia de culpabilidad.

Mas el momento pasó tan deprisa como se había producido. La cara de Gowenna volvió a ser una máscara inaccesible, y Skar notó de nuevo la antigua frialdad y arrogancia.

—No me sucede nada —dijo—. Sencillamente, estoy agotada y dolorida.

Le dio la espalda con brusquedad, se acercó con rápidos pasos a los dos seres de los pantanos y se puso a conversar en voz baja con ellos.

Skar permaneció inmóvil unos instantes y, después, eligió el extremo opuesto de la habitación. Exhausto como estaba, se dejó resbalar al suelo, apoyado en la pared, posó la cabeza sobre las encogidas rodillas y cerró los ojos. La sangre le zumbaba en los oídos, y su corazón comenzó a latir con tal celeridad —y al parecer sin motivo— que sintió mareo.

Había sido demasiado. Su cuerpo se rebelaba pese a que, en otras ocasiones, había resistido esfuerzos todavía mayores. Pero en realidad no era su cuerpo, no eran sus músculos y tendones los que capitulaban, sino su espíritu. Se había metido en un juego excesivamente grande para él. Aquello era una lucha contra aspas de molinos de viento. Se sentía como un hombre que hundiera a ciegas puertas y paredes, sin comprender que, detrás de cada puerta y cada ventana, habría otra más alta todavía, por muchas que derribara.

Había sido lo suficientemente tonto para creer que podía vencer en astucia a Gowenna y derrotarla con sus propias armas, con unas armas que ni siquiera sabía cómo eran, ni mucho menos cómo utilizarlas y de pronto se dio cuenta, con toda claridad, de que el único engañado era él.

Tampoco tenía la certeza de no haberse engañado a sí mismo. Quizás hubiese sido tan equivocada la propia valoración de sus fuerzas y de su inaccesibilidad como falsas habían sido las promesas de Vela. Había querido convencerse a sí mismo de que no se dejaba coaccionar, y de que no aceptaba la misión para salvar a Del, sino para hacer fracasar los planes de Vela.

Mas ni siquiera eso correspondía a la verdad. Si estaba allí, era únicamente para salvar la vida de Del y la suya propia. La piedra era sólo un pretexto, un nudo más en el tejido de mentiras y verdades a medias en el que cada día se encontraba más enredado.

Introdujo la mano debajo de la camisa y agarró la bolsa. A consecuencia del calor, el cuero estaba agrietado y endurecido, pero aun así pudo palpar las vitales bolas que contenía, las raciones de vida, y además la piedra. Esta era pequeña, apenas un poco mayor que las bolas de veneno, dura y, al parecer, insignificante. Skar trató de ahondar en sí mismo en busca de una reacción, de un eco, de algo. Pero no había nada. Ignoraba lo que esa piedra representaba, el poder que poseía, si realmente poseía alguno... En el fondo, nunca le había interesado. En absoluto. Ni deseaba saber qué poder pensaba obtener Vela mediante ese trocito de mineral. Todo cuanto le interesaba era su vida y la de su compañero Del.

Alguien se le acercó y no se movió hasta que él alzó la vista. El-tra. Uno de los dos El-tra, sin que él supiera decir cuál. Probablemente, no existía ninguna diferencia.

—¿Qué hay? —preguntó.

El habitante de los pantanos levantó una mano.

—A ti te atormenta algo, hermano en espíritu...

Skar contuvo un estremecimiento. No eran las palabras elegidas —aunque ya resultaban bastante sorprendentes— lo que lo asustaba, sino que... el ser de los pantanos le hablaba *con su propia voz*...

—¿De veras lo soy? —dijo, sin responder a la pregunta de El-tra.

—¿Qué?

—Tu... ¿cómo lo llamaste? ¿Tu hermano en espíritu?

El ser de los pantanos vaciló de manera visible.

—No —respondió al fin—. No en el sentido en que tú interpretas probablemente mis palabras y es que vuestra lengua es muy desconcertante. Tú nos diste vida, ¿no? ¡Pues en nosotros hay algo de ti!

—Lo sé —dijo Skar—. Pero no me atrevo a afirmar que esté orgulloso de ello. Elegisteis al hombre menos adecuado, El-tra.

Ahora fue el habitante de los pantanos quien no hizo caso de su manifestación. Guardó silencio un rato e, imitando la postura de Skar, se dejó caer al suelo junto a él, y se apoyó en la pared. No dijo nada, y Skar adivinó que no volvería a hablar por iniciativa propia. Pero el satái experimentó de pronto un extraño agradecimiento por tener alguien al lado; un ser con quien compartir su desesperación y su fatiga.

Con todo cuidado, Skar se descolgó del cuello la bolsa de cuero, la abrió y sacó de ella la misteriosa piedra. Entre tanto, su azulado resplandor se había apagado por completo, y el satái se dijo que parecía, más que nunca, un vulgar y deslustrado pedazo de vidrio. Dejó resbalar la piedra sobre la palma de su mano, se la acercó a la cara e intentó atrapar un rayo de sol en las minúsculas facetas de su superficie. Mas no lo consiguió.

—¿Qué es esto? —preguntó en voz baja.

Las palabras iban más dirigidas a sí mismo que al ser de los pantanos, y El-tra tampoco contestó.

—¿Cuántas personas habrán muerto por esta piedra? —prosiguió—. ¿Centenares? ¿Miles? ¿Qué poderes confiere a su poseedor?

—No lo sé —confesó El-tra—. Nadie lo sabe.

—¿Ni siquiera Vela?

—Ni siquiera Vela —declaró el habitante de los pantanos—. La piedra puede

significarlo todo... o nada. No es más que una clave, Skar. La clave de algo que...

El-tra calló de pronto, y Skar supo que no diría nada más ya había hablado más de lo debido. Mucho más.

—Bien, bien... —murmuró el satái—. Llegará el momento en que lo descubra.

Encerró la piedra en su puño, pero aún no la devolvió a la bolsa. De nuevo se ensimismó, buscando en lo más profundo de su alma un eco, algo que reaccionara ante la fría y lisa piedra que sostenía su mano. Mas no se produjo nada. La piedra estaba muerta.

—¿Valía tanto? —preguntó—. ¿Merecía que tantas personas muriesen por ella?

—Muchos de vosotros murieron por cosas menos importantes —señaló El-tra, tranquilo—. Por una idea o un sueño... Atribuís demasiado valor a la vida —agregó, abriendo las manos en un gesto impresionantemente humano, a la vez que hacía descansar la cabeza en la pared—. El individuo no cuenta mientras se mantenga la comunidad.

Skar rió quedamente, pero no hubo en ello humor ni verdadera sinceridad.

—¿Qué te divierte, satái? —quiso saber El-tra.

—Nada... Nada...

Skar se incorporó, volvió a introducir la piedra en la bolsa y miró al ser de los pantanos.

—Me pregunto cómo un ser que no dispone ni de una identidad propia se atreve filosofar sobre el destino de una persona. Vosotros nunca fuisteis tres, ¿no es eso?

—No —admitió El-tra—. Una, tres, millones de facetas de un solo ser enorme. Como Gowenna, Vela, Arsan, tú y todos los demás humanos. Lo que ocurre es que aún no os habéis dado cuenta.

—O quizá seáis vosotros los que nunca os habéis dado cuenta de que existe algo así como una vida individual —replicó Skar—. La cosa puede estudiarse desde dos lados distintos.

A pesar de que, a cada minuto que transcurría, su cansancio aumentaba y los pensamientos se arrastraban por su cerebro como un espeso jarabe, aquella discusión empezaba a hacerle gracia. Era la primera vez que El-tra hablaba con tanta libertad sobre sí mismo y su pueblo, y Skar empezó a preguntarse si aquellos dos extraños seres no serían algo más que los confidentes y guardianes de Gowenna.

—El individualismo no es el máximo objetivo —lo contradijo el habitante de los pantanos, tras breve vacilación—. Piensa en nuestro pueblo, Skar, y luego en el tuyo. Nosotros desconocemos eso que vosotros llamáis personalidad. Al menos, en el mismo sentido que vosotros le dais. Sin embargo, vivimos en paz desde hace

milenarios, mientras que vosotros os desgarráis mutuamente en unas guerras sin fin.

Skar hizo un gesto despectivo con la mano.

—¡Bah, la paz! —exclamó—. También en la tumba hay paz, El-tra y vosotros pagáis un precio muy alto por ella. Vivís aislados. Excluidos del resto del mundo.

—¿Eso crees?

El-tra volvió a guardar un largo silencio, como si tuviera que preparar bien la respuesta.

—¿Y quién te dice que no sois vosotros los excluidos, y no al revés? ¿Qué sucede contigo y con Del? —preguntó, y entre las grises nieblas que asomaban debajo de su capucha pareció relampaguear una sonrisa casi burlona—. También vosotros dos sois hermanos en espíritu. Quizá más de lo que tú te imaginas. Mata a uno, y el otro morirá.

—¡Bobadas! —gruñó Skar.

El-tra movió la cabeza en sentido afirmativo.

—Desde luego. Es posible que Del ya no viva, y también cabe la posibilidad de que tú mueras con nosotros dentro de una hora o de un par de días, y que el otro continúe con vida. Pero nunca volverá a ser el que fue.

Esta vez, Skar renunció a contestar. No habría sabido qué decir. El-tra tenía razón en todo. El mismo había empezado a transformarse. Poco quedaba de su anterior fuerza y seguridad. Se sentía desorientado, impotente y débil. No sabía qué habría ocurrido de seguir Del a su lado, pero le constaba que todo, todo habría sido muy distinto.

El-tra se levantó de manera súbita y ágil, saludó con un movimiento de cabeza y, sin una palabra más, regresó junto a Gowenna y el segundo ser de los pantanos.

Capítulo 8

No supo cuánto había dormido, pero había oscurecido bastante cuando Arsan lo despertó. En un primer momento le costó volver a la realidad. No eran las grises telarañas del veneno las que tenían presos sus pensamientos, sino simplemente el cansancio, un agotamiento como no lo había experimentado nunca.

Alzó la vista, vio el rostro de Arsan e intentó incorporarse. Pero sólo lo consiguió a la segunda vez.

—¿Qué hay? —inquirió con voz espesa.

Arsan señaló la puerta con un gesto. Fuera era aún pleno día, pero el sol había continuado su trayectoria de modo que los rayos no caían ya directamente en la entrada y el interior del edificio quedaba sumido en grises sombras.

—Ven conmigo —dijo el kohner.

Skar se puso de pie, se apoyó un instante en la pared para no perder el equilibrio, y siguió a Arsan a la salida.

—¿Qué hay? —volvió a preguntar.

Arsan lo miró con extraña expresión. En su rostro se reflejaba el susto, pero también había resignación. Señaló con el dedo hacia Occidente.

—¡Allá!

Primero, Skar no vio más que la maciza sombra de las montañas, que parecían danzar detrás de una cortina de aire tórrido. Sus ojos, acostumbrados al plumizo crepúsculo reinante en el interior, comenzaron a lagrimear a la cegadora luz, y le oprimió un súbito e intenso dolor la raíz de la nariz. Sólo al cabo de un rato vio lo que el kohner había querido enseñarle: a medio camino entre ellos y el límite de la nieve, quizás a cuatro o —como máximo— cinco kilómetros de distancia, se movían diversos y diminutos puntos negros.

—Hombres a caballo —murmuró Arsan—. Jinetes.

Su voz sonó impropriamente tranquila, casi alegre. Skar había esperado verlo preocupado o, por lo menos, sorprendido, pero las palabras del kohner no revelaban nada de eso. Parecía aceptar la aparición de los jinetes como lo más natural del mundo, como si su presencia perteneciese tanto a aquellos paisajes como las montañas que se alzaban al oeste o la resquebrajada llanura que se extendía delante.

Skar miró desconcertado al hombrecillo y luego volvió a dedicar su atención a los hombres montados. Calculó que serían cinco o seis, pero no estaba seguro de ello. Tal vez fuesen más. La vibración que el calor producía en el aire impedía distinguir los detalles.

—Deben de ser los que nos siguen desde un principio —dijo Gowenna detrás de él—. No podrían haber elegido un momento mejor para atacarnos.

Skar se volvió. No había notado que la mujer se acercara. Antes, al despertarlo Arsan, ella dormía aún entre los dos seres de los pantanos.

—¿Quién te dice que piensan agredirnos? —inquirió.

Gowenna le obsequió con una mirada burlona.

—No creo que vengan para compartir un vaso de vino con nosotros —contestó—. Nos persiguen.

—Y tú lo sabes... —dijo Skar—. No es que sólo lo temes... ¡Lo sabes!

La alarma que asomó a su rostro fue evidente.

»Lo supiste desde un principio, ¿no es así? —continuó Skar, sin darle ocasión de replicar—. ¡Por eso estoy yo aquí! Vela no era la única que conocía la existencia de la maldita piedra...

—¿Y si así fuera? —dijo ella con porfía—. ¿Cambiaría algo nuestra situación?

—Mucho —respondió Skar, sereno—. Si a mí me dan a elegir, prefiero el papel de cazador al de presa. Podríamos haberles preparado una emboscada en las montañas y...

—¡Oh, sí, claro! —cortó Gowenna con sarcasmo—. Era la reacción que esperaba de ti, satái. Habrías querido dártelas de héroe y poner en peligro nuestra misión.

—La lucha se producirá de una forma u otra —declaró Skar, a la vez que observaba a los jinetes que se aproximaban—. Pero quizás hubiésemos podido tener mejores cartas en el juego. ¿Quiénes son esos hombres?

—Eso lo sé tan poco como tú.

—¡Mientes! —rugió el satái—. Desde el primer día supiste que nos perseguían, muchos antes de que los demás nos diéramos cuenta ¡y sabías quiénes eran!

—Te aseguro que lo ignoro, Skar. Puedo sospechar algo, pero, de momento, no pienso decir nada.

Skar resopló ruidosamente. Tuvo la tentación casi irrefrenable de arrojarse sobre Gowenna y hacer lo que debiera haber hecho hacía tiempo: agarrarla y arrancarle la verdad a golpes. Ahora ya no podía retroceder. Demasiado había intentado ella tomarle el pelo, tanto delante de los demás como de ella misma y él había hecho mal en callar. Pero asimismo se daba cuenta de lo peligrosa que era la situación en que ambos se hallaban. Sus discusiones adquirirían una importancia cada vez mayor.

Los dos estaban extenuados y sobreexcitados, más de lo que ellos mismos imaginaban. Pero Skar había alcanzado un punto del que no estaba dispuesto a pasar.

—Me estoy hartando —dijo con forzada calma—. No has cesado de mentirme

desde que emprendimos el viaje. He resistido en silencio tu mofa y tus ofensas, en consideración a que eres una mujer. Pero ahora no puedo más. Has conseguido lo que querías, ¿no? ¡Pues dime de una vez a qué jugamos aquí!

Gowenna frunció los labios con porfía, y en sus ojos centelleó, por un breve instante, la anterior arrogancia. Dio media vuelta, se adentró unos pasos en la pieza y sólo se detuvo cuando Skar, que había ido detrás de ella, la asió con fuerza por un brazo.

—¡Habla de una vez!

Gowenna se soltó con una mirada furiosa, y su mano buscó la empuñadura de la espada.

—¡No te atrevas a tocarme más! —gritó— ¡ya te advertí una vez que no lo permitiría, y no lo repetiré una tercera!

Skar sonrió con una mueca intencionadamente ofensiva.

—No te pongas en ridículo, Gowenna —dijo con provocadora calma—. Quiero respuestas. Puedes representar tu número de circo cuando tengamos tiempo para eso. ¡No ahora!

Gowenna palideció. Durante una fracción de segundo cruzó su rostro una expresión de perplejidad, casi de horror..., una sombra de susto y miedo y su mano agarró el puño de la espada como si quisiera romperlo en mil pedazos.

Skar vio el movimiento en el último instante.

Había sospechado que Gowenna era rápida, pero no hasta tal extremo. Con la celeridad del relámpago, casi imposible de seguir con la vista, la mujer desenvainó la espada y, describiendo con ella un cintilante y mortal semicírculo, lo atacó directamente.

Skar se echó hacia atrás y trató de extraer su propia arma. No lo consiguió del todo, pero el afilado acero resbaló a medias de la vaina y protegió así su cuerpo. Un agudo chasquido hizo vibrar el aire cuando las dos hojas chocaron. Skar lanzó un grito de dolor cuando su muñeca —tensa y en un ángulo falso— recibió toda la intensidad del golpe. La violencia del encontronazo lo hizo tambalearse hacia atrás, pero también Gowenna perdió el equilibrio y, con ello, el satái tuvo ocasión de recobrar su estabilidad.

Ya no le concedió la menor ocasión a Gowenna. Cuarenta días de odio, cuarenta días de enojo y desesperación acumulados se descargaron en una única e impetuosa estocada. El arma de Gowenna salió disparada hacia un lado, y la de Skar avanzó enormemente veloz, como una serpiente, rozó la cara de la mujer y dejó en su mejilla un largo y sangriento corte, para chocar de nuevo con la espada de Gowenna al

retirarse, cuya hoja se partió como el cristal y fue a parar a varios metros de distancia.

Skar arrojó lejos de sí su arma y dio un furioso salto hacia adelante. Gowenna intentó defenderse, pero sus probabilidades eran las de una niña pequeña contra un quorri iracundo. Alzó la mano, nerviosa, y formó una mortal «V» con el dedo índice y el de en medio, dispuesta a arrancarle los ojos al satái. Pero él la empujó hacia un lado, sin la menor dificultad, paró un rodillazo con el codo y le golpeó el cuerpo con el antebrazo.

Gowenna emitió un sonido gutural, se llevó las manos al vientre y cayó de rodillas. El puntapié final de Skar no hubiese sido necesario para derribarla del todo, pero le produjo satisfacción. Por un brevísimo instante le produjo satisfacción, sí, demostrar a la mujer toda su superioridad, hacerle daño y martirizarla y humillarla en lugar de Vela, a la que no tenía a mano.

Y siguió lastimándola, si bien ya no con hechos, sino con palabras.

—¿Qué? ¿Tienes bastante? —preguntó entre jadeos—. ¿Era esto lo que querías saber, o debo continuar?

Skar se agachó, la levantó sin miramientos y la arrojó contra la pared.

Gowenna respiraba con dificultad y tenía el rostro cubierto de sangre.

Se hincó otra vez de rodillas, retorciéndose de dolor; era evidente que le costaba tomar aire. Muy probablemente no entendía sus palabras, pero él siguió hablando y soltó todo lo que había acumulado a lo largo de semanas y, aunque estaba asustado de sus propias expresiones, se sentía incapaz de contenerlas.

—De modo que eres una gran guerrera, ¿no? —dijo con voz que goteaba sarcasmo, porque cada sílaba era un golpe que debía herirla y torturarla—. ¡El mundo entero debe temerte! ¿Eh? Pero hasta un aprendiz de satái te propinaría una buena azotaina sin más arma que sus manos. No eres tan fuerte como crees, Gowenna. No eres más que una mujer amargada que odia a los hombres, y que sólo se considera invencible por saber manejar la espada y contar con la protección de dos monstruos. ¡Pero ahora me dirás la verdad! ¡Quiero saber qué diantre significa esa piedra y quiénes son los hombres que nos persiguen!

Alguien le tiró con brusquedad del brazo. Skar se volvió, preparado para verse agredido por los dos seres de los pantanos.

Pero era sólo Arsan.

—¡Basta, Skar! —dijo con voz temblorosa—. ¡Basta ya!

El satái lo apartó de un manotazo, pero el kohner lo agarró enseguida otra vez. En sus dedos había una fuerza temblorosa.

—¡Tú no te metas en esto! —siseó Skar.

—¡Basta! —insistió Arsan—. Te lo suplico. La has vencido, ¿no? ¡Pues no hace falta que además la humilles!

Sus miradas se cruzaron un segundo, y Skar leyó en los ojos del kohner una energía de la que jamás lo hubiese creído capaz. Quizás esa fuerza naciera del temor, pero era una realidad.

Permaneció inmóvil unos instantes, y luego apartó definitivamente la mano de Arsan.

—Está bien —gruñó—. Tal vez tengas razón. Pero necesitaba poner las cosas en claro. También tu vida está en juego.

—Mi vida... —repitió Arsan con sarcasmo—. ¡Pero si todos nosotros ya estamos muertos, Skar!

—Puede que tú lo estés —contestó el satái con aspereza.

Luego buscó con la vista a los dos seres de los pantanos, que no habían intervenido para nada en la pelea y continuaban en la misma postura de antes. Skar se preguntó si se habrían dado cuenta de algo.

—Debiéramos prepararnos para la lucha —señaló Arsan— en vez de enzarzarnos en peleas.

Su mirada volvía a ser clara, y en su voz había el tono ligeramente resignado y, sin embargo, animoso de siempre. Sólo durante un abrir y cerrar de ojos había perdido el dominio de sí mismo.

—¿Para qué lucha? —preguntó Skar—. No habrá ninguna lucha.

Arsan ladeó la cabeza.

—¿Qué quieres decir con eso? ¿Piensas rendirte?

—No, pienso huir —lo corrigió Skar—. Huiremos, al menos de momento. Esos tipos necesitarán dos o tres horas para llegar hasta aquí, lo que nos proporciona el tiempo suficiente para desaparecer dando un gran rodeo.

—Pero ellos tienen caballos.

—Por eso mismo —indicó Skar, más animado— y, sin duda alguna, arcos y flechas y un montón de armas... Pero también llevarán mantas, leña y comida. ¡Todo aquello de lo que nosotros carecemos!

—¿Piensas... asaltarlos? —inquirió Arsan, perplejo.

—No nos queda otro remedio. Vagarán un poco por aquí, buscándonos. y eso nos dará la oportunidad de prepararles una emboscada. Nos superan en número, van mejor armados y, sin duda, estarán descansados, pero nosotros no sobreviviríamos ni un solo día en las montañas, a pie y sin equipo. Ven pues. ¡ya hemos perdido demasiado tiempo!

Se agachó, tomó uno de los odres de agua, se lo sujetó a la cintura y, con un gesto, ordenó a Arsan que hiciera otro tanto. Detrás, Gowenna se levantó con una expresión de dolor. Skar ni la miró.

—¿De veras piensas atacarlos? —volvió a preguntar Arsan.

—¿Se te ocurre a ti algo mejor? —replicó Skar—. Claro que puedes quedarte aquí y dejar que te corten la cabeza. yo no te obligaré a venir conmigo.

Se enderezó, desenvainó la espada y jugueteó con ella un par de veces delante del rostro de Arsan.

—Si no me equivoco, me trajisteis para que luchara por vosotros, ¿no?

Capítulo 9

Hacía calor y frío al mismo tiempo y, como en toda aquella parte del mundo, no sólo hacía calor y frío, sino un calor y un frío insoportables. Skar había creído saber lo que les aguardaba, pero había olvidado lo espantosa que era la tempestad de fuego de Combat, lo cortante que resultaba el viento que, aspirado por la fuerza de la ciudad en llamas, les azotaba la cara con el frío glacial de las montañas, y lo ardiente de aquel calor que, incluso contra el ímpetu del huracán, se arrastraba detrás de ellos y los quemaba, encendía el suelo que pisaban y convertía el aire en abrasador y pegajoso líquido que hacía una tortura de cada respiración. Había renunciado hacía rato a calcular la distancia que aún los separaba de la cordillera. Le parecía que habían corrido como locos horas y más horas, o días, sin que la impotente muralla coronada de nieve que se alzaba en Occidente estuviera ni un palmo más cerca. Skar estaba tan rendido que a duras penas podía avanzar. Se preguntaba de dónde sacaban Gowenna y Arsan la energía para seguir colocando un pie delante de otro. Hasta los dos seres de los pantanos daban muestras de estar extenuados. A medida que la luz del día se debilitaba, sus figuras parecían flamear; la niebla que había debajo de sus capuchas se agitaba, y diríase que ese movimiento significaba dolor.

Skar descubrió cómo su mano se movía hacia el odre de agua ya medio vacío que pendía de su cinturón, como si fuera un pequeño ser independiente que no hiciera caso de sus órdenes. Mas no se permitió beber. Tampoco los demás podían saciar su sed. El satái había tomado el mando al abandonar el edificio. Sencillamente, por salir el primero. Gowenna no había vuelto a intentar oponerse. Había perdido más que una lucha.

Sin embargo, tal victoria no satisfacía a Skar.

Como si sus pensamientos hubieran sido el santo y seña, Arsan cayó de rodillas. El satái acudió a ayudarlo, pero el agotamiento hizo que sus reacciones fuesen más lentas que de costumbre. Arsan se le escurrió de las manos y, con un gemido, se golpeó la cara contra el duro suelo.

A Skar le faltó la energía necesaria para ocuparse de él. Se tendió junto al kohner y miró parpadeante al cielo. Combat arrojaba su llameante saludo a las nubes, como siempre, pero su resplandor era ahora distinto: no consistía sólo en calor y claridad, sino también en una muda y sangrienta amenaza.

—Descansaremos aquí —murmuró.

Sus palabras habían sido demasiado quedas para que Gowenna o uno de los dos seres de los pantanos las oyesen. Aun así, la mujer se detuvo, se bamboleó

brevemente y, por fin, se dejó caer sobre una roca. Los dos El-tra, siempre mudos, se apostaron uno a cada lado de ella.

La extenuación cubrió a Skar como una ola aturdidora, y esta vez no trató de luchar contra ella. ya no era sólo el cansancio físico. Un satái siempre disponía — incluso ahora— de unas reservas a las que recurrir.

No; el agotamiento físico no era lo peor. Lo que le asustaba era que aquella viva e inagotable llama que durante toda su vida ardiera en él, aquella llama que impulsaba a un satái a seguir adelante en cualquier caso, a pelear y resistir hasta triunfar o morir, se había apagado. ya no tenía voluntad de luchar.

Sabía que su plan no daría resultado, que sus perseguidores los alcanzarían antes de llegar a las montañas, y le constaba que serían atacados y asesinados. Pero esa idea ni siquiera le infundía miedo. Lucharía una vez más y sucumbiría espada en mano: una muerte inútil, pero más digna de un satái que el lento debilitamiento que de otra forma le hubiese aguardado.

No tenían posibilidad de salvarse. Nunca la habían tenido. La suerte —si alguna vez los había acompañado— ya no estaba con ellos. y habrían tenido que avanzar más rápido. Las irregularidades del terreno les proporcionaban suficiente protección, pero a la vez los habían forzado a dar incontables rodeos y subir extenuantes cuestas. En resumen, habían perdido un tiempo del que no disponían.

Skar apoyó la desnuda espalda en la roca aún caliente y contuvo un grito de dolor cuando ésta le hirió la ya castigada piel. La llanura empezó a desvanecerse ante sus ojos, y durante un instante creyó reconocer un delgado y pálido rostro entre las nieblas. El rostro de Vela...

Arsan se agitó entre gemidos. Moviò la cabeza y su maltrecha cara rozó el áspero suelo, dejando un pequeño rastro de sangre. Se incorporó, sólo apoyado en las puntas de los dedos, hasta quedar de rodillas. Le costaba respirar, y de su pecho brotó una especie de graznido que hizo estremecer a Skar.

—Éste es el fin, satái... —jadeó—. Todo... acabó...

En el rostro de Skar se dibujó una sonrisa pese a que, más bien, tenía ganas de llorar.

—¿Otra vez te crees muerto, Arsan? —dijo—. Pues, para ser un cadáver, hasta ahora te has portado bastante bien. Si tuviera que hacerte caso, ya moriste por lo menos veinte veces cuando íbamos a Combat.

Pero sus frases no hicieron el efecto deseado. Todos habían alcanzado tal grado de extenuación que de nada servían ya las palabras de aliento.

Skar buscóla mirada de Gowenna, mas la mujer parecía no darse cuenta de lo que

sucedía a su alrededor. Tenía los ojos clavados en el suelo, y con una mano se tapaba la mejilla herida. El corte ya no sangraba. No era profundo y no dejaría cicatriz. Pero Skar sabía que no eran el dolor ni la derrota sufrida a manos de él los que la hundían. Algo le había ocurrido poco antes de regresar de Combat. No sabía qué era, pero sí le constaba que, sin querer, la había destrozado de manera definitiva y brutal. De repente se sintió ruin e infame, sucio. Sintió algo semejante a asco de sí mismo, como un hombre que hubiese azotado a un niño y se diera cuenta demasiado tarde de lo hecho. Nada quedaba de la sensación de triunfo experimentada durante unos breves momentos. En él no había más que vacío, un vacío terrible, y un sabor duro y amargo. Había vencido, pero había sido el suyo un triunfo sin mérito, indigno de un satái.

Al fin y al cabo, Gowenna era sólo una mujer con los sentimientos perturbados por unos motivos que él ignoraba. Ni siquiera era robusta, mientras que él, por su cuerpo, su espíritu y sus reflejos, podía considerarse una perfecta máquina de guerra, un hombre preparado desde siempre para luchar y matar. No, no había sido una victoria de la que pudiera enorgullecerse.

Por otro lado, Skar era incapaz de ir a excusarse.

Ni ella lo habría aceptado tampoco. Lo rechazaría, y él, disgustado, quizás aún la ofendiese más. En consecuencia, prefirió seguir sentado donde estaba y no hacer nada.

Por vez primera, desde el comienzo de su involuntaria colaboración, la comparó con Del, y, aunque de momento le pareció absurda la idea, fue descubriendo más y más parecido entre ellos. Había necesitado diez años para convertir a Del en un hombre, y le harían falta otros diez para lograr que fuese un satái de verdad. De no haberse encontrado nunca, Del habría podido ser como Gowenna. No tan lleno de odio y rabia, pero animado por el mismo fuego incontrolado.

Skar levantó la vista al acercársele uno de los seres de los pantanos.

—¿Qué hay?

—Ya vienen —contestó El-tra.

—¿Los jinetes?

Skar echó una rápida mirada a Arsan, pero el kohner estaba muy hundido entre las rocas y no parecía haberle oído. Tenía los ojos abiertos, pero vacíos de expresión.

El-tra hizo un gesto de afirmación.

—No nos separa de ellos ni un kilómetro. y nos siguen la pista con gran seguridad. No me preguntes cómo, pero sin duda saben muy bien dónde buscarnos.

Algo del antiguo espíritu de lucha despertó de pronto en Skar, pero no fue más que un simple reflejo con el que sus instintos reaccionaban ante la amenaza,

comparable, en su inutilidad, a los últimos pasos que da una gallina a la que le han cortado la cabeza. y desapareció enseguida. En su lugar lo invadieron de nuevo el cansancio y la resignación. Miró a su alrededor, rendido, y por vez primera desde que se habían detenido a reponer fuerzas vio dónde estaban.

Habían elegido un cráter llano y bastante liso, que sólo se hundía un poco en el centro y estaba rodeado de paredes, del doble de la estatura de un hombre, que parecían troqueladas. Desde luego no era un lugar ideal para defenderse, aunque tampoco el peor. y para morir resultaba tan bueno como cualquier otro.

Skar aceptó agradecido la mano que El-tra le tendía para levantarse, y fue con él al borde del cráter. Un estrecho sendero conducía hacia lo alto, semejante a aquél por el que habían descendido. Skar siguió al habitante de los pantanos, tomó asiento sobre la caliente piedra y se estremeció cuando se vio azotado a la vez por un viento gélido y un calor insoportable, cada cosa por un lado, amenazando con aplastar su cuerpo entre un yunque candente y un gigantesco martillo de hielo. Ahora se dio cuenta de lo protegidos que se hallaban en el fondo del cráter.

El-tra no había exagerado. Los jinetes estaban cerca, más cerca de lo que él había temido. No tardarían ni diez minutos en llegar. y Skar perdió todavía más los ánimos al ver a aquellos hombres.

Eran todos, sin excepción, robustos guerreros; no un abigarrado grupo como el suyo, sino soldados, mercenarios de pesadas corazas de cuero, montados en grandes y fuertes caballos de batalla, casi tan protegidos como ellos; máquinas asesinas, armadas hasta los dientes, de las que hubiesen bastado tres para acabar con todos ellos. Mas no eran tres, sino... diez.

Y a la cabeza cabalgaba un gigantón de armadura negra, tan alto como Del y todavía más ancho de espaldas, con escudo y *shuriken* y una esbelta espada de reluciente metal.

Un *tchekal*.

Skar creyó convertirse en hielo. ya no sentía calor, ni frío, ni se enteraba de lo que sucedía a su alrededor. El mundo parecía consistir en un círculo cegador, en cuyo centro llameaba la esbelta arma. ¡Un *tchekal*!

En todo Enwor no existía nadie que se hubiese atrevido a llevar semejante espada sin estar autorizado para ello. Nadie que no fuera un satái.

—Arsan tenía razón —murmuró con voz apagada—. Estamos muertos.

No podía dejar de mirar a la enorme figura de armadura negra. Apretó los puños ante la impotencia e intentó ordenar el caos que había detrás de su frente.

—Pero...¿cómo...?

—Tú también estás aquí, ¿o no...?

La voz de El-tra, normalmente tan inexpresiva, sonó ahora casi divertida.

Skar se volvió de golpe, pero no dijo nada. Sólo existía una explicación, pero la idea era demasiado terrible para desarrollarla hasta el final.

—Sirven al mismo amo que nosotros —confirmó El-tra sus sospechas—. Si Vela consiguió dominarte, también puede lograrlo con otro satái que, quizá, no sea tan reacio como tú.

—Pero... ¿por qué? —musitó Skar desvalido.

—¿De veras no lo sabes? —preguntó El-tra—. Resultas demasiado peligroso. Ninguno de nosotros creyó, ni por un momento, que tú fueses a entregar la piedra a Vela. Esos hombres han venido para eliminarte. Eres un hombre difícil, Skar. Tanto que no consideran prudente dejarte con vida.

Skar mantuvo un prolongado silencio. El viento se había enfriado súbitamente.

—Y vosotros lo sabíais, ¿no? —inquirió al fin, sin alzar la voz.

El-tra lo negó.

—No antes de abandonar la ciudad, Skar. Teníamos orden de matarte apenas hubieses sacado la piedra de Combat, pero seguro que la *errish* debió de sospechar que no lo haríamos.

Ni esta última revelación afectó a Skar. Le sucedía lo mismo que en su primer encuentro con la ciudad en llamas: su capacidad de sentimientos, incluso de odio y rabia, estaba agotada. Ahora sólo se sentía vacío.

—¿Por qué no lo hicisteis? —preguntó quedamente—. Al menos habríais salvado vuestras vidas.

—Gowenna nos lo prohibió. —Dijo El-tra, al mismo tiempo que volvía la cabeza para mirar, como Skar, a los hombres que se aproximaban, y agregó de repente:— No tendrías que haberla azotado, satái.

Esas palabras se clavaron en el cerebro de Skar como pequeños cuchillos candentes.

—¿Y por qué no lo impedisteis? —exclamó en un intento tan absurdo como inútil de defenderse y echarle parte de culpa a El-tra.

El ser de los pantanos movió la cabeza sin brusquedad.

—Una vez luché contigo, Skar. No lo olvides. Te conozco y sé cómo eres capaz de pelear. Habría tenido que matarte, y no quise.

—¿Fuiste *tú* mi contrincante en la arena?

El-tra hizo un movimiento indefinido con la mano.

—Yo o uno de mis hermanos de espíritu; eso poco importa. Lo que hace uno, lo

hace el otro, y lo que uno siente, lo sienten todos.

Skar no apartaba la vista de los jinetes que se acercaban sin descanso. Hacía rato que tenían que haberlos descubierto a El-tra y a él, sentados como estaban sin protección sobre una roca. Pero eso ya era igual.

—Deberíamos bajar y ocuparnos de Arsan y Gowenna —dijo el habitante de los pantanos al cabo de un rato.

Skar se levantó sin más palabras y siguió a El-tra al interior del cráter. Arsan continuaba medio atontado en el mismo sitio donde lo habían dejado. ya no lucharía. Para él, el viaje había terminado, tanto si el encuentro terminaba de una manera como de otra. Aunque ocurriesen varios milagros a la vez y salieran con vida, sólo llevarían consigo una envoltura vacía, un hombre que, si bien existía y respiraba, había dejado de vivir en realidad.

Pasó rápidamente por su lado y se acercó a Gowenna, que había despertado de su rigidez y ahora permanecía sentada muy tesa en su roca. Casi exageradamente tensa.

Sus mejillas estaban húmedas.

Gowenna lloraba...

Skar se sintió responsable. No hubiera sido necesario humillarla.

—El-tra me lo ha dicho todo —explicó sin transición. Su voz sonaba ronca y torpe, y le resultaba difícil pronunciar las palabras—. Lo lamento, Gowenna. y te doy las gracias.

—¿Tú me das las gracias a mí? —replicó Gowenna.

Eran las primeras palabras que pronunciaba desde la salida del edificio situado en la periferia de Combat.

»¿Y tú me das las gracias? —repitió—. ¿Por qué, Skar? ¿Por haberte traído a donde te tocará morir?

—Sé que me salvaste la vida —contestó el satái—. yo... yo te hice daño; más del debido, y...

Gowenna soltó una risa estridente.

—¿Que *tú* me hiciste daño? —jadeó—. ¿Tú?

Se puso de pie, avanzó deprisa hacia él y tragó saliva un par de veces.

—¿Tú? —dijo por tercera vez—. Tú no puedes hacerme daño, satái. No entiendes nada de nada. y ahora dame una espada. Antes de morir, quiero arrastrar conmigo a uno de esos tipos.

Skar estaba desconcertado. Sin embargo, se llevó la mano al cinturón, desenvainó la espada y se la entregó a la mujer. Ella la tomó, la hizo girar un par de veces en sus manos y miró perpleja al satái.

—¿Tu propia arma?

—Rompí la tuya —respondió Skar—. y, de cualquier forma, ahora no me serviría de nada. El caudillo de los otros es un satái.

—Lo sé.

Gowenna asintió indiferente. De un momento a otro, su cara volvió a ser la inmutable máscara de antes. De no ver el encostrado corte en su mejilla, Skar habría dudado en serio de lo acaecido en las últimas horas. Contra su voluntad, tuvo que admirar a aquella mujer. Pese a todo, conservaba más fuerza interior de la que él hubiese podido reunir. Aunque quizá fuera sólo despecho.

—¿Los aguardaremos aquí? —preguntó Gowenna.

Skar vaciló unos segundos.

—Sería una locura —dijo, en vez de responder directamente—. No podemos luchar contra ellos. Toma tú la piedra y huye. yo intentaré entretenerlos. Si Vela quiere que me apresen, me tendrá.

Gowenna hizo un gestó burlón con los labios.

—¡Cuánta nobleza! —exclamó con desprecio—. El gran satái se sacrifica.

Emitió una risita, introdujo la espada en la vaina que pendía de su cinturón y dedicó a Skar una mirada como si tuviese delante a un chiquillo porfiado.

»Para emplear tus mismas palabras —prosiguió luego—, representa tu número de circo cuando sea el momento adecuado. Ahora no tenemos tiempo para gestos magnánimos. Además no tienes público. No hay nadie que pueda valorar tu heroicidad. ¡Lucharemos! ¿Cuántos son ellos?

—Diez —contestó Skar—. Mejor dicho, nueve. Nueve y el satái.

Gowenna se mordió el labio inferior, pensativa. De repente, su postura era relajada y tensa a la vez. Nada se notaba en ella del anterior agotamiento.

—¿Te atreves a vencer al satái?

Skar alzó los hombros.

—Lo procuraré —dijo—, pero...

—Si consigues hacerle perder tiempo, es posible que tengamos una probabilidad —continuo Gowenna sin hacer caso de lo que él iba a decir—. No es grande, pero existe, y...

Skar recibió un fuerte golpe en la espalda, que lo hizo tropezar con Gowenna y caer los dos al suelo. Pero él logró dar una rápida media vuelta y ponerse otra vez de pie.

Allí donde Gowenna había estado segundos atrás, temblaba en tierra la delgada asta de una flecha. Habían perdido demasiado rato hablando sobre la conveniencia de

pelear o huir. Sus perseguidores los habían alcanzado y estaban encima y detrás de ellos: nueve grandes figuras que, en contraste con el gris cielo crepuscular, parecían casi negros, nueve figuras mudas y amenazadoras, puestas en fila, como silenciosos heraldos de la muerte.

Skar intercambió una instantánea mirada con el habitante de los pantanos que lo había apartado en el último segundo.

—¡Gracias! —murmuró.

El-tra respondió con un distraído movimiento y se concentró de nuevo en los atacantes.

En el comportamiento de éstos había algo que irritaba a Skar. Los tenían en una trampa de la que no podrían escapar. Desde el borde del cráter nada les habría costado derribarlos de unos cuantos disparos. Skar sabría esquivar una flecha y apartarla de un golpe, pero nada podría hacer si era el blanco de cinco o seis tiradores. Sin embargo, los guerreros renunciaban a liquidarlos. Parecían esperar algo.

—Separaos —ordenó Skar sin apartar la vista de las negras sombras que continuaban en el borde del cráter.

Los dos seres de los pantanos partieron cada uno hacia un lado, avanzando a la vez hacia los soldados. La distancia entre ellos y las puntas de las flechas se reducía, pero el ángulo de tiro se hacía más agudo y menos ventajoso para los atacantes. Skar no se movió de donde estaba, mientras que Gowenna dio un par de pasos hacia atrás. Las armas de los enemigos seguían recelosas cada uno de sus movimientos. No obstante, el satái tenía la impresión de que no dispararían. Ni siquiera la primera flecha había sido arrojada con idea de matar. Los hombres sabían, sin duda, que él la esquivaría. Había sido una advertencia, y nada más. De haber querido darles muerte a él o a Gowenna, lo habrían conseguido.

Al cabo de un rato se abrió la silenciosa fila que el adversario formaba a cierta altura, y entre los guerreros apareció una gigantesca figura vestida de cuero negro y mate. El satái...

Ni siquiera hubiese necesitado lucir el *tchekal* para que Skar viera qué clase de hombre tenía ante sí. Cada uno de sus movimientos, el modo de andar y de llevar las armas, e incluso la postura adoptada al detenerse y mirarlo desde arriba, decían a gritos la verdad. y de sobra notó que al otro le sucedía otro tanto. Nada en el aspecto de Skar revelaba al satái: extenuado y sucio, un hombre herido y enfermo, cubierto de harapos... y, aun así, Skar creyó adivinar el odio que ardía en los ojos del otro. No el odio llameante y tremendo que consumía a Gowenna, sino el frío y calculador deseo de matar. La cara del satái desconocido quedaba escondida detrás de la negra visera,

pero Skar no necesitaba verla para adivinar su expresión.

Sabía que, de cualquier forma, lucharían. Sencillamente, lo *sabía* con la misma certeza que tenía de hallarse ante un satái. Podrían haber hablado, tendrían que haberlo hecho, según las reglas de los satái, mas no lo harían.

Lucharían. Aquel hombre era más que un simple satái, más que un desconocido. Era su enemigo.

Lucharían, y uno mataría al otro. No había otra solución.

El satái pisó el borde de la roca y saltó al interior del cráter con los brazos muy abiertos. Cayó al quemado suelo con un ruido sordo y, gracias a la elasticidad de sus rodillas, recobró enseguida el equilibrio. Después de una breve vacilación, sus compañeros lo imitaron.

Skar se puso tenso. Sus agotados músculos protestaron contra la súbita carga, pero él apartó de su pensamiento el dolor, furioso, y, mediante su enorme fuerza de voluntad, logró aquella especie de trance hipnótico sólo alcanzable por un satái, que le permitía extraer de su cuerpo unas energías escondidas y transformarse por un breve espacio de tiempo en una auténtica fiera. Durante un segundo —un único segundo— había sido vulnerable o, quizá más aún, había estado parálítico e indefenso. Una flecha, un rápido paso adelante y un decidido golpe de sable..., y todo habría terminado.

Pero el otro había renunciado a ello, pese a ser satái como él y saber, sin duda alguna, lo que hacía.

Una nueva sensación de fuerza y confianza inundó a Skar; una calurosa y formidable ola semejante a la que experimentaba dentro de sí al tomar su dosis diaria de veneno. y, sin embargo, lo que notaba ahora era distinto. De repente se dio cuenta de que Vela había cometido un error, quizás el primero y único, pero un error que ahora les daba una oportunidad. Ella conocía su peligrosidad de satái e intentaba combatir el fuego con el fuego poniendo en su camino otra máquina guerrera igual a la que era él.

De no haberlo hecho, quizá ya estaría muerto.

No era la súbita presencia de los hombres lo que lo había arrancado una vez más de su letargo. El manto de extenuación y debilidad era demasiado tupido, y su fatiga física —y sobre todo psíquica— demasiado profunda. Los mercenarios solos no hubiesen podido provocar esta última rebelión. Habría peleado con todas las fuerzas que le restaban, pero para perder al fin. Fue precisamente la aparición del satái lo que animó a Skar a enfrentarse a un peligro que no se habría producido de no haber tenido lugar esa aparición.

Ese satái dio un paso hacia él y se paró.

Skar abrió ligeramente las piernas, apretó los puños delante del abdomen y se inclinó un poco hacia adelante. Una intensa fuerza recorrió sus venas; fuerza y algo más: cólera. Podría haberle perdonado a Vela que lo obligara a ir a Combat. Porque, pese a intentarlo, nunca la había odiado de veras. El conflicto entre ellos dos era distinto: una lucha despiadada y llevada hasta las últimas consecuencias, pero una lucha a otro nivel, una confrontación de fuerzas entre él y ella, algo que, a pesar de todo, aún podía observar desde cierta distancia. Pero la presencia del satái lo cambiaba todo.

Vela había hecho más que someter a su voluntad a un segundo satái. Había sacudido los cimientos de su mundo, manchado todo aquello en que él creía y por lo que vivía... Los satáis eran más que guerreros, más que amigos. y la idea de que un satái pudiera alzar la mano contra otro era inimaginable. Una verdadera blasfemia.

—*¡Calo!* —dijo.

Un sonido breve y seco, que no pertenecía a ninguna lengua conocida y, sin embargo, significaba más que todas las palabras del mundo: desafío, amenaza y, al mismo tiempo, manifestación de respeto.

El otro inclinó la cabeza de modo casi imperceptible.

Skar se fijó en que tanto los atacantes como los dos seres de los pantanos se ponían tensos. De repente, el cráter pareció estar lleno de una tirantez crepitante. Mas no era el nerviosismo que suele preceder a una lucha. Toda la atención iba dirigida a él. A él y al otro satái. Había aceptado el reto, y pelearían. Era quizá la primera vez, en mil años, que dos satáis se disponían a luchar a vida o muerte. Resultaba increíble; algo que no debía suceder y que, no obstante, sucedía.

Skar avanzó hacia el otro, puso los brazos a la altura del pecho y mostró las desnudas palmas de sus manos.

—No estoy armado —dijo con voz tranquila.

El adversario hizo un nuevo gesto de acuerdo. Con cuidado desprendió de su brazo el imponente escudo triangular, lo depositó en el suelo y se soltó también los *shuriken* del cinturón. El quedo ruido metálico con que éstos golpearon el suelo resonó en los oídos de Skar como una risa diabólica.

Miró fijamente las armas, como si no comprendiese lo que hacía el satái, alzó luego la cabeza y observó que la empuñadura del *tchekal* asomaba del cinturón del enemigo. El gigantón desenvainó despacio la espada, examinó apreciativo a Skar y, por fin, hizo una señal a uno de sus soldados. La esbelta hoja relucía en su mano como un rayo de sol prisionero.

El soldado se adelantó, avanzó hacia Skar en actitud claramente sumisa y casi temerosa, y le ofreció una espada envuelta en limpios paños blancos.

A Skar le temblaban los dedos cuando alargó la mano para cogerla. Sabía lo que encontraría; le constaba antes de retirar el paño y de que el último rayo de sol se quebrara en la fina hoja de metal de procedencia sidérea... En la hoja de un *tchekal*. ¡De su propio *tchekal*, el arma que había tenido que entregar al comandante de la ciudad de Ikne!

Contempló perplejo el arma que brillaba en sus manos. Una horrible sospecha surcó entonces su mente como un relámpago... Era algo tan espantoso que ahuyentó semejante idea y la relegó al último rincón de sus pensamientos.

El satái de la coraza negra levantó la espada y tocó con el lado liso de la hoja la parte frontal de su casco.

Skar contestó con el mismo movimiento.

Todo ocurrió instantáneamente, demasiado deprisa para que él pudiera asimilar de manera ordenada las diversas impresiones. Los mercenarios se dividieron en tres grupos iguales y atacaron a Gowenna y a sus seres de los pantanos. El *tchekal* del satái se transformó en un círculo centelleante; su cuerpo, en una borrosa sombra negra. y, de un momento a otro, el cráter se llenó de gritos y de los choques de las armas.

Skar se apartó de un desesperado salto, paró un golpe dirigido hacia arriba, atacó a la vez y retrocedió, todo ello de forma rapidísima. Detuvo un puntapié con el antebrazo y, por su parte, trató de darle en la rodilla al otro.

El satái saltó hacia atrás y se separaron. Ese primer encuentro había durado menos de tres segundos. Ni uno ni otro estaban heridos, y no se habían visto en un peligro real. La verdadera lucha estaba todavía por empezar. Se habían tanteado mutuamente, comprobando la agilidad y la fuerza del otro, pero nada más. De cualquier forma, la pelea definitiva tampoco duraría mucho. Skar sabía que no se produciría un pesado combate, que no habría largos minutos de riña, ni heridas, ni dolor. La muerte llegaría rápida, en cosa de segundos, con un golpe limpio que el adversario ni siquiera notaría. Pero Skar también sabía que sería él el perdedor. El otro lo aventajaba. Era más joven, fuerte y ligero. No tan experto como él, probablemente, pero en cambio arrastraba menos fatiga y estaba en posesión de todas sus energías.

Un grito desgarrador cortó sus pensamientos. Algo duro y pesado chocó por detrás contra su pierna y quedó en el suelo, entre él y su enemigo. Un yelmo. Un yelmo de cuero negro, guarnecido de relucientes tachas. y, dentro, una cabeza humana.

Eso distrajo por espacio de un instante a Skar, y el otro aprovechó ese abrir y

cerrar de ojos sin compasión. Fingió dar una estocada recta, saltó por delante de la hoja que Skar tenía levantada e intentó golpearle la cara con el pie. Skar logró impedirlo en el último segundo, pero el otro dio una media vuelta inconcebible, alzó también el otro pie y atacó con tremenda fuerza. Su tacón rompió la defensa de Skar, hirió su rostro con la fuerza de un martillazo y lo hizo tambalearse varios metros hacia atrás. Un dolor insoportable sacudió la nuca de Skar, descendió como una ola de fuego por su espina dorsal y estalló en su cuerpo para subir de nuevo. Tenía fracturado el tabique nasal, y la sangre le resbalaba por la boca y la barbilla. Skar dejó caer la espada, se hincó de rodillas y se cubrió la cara con las manos.

Algo había reventado en él. Algo oscuro, pesado y borboteante parecía brotar de las profundidades de su alma, barrer sus pensamientos y llenarlo de una fuerza que ya no era humana. El dolor se calmó, desapareció y fue sustituido por algo nuevo, desconocido y perverso.

Una negra y desfigurada sombra avanzó hacia él, espada en alto, para asestarle el último y decisivo golpe. Skar retrocedió, chocó contra algo y se levantó como un resorte. ya no pensaba, sino que actuaba de manera ciega. Renunció definitivamente al control consciente de su cuerpo y se abandonó por completo a sus reflejos. No era ya un hombre, sino sólo un manojo de reacciones maquinales y desatados instintos asesinos. Su puño golpeó la mano con que el otro satái sostenía el arma, la rompió e hizo salir disparado por los aires su *tchekal*. Cuando lanzaba un grito de triunfo, recibió un puntapié en el costado. Notó que la bota del otro le rompía dos o tres costillas y supo transformar el dolor en rabia. El canto de su mano buscó la sien del enemigo, erró y, en cambio, le dio con tremenda fuerza en la visera.

El satái se tambaleó. La metálica protección de la cara estaba abollada donde la mano de Skar la había golpeado.

El impulso de Skar era ya incontenible. Hundió dos veces seguidas el puño en la boca del estómago del adversario, sin compasión, y alzó la rodilla cuando el otro se derrumbaba.

La negra coraza crujió de manera perceptible, y un terrible dolor punzante recorrió la pierna de Skar. El otro satái se vio levantado por los aires, quedó de pie en una postura involuntaria y grotesca y, seguidamente, se desplomó hacia atrás.

Skar dio media vuelta. Gowenna y los dos seres de los pantanos vivían aún, pero su situación era desesperada. Tres de los nueve mercenarios yacían en el suelo, muertos o heridos, pero los restantes tenían acorralados contra la pared a Gowenna y sus dos sombras. Uno de los dos El-tra luchaba con una sola mano; el brazo izquierdo le pendía inútil y sangrante.

Skar atacó con un furioso grito. Su cara, contraída, era una máscara de odio y sed de matar. Agarró a uno de los atacantes, lo desnucó, y dio muerte a otro sin que los demás pudieran darse cuenta.

La lucha terminó antes de haber empezado de verdad. La súbita intervención de Skar cogió totalmente por sorpresa a los mercenarios. Eliminó a un tercero de una patada en el vientre y se volvió con las manos en alto, dispuesto a echarle la zarpa a otro.

No quedaba nadie contra quien pelear. Todos los mercenarios habían muerto. Gowenna y los dos habitantes de los pantanos se habían encargado de liquidar a los tres escapados de las manos de Skar.

Este dejó caer los brazos. Tenía la vista borrosa. Por unos instantes, Gowenna y sus acompañantes parecieron convertirse en pálidas y translúcidas sombras, y hasta la luz resultaba irreal. Una tentadora sensación de agradable debilidad empezó a apoderarse de Skar. Sin embargo, todavía no podía concederle a su cuerpo el tan merecido descanso y relajamiento. Aún le quedaba algo que hacer.

El satái de la coraza negra trataba de ponerse de pie. Se bamboleó, estuvo a punto de caer de nuevo, y sólo en el último momento consiguió evitarlo. Skar sintió admiración, mas también cierto pesar. Nunca había visto a un hombre tan forzado. «Hubiera sido un digno adversario para Del», pensó.

El otro se agachó para recoger su espada, la alzó y agarró la empuñadura con ambas manos, como si apenas tuviera ya fuerzas para sostenerla.

Skar meneó la cabeza de modo casi imperceptible. Se pasó el *tchekal* de una mano a la otra un par de veces, haciendo silbar la hoja en el aire.

También el enemigo intentó levantar el arma, y lo logró, pero la punta de su espada temblaba.

—No lo hagas —dijo Skar en voz baja—. No quiero matarte.

Por espacio de unos segundos, el otro pareció aceptar la proposición y abandonar la lucha. Pero entonces una espasmódica y dolorosa contracción recorrió su cuerpo. Se enderezó una vez más, abrió las piernas e inclinó ligeramente el tronco. Una postura que daba la impresión de fuerza, pero que en realidad no era más que una última e inútil rebelión.

Skar apretó los labios hasta que formaron una línea estrecha y exangüe. «No es justo —pensó—. No lo es...». Aquel hombre era mejor que él. Lo superaba en mucho. No debía haber perdido, y él no tenía derecho a matarlo. La lucha no había sido limpia. Ningún hombre, aunque fuera un satái, era capaz de vencer ese *algo* que él llevaba en su interior, despertado en plena pelea, sin previo aviso; una fiera que

revivía de pronto y era inmensamente peligrosa, algo que le confería enormes energías y lo hacía invencible, pero que al mismo tiempo lo transformaba en un monstruo inmoral y horrible.

No; él no quería matar a aquel satái.

Pero sí lo quería su oscuro hermano, aquella cosa que existía en su alma, aquella muda voz incorpórea que de vez en cuando —como ahora— se anunciaba con una risa queda y burlona, y envenenaba sus pensamientos para convertirlo en algo que a él mismo le daba miedo. Era el monstruo que trajera consigo de las cuevas de Nonakesh y que él ya creía muerto. Su otro yo quería matar, y el satái lo obligaría a hacerlo.

—¡No! —repitió, en un tono casi suplicante—. ¡Estás vencido! ¡Ríndete!

Pero el otro no se rendiría, claro. En caso contrario, tampoco él lo habría hecho. Aun así, la idea de tener que dar muerte a aquel hombre le producía casi náuseas. *Sencillamente, no era justo.*

La tierra tembló.

Una profunda y sorda vibración sacudió la vítrearoca, como si las montañas que se elevaban en el horizonte se movieran bajo los martillazos de un gigante. Era un sonido que sobrepasaba con mucho el concepto de lo audible e hizo contraer todas las fibras de su cuerpo. Skar se encorvó de dolor, vio cómo el satái caía nuevamente de rodillas y se apretaba las sienes con las manos. Gowenna emitió un chillido como Skar no lo había oído jamás de garganta humana. También se tambaleó, se tapó las orejas con las manos y miró hacia arriba con ojos lagrimosos, preparado para ver el cielo bañado en llamas, a consecuencia de una tremenda explosión con la que Combat quería recuperar el corazón robado.

En el borde occidental del cráter apareció una sombra.

Gris.

Un gris fluido y arremolinado que cubría el cielo como una inmensa e hirviente marea, y crecía y crecía hasta ocultar la mayor parte del horizonte; un horror gris sin contornos visibles, como si el crepúsculo se hubiese retirado temeroso de aquella parte del mundo, huyendo de algo, de una pesadilla indescriptible surgida de repente del abismo mas profundo de los infiernos...

—¡Nooo! —gritó Gowenna, y su voz quebrada se convirtió en un alarido demente—. ¡No esto!

Poco a poco, Skar empezó a distinguir detalles. En alguna parte encima de él, a una altura absurda, había una cabeza. Algo gigantesco y horripilante, asqueroso, con una boca lo bastante grande para engullir a un hombre. y, debajo, un largo y delgado cuello de serpiente, cubierto de escamas grises.

Encima de ese cuello, muy cerca de donde se unía con la cabeza, había una silla de

montar.

Y en esa silla iba sentado un humano.

Skar quedó sin respiración. Una gélida e incorpórea mano pareció oprimir su corazón. Su mirada se deslizó hacia aquella figura envuelta en ropas grises y se clavó al fin en un par de ojos oscuros y fríos que adivinaba más que veía detrás del grisáceo velo. Se miraron fijamente durante más de un minuto, y Skar se sintió arrastrado por una espantosa confusión de sentimientos: odio —o algo que hubiera deseado que fuese odio—, desesperación y furor, un furor impotente y desvalido.

—¿Por qué? —balbuceó confundido—. ¿Por qué esto, Vela?

—¿Acaso no lo sabes, pequeño satái?

La voz de Vela sonaba sorda detrás del velo gris, y Skar trató en vano de descubrir algún sentimiento en ella.

—Nunca debiste intentar engañar a una *errish*, Skar. ¡Jamás!

El dragón se movió inquieto. Una parte de su cuerpo se hizo visible detrás de la pared del cráter, pero volvió a desaparecer cuando Vela apoyó una mano entre sus impresionantes cuernos.

«Maneja al monstruo como si se tratara de un muñeco», pensó Skar, horrorizado. El dragón no eran tan grande, en realidad, como había creído en el primer momento: no mayor que un vulgar dragón del desierto, y ni siquiera alcanzaba el tamaño de los reptiles igníferos que solían montar las *errish*. Sin embargo era peligroso, mucho más peligroso. La aureola de violencia y maldad que envolvía al escamoso monstruo era casi visible.

Y Skar sintió que algo en él contestaba y lanzaba un estridente grito de bienvenida, de desafío, odio y cólera, pero también de loca alegría y satisfacción por haber encontrado un adversario digno.

—¿De veras creías que yo permanecería en Ikne, en espera de que me trajeses la piedra o cambiaras de parecer? —prosiguió Vela con una risa malévola y burlona, a la vez que se arrancaba el velo del rostro.

Su mirada se apartó de Skar, se deslizó indiferente sobre los inanimados cuerpos de los soldados y se detuvo por fin en el satái de la coraza negra.

—¡Ven!

No había levantado la voz, pero el propio Skar pudo notar la irresistible y sobrehumana voluntad que acompañaba a sus palabras: algo semejante a una mano helada e invisible cuyo roce le hizo perder estabilidad por unos momentos, pese a que sólo le había llegado un tenue soplo.

El satái envainó lentamente la espada y echó a andar con movimientos torpes hacia

el borde del cráter. Sin poder evitarlo, Skar pensó en un muñeco humano de tamaño natural, en un títere cuyos hilos movía la *errish*.

El dragón volvió a agitarse. Sus escamas esparcieron un resplandor mate a la luz del sol que se ponía y, bajo el reflejo del horizonte en llamas, el viento transportó un intenso y acre olor hasta donde Skar se hallaba: un hedor propio de animal salvaje, que además contenía un punzante soplo agrio de muerte.

El satái llegó despacio a la pared de roca, trepó —inseguro, pero perseverante y rápido— hasta el borde del cráter y quedó inmóvil a la sombra del dragón. Skar tuvo que pensar de nuevo en un títere.

Vela contempló al silencioso satái.

—Debiera sentirme decepcionada —murmuró—. Pero lo que acabo de presenciar me resarce de muchas cosas, Skar. yo no disfruto con un espectáculo tan bárbaro, pero tú eres realmente algo muy especial. ¿Cómo lo conseguiste? Quiero decir... ¿Qué puede llevar a un hombre a luchar como un dragón?

Skar tardó un momento en comprender el sentido de sus palabras.

—¿Tú... estabas aquí? —jadeó—. ¿Viste toda la pelea? ¿Estuviste aquí desde..., desde el principio?

—Hace días que está cerca de nosotros —dijo una voz a sus espaldas.

Skar volvió la cabeza y vio a Gowenna que se había acercado a él. Su voz sonaba llana, como si hablara en sueños, y su rostro carecía de toda expresión. Miraba de manera fija a la *errish* y al dragón, pero sus palabras iban dirigidas a Skar.

—Estuvo siempre cerca de nosotros —repitió—. ¿Recuerdas las huellas de dragón que encontramos...? Procedían de su dragón. Fue Vela quien hizo salir de su gruta a la araña para matarla, y...

—¡Basta! —la interrumpió Vela con firmeza.

Entre sus cejas se había formado una arruga de disgusto, y la expresión de sus ojos adquiría cada vez mayor dureza.

—Velé por vosotros; eso es cierto. De no liquidarla yo, vosotros habríais caído como unos chiquillos tontos en poder de esa bestia.

—No es así, Vela —replicó Gowenna sin perder la serenidad—. Nos espiaste desde el primer momento. Nunca tuviste el propósito de...

—¡Basta ya, he dicho! —cortó la *errish*—. No necesito justificarme en absoluto, ni ante ti ni ante ninguna otra persona. ¿Os imaginabais que iba a dejar en vuestras manos un tesoro como esa piedra? ¿Es posible que esperaseis que os confiara, a ti o a este satái, algo que puede ser decisivo para el destino de toda la humanidad?

Soltó una risa despectiva, adoptó una postura más cómoda en su silla y, con aire

distraído, acarició la cabeza del dragón. El animal emitió un profundo gruñido de placer, a pesar de que era difícil que hubiera podido notar nada.

—Tú me utilizaste —dijo Gowenna—. Me utilizaste como una figura de un juego. Vela asintió impasible.

—Naturalmente. ¿Qué creías si no? Hay demasiado en juego como para tener en cuenta los sentimientos.

Se inclinó hacia adelante, apoyó ambas manos en la cabeza del monstruo y miró con frialdad a Gowenna.

—Tú actuaste en contra de mis órdenes —dijo—. yo te mandé matar al satái, pero no lo hiciste. A mí no me sirve una persona que no cumple mis órdenes al pie de la letra.

—Yo no soy una asesina. Vela.

La *errish* no contestó, pero la fría y despiadada expresión de sus ojos hirió más a Skar que cualesquiera palabras. Comprendió, de pronto, que aquella mujer lo miraba con la misma indiferencia que hubiese dedicado a un insecto molesto, y que voces como «humanidad» y «afecto» no existían en su vocabulario. y, cuando hacía algo, era siempre de manera premeditada, quizá no con maldad, pero sí con absoluta frialdad y sin alma.

Skar apretó los puños, furioso ante su propia impotencia. Llegó a sentir la tentación de olvidar todos sus principios, dejar que se desatara la oscura fuerza que palpitaba en su interior y dar muerte a Vela. Le constaba que podría. Ni siquiera la *errish* y su dragón estarían en condiciones de competir con ese misterioso hermano oscuro. Pero también se daba cuenta de que, si una sola vez permitía que ese algo adquiriera verdadero dominio sobre él, nunca más volvería a ser él mismo.

—¿Por qué no lo haces, Skar? —preguntó Vela con sarcasmo.

Skar despertó de súbito de sus negros pensamientos.

—¿Qué?

—Deseas matarme —dijo Vela, tranquila—. ¿Por qué no lo haces pues?

Skar suspiró. A su frente asomó un sudor frío, y los labios le temblaron.

—¿Qué..., qué has hecho conmigo, bruja? —inquirió, no sin esfuerzo.

Era como otras veces, pero todavía peor. Ansiaba odiarla y dar rienda suelta a su ira, pero no podía. Sus sentimientos estaban en desorden.

—Eres incapaz, Skar —continuó Vela—. Es el efecto de un pequeño filtro amoroso, del que no te diste cuenta... Confío en que me perdones ese ardid. Pero era preciso. No esperaba que, de repente, sintieras la necesidad de abrazarme y besarme; eso no. Pero tampoco estás realmente enojado conmigo, ¿verdad?

La *errish* sonrió de nuevo, se echó los cabellos hacia atrás con un rápido gesto y adoptó la seriedad de antes.

—Ya hemos perdido bastante tiempo —prosiguió en un tono distinto—. Supongo que llevas encima la piedra. ¡Dámela!

Skar se llevó la mano a la bolsa colgada del pecho. y lo hizo impulsado por un reflejo demasiado precipitado. Pero dijo:

—No.

Vela suspiró.

—Te había tomado por más inteligente, Skar. Pero como tú quieras.

Una segunda figura, ésta envuelta en una amplia capa roja, apareció junto a la *errish* en el borde del cráter. Era Tantor.

El enano permaneció unos instantes inmóvil al lado del dragón, saltó entonces al interior del cráter con los brazos muy abiertos y corrió hacia Skar.

—¡Entrégame la piedra! —exigió en tono imperioso.

Skar sacudió la cabeza y retrocedió medio paso.

En el rostro de Tantor hubo de pronto una expresión de impaciencia.

—¡No te hagas el héroe, satái! ¿O te empeñas en entrar en contacto con el aliento del dragón?

Esbozó una risita descarada, alzó el brazo con inesperada rapidez y le arrancó la bolsa a Skar.

—En las montañas hay caballos para vosotros —dijo con prisa—. También encontraréis comida y ungüento para las heridas. Es todo cuanto puedo hacer... —y añadió en un tono más alto:— Porque ya no te hace falta la bolsa, ¿verdad?

Skar no experimentaba nada. Absolutamente nada. Estaba atontado, preso en una pesadilla de la que no lograba despertar. Tantor no le había arrebatado sólo la piedra, sino también el escaso resto de vida que le quedaba. De cualquier forma —y como ahora comprendía—, no había sido más que una vida prestada; prestada dos veces: primero, por Vela, y después por Gowenna y sus seres de los pantanos. ¿Existía alguien en ese grupo, incluido el negro satái, con el que no estuviera en deuda?

El enano se alejó, trepó como una enorme araña de cuatro patas hasta el borde superior del cráter y desapareció de su vista.

—Inútil... —musitó Gowenna—. ¡Todo ha sido inútil...!

Alzó una mano y se la llevó a los labios con un movimiento de infinito cansancio y lleno de resignación.

—¿Por qué? —clamó, para agregar con un grito desesperado:— ¿Por qué, Vela?

Pero la respuesta de la *errish* consistió sólo, como antes, en un duro silencio.

Devolvió brevemente la mirada a Gowenna y luego mandó dar media vuelta, con toda energía, al titánico dragón. Cuando el coloso se puso en marcha, la tierra tembló de nuevo.

Arsan empezó a emitir chillidos propios de un demente. Skar no sabía cuándo había despertado de su inconsciencia, ni si realmente se había dado cuenta de lo sucedido. Pero sin duda había sido suficiente para hacerlo enloquecer. Se levantó de un salto, desenvainó la espada y, completamente trastornado, emprendió la persecución de Vela.

El dragón se detuvo. Su impresionante cuello escamoso se retorció como el cuerpo de una serpiente, y los pequeños ojos, llenos de diabólica inteligencia, se clavaron en Arsan. Skar observó que los labios de Vela se movían deprisa.

Skar se percató del peligro en el último instante y reaccionó sin pensar. El dragón echó la cabeza hacia atrás, lanzó un escalofriante rugido y escupió al cráter una nube de reluciente polvo gris.

Skar se arrojó hacia un lado en un desesperado intento de salvarse y escondió el rostro entre los brazos. Un insoportable y punzante olor inundó el cráter. Le impedía respirar y, además, le quemaba la espalda. Cesaron las voces del kohner, pero en cambio se puso a chillar Gowenna. Había caído con las manos en la cara y clavaba los dedos en la sangrienta y humeante carne..., una masa blanda en la que el aliento del monstruo había convertido su semblante. Terribles convulsiones sacudían todo el cuerpo de la desdichada mujer, que se combó con la espalda curvada hasta un punto inverosímil, golpeó el aire con las piernas, en angustiosa agonía y, poco después, quedó inerte.

La muerte de Arsan fue más fácil. Se desplomó sin una palabra, encogido, y se agarró el cuello con las manos. Delgados hilillos de humo gris empezaron a desprenderse de su piel y sus ropas. Aún se movían convulsivos sus miembros, pero Arsan ya estaba muerto. El primer contacto con el infernal aliento del monstruo lo había matado.

Skar se alzó poco a poco sobre sus manos y rodillas.

Ahora reinaba el silencio en el amplio y llano cráter: un silencio irreal y misterioso, en el que incluso se percibía el quedo siseo con que se descomponía el cuerpo de Arsan. Skar acabó de ponerse de pie, miró uno tras otro a Arsan, Gowenna y los dos seres de los pantanos —aunque sin verdadero interés e incapaz de registrar lo que veía—, y luego examinó los bordes del cráter.

La *errish* había desaparecido, y con ella se habían ido también Tantor y el satái. Todo estaba vacío, como si sólo hubiese sido una pesadilla.

Muy despacio, como si retrasara todo lo posible cada movimiento con el único objeto de hacer algo, Skar se acercó al cuerpo de Arsan.

El kohner estaba muerto, naturalmente. La polvorienta niebla había corroído su carne hasta los huesos, y la cara no era ya más que una calavera de risa sardónica, una cosa blanca y repugnante, de la que aún pendían jirones de carne sanguinolenta, y de cuyas cuencas brotaban diminutas volutas de humo gris.

A Skar ni siquiera le quedó el consuelo de cerrarle los ojos. Hasta este último servicio de amigo le había negado Vela.

—¡Pobre hombrecillo! —murmuró—. ¡Pobre y viejo hombrecillo!

Arsan había sido el único que había resistido el infierno, aparte de Gowenna, él y los dos seres de los pantanos, pese a saber, desde un principio, que le tocaría morir. y a Skar le parecía un sarcástico engaño, peor todavía que aquél de que habían sido víctimas Gowenna y él mismo. ¿Por qué había tenido que morir Arsan de semejante manera? ¿Por qué había hecho eso Vela? ¡Era tan absurdo, tan terriblemente absurdo! Una descarada demostración de poder y nada más. Skar no acertaba a comprender por qué había tenido que morir Arsan. Que Vela los eliminara a él y a Gowenna, podía ser concebible desde su punto de vista. Eran enemigos, unos enemigos peligrosos que no debía dejar con vida. ¿Pero Arsan? ¡Si no era más que un pobre viejo decrepito, impulsado por el sueño de tener una vez en la vida el dinero suficiente para hartarse de comer, él y su familia! Ahora, ese sueño se había desvanecido antes de realizarse, deshecho por el mortal polvo de la maldita bestia.

¿Por qué?

Skar se enderezó, cerró los ojos y respiró con fuerza un par de veces. Su mano palpó el punto de su pecho donde había llevado colgada la bolsa. La bolsa que contenía su vida... No notó nada. Tenía el pecho vacío. De súbito tuvo conciencia de la debilidad que se apoderaba de él. Empezaron a temblarle las rodillas, y sus brazos parecieron pesarle un quintal, miembros inútiles que tiraban de él hacia el suelo.

Skar intentó escucharse a sí mismo, pero tampoco en su alma había nada, aparte del horrible y doloroso vacío. Su oscuro hermano había enmudecido. ¿Qué lo había hecho despertar en realidad? ¿La piedra tal vez? ¿Consistía en eso el secreto de la piedra? ¿No se trataba de magia, de rayos divinos ni de extrañas virtudes, sino sólo de la capacidad de despertar la parte tenebrosa del alma humana? Quizá no fuese nada ajeno a su persona, llamaba su hermano oscuro. Tal vez no era una parte de otro mundo, traída consigo de Nonakesh, sino algo latente que dormitaba en cada persona; una fuerza perversa e indomitable que sólo esperaba ser animada... *por la piedra del poder.*

«Lo averiguaré», se dijo. Pero entonces recordó que ya no tendría tiempo para eso, porque moriría mañana, o posiblemente hoy mismo; que el veneno trabajaba implacable en sus venas y que ya no habría modo de contenerlo. La idea de su muerte lo asustó más de lo que hubiese querido admitir.

Una mano le tocó en el hombro. Volvió la cabeza, cansado, y se encontró con el rostro de uno de los seres de los pantanos. Sus ropas ardían sin llama, rozadas por el aliento mortal del dragón, pero no parecía herido.

—Gowenna —susurró.

Skar miró hacia la mujer. Vivía y estaba inconsciente. Se había incorporado a medias, y su cuerpo reposaba en el regazo del otro ser de los pantanos. Con una mano se cubría la maltrecha cara. Entre los dedos fluía lentamente una sangre oscura y espesa.

El satái acudió junto a Gowenna y se apoyó en una rodilla. La mujer volvió la cabeza con visible esfuerzo, y Skar se dio cuenta de los terribles sufrimientos que debía de padecer. Pero hasta para compadecerse de ella le faltaban las fuerzas.

Aun así se asustó cuando Gowenna bajó la mano y él pudo verle la cara. El lado derecho estaba intacto, bello como antes pese al suplicio que desfiguraba sus rasgos. El lado izquierdo, en cambio, era una sola y espantosa herida. La carne estaba corroída como si le hubiesen vertido algún ácido por encima. Era una herida que ya nunca se curaría. Quizá Gowenna sobreviviera a ella, pero a partir de ahora llevaría una aterradora máscara; sería ángel y demonio a la vez, una escalofriante mezcla de vida y muerte, esplendorosa belleza en un lado y supurante putrefacción en el otro. El ojo izquierdo estaba ciego.

—¿Cuánto tiempo hacía que lo sabías? —preguntó Skar.

A Gowenna le costaba respirar. Su cuerpo temblaba presa de tremendas convulsiones.

—Desde... que... vi las huellas del... dragón... —contestó, aunque la voz se le quebraba a causa del padecimiento.

—No antes... —prosiguió con penoso esfuerzo—, pero... me resistía a creerlo... ¿Extraño, no, Skar? yo, precisamente, me negaba a..., a admitir lo evidente...

Una única y reluciente lágrima brotó de su ojo y dejó un húmedo rastro en la mejilla.

—Yo la quería, Skar... —musitó—. yo habría dado mi vida por ella, con gusto, una docena de veces... Pero, me engañó.

—Nos engañó a todos, Gowenna —dijo Skar con dulzura.

Pero en el mismo instante en que pronunciaba esas palabras, comprendió lo

huecas que tenían que sonar. Casi como una cruel mofa.

Se sentó del todo, encogió las rodillas y miró hacia el este. El fuego de Combat ardía en el horizonte y bañaba las nubes de un sangriento color rojo. y, por una fracción de segundo, a Skar le pareció que delante de la ciudad en llamas se movía un diminuto punto de luz todavía más cegador, y que entre el furioso fragor se percibía un nuevo sonido, una especie de lamento interminable, semejante al aullido de un lobo.

—Se valió de mí —murmuró Gowenna—. Me utilizó y, cuando ya no me necesitaba porque había cumplido mi misión, quiso exterminarme...

La mujer se interrumpió de nuevo, como si no tuviese fuerzas para continuar.

—¿Adonde..., adonde piensas ir ahora, Skar? —preguntó al cabo de un rato.

Skar tocó aquella parte de su pecho donde había llevado colgada la bolsa.

—No llegaré muy lejos, Gowenna —respondió.

—Olvida... el veneno.

Skar esbozó una sonrisa.

—También haré eso, Gowenna... Dentro de un par de horas.

—Tú no morirás —musitó ella—. No..., no era veneno... No era más que el..., el extracto de una planta muy rara, que produce hábito. Tendrás dolores y fiebre, pero... seguirás con vida...

Skar escuchó aquellas palabras como si no le atañeran. Estaba totalmente vacío y quemado por dentro. Era incapaz de sentir nada.

—Tal vez... —dijo, pasados unos momentos— vuelva a Ikne. Debo buscar a Del.

—En ese caso, iremos juntos... —susurró Gowenna.

Calló, respiró con dificultad y trató de incorporarse, pero los brazos se le doblaron bajo el peso del tronco. y se desplomó, no sobre el regazo del ser de los pantanos, sino hacia adelante, de forma que tuvo que cogerla Skar.

Su cuerpo le pareció extrañamente ligero, como si algo más que la fuerza hubiese abandonado a Gowenna.

—Gracias —murmuró ella.

Skar la apoyó con delicadeza contra su hombro. La piel de la mujer estaba seca y caliente, febril, y una nueva casi alarmante sensación recorrió el cuerpo del satái por espacio de unos segundos.

—No hables —susurró—. Procura permanecer bien quieta.

Su mano se deslizó por el hombro de Gowenna, le acarició la mejilla y los cabellos con infinito cuidado y, luego, la sostuvo largo rato entre los brazos, estrechándola contra sí como si fuera una criatura a la que quisiera consolar.

—No hables —repitió.

Pero Gowenna no lo oía, por lo visto.

—¿Estarías dispuesto a trabajar para un... nuevo amo? —inquirió de pronto con voz tan queda que Skar tuvo que inclinarse para entender sus palabras.

—¿Te refieres a tí misma?

—A mí, sí... —confirmó la mujer.

Su respiración se había acelerado y vuelto más irregular, y Skar sintió súbito horror de que pudiese morir en sus brazos. Pero no fue así, y Gowenna continuó hablando, aunque con interrupciones y sólo impulsada por su enorme voluntad.

—Tengo dinero, Skar... No lo suficiente para pagar a un satái, pero sí para fletar el velero... Ese marino es... el único capaz de conducirnos hasta ella... y yo puedo ofrecerte algo que pesa más que el dinero: ¡la venganza! Buscaré a Vela... Seguiré con vida, Skar, y daré con su paradero, ¡esté donde esté!

Gowenna hizo otra pausa, arañó el ardiente y quemado suelo con las uñas y respiró con fuerza. De nuevo las convulsiones sacudieron su cuerpo, y su cara se contrajo de dolor. Skar se dijo que debía de sufrir lo indecible.

Pero cuando la mujer volvió a hablar, vibró en su voz un nuevo tono de decisión, de frialdad y valentía, que hizo estremecer a Skar.

—La buscaré, satái... —murmuró—. *¡y la mataré!*